

PROTEGIENDO *a la* HEREDERA

ELLIE WOODS

Ellie Woods

Protegiendo a la heredera

Copyright © 2026 by Ellie Woods

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

Safe Creative: 2603245067074

Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Also by Ellie Woods

Capítulo 1

La iluminación de los salones de la residencia estaba dispuesta de tal modo que todo parecía más caro de lo que ya era. Los reflejos dorados resbalaban sobre las copas de cristal, se demoraban en el borde de las flautas de champán medio vacías y se perdían sobre lacados negros, piedra pulida y el brillo sedoso de los pesados tejidos de noche. De los altavoces brotaba una música que no estaba hecha para ser escuchada de verdad. Estaba allí para llenar huecos, suavizar voces, crear la sensación de que aquella velada existía con la misma naturalidad que las personas que se movían en ella.

A Aaliyah Al-Hadi le gustaban precisamente ese tipo de noches.

No porque la impresionaran. Hacía demasiado tiempo que formaban parte de su vida. Sino porque conocía las reglas hasta en sus matices más delicados. Sabía qué conversaciones carecían de importancia y cuáles solo fingían carecer de ella. Sabía cuándo sonreír, cuándo dejar la mirada un instante más sobre alguien y cuándo resultaba más sensato fingir que no había oído un comentario. Sabía cómo hacerle creer a la esposa de un ministro que era interesante sin prestarle atención de verdad. Cómo tratar a un periodista con la cordialidad justa para que se sintiera importante, pero no con tanta como para que albergara esperanzas. Cómo conseguir que hombres con títulos y mujeres con influencia se sintieran, en su presencia, un poco mejores, un poco más inteligentes, un poco más vistos.

Se movía por la sala como si la hubieran diseñado a su alrededor.

Llevaba un vestido color crema, lo bastante sobrio para no parecer nunca desesperado y lo bastante preciso para no pasar desapercibido. Sin teatralidad excesiva, sin joyas mendigando atención. Solo líneas limpias, una elegancia serena, una postura que no había tenido que aprender porque ya se le había instalado en los músculos y en los huesos. La tela se ajustaba con suavidad a su cuerpo y aun así le dejaba toda la libertad de movimiento que necesitaba: el leve giro de un hombro, la inclinación de la cabeza, ese medio volverse cuando alguien pronunciaba su nombre.

—Aaliyah.

Se volvió con una sonrisa que tenía la medida exacta de calidez. Ni demasiado íntima ni demasiado cortés. El agregado cultural francés, cuyo nombre no había olvidado ni una sola vez en los últimos años y probablemente no olvidaría jamás, alzó la copa hacia ella.

—Monsieur Delorme. —Su voz era lo bastante suave para sonar halagadora y lo bastante nítida para mantener la distancia—. Tiene aspecto de haberse despedido ya tres veces de la misma gente.

Él se rio, tal y como había previsto.

—Está siendo una noche muy larga.

—Eso solo se dice en las buenas noches, cuando uno está demasiado cansado para quejarse.

—O en las malas, cuando uno es demasiado educado para ser sincero.

—Entonces espero, por su bien, que siga siendo lo bastante educado.

Él volvió a reírse, esta vez con algo más de soltura. Aaliyah le concedió unos segundos más de atención, los justos para que se sintiera visto, y luego dejó que la mirada siguiera avanzando sin brusquedad. Una embajadora de Madrid estaba

junto a la ventana hablando con un hombre del Ministerio de Economía. Dos invitados estadounidenses, ambos impecables con esa desenvoltura pulida que solo resultaba creíble en personas que nunca se habían visto obligadas a aparecer en un lugar en el que se sintieran extrañas. Una mujer mayor con un chal verde esmeralda que llevaba ya veinte minutos fingiendo escuchar una conversación de la que, por dentro, hacía rato que se había marchado.

Aaliyah registraba todo aquello sin que se le notara.

Le gustaba la gente. No en un sentido sentimental. Más bien como a quien le gusta un juego cuyas reglas se le dan bien. Bastaba con mirar con la atención suficiente para entender quién quería algo, quién escondía algo, quién se subestimaba y quién se sobreestimaba. La mayoría lo ponía fácil. Las personas influyentes solían ser sorprendentemente transparentes en cuanto se sentían seguras.

Cogió otra copa de una bandeja sin apenas mirarla y recogió con una leve inclinación de cabeza la mirada agradecida del camarero. Un diplomático mayor de Amán la saludó con la mano en el pecho. Ella respondió en árabe, clara y sin acento, y eso le arrancó, como casi siempre, esa alegría genuina que siente la gente cuando alguien no usa una lengua como un accesorio decorativo, sino como algo que de verdad le pertenece.

Pertenecía a muchos mundos y a ninguno del todo. Aquello también tenía sus ventajas.

—Tu padre te está buscando.

Aaliyah no se volvió enseguida. Conocía la voz de su primo Faris lo bastante bien para saber que no había urgencia en ella. Solo cuando remató la última frase de su conversación y dejó caer una nada cortés en dirección al diplomático jordano, se volvió a medias hacia él.

—¿De verdad me está buscando o solo crees que me estoy divirtiendo demasiado?

—Las dos cosas pueden ser ciertas a la vez.

—Qué poco estimulante.

Faris sonrió. No tenía la ambición de aparentar en aquellas salas más de lo que era y, solo por eso, a Aaliyah le resultaba más soportable que la mayoría de los hombres de su entorno.

—Lleva diez minutos hablando con ese hombre de Washington y pone cara de estar ordenando tablas mentalmente.

—Entonces todavía no me necesita. Si me necesitara, no estaría esperando.

—Impresionante lo tiernos que sois el uno con el otro.

—No es ternura. Es competencia familiar.

Lo dejó allí antes de que pudiera responder y siguió avanzando por la sala. En algún punto a su espalda, un murmullo de voces más bajo y controlado se deslizaba sobre el tintineo amortiguado del cristal. Olía a madera de cedro, a perfumes caros y a los arreglos florales colocados a lo largo del ventanal sobre consolas bajas, como si hasta su fragancia hubiera sido cuidadosamente comisariada.

En noches así, la residencia nunca era solo una casa. Era escenario, promesa, instrumento. Techos altos con una suntuosidad tan serena que casi daba pudor reparar en ella. Paredes claras de las que colgaba arte moderno, ni demasiado provocador ni demasiado inocuo. Alfombras que devoraban los pasos. Puertas que se abrían y cerraban casi sin ruido. Todo en aquel lugar estaba diseñado para traducir el poder en elegancia.

Aaliyah se había criado allí. No en ese edificio, no únicamente en aquella ciudad, pero sí en esa clase de atmósfera. En casas donde el servicio debía ser invisible y los escoltas parecían parte de la arquitectura. En pasillos donde sonaban nombres llegados de todas partes del mundo y nadie necesitaba alzar la voz para imponer lo que quería. En un mundo en el que la amenaza era algo que existía en informes

reservados, carpetas de protocolo y rostros ajenos. No en el suyo.

Se llevó la copa a los labios y apenas dejó que el champán le rozara la lengua. Más movimiento que placer. Más gesto que necesidad.

Al otro extremo del salón, por fin su padre atrapó su mirada. Khalid Al-Hadi no levantó la mano. Nunca hacía algo así. Se limitó a mirarla con esa concentración escueta que, en su mundo, ya equivalía a una frase completa.

Aaliyah le sostuvo la mirada, tranquila, casi aburrida, y solo se encaminó hacia él cuando dejaron pasar unos segundos decisivos. Aquello también era rutina. No desafío. Más bien una indicación pequeña y precisa de que no podía hacerla acudir de un extremo al otro de una sala como si la llamara con un gesto, por mucho que desde fuera pudiera parecerlo.

Cuando llegó junto a él, efectivamente había un hombre de Washington a su lado. Una cara conocida, aunque no una que le despertara simpatía.

—Aaliyah —dijo su padre.

—Baba.

Le besó con ligereza la mejilla y luego regaló al estadounidense una sonrisa impecable que no significaba absolutamente nada.

—Miss Al-Hadi —dijo él.

—Solo Aaliyah, ya que estamos en una casa que finge ser privada.

Algo cruzó su rostro. ¿Inseguridad? ¿Diversión? Difícil decirlo. Su padre no comentó nada. Tampoco hacía falta. Conocía su forma de clavar esas pequeñas agujas exquisitas desde que ella había tenido edad suficiente para colocarlas con precisión.

—Estábamos hablando de la conferencia de la semana que viene —dijo Khalid.

—Entonces espero que mi presencia al menos embellezca la parte más tediosa de la conversación.

Esta vez el estadounidense sonrió con más sinceridad. Su padre no. Aaliyah no habría sabido decir si le habría decepcionado que lo hiciera. Ya no necesitaba su aprobación visible. Quizá nunca la había necesitado de verdad.

Se quedó con ellos unos minutos más, dijo las cosas correctas, lo bastante imprecisas para resultar elegantes y lo bastante concretas para no sonar vacías. Cuando volvió a apartarse, lo hizo con esa mezcla exacta de gracia y naturalidad que no daba a nadie motivo para censurar su comportamiento.

Sintió las miradas antes de advertirlas conscientemente. No las de los invitados. Las otras. Las conocidas. Hombres apostados junto a las puertas, en los accesos, a distancias discretas tras plantas colocadas con intención o en la sombra de las columnas altas. Trajes oscuros. Postura comedida. La mirada nunca del todo fija, nunca del todo relajada.

Seguridad.

Hacía años que formaban parte del borde de su vida como los espejos en los que una deja de mirarse porque ya sabe de memoria dónde están.

Aaliyah solía ignorarlos. No por hostilidad. Más bien por costumbre.

Uno de ellos sostuvo su mirada apenas un instante. Victor Hale. Hombros anchos, movimientos serenos, desde hacía tiempo parte de su equipo de protección. Era de los que no intentaban hacerse interesantes. Probablemente por eso le caía bien.

Alzó un poco las cejas, como preguntándole si el mundo seguía derrumbándose si ella desaparecía de la vista durante dos minutos. Él no reaccionó. Solo una inclinación casi imperceptible de la cabeza. Profesional. Correcto. Y precisamente por eso, un poco divertido.

Estaba acostumbrada a que no pudiera pasar nada de verdad.

Tal vez ese fuera el mayor privilegio de todos.

Más tarde, cuando la velada se había disuelto en corrillos más pequeños y por las salas empezaba a extenderse ese primer y controlado relajamiento de la cortesía oficial, Aaliyah estaba en la terraza. Las puertas del salón permanecían abiertas, y el aire cálido salía hacia fuera mezclado con música y fragmentos de conversación. Más allá de la balaustrada, el jardín se extendía en líneas pulcras, discretamente iluminado, y por encima se abría el cielo oscuro.

Hacía el suficiente fresco como para notar la noche, pero no resultaba desagradable. Aaliyah apoyó una mano en la piedra de la balaustrada y dejó vagar la vista por las luces de la ciudad.

—Solo quería tomar un poco de aire.

No necesitó volverse para saber quién era. Victor se detuvo a esa distancia que resultaba a la vez cortés y controladora.

—Puede que haya cambiado de idea.

—En ese caso, le agradecería que me lo comunicara.

—¿Ahora tengo que anunciar mis pensamientos?

—Solo sus movimientos.

Sonrió sin mirarlo.

—Qué romántico.

Él no entró al juego. Como siempre.

Aaliyah se volvió a medias hacia él.

—Relájate, Victor. No estoy a punto de saltar la balaustrada.

—No he supuesto eso.

—Bien. Entonces esta noche los dos hemos progresado.

Lo dejó plantado con aquella frase y regresó al interior, no porque él quisiera, sino porque ella ya pensaba cambiar de corrillo. Ahí residía el verdadero placer de ese tipo de

situaciones: en doblar las reglas sin llegar nunca a quebrarlas abiertamente. Medio paso de más. Un minuto extra. Un cambio de dirección no previsto. Lo justo para no dejarse conducir del todo.

Dentro, la música había cambiado, algo más lenta, algo más suave. Había más voces que antes, y la velada había alcanzado ese punto en el que la gente se sentía lo bastante segura como para ser ella misma durante un instante, antes de volver a meterse en su papel. Aaliyah vio a una mujer de Bruselas observar por encima del borde de su copa a un hombre al que había ignorado toda la noche. A un agregado que ya se había aflojado el nudo de la corbata y parecía decidido a demostrar que incluso el poder podía sudar. A un periodista joven que miraba con demasiada frecuencia hacia la salida y demasiado poco a sus interlocutores.

El mundo estaba lleno de pequeños traidores. La mayoría eran inofensivos.

Apenas había echado a andar de nuevo cuando Omar El-Sayed apareció a su lado. No de forma brusca, no con descortesía. Simplemente estaba allí, como suele estar la seguridad.

—Señorita Al-Hadi.

—Cuando me hablas en ese tono, siempre suena como si hubiera provocado un incidente diplomático en alguna parte.

—Su padre pide que nos marchemos dentro de diez minutos.

—¿Pide?

Omar vaciló una fracción de segundo.

—Ha pedido que nos marchemos dentro de diez minutos.

—Casi me decepciona. —Dejó la copa sobre una mesa en la que ya había demasiadas para que nadie pudiera atribuirlas a nadie—. Entonces nos iremos en doce.

—Diez sería mejor.

—¿Para quién?

Él no respondió enseguida. Aquello también era una respuesta.

Aaliyah le sonrió, con la suavidad suficiente para no volver el juego innecesariamente áspero.

—Omar, te prometo que la república sobrevivirá a dos minutos más de mi presencia aquí.

La comisura de la boca de él se movió, casi a pesar suyo. Ella conocía aquella pequeña debilidad. El humor era una rendija estrecha por la que, con las personas adecuadas, resultaba sorprendentemente fácil colarse al margen de las normas.

—Once —dijo al final.

—¿Ves? Progreso.

Ya se estaba alejando antes de que él pudiera replicar.

La verdad era que ni siquiera percibía ese tipo de pequeñas alteraciones como una rebeldía. Más bien como una corrección. Su vida estaba llena de gente que creía tener que decidir por adelantado qué era lo mejor, lo más seguro, lo más adecuado para ella. Horarios, lugares, encuentros, salidas. Hacía años que se movía dentro de un armazón de consideración, estatus y cautela construido con tanto esmero que, para quien lo mirara desde fuera, quizá parecía cuidado. Una se acostumbraba. Claro que se acostumbraba. Pero también desarrollaba un instinto muy fino para detectar los lugares en los que todavía podía disponer de sí misma.

Se detuvo junto a un grupo de invitados más jóvenes que resultaban bastante más interesantes que los hombres que, al final de cada velada, tenían la impresión de que su opinión sobre la situación mundial tenía peso solo porque la emitían con suficiente volumen. Una mujer de Londres hablaba de una exposición en Marrakech, un hombre con acento libanés se quejaba con encanto de la incapacidad de los hoteles europeos para servir un buen café, y Aaliyah se dejó caer en aquella

conversación durante unos minutos, ligera, despierta, sin esfuerzo.

Cuando se rio, lo hizo de verdad.

No porque la noche la sorprendiera. Sino porque, en aquellos breves intervalos brillantes, olvidaba por completo que en los márgenes de la sala había personas contando, pensando y moviéndose con ella en mente.

Uno de ellos se aclaró la garganta no muy lejos. Aaliyah lanzó una mirada breve en esa dirección. Victor. Seguía allí, con la misma presencia inflexible. A veces pensaba que aquello debía de ser agotador. Permanecer siempre de pie, observando, esperando a que otros hicieran algo que uno tuviera que impedir.

Quizá una manera de hacer más llevadero ese trabajo fuera tomárselo demasiado en serio.

—Tiene cara de estar juzgando a alguien en silencio —dijo la mujer de Londres.

Aaliyah volvió la atención hacia ella.

—Por norma solo juzgo los zapatos malos y a los hombres que usan demasiado la palabra geopolítico.

La mujer se echó a reír, y la conversación la absorbió de nuevo. Era fácil. Casi ingrávida. Precisamente por eso Aaliyah no reparó hasta varios minutos después en que esta vez Omar no se acercaba. Tampoco Victor. En su lugar había, más atrás, un tercer hombre del equipo, uno de los que rara vez veía tan cerca. Habló brevemente por el micrófono de la manga, demasiado bajo para distinguir palabras, pero durante el tiempo suficiente como para resultar llamativo.

No inquietante. Solo inhabitual.

Cuando se apartó del grupo, le quedó durante una fracción de segundo la sensación de haberse perdido un compás. Algo que normalmente fluía mejor. Miró hacia Omar. Él le devolvió la mirada al instante, quizá demasiado deprisa, y dijo con esa cortesía controlada que conocía desde niña:

—Deberíamos irnos ya.

—¿Ahora sí de verdad?

—Sí.

Enarcó las cejas.

—Casi parece que esta noche no disfrutas de mi compañía.

—La disfruto, desde luego.

—Y aun así me metes prisa.

Él no dijo nada.

Aaliyah dejó que la mirada resbalara más allá de él. Hacia Victor. Hacia la salida. Hacia la puerta abierta que daba al pasillo desde el que se accedía a la entrada de carruajes. Todo parecía igual que siempre. El servicio se movía en silencio. Una pareja se despedía con un pesar exagerado. En algún punto sonó el amago de una copa que no llegó a caer al suelo, pero por tan poco que varias cabezas se volvieron a la vez.

En ese momento podría haber insistido en quedarse un poco más. Simplemente porque podía. Porque sabía hasta dónde se podía tensar con hombres como Omar si se usaba el tono adecuado. Medio halagador, medio aburrido, nunca infantil. Habría sido fácil.

En lugar de eso, se limitó a asentir.

—De acuerdo. Vayamos a decepcionar juntas al resto de la diplomacia.

Recogió el bolso de mano de una consola, se despidió en tres direcciones a la vez y se dejó acompañar hacia la salida. No conducir. Acompañar. Aquella era una diferencia en la que insistía para sí, aunque quizá ya nadie, salvo ella, se la tomara en serio.

El trayecto por el pasillo fue más silencioso que el salón. La música quedó atrás reducida a un pulso sordo y cortés. Uno de los escoltas más jóvenes abrió la puerta que daba a la entrada. El aire frío de la noche le golpeó la cara, más limpio de lo que esperaba, y en algún punto del jardín las copas de los árboles se agitaban con el viento.

Los coches ya estaban preparados. Carrocerías oscuras, luz discreta, una imagen de orden tan familiar que Aaliyah apenas la miró.

Omar se situó a su lado. Victor quedó un poco por detrás.

—¿Pasa algo? —preguntó ella, más por rutina que por verdadero interés.

—No.

Demasiado rápido, pensó. O quizá solo demasiado pulido.

Se quedó inmóvil una fracción de segundo, con la mirada fija en el coche cuya puerta ya estaban abriendo. A su espalda, la puerta principal se cerró con un sonido amortiguado. Delante de ella, la entrada se extendía en una penumbra pulcra. No había nada mal. Nada en absoluto. Ninguna irregularidad visible, ningún sonido fuera de lugar, nadie donde no debía estar.

Y aun así.

No miedo. Ni de lejos. Más bien la sensación de que una frase se había desplazado sin que pudiera decir qué palabra ya no estaba en su sitio.

Aaliyah echó a andar. La tela del vestido le rozó las piernas con un frescor suave. Los tacones resonaron sobre la piedra, breves y precisos. Omar caminaba a su lado, Victor detrás, todo como siempre, cada paso enmarcado por personas a las que pagaban para asegurarse de que entre ella y el mundo no ocurriera nada no previsto.

Se deslizó en el asiento trasero, se recostó y miró una vez más por la ventanilla hacia la residencia. Los altos ventanales seguían brillando por dentro con una calidez dorada, como si la velada continuara sin ella, impecable, intacta, perfectamente controlada.

La puerta se cerró.

Durante un momento solo oyó el silencio sordo y cerrado del interior. Delante, alguien murmuró una ruta. Una emisora

crepitó levemente y después volvió el silencio. Las luces de la casa se difuminaron un poco tras el cristal.

Aaliyah apoyó dos dedos en el borde frío del bolso y miró hacia la noche.

Todo era normal.

Tenía aspecto de normal. Sonaba normal. Funcionaba con normalidad.

Y, aun así, había algo en el aire que no podía nombrarse. No una advertencia. No una certeza. Solo una resistencia apenas perceptible bajo la superficie lisa de la velada, como si el mundo hubiera dejado, por un instante, de parecer del todo fiable.

No sabía a qué se debía.

Así que decidió no pensar más en ello.

El coche se puso en marcha, tan silencioso que parecía deslizarse, y Aaliyah dejó atrás la residencia iluminada sin sospechar lo poco que había terminado realmente aquella noche.

Cuando quieras, envíame el **capítulo 2** y continúo con la misma línea de adaptación.

Capítulo 2

Andrea Mitchell no soportaba los hoteles.

No por las razones que solía dar la gente cuando se quejaba de ellos. No tenía que ver con colchones demasiado duros, ventanas mal aisladas o un café de desayuno que supiera como si alguien lo hubiera preparado por puro sentido del deber. Para ella, los hoteles no eran lugares en los que se viviera. Eran sistemas. Espacios de tránsito en los que la gente creía poder volverse invisible durante uno o dos días solo porque otra persona cambiaba las sábanas y los pasillos olían a cítrico y a limpiador neutro.

El hotel en el que trabajaba aquella mañana era uno de esos establecimientos que se esforzaban por no parecer hoteles. Una gran fachada de cristal a la calle, piedra oscura en la entrada, luz amortiguada incluso a pleno día. El vestíbulo era lo bastante amplio para impresionar y lo bastante sobrio para no resultar vulgar. Sillones de un gris profundo, un arreglo de orquídeas blancas sobre una mesa de mármol claro, olor a cuero, cera para madera y al perfume discreto de una mujer que había cruzado la puerta giratoria hacía cinco minutos.

Andy no estaba en el centro de la estancia. Nunca lo estaba. Se mantenía en el extremo del vestíbulo, en la franja entre la entrada principal y los ascensores, desde donde podía controlar ambos ejes visuales sin convertirse ella misma en una parte demasiado evidente del decorado. Llevaba un traje pantalón oscuro, zapatos planos, la chaqueta lo bastante abierta para no endurecerle la silueta y lo bastante cerrada

para ocultar la funda que llevaba debajo. El pelo recogido en la nuca. Sin joyas. Nada que pudiera engancharse, deslumbrar o hacer ruido.

Observaba la recepción, la puerta giratoria, el reflejo en los cristales, las pausas entre los movimientos del personal. Un hombre con americana deportiva estaba sentado con un portátil en uno de los huecos del vestíbulo y fingía trabajar, aunque en los últimos ocho minutos solo había tecleado dos veces y mirado seis hacia la puerta. Una pareja joven discutía en voz baja en el mostrador del conserje sobre unas entradas para algo que no parecía importarle demasiado a ninguno de los dos. Dos camareros empujaban un carro con cafeteras y vajilla hacia la zona de conferencias. Una mujer con unas gafas de sol enormes, que no se había quitado dentro, hablaba por teléfono con una familiaridad impostada sin alejarse un solo paso de la recepción.

Rutina.

Dejó que la mirada se deslizara hacia la pared lateral del vestíbulo, donde un espejo estrecho y oscuro devolvía fragmentos de lo que ocurría a su espalda. No con la nitidez suficiente para distinguir rostros. Sí para seguir movimientos. Alguien había desplazado un jarrón de suelo treinta centímetros de su posición original. Seguramente el servicio de limpieza. Irrelevante para cualquiera salvo para quienes habían aprendido que lo irrelevante a veces era solo el primer nombre de otra cosa.

—Puede parpadear si quiere —dijo una voz a su lado—. Es probable que la sala siga en pie.

Andy no lo miró enseguida.

—Si solo es probable, no es buena señal.

Marcus Varela sonrió. Era algunos años menor que ella, corpulento, con esa clase de seguridad relajada que, en su trabajo, resultaba útil mientras no derivara en dejadez. Casi siempre sabía dónde estaba la línea. Casi siempre.

—He revisado el lado este —dijo, metiéndose la mano izquierda en el bolsillo del pantalón con una naturalidad calculada—. Nada fuera de lo normal.

—¿El acceso de servicio?

—Asegurado.

—¿La tercera salida?

—Con personal.

Andy asintió una sola vez. Nada más. Marcus no se lo tomó a mal. Aquello también decía algo bueno de él.

El encargo que tenían entre manos era limpio, caro y, comparado con otras cosas que había hecho en los últimos años, casi agradable. Un consejero delegado de una farmacéutica internacional, cincuenta y tres años, divorciado, acostumbrado a que otros prepararan las habitaciones antes de que él entrara en ellas. No era especialmente simpático, pero sí lo bastante sensato para seguir instrucciones si se le daban en el lenguaje adecuado: breve, directo, sin dramatismos innecesarios. Estaba en la ciudad por unas conversaciones confidenciales previas a una fusión y debía salir del ascensor exactamente dentro de tres minutos, cruzar el vestíbulo y subir a un coche que lo llevaría a un almuerzo en un club privado.

Tres minutos bastaban para que ocurriera mucho. O nada.

Andy prefería nada.

No miró la hora. No le hacía falta. A su izquierda cambió la luz en uno de los ascensores. Salió una asistente joven con una blusa color crema, sin levantar la vista, el teléfono pegado a la oreja, demasiado deprisa para que importara. Detrás de ella, una pareja mayor, turistas, reconocibles por la forma de detenerse y querer abarcar con la mirada el vestíbulo al mismo tiempo. Luego dos hombres procedentes de la zona de conferencias, ambos con acreditaciones, ambos con ese cansancio erguido de quienes llevan demasiado tiempo sentados en salas con aire acondicionado.

No era el cliente.

Andy elevó apenas la vista. En el reflejo de la entrada, un coche negro se acercó al bordillo. El conductor siguió dentro. Bien. Eso significaba que se estaba ciñendo al plan.

—Ascensor tres —dijo Marcus en voz baja.

Ella lo había visto en el mismo instante. El número sobre la puerta cambió. Bajó. Uno. Dos. Paró.

Las puertas se abrieron.

El cliente salió acompañado por su asistente personal y por un abogado que, en las últimas doce horas, ya había dado varias veces la impresión de considerar la seguridad una exageración decorativa. El director general llevaba un traje azul marino cuyo corte probablemente costaba más que el sueldo mensual de mucha gente. Tenía el aspecto de siempre: levemente apremiado, levemente aburrido, con el suficiente control como para ocultar ambas cosas bajo una capa de cortesía profesional.

Andy se separó del borde del vestíbulo y fue hacia ellos sin apresurarse. Marcus tomó el otro lado. Sin señales. Sin llamar la atención. Solo movimiento.

—Señora Mitchell —dijo el cliente en cuanto la tuvo delante.

—Señor.

—Llegamos tarde.

—Todavía no.

La respuesta no le gustó, pero la aceptó. Aquello también decía algo bueno de él.

Con un gesto mínimo de la mano, Andy condujo al grupo no por el centro del vestíbulo, sino bordeando las zonas de estar, por donde había menos gente y la visual hacia la puerta quedaba más despejada. La asistente se adaptó casi de forma automática; el abogado, medio paso demasiado tarde. Andy lo registró sin mirarlo.

El hombre del portátil alzó la vista por tercera vez en diez minutos, no hacia la pantalla, sino hacia el desplazamiento del grupo. Andy lo percibió antes de que el pensamiento llegara a formularse. No porque la mirada durara demasiado. Sino porque fue breve de la forma equivocada. Una mirada que contaba.

Modificó apenas el ángulo de su trayectoria.

Tan poco que el cliente no lo advirtió. Lo suficiente para alterar la línea entre él y el hombre del hueco.

No ocurrió nada.

Claro que no.

El trayecto hasta la puerta giratoria transcurrió sin tropiezos. Un empleado del hotel, con traje oscuro, ya estaba abriendo una de las hojas interiores para evitar que el consejero delegado tuviera que cruzar la giratoria. Bien. Menos atasco. Menos margen de imprevisión. Fuera esperaba el coche. El conductor salió y abrió la puerta trasera. El abogado quiso salir primero. Marcus lo frenó con un roce casi invisible en el brazo. El hombre pareció sorprendido. Probablemente no aprendió nada de ello.

El director general subió al coche. La asistente fue detrás. Andy esperó a que la puerta se cerrara, repasó la calle con una sola mirada limpia y clara y luego dio un paso atrás.

—¿Mantenemos ruta? —preguntó Marcus.

—Hasta que tengamos motivo para cambiarla.

—Tan encantadora como siempre.

Ella lo miró un segundo.

—Si te apetece charlar, búscate luego a alguien a quien le paguen por eso.

—Tú no me pagas mal.

—No por eso.

Marcus levantó una mano en gesto de rendición, volvió a sonreír y fue hacia el asiento del copiloto del segundo vehículo. Andy permaneció inmóvil dos segundos más,

mientras el coche ya arrancaba. Una mujer con abrigo rojo salió del hotel y lo siguió con la mirada. No porque le interesaran los ocupantes. Sino porque cualquiera miraba por inercia cuando algo caro se alejaba sin hacer ruido.

Normal.

Se volvió hacia la entrada. El hombre del portátil por fin parecía estar trabajando de verdad. O al menos intentaba parecerlo. Andy no volvió a prestarle atención. Si hubiera sido algo, se habría comportado de otra manera. Si no era nada, daba igual.

Rutina no significaba que no pasara nada.

Solo que una lo veía a tiempo.

La verdadera incidencia llegó veinticinco minutos después y fue tan pequeña que, para casi todos los implicados, en realidad nunca llegó a existir.

El club privado al que acompañaban al director general se alzaba tras una fachada de arenisca en una calle lateral: discreto, caro y convencido de su propia insustituibilidad. En la entrada olía a cera de abeja y a madera antigua. Las paredes estaban cubiertas de fotografías enmarcadas de hombres muertos desde hacía décadas que, en todas ellas, transmitían la misma clase de importancia socialmente legitimada.

A Andy le gustaban todavía menos esos clubes que los hoteles.

Marcus se quedó en el vestíbulo mientras Andy acompañaba al cliente hasta el salón reservado en el primer piso. Un camarero les abrió paso. Demasiado repeinado. Demasiado apresurado. No peligroso, pero sí disperso. El tipo de error que rara vez viene solo.

—Aquí estamos entre nosotros —dijo el abogado cuando Andy se detuvo ante la puerta del salón.

Ella no respondió.

El cliente lanzó al abogado una breve mirada en la que había algo entre cansancio y asentimiento silencioso.

—Esperará fuera.

—No necesitamos...

—Esperará fuera —repitió el consejero delegado, y esta vez había el suficiente peso en su voz como para poner fin a la discusión.

La puerta se cerró.

Andy no se colocó justo al lado, sino en la pared de enfrente del pasillo, desde donde podía vigilar tanto la puerta como el rellano de la escalera. Una ventana al fondo dejaba entrar una luz de mediodía desvaída. A través del vidrio antiguo, la ciudad parecía cubierta por un velo fino.

Apareció un chico de servicio con una bandeja, demasiado joven para el peso que cargaba. Iba a pasar junto a ella hacia el salón, se detuvo y le dedicó la sonrisa breve e insegura de quien ocupa un lugar muy bajo en la jerarquía y ha aprendido a respetar cualquier clase de uniforme.

—Es para la sala de reuniones —dijo.

Andy bajó la vista a la bandeja. Agua, café, vasos, azúcar, una bollería que nadie tocaría. Luego a su mano. Un ligero temblor. No era miedo. Era esfuerzo.

—¿Quién le ha mandado?

Parpadeó.

—La cocina, señora.

—¿A nombre de quién está el pedido?

Tuvo que pensarlo. Demasiado.

—Señor... creo que señor Stein.

—Vuelva y compruébelo.

—Pero...

—Ahora.

El chico enrojeció, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo con una torpeza casi precipitada. Andy esperó. Treinta segundos después se abrió la puerta del fondo y salió una mujer con uniforme negro de servicio, bastante mayor,

bastante más competente. No llevaba bandeja. Solo una expresión cansada incluso antes de disculparse.

—La bandeja era para la sala de al lado —dijo—. Lo siento.

—Procure que hoy no vuelva a ocurrir un error así.

La mujer asintió al instante. No intimidada. Solo pragmática. Bien.

Andy la siguió con la mirada hasta que dobló la esquina. Luego se llevó dos dedos al auricular, casi sin que se notara.

—Marcus.

—¿Sí?

—Han confundido las salas. Avisa abajo de que hoy no sube nadie sin confirmación clara.

—Entendido.

Sin agitación. Sin drama. Solo una corrección.

El error había sido pequeño. Puede que insignificante. Probablemente lo fuera. Pero las pequeñas cosas rara vez eran el problema. El problema era acostumbrarse a ellas.

La puerta del salón se abrió cuarenta y seis minutos después. Andy no necesitó mirar la hora para saberlo. El consejero delegado salió, y la reunión debía de haber ido lo bastante bien como para que sus hombros hubieran descendido una fracción casi imperceptible respecto a antes. El abogado ya volvía a hablar.

—Las cifras tienen que…

—En el coche —dijo Andy.

El abogado se calló.

Condujo al grupo de vuelta al vestíbulo con la misma coreografía controlada del hotel, solo que más cerrada, más silenciosa, más concentrada. Delante del club, una furgoneta de reparto se pegó demasiado al bordillo justo cuando el primer coche llegaba a la entrada. Nada dramático. Ningún choque. Solo demasiado cerca, demasiado mal calculado, demasiado sucio en el tiempo.

Andy ya estaba moviéndose antes de que el conductor del primer coche terminara de maldecir.

—Atrás —dijo.

No alto. No seco. Pero con ese filo en la voz que no admitía discusión.

El director general retrocedió dos pasos, sin protestar, hasta el hueco de la entrada. Marcus ya estaba cubriendo el lado izquierdo de la calle, el conductor del segundo vehículo salió del coche, la furgoneta vaciló y luego dio marcha atrás, esta vez despacio. Tras el parabrisas, un hombre con gorra y una cara tan anodina que seguramente llevaba años sin quedarse en la memoria de nadie.

Nada.

Otra vez, solo por poco.

—No pasa nada —dijo el abogado, demasiado rápido, demasiado molesto.

Andy ni lo miró.

—Todavía no.

Reposicionaron el coche. Esta vez, limpio. El director general subió. No hubo más incidentes.

Cuando por fin cerró la puerta del vehículo de apoyo y el club quedó atrás, Marcus inclinó un poco la cabeza.

—¿En serio?

—¿En serio qué?

—La furgoneta.

Andy miró por la ventanilla las fachadas que desfilaban al otro lado.

—Conducción mala.

—¿Y?

—Y una conducción mala sigue siendo una conducción mala.

Marcus guardó silencio un momento.

—Ya no te fías de nada, ¿verdad?

Ella no respondió hasta que el coche se detuvo en un semáforo.

—La confianza no es un concepto operativo de seguridad.

Él no sonrió esta vez.

—Suena triste.

—Suena exacto.

No añadió nada más.

Bastaba.

De vuelta al hotel, el cliente prescindió de ella antes de lo previsto. El resto de las conversaciones serían por videollamada desde la suite, y el círculo interno era lo bastante reducido para no requerir acompañamiento directo dentro de la sala. Marcus asumió el turno en la planta. Andy se quedó solo para la transferencia: habló tres minutos con el jefe del equipo de seguridad del hotel, corrigió dos cosas relativas a los horarios de acceso para esa noche y anotó una combinación de matrícula que seguramente no significaba nada y que, precisamente por eso, se quedó el tiempo suficiente en su cabeza hasta que decidió que, aun así, la haría comprobar.

Solo entonces se retiró.

Su habitación estaba dos plantas por debajo de la del cliente y era exactamente tan anónima como cabía esperar en un lugar de esa categoría. Moqueta gris beige, cama con demasiados cojines, escritorio de madera clara, una lámpara de pie con una pantalla diseñada a propósito para parecer más cara de lo que era. El aire acondicionado zumbaba en una frecuencia que solo se advertía cuando una intentaba dejar de oírla.

Andy dejó la chaqueta, la tarjeta de acceso, el transmisor y el teléfono alineados sobre el escritorio. Luego se quitó la funda, la puso junto al bolso y se acercó a la ventana.

Desde allí la ciudad parecía más sobria. Menos brillante. Más bien una cuadrícula de trayectos, costumbres y azar.

Gente moviéndose sin saber quién la observaba ni por qué. Le gustaba esa perspectiva. Dejaba menos espacio para las ilusiones.

Pasó el pulgar por una fina cicatriz en el borde de la muñeca, tan antigua que apenas se veía ya. Ni siquiera sabía por qué hacía ese gesto. Hay movimientos que se quedan alojados en el cuerpo mucho después de haber perdido su significado. O quizá no lo pierden. Solo dejan de encontrar el camino hacia las palabras.

En el reflejo del cristal vio durante un instante no su propia figura, sino solo la superposición de vidrio y sombra. Una mancha más oscura en la imagen. Una postura que más que vivir, funcionaba.

No pensó en arena ni en sangre ni en lo silencioso que podía llegar a ser todo después de unos disparos. Tampoco pensó en voces. Ni en nombres. Ni en una mirada que había permanecido demasiado tiempo en su memoria, cuando nunca debería haber permanecido.

No pensaba en nada, se dijo.

Y justo ahí estaba el esfuerzo.

El teléfono vibró sobre el escritorio. Una vez. Luego otra.

Andy se volvió, lo cogió y antes de mirar el nombre miró la hora. Primera hora de la tarde. No era una llamada personal. Descolgó.

—Mitchell.

—Espero no interrumpir una intensa experiencia de autoconocimiento emocional.

La voz de Ronan Pierce sonaba como si el sarcasmo no fuera una actitud, sino una técnica respiratoria.

—Entonces esperas mal.

—Bien. Casi suenas amable.

Andy no se sentó. Se quedó junto a la ventana.

—¿Qué pasa?

Ronan llevaba algunos años trabajando como consultor externo para empresas de seguridad, a medio camino entre analista e intermediario, y era una de las pocas personas con las que hablaba con cierta regularidad sin que aquello llegara a parecer una conversación. La conocía lo bastante bien como para no hacer preguntas que no le incumbían. Y también para permitirse ciertas insolencias que, en otros, le habrían resultado insoportables.

—Posible encargo nuevo —dijo—. Aún no está firmado, pero casi.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Duración?

—Abierta. Más bien semanas que días.

Andy guardó silencio un instante.

—¿Perfil?

—Perfil alto. Entorno diplomático. Protección familiar con foco en una sola persona.

Fue hasta el escritorio, sacó una libreta del bolso y la abrió. No porque no pudiera retener los detalles. Sino porque las cosas se volvían más nítidas cuando existían en negro sobre blanco.

—¿Nivel de amenaza?

—Lo bastante creíble para poner nerviosa a la gente. Todavía no lo bastante concreto para clasificarlo con limpieza.

—¿Quién es el cliente?

Al otro lado hubo una breve pausa, de las que Ronan rara vez necesitaba.

—Khalid Al-Hadi.

Andy anotó el nombre. La tinta corrió oscura sobre el papel. Al-Hadi. Su mirada se quedó un segundo más de la cuenta sobre la palabra, sin que hubiera sabido decir exactamente por qué. Diplomacia. Imagen pública. Protocolo.

Espacios complicados. Gente que exigía seguridad y la detestaba al mismo tiempo.

—¿Quién es el objetivo?

—Su hija.

Levantó la vista, como si con eso pudiera cambiar algo en la información.

—¿Edad?

—Veintitantos. Visible en público. Muy social. Acostumbrada a un nivel de protección que probablemente no le ha servido para adquirir buenos hábitos.

—¿Nombre?

—Aaliyah Al-Hadi.

Andy lo anotó también. Después no dijo nada.

Ronan tuvo el detalle de no llenar el silencio de significado.

—Buscan a alguien que no se limite a quedar bien y a vigilar puertas.

—Entonces me impresiona que hayas pensado en mí.

—Hoy estás especialmente inspirada.

Ella lo ignoró.

—¿Qué quieren exactamente?

—Alguien que tome el mando. No alguien que sonría. Ya hay un equipo, pero por lo visto el padre quiere una capa adicional, externa.

—¿Por qué externa?

—Porque lo externo trae menos costumbre. Menos puntos ciegos. Y quizá menos lealtades sostenidas demasiado tiempo sobre los mismos hombros.

Andy pensó en la furgoneta frente al club. En el error del servicio. En todas esas pequeñas cosas que la gente deja de ver cuando pasa el suficiente tiempo formando parte de un sistema.

—¿Cuándo?

—Primera reunión esta noche o mañana por la mañana, según te interese.

—¿Recursos?

—Los ponen ellos. Libertad de actuación dentro del marco. Buena paga. Probablemente un entorno de cliente complicado.

—Eso no es un criterio.

—Para otra gente sí.

Andy pasó la página en blanco de la libreta, aunque no hubiera nada más escrito.

—¿Les han enviado mi historial o solo la parte en la que muevo gente por los pasillos?

—La parte en la que detectas los problemas antes de que tengan nombre.

Esta vez calló de verdad.

Khalid Al-Hadi. Residencias diplomáticas. Protección que tenía que ser visible e invisible a la vez. Una hija. Veintitantos. Presencia pública. Muy social. Seguramente alguien que trataba las normas como sugerencias mientras el mundo le hubiera enseñado que saltárselas nunca tenía consecuencias reales.

Una reacción leve y fugaz cruzó su interior. No resistencia. No interés. Más bien un breve y limpio afilamiento de la atención. Los encargos de protección para familias de alto perfil rara vez eran difíciles solo por el riesgo exterior. Lo complicado casi siempre eran las personas. Los egos. Las costumbres. La gente que quería seguridad siempre que no costara nada. Ni en libertad, ni en comodidad, ni en imagen de sí misma.

—¿Mitchell?

—Estoy pensando.

—Pues piensa más deprisa. Quieren una respuesta hoy.

Miró los dos nombres escritos en la libreta. Khalid. Aaliyah. Todavía no significaban nada más. Solo información. Un posible encargo. Otro marco. Otro sistema que alguien creía tener bajo control.

—Mándame todo lo que tengas —dijo.

—Ya va de camino.

—Y, Ronan.

—¿Sí?

—Si en el dossier aparece la palabra discreto más de dos veces, la cosa se va a poner desagradable.

Él soltó una risa breve.

—Sabía que te echaba de menos.

Colgó sin responder.

Después se quedó un momento junto al escritorio, mirando los nombres como si en el papel pudiera leerse algo que no estaba escrito. No sentía curiosidad. Todavía no. Solo ese leve desplazamiento interior que significaba que un nuevo encargo ya empezaba a tomar forma antes incluso de estar firmado.

Diplomático. Hija. Perfil alto.

No era su terreno favorito.

Aunque el terreno rara vez era la cuestión. La cuestión era si sabía leerlo. Espacios. Personas. Rutinas. Errores.

Recogió la chaqueta de la cama, se la puso y agarró el transmisor. Abajo aún quedaba trabajo, y la costumbre siempre era el primer paso hacia la dejadez. Eso lo había aprendido hacía tiempo.

No dejaba que nada se acercara demasiado.

Ya no.

Cuando quieras, envíame el **capítulo 3** y sigo con la misma línea de adaptación.

Capítulo 3

Andrea Mitchell no odiaba los espacios por su aspecto, sino por la facilidad con la que podían engañar a la gente.

La residencia de la familia Al-Hadi se alzaba retirada, tras un acceso estrecho y una verja que transmitía más poder discreto que verdadera capacidad de defensa. Desde fuera, el edificio parecía tranquilo, casi demasiado tranquilo para un lugar en el que, cada día, se entrecruzaban citas políticas, conversaciones confidenciales y un flujo constante de personal, invitados, entregas y rutinas de seguridad. Piedra clara, ventanales altos, jardín recortado con precisión geométrica, ninguna opulencia innecesaria. Dinero que no necesitaba alzar la voz.

Andy estaba sentada en el asiento del copiloto de un coche oscuro y discreto, y no dejaba que la mirada se demorara en la fachada, sino en las transiciones. Cámara sobre el arco del portón oeste. Segunda cámara en el ala lateral trasera, montada demasiado alta: buena para la visión general, peor para los ángulos justo bajo el muro. Dos vehículos en el patio interior; uno de ellos, probablemente, no lo bastante ágil para una evacuación improvisada. Un conductor en el puesto de entrada con esa postura que podía nacer a partes iguales de la rutina y de la falta de exigencia. Acceso de servicio en el lado norte, medio disimulado por la hiedra y por la arquitectura, pero no tanto como para pasar desapercibido. Bonito. Cuidado. Fiable, si una quería confundir belleza con seguridad.

—Tienes cara de estar insultando a la casa —dijo Ronan Pierce desde el asiento trasero.

Andy no respondió de inmediato. Siguió con la vista la línea del muro, comprobó la posición del segundo hombre al otro lado del portón y solo entonces miró por el retrovisor.

—La estoy evaluando.

—Con desprecio.

—Con realismo.

Ronan sonrió. Solo había ido con ella para facilitar la entrega y, de paso, hacerse a sí mismo el favor de estar una vez de más y no una de menos cuando un encargo prometía complicaciones. Chaqueta oscura, actitud demasiado relajada, esa clase de rostro distendido que invitaba a subestimar su atención. Quien lo conocía mejor rara vez cometía ese error dos veces.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué tal de grave?

—No grave. —Andy abrió la puerta, bajó del coche y se alisó la chaqueta, mientras sus ojos ya registraban el siguiente movimiento en el patio—. Solo no tan bueno como la gente con dinero siempre cree.

—Poesía.

Ella dejó el comentario en el aire y echó a andar.

El jefe del equipo de seguridad existente la esperaba en la escalinata de entrada. Karim Haddad, cuarenta y tantos, traje impecable, rostro anguloso, unos ojos demasiado controlados, demasiado deprisa, para que aquella serenidad fuera natural. No incompetente, pensó Andy al cabo de tres segundos. Pero llevaba demasiado tiempo dentro del mismo sistema como para seguir viendo cada rincón con la misma nitidez que alguien recién llegado.

—Señora Mitchell —dijo, tendiéndole la mano.

Ella se la estrechó una vez, breve.

—Señor Haddad.

—Gracias por haber podido venir con tan poca antelación.

—Si la amenaza es creíble, debería ser así.

Durante un instante, él pareció no saber si aquello era una crítica. Después asintió, como si hubiera decidido no averiguarlo.

—Claro.

Ronan se quedó medio paso por detrás y le cedió el espacio. Aquello también formaba parte de su utilidad.

Dentro de la residencia, el aire era más fresco que fuera y olía a cedro, a flores recién cortadas y a ese aroma limpio, casi invisible, que desarrollan los lugares donde el personal se ocupa de que nada huela nunca a vida cotidiana. El suelo de piedra clara reflejaba la luz justo lo suficiente para que cada estancia pareciera más amplia sin llegar a deslumbrar. Techos altos. Líneas limpias. Obras de arte lo bastante caras como para resultar deliberadamente discretas.

Andy no miró hacia arriba. Miró salidas, ángulos muertos, reflejos en los ventanales donde los movimientos podían leerse dos veces. El gran salón del ala derecha tenía tres ejes visuales hacia el exterior muy atractivos desde el punto de vista estético y muy problemáticos desde el punto de vista de la seguridad. La parte posterior de la casa era elegante en términos arquitectónicos y poco operativa en términos prácticos. El paso abierto entre el salón y la biblioteca ofrecía demasiadas oportunidades para perder de vista a alguien durante unos segundos. Una puerta lateral a la terraza no cerraba con la precisión debida; se notaba en el desajuste mínimo del marco.

—Hicimos una revisión completa del recinto tras la última actualización del protocolo —dijo Haddad, caminando a su lado.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace ocho meses.

Andy no se detuvo, pero en su mirada hubo una respuesta lo bastante clara como para que él la entendiera.

—Desde entonces, solo ha habido ajustes puntuales —añadió.

—Mhm.

Atravesaron un pasillo que conducía a la zona privada de la casa. Dos hombres del equipo de seguridad ocupaban posiciones distintas, ambos impecables, ambos lo bastante atentos como para no llamar la atención en sentido negativo. Uno desplazó mínimamente el peso cuando se acercaron. El otro miró primero a Haddad y luego a ella. Andy tomó nota de ambas cosas.

—¿Cuántas personas hay en protección directa? —preguntó.

—Cuatro en el equipo central rotatorio. Además de conductores, seguridad exterior y refuerzos temporales según el acto.

—¿Y ahora mismo?

—Ahora mismo, seis dentro de la casa, dos fuera y dos unidades móviles disponibles.

Andy asintió. Las cifras solo resultaban útiles cuando iban ligadas a comportamientos. Quería verlos a todos por separado más tarde. Cómo se colocaban. Cómo reaccionaban ante la información. Quién hablaba demasiado. Quién demasiado poco.

Entraron en una sala de reuniones más pequeña, con vistas al patio interior. Sobre la mesa ya había documentación: un informe de situación, varios dosieres impresos, planos, horarios, fotografías de accesos y planes de despliegue de vehículos. Bien. Alguien había entendido que ella no había ido allí a perder el tiempo en cortesías.

—Khalid Al-Hadi se reunirá con nosotros en unos minutos —dijo Haddad—. Hasta entonces, puedo darle una visión general.

—Hágalo.

Expuso los hechos con la precisión suficiente para que mereciera la pena escucharle. Indicios verificados de un posible riesgo, ninguna amenaza comunicada públicamente, varios fragmentos de información difíciles de clasificar con claridad, ninguna estructura de agresor definida, pero sí patrones que, en conjunto, bastaban para sacar al cliente de su zona habitual de tolerancia. Perfiles de movimiento. Calendario de actos. Exposición pública de la hija. Observaciones reiteradas, no del todo explicables, cerca de ciertos lugares que frecuentaba.

Andy escuchó sin interrumpir, salvo cuando algo quedaba demasiado vago.

—Este incidente en París —dijo, golpeando con el índice el segundo informe—. ¿Por qué se clasificó como acoso y no como un tanteo?

Haddad apenas torció la boca.

—Porque el hombre estaba borracho.

—¿Y?

—No llevaba herramientas, ni arma, ni tenía acceso.

—Tenía proximidad.

Haddad no añadió nada.

Ronan estaba apoyado en el marco de la ventana, haciendo lo que mejor sabía hacer: parecer callado mientras no se perdía una sola palabra. Andy registró de pasada que no intervenía. Eso significaba que veía los mismos puntos débiles.

La puerta se abrió sin prisa, pero sin pretender que la entrada careciera de importancia. Khalid Al-Hadi entró con la presencia controlada de un hombre que jamás había aprendido a preguntarle a una habitación si había sitio para él. Traje oscuro, ningún lujo visible salvo la manera en que le caía la tela y la impresión de que el tiempo se adaptaba a él. No imponía por ser alto o ruidoso. Imponía porque todo en él parecía reducido a la función.

Andy no se acercó. Esperó a que él la mirara.

—Señora Mitchell —dijo.

—Señor Al-Hadi.

Su mano estaba seca, su mirada serena. Nada de escepticismo ostentoso, pero sí el suficiente examen como para dejar claro que no confiaba en la gente por costumbre.

—El señor Pierce me ha hablado de usted.

—Entonces espero que le gusten los juicios precisos.

Un rastro de algo —tal vez aprobación— cruzó su expresión y desapareció enseguida.

—Dicen que detecta los puntos débiles antes de que otros los llamen problemas.

—Se dicen muchas cosas.

—¿Y usted qué dice?

Andy miró un instante los planos sobre la mesa y volvió a alzar la vista.

—Que su casa es hermosa y sus procedimientos están llenos de costumbres.

Haddad no se tensó de forma audible, pero sí lo suficiente para que alguien atento lo viera. Khalid, no. Se limitó a observarla sin dejarse molestar por la franqueza.

—Por eso está aquí.

—Por eso he venido.

No hubo más cortesía. Hablaron de rutas, agendas, responsabilidades, libertad de movimiento, niveles de acceso y capacidad de decisión. Khalid era escueto. No necesitaba muchas palabras para resultar nítido. Su preocupación no era histérica, ni siquiera visible de forma abierta. Estaba en el filo con el que formulaba las preguntas. En el hecho de que hubiera decidido introducir a una persona externa en la casa, pese a que ese tipo de estructuras familiares suele preferir cualquier cosa antes que a alguien ajeno a las lealtades establecidas.

No habló de su hija en términos emocionales. Solo prácticos. Exposición. Costumbres. Agenda pública. Negativa a dejar que las medidas de seguridad marcaran sus días.

—Está acostumbrada a la protección —dijo.

—Estar acostumbrada no es lo mismo que cooperar.

—No.

No explicó nada más. Tampoco hacía falta.

Solo cuando Andy cerró de nuevo la documentación, preguntó:

—¿Dónde está ahora?

Haddad lanzó una mirada a Khalid. Fue este quien respondió.

—En el invernadero. En teoría, debía estar esperándome.

Andy tomó nota mental de ese en teoría. Nunca formules una grieta como si fuera normal, si quieres impedir que otros vivan dentro de ella, pensó. En voz alta solo dijo:

—Entonces voy a verla.

Haddad hizo un gesto, como si quisiera ofrecerse a ir delante. Andy ya se había puesto en pie.

El camino hasta el invernadero atravesaba la parte trasera de la casa, donde las estancias eran más privadas, pero no menos expuestas a la observación. Un pasillo largo se abría a una cristalera orientada al jardín; la luz caía sobre el suelo en rectángulos nítidos y, en algún punto más al fondo, se oían voces apagadas. Personal. Una puerta se cerró con suavidad.

Andy no redujo el paso, pero su mirada trabajó más deprisa. Un empleado salía de una estancia lateral con ropa de cama. Dos jarrones estaban demasiado cerca de un hueco junto a la ventana. Un puesto exterior en el jardín dejaba un ángulo muerto de quizá tres segundos hacia el sur. No era mucho. Bastaba.

Vio a Aaliyah Al-Hadi antes de que nadie la anunciara.

No de frente del todo. Primero solo de perfil, a través del último tramo del pasillo, como una figura que ya existía por

completo dentro de su entorno y no necesitaba presentación. Estaba de pie en el invernadero, junto a una zona de estar baja, con un vaso de agua en la mano, frente a una mujer del servicio que acababa de decirle algo a lo que Aaliyah respondió con una frase breve y tranquila. Sin impaciencia visible. Sin pose de cara a la galería. Solo una naturalidad en el espacio que resultaba peligrosa precisamente porque no parecía ensayada.

No llevaba un vestido de noche como en los dosieres de recepciones oficiales. Solo una blusa de seda clara, pantalones oscuros y estrechos, el pelo suelto sobre los hombros, como si perteneciera a aquella habitación igual que la luz sobre los cristales. Apenas se movía. Y, aun así, estaba claro al instante hacia dónde se dirigía primero cualquier mirada.

No llamativa, pensó Andy. Eso era demasiado simple.

Difícil de dirigir.

Aaliyah despidió a la empleada con una sonrisa, giró una vez el vaso entre los dedos y solo entonces levantó la vista. Directa. Sin ese breve momento de tanteo que otras personas suelen necesitar para clasificar a alguien nuevo.

La observó con una mirada que no parecía ni sorprendida ni excesivamente interesada. Más bien como si llevara mucho tiempo decidiendo que toda nueva incorporación a su entorno era, ante todo, material. Clasificar, probar, usar o ignorar.

Andy se detuvo a un paso de lo que habría sido una distancia cómoda y observó primero no su cara, sino el espacio a su alrededor. Dos posibles salidas. Una puerta a la terraza abierta lo justo para resultar bonita y, al mismo tiempo, inconveniente. Un agente de seguridad demasiado atrás a la izquierda. Ni visiblemente descuidado ni bien colocado. Aaliyah advirtió que ella no hablaba de inmediato.

—Debe de ser la refuerzo —dijo al fin.

La voz encajaba con el resto. Tranquila. Cuidada. Levemente divertida, sin esfuerzo.

—Andrea Mitchell.

—¿Solo Andrea?

—Basta con eso.

Una sombra de diversión le cruzó los ojos.

—Qué eficiente.

Andy no contestó.

Aaliyah dio un pequeño sorbo de agua, como si el silencio en las conversaciones con ella fuera normalmente algo que incomodaba más a los demás que a sí misma.

—Últimamente mi padre es muy dado a enviar gente nueva cuando siente que los de siempre ya no obedecen con el grado adecuado de solemnidad.

—Entonces tiene mucha experiencia con equipos de seguridad.

—Por desgracia.

—Eso explica algunas cosas.

No fue un comentario cortante. Precisamente por eso hizo efecto. Aaliyah alzó apenas las cejas.

—¿Y qué explica exactamente?

—Que aquí muchas cosas funcionan por costumbre.

Aaliyah sonrió, esta vez de forma más visible.

—Apenas lleva cinco minutos aquí.

—Cuatro bastan.

A su espalda, Haddad se aclaró la garganta casi en silencio. Andy lo ignoró. Aaliyah, no. Dejó que la mirada pasara fugazmente por encima de él y volvió a ella.

—Así que es de las profesionales desagradables.

—Si con desagradable quiere decir que no soy decorativa, sí.

Por primera vez, Aaliyah se rio de verdad. No alto. Más bien sorprendida de que la respuesta no encajara en el cajón previsto. Tenía una risa bonita, registró Andy de pasada, y descartó el pensamiento de inmediato por inútil.

—Tranquilizador —dijo Aaliyah—. Temía que esta vez mi padre hubiera contratado a alguien escogido por su exquisita amabilidad.

—Entonces puede quedarse tranquila.

—Casi siempre lo estoy.

Andy la creyó al instante. No porque fuera cierto. Sino porque Aaliyah parecía no tener ninguna dificultad para decir aquello que le resultaba útil en ese momento, con independencia de cuánto durara.

Ahora la observaba abiertamente. No de una forma grosera. Más bien como alguien acostumbrado a que la gente se dejara leer al cabo de pocas frases. Andy casi veía el mecanismo trabajando: probar el tono. Medir la reacción. Cambiar de categoría.

—Y bien —preguntó Aaliyah—, ¿ha venido a salvarme del mundo o solo de mi agenda?

—Sobre todo de sus propias costumbres.

Otra vez ese instante brevísimo en el que otras personas quizá habrían dado un paso atrás. Aaliyah no. Se limitó a dejar el vaso y a cruzarse de brazos con soltura.

—No conoce mis costumbres.

—Todavía no.

—Se muestra muy segura para alguien que acaba de conocerme.

—Solo me muestro segura con los patrones.

—¿Y yo soy uno de ellos?

—Ahora mismo, usted es un factor de riesgo.

Esta vez Haddad sí intervino.

—Señora Mitchell…

—No. —Aaliyah alzó levemente una mano, sin apartar los ojos de Andy—. Esto es interesante. Déjela.

Andy vio el gesto. Y también lo fácil que resultaba. Ningún tono de mando. Ninguna dureza visible. Y, aun así, Haddad obedeció.

Aaliyah advirtió que Andy lo había advertido.

—Hace amistades deprisa.

—No he venido para eso.

—Qué lástima.

Su tono era ligero, pero demasiado ligero. Otra prueba. Andy guardó silencio. Y justo ahí cambió algo. No tensión en un sentido dramático. Más bien un leve desplazamiento del equilibrio. Aaliyah estaba acostumbrada a abrir puertas con encanto, a suavizar posturas, a conseguir que la gente se comportara cerca de ella de una manera que pudiera controlar. Andy vio el intento, pero no dejó que se le pegara.

No fue grosero. Solo inútil.

Por primera vez, en la mirada de Aaliyah titiló algo que no era una expresión calculada. Todavía no enfado. Solo esa pequeña irritación que surge cuando un mecanismo conocido no produce efecto.

—No reacciona de una forma especialmente útil —dijo.

—No trabajo sobre la base de la simpatía.

—¿Hace algo basándose en otra cosa que no sean normas?

—Sí. Observar.

—¿Y cuál es su veredicto?

Andy miró hacia la puerta abierta de la terraza y volvió a fijarse en ella.

—Que está demasiado expuesta. Que su equipo reacciona a sus movimientos en vez de dirigirlos. Que le gusta cambiar decisiones en el último momento. Y que cree que eso no tiene importancia mientras hasta ahora no haya pasado nada.

Silencio.

No largo. Pero sí lo bastante largo.

Aaliyah inclinó apenas la cabeza, como si fuera comprobando una por una aquellas frases y decidiendo cuáles debían irritarla y cuáles divertirla. Cuando volvió a alzar la vista, la serenidad seguía ahí. Solo un poco más fina.

—Sabe muchas cosas para alguien que me conoce desde hace cuatro minutos.

—Cinco.

Esta vez no sonrió.

Andy no sintió triunfo. Solo confirmación. Imprevisible, sí. Pero no porque Aaliyah fuera caótica. Al contrario. Porque había aprendido a utilizar, en espacios como aquel, esa forma de poder que no parecía poder. La espontaneidad como privilegio. El encanto como herramienta. La resistencia como juego. Para los contextos sociales debía de funcionar de maravilla. Para un dispositivo de protección, no.

—Supongo que ahora me explicará mi propia agenda —dijo Aaliyah.

—Sí.

—Naturalmente.

—Si cambian sus horarios, yo lo sabré antes. Si sale de una habitación sin aviso previo, la acompaña alguien. Si decide quedarse más tiempo en algún sitio, no será porque en ese momento le apetezca.

—Suena terriblemente próximo a la vida real.

—Es seguridad.

—Es control.

—La diferencia, para personas como usted, suele ser teórica.

Ahí estaba: la primera fricción de verdad. No alta. No fea. Pero sí lo bastante afilada para que todo el mundo en la habitación la percibiera.

Aaliyah ladeó apenas la cabeza. No apartándose. Solo como si necesitara un ángulo mejor para clasificarla.

—¿Personas como yo?

—Públicas. Visibles. Acostumbradas a que otros recojan lo que dejan detrás sus decisiones improvisadas.

Haddad se tensó ya de forma visible. Ronan, que seguía junto a la puerta, continuó sin decir nada. Andy se lo

agradeció.

Aaliyah dejó caer los brazos. Su rostro seguía completamente sereno, pero el calor de la primera parte de la conversación había desaparecido.

—Mi padre no le paga para darme lecciones de principios.

—Estupendo. No las doy.

Un casi imperceptible movimiento de aire al inspirar. Luego, con una sobriedad que sorprendió a Andy:

—¿Y para qué le paga exactamente?

—Para tomarme las cosas en serio mucho antes de que otros estén dispuestos a hacerlo.

La respuesta quedó suspendida entre ambas. No dramática. Solo clara.

Aaliyah se volvió a medias hacia la cristalera y contempló su propio jardín durante una fracción de segundo, como si de pronto tuviera más que decir que las personas de la habitación. Después dijo, sin girarse del todo de nuevo:

—No me gusta especialmente.

Andy ni siquiera se inmutó por dentro.

—No es un criterio operativo.

—Imagino que dice eso a menudo.

—No las suficientes veces.

Durante un instante, pareció que Aaliyah tenía que decidir si reírse, echar a alguien de la habitación o dar por concluida la conversación. Al final no hizo ninguna de las tres cosas. Se volvió por completo, levantó el vaso y miró a Andy con una expresión menos juguetona y mucho más atenta que al principio.

—¿Cuándo empiezan sus normas?

—Ahora mismo.

—Qué cómodo.

—Qué eficiente.

Aaliyah asintió una vez, despacio, como si estuviera sopesando una oferta que no le gustaba pero que, aun así, no

podía rechazar.

—Entonces espero que no vaya siempre dos pasos detrás de mí, como si estuviéramos en una mala película.

—Solo si usted se comporta como si estuviera en una mala película.

Por segunda vez aquella tarde, tuvo que contener visiblemente una reacción. No vergüenza. No inseguridad. Más bien fastidio por descubrir que el intercambio verbal no era un terreno en el que venciera de forma automática.

—Intentaré estar a la altura de sus estándares —dijo al final.

—Hágalo.

Andy se volvió hacia Haddad antes de que Aaliyah hubiera terminado siquiera de exhalar la última palabra.

—Necesito las rutas actualizadas, la lista de actos de las próximas dos semanas, los nombres de todos los conductores externos y acceso a las grabaciones de las cámaras de los últimos diez días.

Haddad asintió enseguida.

—Por supuesto.

—Y esa puerta de la terraza no volverá a estar abierta mientras ella esté aquí.

Aaliyah dijo con sequedad:

—Demoledor.

Andy la miró entonces directamente.

—Se acostumbrará.

—No lo creo.

—No necesita creerlo.

De nuevo, silencio. Distinto esta vez. Menos juguetón. Menos controlado por Aaliyah. No era que Andy hubiera ganado. La situación era demasiado reciente y Aaliyah estaba demasiado hecha a salas donde, tarde o temprano, la gente terminaba adaptándose a su ritmo. Pero por primera vez en

mucho tiempo, parecía, alguien nuevo había entrado en su entorno sin apresurarse a ajustarse a su sistema.

Aaliyah lo notó. Andy lo vio en la mínima lentitud de su mirada, en el reajuste casi invisible de su postura.

No reaccionaba como estaba acostumbrada a reaccionar.

—Supongo que esto va a ser desagradable —dijo Aaliyah.

—Probablemente.

—Y parece extrañamente satisfecha con ello.

—Satisfecha no es la palabra.

—¿Entonces cuál?

Andy pensó un segundo si hacía falta responder.

—Útil.

Esta vez Aaliyah no sonrió. Pero algo en su cara se volvió más nítido. Más afilado. Como si decidiera que el rechazo, por sí solo, era demasiado simple y que algo en aquella mujer plantada delante de ella la inquietaba más de lo que le convenía.

Andy tomó nota sin atribuirle importancia. De momento no era más que otro factor. Una dinámica. Una dificultad que empezaba a perfilarse.

Nada más.

—Empezaré por el ala norte —le dijo a Haddad—. Después revisaré las rutas exteriores.

Aaliyah volvió a llevarse el vaso a los labios sin beber.

—Entonces disfrute de mis costumbres, señora Mitchell.

—No se ha mencionado nada parecido.

Se marchó antes de que la conversación pudiera dar otra vuelta. No por huida. Por funcionalidad. En el pasillo, la luz caía de otro modo que antes, más dura ahora, más clara, y supo antes incluso de que Haddad hablara que iba a disculparse; no por Aaliyah, sino por la manera en que la gente con poder suele ser disculpada por todos los que la rodean.

—Ella es… —empezó él.

—Ya lo sé.

—Se adaptará.

Andy le lanzó una mirada rápida mientras seguía avanzando por el pasillo.

—Esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es la cuestión?

Pensó en la puerta de la terraza. En los ángulos muertos. En la naturalidad con la que Aaliyah daba por seguros los espacios, siempre que fueran lo bastante hermosos.

—Si empezará a hacerlo a tiempo.

Lo dejó atrás con esa frase.

A su espalda, en algún punto del invernadero, Aaliyah volvía a hablar con voz tranquila con otra persona. Como si la conversación no hubiera resbalado por ella como algo que no se deja clasificar de inmediato. Como si ya estuviera otra vez en su terreno.

Andy no se lo creyó.

No del todo.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, la luz del ala este de la residencia era tan nítida que cualquier forma de imprecisión parecía una ofensa personal.

Entraba en largas franjas frías por los altos ventanales del salón de desayunos y se extendía sobre la piedra clara, sobre las servilletas de lino, sobre la superficie pulida de la mesa en la que Aaliyah Al-Hadi estaba sentada, como si también aquella mañana fuera algo que pudiera mantenerse sin esfuerzo dentro de una forma correcta, siempre que se le diera el marco adecuado. El café olía intenso y limpio. Sobre una consola baja había flores blancas en un jarrón de cristal, lo bastante frescas como para no transmitir aún el menor cansancio. Fuera, el jardín se movía exactamente en la medida en que debe moverse un jardín cuando ha sido diseñado con suficiente dinero.

Aaliyah, con un jersey claro de cachemir y pantalones oscuros, estaba sentada al extremo de la mesa, con una tableta a un lado y el café delante, como si aquello fuera una mañana cualquiera y no una en la que una desconocida había decidido descomponerle la vida en rutas, horarios y transiciones controlables.

Andy no entró en la sala como si necesitara una aparición. Simplemente estuvo allí, como si llevara diez minutos existiendo antes de que alguien reparara de verdad en ella. Pantalones oscuros, camisa sencilla, chaqueta abierta, el pelo recogido hacia atrás, y en la mano una carpeta fina con

impresos y notas manuscritas. Tenía aspecto de haber dormido bien, aunque Aaliyah sospechaba que aquella mujer probablemente siguiera pareciendo perfectamente funcional con tres horas de sueño, como si el cansancio fuera un lujo reservado a personas con peor disciplina.

Karim Haddad también estaba presente, ligeramente ladeado junto a la puerta, irradiando esa clase de serenidad profesional que había rodeado a Aaliyah durante años. Fiable, correcto, un poco demasiado dispuesto a pactar con circunstancias que no le gustaban. Su padre no se había unido a esa parte de la mañana. Quizá por inteligencia. Quizá por comodidad. Quizá porque sabía que las normas dictadas por otros a veces resultaban más soportables que esas mismas normas en su propia voz.

Andy dejó la carpeta sobre la mesa sin sentarse.

—Vamos a repasar sus rutinas —dijo.

Ni buenos días. Ni introducción. Ni esa cortesía que más tarde pudiera volverse contra ella.

Aaliyah levantó la taza de café, se tomó su tiempo, la dejó de nuevo sobre el plato y solo entonces alzó la vista.

—¿Vamos?

—Usted, yo, su agenda y toda la gente que cree que las decisiones improvisadas son inocuas.

Aaliyah sonrió con la serenidad justa para que no pareciera resistencia.

—Suena casi social.

—No es la intención.

—Claro que no.

Andy abrió la carpeta. Ni rastro de irritación. Ni la menor necesidad de desgastarse con la ironía. Eso era precisamente lo molesto. La gente a la que no se podía sacar del compás con un poco de encanto le arrebataba a una buena parte de sus herramientas habituales.

—A partir de hoy —dijo Andy, sacando una hoja impresa —, todas las citas externas deberán confirmarse con un mínimo de cuatro horas de antelación. Los cambios con menos de una hora solo se admitirán si cuentan con autorización de seguridad.

—¿Autorización de quién?

—Mía.

La respuesta llegó con tal tranquilidad que casi habría podido resultar ofensiva, de no haber sido completamente objetiva.

Aaliyah se echó hacia atrás.

—Tiene una relación admirablemente sana con la autoridad.

—Tengo una relación bastante útil con las competencias.

—¿Y dónde termina mi margen?

Andy miró el plano que estaba desplegando frente a sí.

—Donde obliga a otros a improvisar por culpa de sus impulsos.

No era la dureza de la frase lo que molestó a Aaliyah. Era la precisión. La gente de su entorno solía ser o tan cortés que toda crítica sonaba diluida, o tan servil que prefería rodear sus deseos antes que limitarlos abiertamente. Andy no hacía ni una cosa ni la otra. Formulaba las cosas como hechos. No para herir. Tampoco para impresionar. Sino porque las consideraba ciertas.

Era una cualidad profundamente incómoda.

Andy siguió hablando, sin acelerar. Horarios. Recorridos. Distribución del equipo. Qué zonas de la casa se consideraban preferentes y cuáles solo debían usarse con aviso previo. Qué puertas de salida permanecerían cerradas. Qué vehículos pasarían a utilizarse por defecto. Que las puertas de la terraza dejarían de quedarse abiertas «solo un momento» cuando Aaliyah estuviera en una estancia. Que el personal ya no transmitiría sus movimientos de forma lateral o informal,

sino a través de un circuito centralizado. Que se revisarían las listas de conductores. Que no se accedería al lado norte del jardín al anochecer sin acompañamiento.

Lo explicaba todo como si estuviera leyendo la previsión del tiempo. Sin agresividad. Sin disculparse.

Aaliyah escuchó. Por fuera, relajada, con una mano alrededor de la taza, la mirada a veces sobre el plano, a veces en el rostro de Andy. Por dentro, registraba cada frase como una nueva huella sobre una superficie que le había pertenecido desde que tenía memoria.

—¿Y los actos? —preguntó al cabo.

—¿Qué actos exactamente?

—Habla como si tuviera intención de no volver a salir nunca de casa.

—Hablo como si alguien tuviera motivos para encontrar interesantes sus movimientos.

—Mucha gente los encuentra interesantes.

—No de esta manera.

Haddad lanzó una breve mirada a Andy. Aaliyah la vio, pero no la comentó.

Andy sacó otra hoja.

—Para los compromisos oficiales, se mantiene su presencia prevista. Para los encuentros privados, hasta nuevo aviso: nada de lugares sin verificar, nada de desvíos improvisados, ningún cambio de ruta sin consultarlo.

—Consultarlo —repitió Aaliyah—. Es una palabra bonita.

—También práctica.

—Depende de desde qué lado de la palabra se esté.

Andy no respondió. Apoyó un dedo sobre una línea marcada en el plano de la casa.

—El invernadero seguirá siendo accesible durante el día. La terraza, solo con el perímetro exterior cerrado. La biblioteca deja de ser una zona de paso. Si quiere ir al jardín trasero, el equipo lo comunicará antes.

—¿También va a decirme cuándo puedo respirar?

Andy levantó la vista.

—Solo si hasta ahora lo ha hecho sin control.

Haddad dejó escapar el aire por la nariz, casi en silencio. Aaliyah giró mínimamente la cabeza hacia él. Tenía el aspecto de quien estaba haciendo un esfuerzo muy consciente por no reaccionar a ninguna de las dos.

Dejó la taza en la mesa.

—Está convencida de que terminaré adaptándome.

—No.

—¿No?

—Solo estoy convencida de que las normas seguirán vigentes de todas formas.

Durante un momento, la sala se volvió más silenciosa, aunque acústicamente nada hubiera cambiado. En la entrada alguien conducía un coche por la explanada. En la estancia contigua, una empleada hablaba en voz baja con alguien de cocina. El mundo seguía su curso. Solo aquella conversación había dejado de parecer del todo corriente.

Aaliyah se cruzó de brazos.

—No tiene ningún problema en quitarle a la gente cosas a las que está acostumbrada.

—La costumbre no es un concepto de protección.

—¿Repite siempre esa frase cuando les reorganiza la vida a los demás?

—Solo cuando hace falta.

—¿Y quién decide eso?

—Hoy, yo.

Aaliyah no sonrió. No porque hubiera perdido el intercambio. No pensaba así. Sino porque por primera vez tenía la desagradable sensación de que aquella mujer ni siquiera se molestaba, por dentro, en considerar su encanto una forma de fricción. Andy no reaccionaba con fastidio. Ni con inseguridad. Ni siquiera con una resistencia muda. Dejaba

que las frases rebotaran en ella como si estuvieran diseñadas para otro tipo de persona.

Eso era nuevo. Y exasperante.

Andy no cerró la carpeta. Simplemente atrajo hacia sí el siguiente plano, como si la discusión fuera una variable menor y no el centro mismo de la mañana.

—A partir de hoy, los equipos rotarán de otra manera. Nada de patrones de comodidad. Nada de posiciones fijas durante varios días seguidos.

Haddad se acercó por fin un poco más.

—Tenemos gente muy buena.

—No lo pongo en duda.

—Entonces...

—Entonces, la gente buena suele desarrollar hábitos aún peores, porque hace mucho que nadie se los cuestiona.

No era una humillación. Precisamente por eso golpeó más. Aaliyah vio cómo algo cambiaba en el rostro de Haddad: no ofensa, exactamente, sino una defensa instintiva. Era demasiado profesional para discutir abiertamente el criterio de Andy. Pero no lo bastante como para no sentirlo como un ataque al orden que él había sostenido hasta entonces.

Andy lo registró y siguió adelante.

—El almuerzo de hoy en la galería queda cancelado —dijo, volviéndose otra vez hacia Aaliyah.

Aaliyah arqueó las cejas despacio.

—¿Perdón?

—Ese almuerzo queda cancelado.

—No es una cita que se cancela. Es un almuerzo.

—Entonces su almuerzo en la galería queda cancelado.

—¿Ha anulado mi comida?

—He descartado el lugar.

Aaliyah tardó exactamente un pulso de más en responder. No porque no se le ocurriera qué decir. Sino porque necesitó

una fracción de segundo para asumir que Andy ya había dado ese paso antes de darle ocasión de impedirlo.

—¿Sobre qué base?

Andy le deslizó una hoja por la mesa. Aaliyah no la miró de inmediato. Primero miró a Andy. Después, sí, al papel. Dos accesos para vehículos. Fachada abierta al público. Entrada lateral por un callejón estrecho. Demasiados ejes visuales. Muy poca zona de control previa.

—El lugar no es adecuado —dijo Andy.

—Hasta ahora sí lo era.

—Hasta ahora tampoco tenía una alerta creíble sobre un posible riesgo.

—¿Y por eso ahora decide usted, sin más, qué hago con mi día?

—Sí.

Haddad no dijo nada. Con buen criterio.

Aaliyah se puso en pie.

No fue un gesto dramático. No apartó la silla de golpe, no tiró nada, no elevó la voz. Precisamente por eso, la atmósfera de la habitación cambió al instante. Su enfado era más elegante que el de otras personas, pero no menos evidente.

—Esta no es su vida —dijo.

Andy alzó los ojos hacia ella sin moverse.

—No.

—Entra aquí, echa un vistazo a dos puertas y tres ángulos de cámara y cree que eso le da derecho a eliminar cosas que no le incumben.

—Si afectan a su seguridad, me incumben exactamente lo suficiente.

—No tiene ni idea de lo que me incumbe.

Andy guardó silencio un momento. No dudando. Midiendo.

—Ahora mismo, sobre todo le incumbe haberse acostumbrado a confundir comodidad con libertad.

Ahí estaba. No la primera frase afilada de la mañana, pero sí la primera que penetraba lo bastante hondo como para no poder apartarse de inmediato. Aaliyah lo sintió físicamente. Como un corte fino y frío bajo la tela.

Se apartó de la mesa, con una mano sobre el respaldo de la silla.

—A mi padre le encanta ese tono en la gente a la que paga.

—Su padre no pinta nada en esta conversación.

—Qué interesante, porque se comporta como si estuviera aquí por encargo suyo.

—Estoy aquí por su bien.

Aaliyah soltó una breve risa. Nada alegre.

—¿Por mi bien? No me conoce.

—No necesito conocerla para detectar procedimientos malos.

—¿Llama malo a todo lo que no ha ordenado usted?

—No. —Andy se puso también en pie. No de forma brusca. Solo con la tranquila naturalidad de alguien que no discute sentada cuando los demás se han levantado—. Solo a lo que crea huecos innecesarios.

—¿Y yo soy un hueco?

—Usted los crea.

Silencio.

Aaliyah detestaba la forma de aquella mujer de colocar las frases. No alzaba la voz. No había triunfalismo. Solo una manera de decirlas que impedía desactivarlas con una sonrisa.

—Voy a ir a ese almuerzo —dijo.

Andy la miró.

—No.

Fue el primer no de verdad.

No una objeción formal. No un rodeo diplomático. No un «se lo desaconsejo». Solo esa única palabra, dicha con calma, con una claridad que ocupaba espacio en vez de pedirlo.

Aaliyah parpadeó. Una vez. Despacio.

—¿Perdón?

—Hoy no va a ir a ese sitio.

—¿Y si aun así voy?

—Entonces cambiaré el plan para que no vaya.

—Eso se parece bastante a una amenaza.

—Es una medida.

Por un instante, Aaliyah pensó que podría llegar a odiarla. No de verdad, por supuesto. Para eso el odio seguía siendo una emoción excesiva en alguien que llevaba años administrando la distancia con estilo. Pero era una sensación lo bastante próxima como para resultar interesante.

—Confunde usted su ámbito de trabajo con la posesión —dijo.

La cara de Andy no cambió.

—No. Usted confunde resistencia con independencia.

Haddad giró la cabeza, como si estuviera escuchando un ruido en el pasillo que no existía. Ronan Pierce, que hasta entonces había permanecido junto a la puerta y probablemente se estaba divirtiendo más de lo que mostraba, siguió sin decir una palabra. Aquello también empezaba a irritar a Aaliyah.

—Karim —dijo, sin apartar la vista de Andy—. ¿Esa forma de insolencia viene incluida en su contrato o es un extra gratuito?

Haddad abrió la boca, volvió a cerrarla y eligió la versión de sí mismo con más probabilidades de sobrevivir mucho tiempo.

—A la señora Mitchell se le ha dado libertad de actuación expresa.

Aaliyah asintió despacio.

—Naturalmente.

Dejó que la mirada descendiera de Andy a los papeles sobre la mesa. A las marcas. A las líneas. A los cambios. De pronto, todo tenía el aspecto de algo que hablaba de ella sin proceder

de ella. Una vida convertida en plan logístico. Una persona convertida en patrón de movimiento.

—Bien —dijo—. Supongamos que decido cooperar. ¿Cómo sería exactamente su versión perfecta de mi día?

Andy respondió al instante.

—Sin galería. Almuerzo aquí o en una zona completamente controlada. Después, solo una reunión interna. Ningún desplazamiento exterior hasta la noche. Para la conferencia de la próxima semana, su agenda se ajustará. Menos trayectos abiertos, más transiciones fijas.

—Así que quiere convertir mi vida en un pasillo.

—Los pasillos son previsibles.

—Y espantosamente aburridos.

—Se infravalora mucho el aburrimiento.

Aaliyah la miró, y algo en aquella objetividad inquebrantable la irritaba casi más de lo que la habría irritado una resistencia abierta. Una podía enfrentarse a la gente que se dejaba provocar. Sacarla del compás, arrastrarla a su terreno, obligarla a reaccionar desde la emoción. Andy no hacía nada de eso. Permanecía dentro de sí misma. En la tarea. En las reglas. Como si el encanto fuera un fenómeno meteorológico que registraba, pero que no la afectaba.

—Debe de ser usted una persona agotadora —dijo Aaliyah.

—No pocas veces me pagan por ello.

—Dudo que el dinero lo explique todo.

—Yo también.

Aquello la alcanzó de forma inesperada. No porque la frase se abriera demasiado. Más bien porque, durante un instante, insinuó que bajo aquella superficie controlada quizá existía algo que no estaba hecho solo de protocolos. Andy volvió a cerrarlo enseguida. Pero Aaliyah percibió la rendija mínima.

Y después desapareció.

El resto de la mañana transcurrió en una forma de hostilidad controlada que, desde fuera, probablemente habría

parecido eficiencia. Andy inspeccionó la ruta exterior del lado sur, cambió dos posiciones, trasladó a un hombre del jardín al paso entre esa zona y el ala de vivienda, y exigió que le demostraran el sistema de cierre de las puertas de la terraza. Cuando descubrió que una de las del invernadero no encajaba bien en el marco, hizo que se revisara técnicamente antes del anochecer. Cuando un conductor mencionó una hora por inercia en lugar de seguir el plan actualizado, lo corrigió sin sonar ni una sola vez antipática.

Y cada vez que Aaliyah creía haber encontrado por fin un punto en el que aquella mujer era solo controladora y no realmente precisa, aparecía un detalle que la descolocaba.

La manera en que, al recorrer la casa, Andy no miraba el arte, sino los reflejos en los ventanales. Cómo se detenía ante una consola porque las llaves allí depositadas revelaban quién se movía por dónde dentro de la residencia. Cómo no solo leía a las personas, sino también a sus costumbres.

A primera hora de la tarde se produjo el primer pequeño incidente, que no fue nada y precisamente por eso lo dijo todo.

Después del almuerzo cancelado, Aaliyah decidió probar al menos una parte de su frustración en los márgenes del nuevo orden. No de forma infantil. No con rebeldía abierta. Solo con la precisión suficiente para comprobar hasta qué punto aquellas normas eran realmente elásticas.

Le dijo al personal que quería salir al jardín trasero y tomó el camino largo por la biblioteca en lugar de usar el paso principal. Que ella supiera, no estaba prohibido. Solo no estaba anunciado. El jardín quedaba al abrigo del muro posterior, separado de la entrada de carruajes, y era lo bastante silencioso como para parecer su propio microclima incluso a plena luz del día. Senderos de grava, setos estrechos, sombra bajo dos árboles viejos, un pequeño pabellón de piedra al fondo. Uno de los pocos lugares de la finca donde, de

vez en cuando, conseguía la sensación de estar sola durante diez minutos.

Llegó hasta la mitad del sendero de grava.

—Señorita Al-Hadi.

Aaliyah se detuvo, sin girarse de inmediato. Habría sido una pequeña victoria no reaccionar tan rápido. Aunque, por otra parte, era irritante jugar cuando la parte contraria dejaba tan claro que no tenía ningún interés en hacerlo.

Andy no se acercó con prisa. Simplemente estaba allí, a unos pasos de ella, como si también aquel movimiento hubiera estado ya dibujado en algún plano.

—Estoy en el jardín —dijo Aaliyah.

—Ya lo veo.

—Entonces su sistema de observación funciona de maravilla.

—Ha tomado la ruta trasera sin avisar.

Aaliyah se volvió al fin.

—No iba camino de Marruecos. Estoy a diez metros de la biblioteca.

—Doce. —Andy miró brevemente a la izquierda y volvió a ella—. Y ha estado fuera de la línea principal de visión durante casi cuarenta segundos.

Aaliyah soltó una risa baja.

—¿Lo ha medido?

—Sí.

—Impresionante.

—Práctico.

—Cualquiera diría que trato con alguien que considera el humor una enfermedad contagiosa.

Andy no reaccionó.

—A partir de ahora, no volverá a usar esta ruta sin comunicarlo.

—Es mi jardín.

—Es su patrón.

Aaliyah sintió el impulso de decir algo más cortante. En su lugar, se limitó a arquear las cejas.

—¿Y si quiero aire?

—Lo tendrá. De una forma previsible.

—Suena espantoso.

—Suena seguro.

—Usa esa palabra como si fuera un conjuro.

—No. Solo con más frecuencia que usted.

Aaliyah dio un paso a un lado, no para alejarse de ella, sino por la necesidad de romper la línea rígida de la conversación.

—Es usted imposible.

—Y no está acostumbrada a eso.

Ahí volvía a estar aquel golpe breve y preciso. Sin agresividad visible. Sin satisfacción. Solo la constatación de un patrón que Aaliyah, en ese mismo instante, quería desmentir y confirmar a la vez.

—Estoy acostumbrada a muchas cosas —dijo.

Andy la observó un segundo más de lo que exigía la mera cortesía. No la evaluaba. Tampoco había en ello un interés de una clase que Aaliyah hubiera sabido nombrar. Solo atención.

—No a que alguien le cambie las decisiones sin más.

La frase quedó entre ambas. Fría. Correcta. Exacta.

Aaliyah no contestó enseguida. Eso, por sí solo, ya era lo bastante nuevo como para resultar llamativo.

—Debe de parecerle muy revelador —dijo por fin.

—Me parece útil.

—Claro.

Andy no hizo ademán de devolverle el espacio. Aquello también era una respuesta. Aaliyah habría podido insistir en quedarse en el jardín. Hacer venir a Karim. Llamar a su padre. Convertir aquello en una situación que, probablemente, su lado de la casa acabaría ganando. En lugar de eso, sostuvo la mirada de Andy un momento más y luego pasó junto a ella de vuelta a la biblioteca sin decir una sola palabra.

No porque cediera.

Sino porque, de pronto, no estaba segura de cuál de las dos habría sido la que realmente habría perdido el compás si se hubiera quedado.

Al final del día, cuando la casa se volvió más silenciosa y el ritmo del personal se desplazó hacia las rutinas de la noche, volvieron a encontrarse en el pasillo que daba al ala privada. Era uno de esos corredores largos y nítidos que, en casas como aquella, conservan más luz que calor. Una lámpara ardía en la pared, lo bastante amortiguada como para no endurecer nada. Fuera, el jardín ya se había hundido en la penumbra.

Aaliyah salía de la biblioteca con un libro bajo el brazo que probablemente no leería de verdad esa noche. Andy estaba al otro extremo del corredor, una tableta en la mano, hablando en voz baja por el auricular. Cuando la vio, no interrumpió la frase. Solo levantó un instante la vista, terminó la instrucción y se quitó el dispositivo del oído.

—¿Va a salir otra vez?

No era una pregunta severa. Solo una pregunta que ya contenía algo más que la mera pregunta.

—No —dijo Aaliyah—. Solo voy a mi habitación. A menos que quiera redactar un plan también para eso.

Andy miró el libro. Después, otra vez su cara.

—Mañana a las nueve repasaré con usted la agenda de la semana que viene.

—Qué tentador.

—No es una invitación.

Aaliyah se detuvo a unos pasos de ella. El pasillo era lo bastante ancho para que la distancia resultara natural. Y, aun así, el espacio pareció de repente más pequeño que durante el día. Quizá porque ya no había nada en él salvo sus voces y la luz quebrándose en las paredes lisas.

—Tiene una resistencia admirable —dijo.

—Y usted una tendencia notable a tomarse como algo personal lo que va dirigido a la estructura.

—¿Alguna vez ha dicho una frase que no sonara a manual?

—Sí.

—No la creo.

Andy ni siquiera se encogió de hombros.

—No hace falta.

Aaliyah podría haber respondido con alguna forma elegante de ironía. Algo ligero, impecable, que le diera la última palabra sin que se notara. En cambio, se limitó a mirar a aquella mujer que seguía en pie como si el cansancio perteneciera a otra especie, y se preguntó durante un instante incómodamente largo qué era exactamente lo que la irritaba tanto del hecho de que Andy no se dejara clasificar.

No atractiva, se dijo. No en ningún sentido simple. Solo irritante. Demasiado directa. Demasiado poco impresionable. Demasiado poco dispuesta a entrar en el ritmo habitual de reacción y contrarreacción.

Y, sin embargo, junto al enfado había ya algo distinto. Algo más pequeño. Más fino. No interés. Todavía no. Más bien esa atención involuntaria que se presta a las cosas que resultan más difíciles de lo que una había supuesto al principio.

—A las nueve —dijo Aaliyah por fin.

Andy asintió una vez.

—A las nueve.

Pasaron la una junto a la otra. No lo bastante cerca como para dotarlo de significado. No lo bastante lejos como para hacerlo parecer casual.

Aaliyah siguió su camino, aunque todavía notaba cómo sus pensamientos se resistían a aquella breve escena, como si le hubiera concedido más espacio del debido. A su espalda, Andy ya estaba diciendo algo de nuevo por el auricular, tranquila, objetiva, como si aquel día no hubiera sido más que la primera

etapa de un plan que ella llevaba ya trazado con líneas claras delante de sí.

Quizá ese fuera exactamente el problema.

Aaliyah estaba acostumbrada a que la gente se adaptara a sus espacios.

Andrea Mitchell no lo hacía. No de forma visible. No con cortesía. Ni siquiera de mala gana.

Y eso era, para irritación creciente de Aaliyah, más interesante de lo que debería.

Capítulo 5

El despacho de su padre era una de las pocas estancias de la residencia que no daban la impresión de haber sido concebidas para tranquilizar a los demás.

No era una habitación hostil. Solo honesta. Madera oscura, líneas limpias, ninguna decoración superflua, ningún color suave que tradujera la dureza en buen gusto. Las ventanas daban al este, pero los pesados cortinajes estaban solo a medio abrir, de modo que la luz no entraba libremente, sino en franjas controladas sobre la alfombra y el escritorio. En una mesa auxiliar había una jarra de agua intacta. En la pared no colgaba ninguna foto familiar, ninguna alusión discreta a prioridades sentimentales. Solo dos fotografías en blanco y negro enmarcadas, de otra época, recepciones diplomáticas en las que hombres de traje oscuro se sonreían con esa cortesía que no revelaba absolutamente nada sobre sus verdaderas intenciones.

A Aaliyah no le gustaba especialmente aquella estancia. No porque fuera fría. Sino porque tenía esa clase de silencio en la que las palabras adquirían importancia demasiado deprisa.

Entró sin llamar. Su padre ya estaba sentado tras el escritorio, con una carpeta delante y unas gafas en la mano que solo se ponía para documentos que se tomaba en serio o fingía tomarse en serio. Karim Haddad estaba junto a la ventana. Andrea Mitchell no. Durante un instante, Aaliyah sintió un alivio casi infantil al pensar que, al menos, aquella

conversación tendría lugar sin su nueva catástrofe personal en forma humana.

Entonces vio abierta la segunda puerta, la que daba a la estancia contigua.

Andy no estaba en el despacho propiamente dicho, sino un paso más atrás, en la pequeña zona de transición hacia la biblioteca, como si quisiera respetar el carácter formal del encuentro sin dejar de permanecer dentro del campo visual. Pantalones oscuros, camisa oscura, la chaqueta cerrada esta vez. En una mano, una tableta; en la otra, una libreta. Tenía una quietud tan serena que casi habría podido pasar desapercibida, de no ser precisamente esa quietud lo que llamaba la atención.

Claro, pensó Aaliyah. Cómo iba a permitirse que una sola conversación en esta casa tuviera lugar sin ella.

—Querías hablar conmigo —dijo, deteniéndose ante el escritorio.

Khalid dejó las gafas junto a la carpeta.

—Siéntate.

—Eso nunca suena a invitación.

—No lo es.

Habría podido insistir en ese tono. Una observación, una resistencia pequeña, una alusión a que las formas imperativas nunca resultaban elegantes dentro de una familia, por mucho refinamiento con que se las envolviera. En lugar de eso, se sentó en el sillón de enfrente y cruzó una pierna sobre la otra. No por sumisión. No por obediencia. Más bien como un gesto controlado, una forma de señalar que no reconocía automáticamente la gravedad de aquella estancia ni la autoridad que irradiaba.

Su padre la miró unos segundos sin hablar. Eso también era propio de él. Nunca llegaba al punto central antes de asegurarse de que la habitación sostenía toda su atención.

—Hay información nueva —dijo al fin.

Aaliyah alzó apenas las cejas.

—¿Información o temores?

—Información.

Se reclinó un poco en el respaldo.

—Suena más dramático de lo que seguramente es.

—Entonces escucha antes de clasificarlo.

Ahí estaba otra vez, aquella dureza sobria suya que nunca se volvía ruidosa y justo por eso pesaba más. Aaliyah dejó que la mirada se desviara un segundo hacia Andy, que seguía inmóvil, y luego volvió a su padre.

—Estoy escuchando.

Khalid abrió la carpeta. No deprisa. Con precisión.

—En las últimas semanas se han producido varios incidentes que, por separado, podrían no significar nada. Juntos, no.

Aaliyah soltó el aire por la nariz. «Varios incidentes» era exactamente el tipo de formulación con la que personas como su padre se arrogaban el derecho de reorganizar días enteros de la vida ajena.

—¿En concreto? —preguntó.

—Observaciones en París. Una solicitud llamativa de tu agenda pública en Ginebra. Un incidente en Madrid que tu equipo hasta ahora clasificó como acoso. Y, desde ayer, dos indicios más que no pienso ignorar.

—Acoso —repitió Aaliyah—. No ataque.

—Ese no es el punto.

—Si no fue un ataque, sí que lo es.

Khalid no cerró la carpeta, pero ya no la miró como a una interlocutora en pie de igualdad, sino como a alguien cuya resistencia resultaba previsible y, por eso mismo, no le sorprendía.

—El punto es que empieza a apreciarse un patrón.

—¿Para quién?

—Para la gente a la que se paga por detectar patrones.

Aaliyah volvió la vista hacia Haddad. No dijo nada. Claro que no. Miró después a Andy. Tampoco allí hubo reacción. Solo esa atención silenciosa que empezaba a parecerle aún más irritante que la discrepancia abierta.

—¿Y ese patrón justifica exactamente qué? —preguntó.

—Ajustes.

—Qué palabra tan inocente.

—Es la correcta.

—Para ti, quizá.

Su padre ignoró el comentario.

—Tu agenda se simplificará durante los próximos días. Los compromisos no esenciales quedan suspendidos. Todos los desplazamientos fuera de la casa se reevaluarán. Se modificarán las rutas. El equipo trabajará, a partir de ahora, con el protocolo diseñado por la señora Mitchell.

Pronunció su nombre sin volver la cabeza. Andy, aun así, no se adelantó. Aaliyah detestaba esa forma de ocupar las estancias, como si su sola presencia bastara para ejercer influencia.

—Mi agenda se simplificará —repitió Aaliyah despacio—. ¿Por quién?

—Por mí.

—Naturalmente.

—Y por el criterio de seguridad, que desde hoy tiene prioridad.

Aaliyah sonrió con una delgadez fría.

—Es admirable la rapidez con la que prioridad se convierte, en esta casa, en sinónimo de incuestionable.

—Eso no es incuestionable —dijo Khalid—. Es necesario.

—Utilizas palabras demasiado grandes para algo que, por ahora, se parece sobre todo al control.

Por primera vez, Andy se movió. No mucho. Solo lo justo para desbloquear la tableta y deslizar el pulgar por la pantalla, como si ya estuviera traduciendo internamente aquella

conversación en consecuencias operativas. Aaliyah sintió el impulso inmediato de reaccionar justo a eso. No al contenido. A esa insoportable disposición a incorporar sus objeciones a la siguiente serie de restricciones.

—¿Hasta qué punto es concreta esa supuesta necesidad? —preguntó—. ¿Alguien ha dicho que estoy en peligro? ¿O estamos aquí sentados, reorganizando mi vida en torno a una colección de conjeturas desagradables?

Khalid guardó silencio un instante. Cuando habló, la voz seguía igual de serena.

—Más concreta de lo que me gustaría. Menos concreta de lo que necesitaría para una calificación oficial. De momento, no necesitas saber más.

—Eso significa que o no lo sabes tú mismo o no quieres decírmelo.

—Ambas cosas serían legítimas.

—Qué tranquilizador.

Esta vez, él miró brevemente a Andy. No para pedir ayuda. Más bien para comprobar que la mujer que había introducido en la casa sostenía esa decisión con la misma objetividad con que sostenía todo lo demás. Andy no le devolvió la mirada de forma visible, pero Aaliyah percibió aun así el cambio en el aire. Como si la conversación se desplazara de la lógica familiar a la lógica operativa.

—A partir de hoy no va a asistir a ningún compromiso no previsto —dijo Andy.

Aaliyah giró la cabeza hacia ella.

—Ah, ¿ahora también habla?

Andy dio medio paso al frente. No a la defensiva. Solo lo suficiente para dejar de parecer una sombra en el umbral de la sala contigua.

—Sí.

—Qué generosidad.

—La situación no es opcional.

Era el mismo tono con el que hablaba de puertas de terraza, listas de conductores y ángulos muertos. Precisamente eso lo volvía tan molesto. No había por dónde agarrarla. Ninguna emoción a la que aferrarse, ninguna irritabilidad que pudiera volverse contra ella.

—La situación —dijo Aaliyah— es, de momento, sobre todo una palabra.

—De momento es una información.

—Para usted, quizá.

—Para usted también. La diferencia es que ha decidido no tomársela en serio.

La frase la alcanzó con más precisión de la que quizá pretendía. No porque Aaliyah sintiera miedo. No lo sentía. Ni siquiera de lejos. Sino porque, de pronto, percibió que aquella mujer no entendía aquello como una diferencia de opiniones. No como un conflicto entre perspectivas. Para Andy no era una cuestión de temperamento, de sensibilidad o de poder familiar. Era un hecho cuya aceptación solo requería más o menos tiempo.

Aaliyah se inclinó hacia delante.

—Me tomo las cosas en serio cuando son reales.

—Ese criterio llega peligrosamente tarde.

—¿Y usted se toma las cosas en serio en cuanto alguien con suficiente autoridad introduce la palabra amenaza en una frase?

—Me tomo en serio los patrones, porque después ya no se los puede llamar así si una espera a que se vuelvan espectaculares.

—Casi suena poético.

—Es experiencia.

La habitación quedó en silencio. No el silencio amable de la disciplina o de la cortesía. Otro distinto. Uno en el que, por primera vez, Aaliyah comprendió que su padre no había contratado a aquella mujer solo para plantarla ante una

puerta. La había llevado a la residencia porque decía cosas que, en aquella casa, nadie decía sin calibrar antes el tono y lo soportable que resultarían.

No le gustaba nada.

—Bien —dijo por fin, enderezándose otra vez—. Supongamos que acepto jugar a esto. ¿Cuánto tiempo?

—Hasta que reevaluemos la situación.

—¿Días? ¿Semanas? ¿Meses?

—El tiempo que haga falta.

Aaliyah soltó una risa breve.

—Claro. Cómo he podido olvidar que no hay nada más elástico en el mundo que la palabra necesario.

—Eso no es margen —dijo Khalid—. Es prudencia.

—Para ti, la prudencia siempre es algo que ejercen los demás.

No respondió. Quizá porque no le faltaba razón. Quizá porque, en aquella casa, la verdad nunca tenía prioridad automática sobre la utilidad.

Andy habló antes de que el momento pudiera inclinarse hacia otro sitio.

—Queda cancelado su almuerzo en la galería. El cóctel de mañana por la noche se acorta. Cambia la ruta hacia la conferencia de la semana próxima. Y su equipo personal se reorganiza.

Aaliyah volvió a mirarla.

—No recuerdo haberle pedido un resumen de mi vida confiscada.

—Lo recibe igual.

—Tiene un talento notable para invadir límites.

—Me muevo dentro de los correctos.

—¿Quién la ha convencido exactamente de que usted es siempre la persona adecuada en la habitación?

—Nadie. —Andy la sostuvo con esa calma suya, tan impecablemente irritante—. Simplemente no estoy aquí para

tranquilizarla.

Khalid apoyó la mano abierta sobre la carpeta.

—La conversación ha terminado.

—Para ti, quizá —dijo Aaliyah.

Se puso en pie. No con precipitación. No con una rabia que la volviera vulgar. Pero sí con esa dureza controlada que, en su mundo, solía ser el último escalón cortés antes del no abierto.

—Si ya habéis decidido desmontarme el día, al menos ahorradme la representación de que yo tengo algo que decir al respecto.

—Tienes algo que decir —respondió Khalid—. Cooperar.

Aaliyah lo miró a él. Luego a Andy. Después, otra vez a él.

—Eso no es tener algo que decir. Es obediencia con mejor vocabulario.

No esperó respuesta. Era la única forma de abandonar la habitación sin permitir que las miradas de los otros la sujetaran. La puerta no se cerró de golpe a su espalda. Por supuesto que no. En aquella casa, nada sonaba fuerte si podía evitarse.

En el pasillo, el aire parecía más claro, más amplio, menos denso. Aaliyah echó a andar sin rumbo. Solo lejos. Pasó junto a una hilera de ventanales altos por los que entraba la luz del final de la mañana con una inocencia que parecía no tener absolutamente nada que ver con aquello. Una empleada se cruzó con ella, la vio, se hizo a un lado casi por instinto y asintió con esa discreción aprendida. Aaliyah devolvió el gesto sin mirarla de verdad.

—A la izquierda, si quiere que la dejen en paz.

Andy estaba detrás de ella, sin que Aaliyah hubiera oído sus pasos. Naturalmente.

No se detuvo de inmediato.

—Otra vez siguiéndome.

—Es la esencia de mi trabajo.

—Su talento para la autoironía me sorprende.

—No iba con ironía.

Aaliyah se giró al fin. El corredor estaba vacío, largo, demasiado pulcro para una discusión auténtica. El sol trazaba bandas claras en el suelo. Andy estaba en mitad de esa luz como si no tuviera nada que ver con ella.

—Explíqueme una cosa —dijo Aaliyah—. ¿Cómo funciona exactamente en su caso? ¿Se despierta por las mañanas y decide arruinarle el día a la gente lo antes posible o es un reflejo?

Andy ni siquiera arqueó las cejas.

—Su día aún no está arruinado.

—Me ha cancelado el almuerzo.

—He cancelado un lugar inadecuado.

—Le encanta distinguir entre la misma cosa con nombres distintos.

—Ayuda.

Aaliyah soltó una risa breve y sin calidez.

—Es usted imposible.

—Eso ya lo habíamos establecido.

—Sí. Por desgracia.

Quería seguir andando. De verdad. Habría sido más inteligente. Más elegante. La gente con estilo no discute en un pasillo. Pero precisamente ahí estaba el problema. Andy le arrebataba incluso la sensación de controlar al menos la forma del conflicto.

—Entonces de verdad cree que él no exagera —dijo Aaliyah.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no parece alguien que haga esto por placer.

—Casi conmovedor. Usted deduce a mi padre a partir de una sola conversación mejor que yo.

—No leo sentimientos. Leo prioridades.

Aaliyah se cruzó de brazos.

—Y, desde su punto de vista, mis prioridades serán seguramente frívolas.

—Sus prioridades no están orientadas ahora mismo al riesgo.

—Tal vez porque no me entusiasma organizar mi vida en torno a amenazas invisibles.

—Tal vez porque nunca ha aprendido que lo invisible llega primero.

La frase quedó suspendida. No solo por lo que decía. También por algo en la voz de Andy que ya no era completamente funcional. No un sentimiento expuesto. Solo una dureza que, durante una fracción de segundo, no pareció dirigida a Aaliyah, sino a algo que pertenecía desde hacía mucho a otro lugar.

Aaliyah lo notó. No supo exactamente qué había notado, pero bastó para frenarla un instante antes de soltar la siguiente respuesta irónica.

Andy no se corrigió. Se colocó la tableta bajo el brazo y recorrió con la mirada el pasillo, como comprobando si alguien se acercaba.

—A partir de hoy hay horarios fijos. Si sale de la casa, yo lo sé antes. Si cambia una ruta, no me enteraré por alguien de cocina. Y si entra en una estancia que no está prevista, alguien lo comunicará antes de que llegue.

—Eso suena enfermizo.

—Suena a una estructura en la que nadie tenga que improvisar cuando algo vaya mal.

—Da por hecho con mucha tranquilidad que algo irá mal.

—Doy por hecho que es mejor estar preparada si ocurre.

Aaliyah negó apenas con la cabeza. No por desconcierto. Más bien con esa forma de incredulidad controlada que una suele reservar para quienes creen demasiado en su propio margen de actuación.

—Es una auténtica exasperación.

Andy asintió una vez.

—Posiblemente.

—Y además parece satisfecha con ello.

—No. —Por primera vez esa mañana, la respuesta no sonó solo objetiva, sino inequívoca—. Es solo que no estoy aquí para hacerle esto llevadero.

Era insoportable la frecuencia con la que aquella mujer lograba decir cosas contra las que no había un punto de ataque razonable.

Aaliyah soltó el aire.

—¿Cuál es el plan para el resto del día? Ya que van a reorganizarme la vida, me gustaría conocer la versión nueva.

—Almuerzo aquí —dijo Andy—. Después, solo una reunión interna. Ninguna salida. Esta tarde, revisión completa de su agenda semanal. Y esta noche se queda en casa.

—Habla como si ya me hubiera convertido con éxito en un horario.

—Hablo como si por hoy hubiera eliminado suficientes variables.

—Puede que a mí me gusten las variables.

—Eso ya lo he notado.

—Y puede que sean la única razón por la que uno no se queda dormido en casas como esta.

Andy la observó un segundo, sin rastro visible de ironía.

—Entonces hoy se acostará enfadada.

Aaliyah se quedó mirándola. Solo un instante. Luego se le escapó, muy a su pesar, una pequeña risa afilada. No porque le hiciera gracia. Más bien porque aquella mujer era capaz de sonar más escueta, incluso en una discusión, que cualquier informe de seguridad.

—De verdad que no tiene arreglo —murmuró.

—En mi profesión eso suele ser una ventaja.

Se quedaron un momento más en el pasillo, sin que ninguna de las dos se moviera. No era cercanía. Ni mucho menos. Solo esa tensión extraña que aparece cuando dos personas no se conceden mutuamente lo que la otra espera. Aaliyah habría querido provocarle enfado, una fricción visible, cualquier señal de que no se la podía traducir sin más a una serie de normas. Andy, por su parte, parecía haber decidido que toda reacción que no fuera funcional era simple derroche.

—Bien —dijo Aaliyah al final—. Supongo que ahora anotará en alguna parte que soy difícil.

—Eso lo sé sin tomar notas.

—Qué eficiente.

—Se repite.

—Usted también.

Andy no contestó. Claro que no. Se apartó lo justo para dejarle paso. Ni gesto de rendición. Ni invitación. Solo la comunicación sobria de que, para ella, aquella conversación había terminado.

Aaliyah pasó junto a ella. Ni deprisa. Ni con lentitud ostensible. De reojo vio que Andy no la seguía enseguida. Se quedó aún un instante en el pasillo, miró la tableta, tomó una nota, dijo algo bajo por el auricular y solo entonces alzó la vista.

Así funcionaba, pues, aquella mujer. Todo se traducía. En procedimientos, posiciones, rutas, cambios. Incluso la oposición.

Era ridículamente irritante.

Aquella tarde, la residencia cambió en detalles pequeños pero perceptibles.

No de forma tan visible como para que un invitado lo advirtiera al instante. Justamente por eso Aaliyah sí lo advirtió. Dos hombres que no solían coincidir en el ala interior aparecían ahora a intervalos distintos en puntos

variables. La puerta de la terraza del invernadero se mantuvo cerrada, aunque hacía suficiente calor como para que normalmente hubiera permanecido abierta. El conductor que llevaba años llevándola a compromisos privados y que nunca usaba su nombre más de lo necesario había desaparecido de la planificación de la noche, aunque ni siquiera quedaba ya compromiso alguno. Había una libreta en la cocina donde antes no había ninguna. Sobre el aparador junto al ala privada descansaba un transmisor que, en otro momento, se habría quedado en la zona de trabajo del equipo.

Era como si alguien no hubiera modificado su mundo de forma visible, sino únicamente la manera en que respiraba.

Aaliyah lo odiaba.

Pidió que le sirvieran el almuerzo en el salón pequeño, aunque no tenía hambre. No por apetito. Más bien por obstinación. Si iba a quedarse en casa, al menos sería de un modo que no pareciera obediencia. El personal se comportó como siempre: discreto. Solo más rápido. Más atento. Una pregunta sobre una llamada posterior fue derivada a Haddad, cuando antes cualquier asistente habría sabido con quién comunicarla.

Control, pensó. No protección. Control envuelto en telas más finas.

Al caer la tarde estaba sola en el invernadero. No porque buscara soledad. Sino porque aquella estancia, con su vista al jardín, todavía daba la impresión de no haber sido clausurada del todo. Los cristales recogían la última luz del día. Afuera, el césped descansaba inmóvil, los senderos de grava pálidos, los setos proyectaban sombras largas. Todo parecía tan ordenado que casi podía creerse que el orden era un estado natural.

Aaliyah apoyó las yemas de los dedos en el cristal. Estaba frío.

No tenía miedo. Ese era el punto importante. No había temblor, ni una opresión alarmante en el pecho, ni el impulso

repentino de volverse y empezar a sospechar amenazas en todas partes. Solo ese nuevo residuo de atención, molesto, que desde la conversación con su padre ya no terminaba de sacudirse del todo. No un sentimiento. Una información. Una que, al parecer, los demás se tomaban muy en serio y que ella seguía tratando más bien como una intromisión.

Y, sin embargo.

Había algo mal colocado en todo aquello.

Nada concreto. Nada que pudiera nombrarse. Quizá por eso la molestaba tanto. Si el peligro no hacía ruido, no tenía rostro y ni siquiera tenía la cortesía de reducirse a una sola causa fiable, entonces no era algo en lo que una pudiera creer con sensatez. Tal vez ese fuera exactamente el motivo por el que su padre se había vuelto tan rígido. No porque existiera algo tangible. Sino porque lo intangible ponía todavía más nerviosa a la gente como él.

A su espalda, la puerta se abrió con suavidad.

Aaliyah no se volvió enseguida.

—Si va a decirme ahora que incluso quedarse junto a la ventana representa un riesgo de seguridad, empezaré a ser deliberadamente irracional.

Andy se detuvo junto al marco, sin internarse lo bastante en la estancia como para apropiársela.

—Entonces se ahorra tiempo. Ya lo es.

Aaliyah la miró por fin. No mucho rato. Solo el justo para constatar que aquella mujer, incluso al final de un día largo, seguía pareciendo alguien a quien el cansancio solo había rozado a nivel teórico.

—Tiene muy poco talento para resultar tranquilizadora.

—No estoy aquí para eso.

—Lo recuerdo.

Andy dejó que la mirada recorriera brevemente el jardín, como si leyera la oscuridad no como un decorado, sino como un conjunto de datos. Luego volvió a fijarse en Aaliyah.

—El ala interior se cierra dentro de diez minutos.

—Qué poético suena.

—Es una franja horaria.

—De verdad consigue volver antirromántico absolutamente todo.

Durante una fracción de segundo —tan breve que Aaliyah, más tarde, no habría sabido decir si había sido real— cruzó el rostro de Andy algo parecido a una diversión seca. Después desapareció.

—Es una habilidad útil —dijo.

Aaliyah volvió la vista al cristal.

—Puede.

Notó que Andy no se marchaba de inmediato. Solo su presencia, quieta y exasperantemente disciplinada, en el borde de la estancia. No invasiva. Pero tampoco de las que una pudiera ignorar una vez empezaba a percibirlas de forma consciente.

—El señor Al-Hadi tiene razón al ser prudente —dijo Andy al cabo de un momento.

Aaliyah no respondió hasta estar segura de que la frase la irritaba de verdad.

—Lo dice como si la prudencia fuera algo limpio.

—Por lo general, solo es incómoda.

—Y usted, al parecer, considera la incomodidad una virtud moral.

—No. Solo más barata que la negligencia.

Otra vez esa manera de hablar como si todo estuviera ya clasificado. Aaliyah retiró la mano del cristal.

—De verdad no sabe cómo hablar con gente como yo.

—Yo creo que sí.

—¿De veras?

—Sí. —La voz de Andy se mantuvo serena—. Lo que ocurre es que he decidido que no sirve de nada entretenerla con nada que no sea la verdad.

Aaliyah se volvió por completo hacia ella.

—¿Y cuál es exactamente la verdad esta noche?

Andy la miró de frente, sin dureza visible.

—Que se cree más intocable de lo que sería sensato.

La frase no cayó como una ofensa. Peor. Como una constatación.

Aaliyah no dijo nada. Ni ella misma sabía muy bien por qué.

Andy retrocedió por fin un paso.

—Diez minutos.

Y se fue.

La estancia recuperó de inmediato más silencio. No exactamente más vacío. Solo volvió a ser enteramente suya.

Aaliyah permaneció un momento más junto a la ventana, mirando el jardín como si pudiera distinguir allí algo que fuera más que sombras, grava y líneas limpias.

No tenía motivo para tomarse en serio aquella conversación. No había una amenaza visible. Ni una advertencia concreta. Ni un incidente. Solo hombres con informes que le reordenaban el día y una mujer que se comportaba como si la prudencia fuera una forma de verdad que no necesitara demostración previa.

Había algo en eso que la perturbaba. No lo suficiente como para llamarlo miedo. No lo suficiente como para ceder. Pero sí lo bastante como para no poder quitárselo ya de encima con la misma facilidad que por la mañana.

Fuera, el jardín se fue oscureciendo.

Aaliyah no apagó enseguida la luz del invernadero antes de marcharse. Durante un instante vio su propio reflejo en el cristal, superpuesto a la superficie cada vez más oscura del exterior. Elegante. Dueña de sí misma. Exactamente como debía ser.

Y detrás, solo el jardín.

Solo sombras.

Solo una noche más en una casa que llevaba años organizada en torno a la idea de que nunca ocurría nada de verdad.

Decidió dejarlo ahí.

Capítulo 6

La diferencia entre una amenaza teórica y una práctica a menudo no era mayor que una cremallera cerrada a tiempo, una segunda mirada sobre una ruta o la pregunta que alguien no formulaba porque el día ya iba demasiado lleno y el procedimiento había funcionado demasiadas veces.

A Andrea Mitchell nunca le había gustado comprobar cuánta gente consideraba la seguridad algo que sucedía en segundo plano, siempre que estuviera organizada con la suficiente elegancia.

Aquella tarde, mientras la residencia se preparaba para un compromiso oficial, la casa olía a tela recién planchada, a perfume caro y a esa actividad contenida que, en lugares como aquel, no parecía trabajo aunque todo dependiera exactamente de eso. El personal se deslizaba en líneas suaves por los pasillos, las bandejas desaparecían en los ascensores, un conductor llevaba ya doce minutos esperando en la entrada de carruajes pese a que su posición no estaba prevista hasta ocho minutos más tarde. En el vestidor de la primera planta sacaban vestidos de sus fundas. Las puertas se abrían y se cerraban con una cortesía amortiguada.

Andy estaba en la pequeña sala de reuniones junto a la entrada lateral, repasando por tercera vez la ruta en la tableta.

No porque no retuviera la información. Sino porque las cosas cambiaban en cuanto los demás empezaban a creer que todo estaba ya decidido.

—La ruta principal se mantiene —dijo, sin levantar la vista de la pantalla—. La secundaria, solo si el bulevar queda bloqueado. Nada de desviar por el parque sobre la marcha.

Karim Haddad estaba frente a ella, con las manos enlazadas a la espalda y esa expresión de profesionalidad contenida que ahora resultaba menos lisa que el primer día. No porque se sintiera menos seguro. Más bien porque Andy había movido suficientes piezas de su orden en las últimas veinticuatro horas como para que cualquier ajuste nuevo pareciera una crítica muda a los hábitos anteriores.

—Por el parque se tardaría menos —dijo él.

—Y es más abierto.

—Solo en algunos tramos.

Andy alzó la mirada.

—Abierto basta.

Haddad guardó silencio un momento y luego asintió. No por convicción. Por reconocer que discutir ya no aceleraba nada.

—Victor va en el primer coche —dijo Andy—. Omar se queda atrás, a la izquierda, al llegar. Nadie abandona su posición solo porque la secuencia resulte familiar.

—No conoce al equipo desde hace tanto como para saber qué les resulta familiar.

—Conozco a la gente desde hace suficiente tiempo.

Aquello bastaba como respuesta.

Ronan Pierce, apoyado en la cristalera aunque su papel oficial en ese encargo apenas fuera consultivo, observaba la escena con esa alerta relajada que a veces lo hacía más útil de lo que parecía.

—Echo de menos los tiempos en que eras simplemente antipática —dijo.

—No eran tiempos —replicó Andy—. Era precisión y tú te lo tomabas como algo personal.

—Me tomo muchas cosas como algo personal. Eso me hace humano.

—Te hace agotador.

Ronan sonrió como si ya se lo hubieran confirmado más de una vez. Haddad miró de uno a otra, sin acabar de decidir si aquella forma de hablar relajaba el dispositivo o lo tensaba aún más. En Andy la respuesta solía ser ambas cosas a la vez.

Sobre la mesa había varias versiones del plan de la velada. Llegada oficial a la residencia del embajador francés. Dos discursos. Presencia en el salón principal. Ventanas previstas para conversaciones. Salida ordenada. Nada espectacular. Nada que pareciera peligroso. Exactamente el tipo de acto que se volvía problemático porque casi todo el mundo creía haberlo vivido ya mil veces.

Andy pasó el dedo por las franjas horarias marcadas.

—¿Cuántos invitados?

—Algo más de cien —respondió Haddad.

—¿Cuántos confirmados de antemano?

—Todos los oficiales. Algunas personas acompañantes se añadieron más tarde.

—¿Más tarde cuándo?

—Esta mañana.

—Demasiado tarde.

—No según protocolo.

—Según el mío, sí.

Haddad sostuvo su mirada.

—Es una recepción diplomática, no una maniobra de evacuación.

—Hoy tiene que poder ser las dos cosas.

Ronan se separó de la ventana, dio un paso hacia ellos y sacó una hoja de la carpeta que tenía delante.

—Ha vuelto la comprobación de la matrícula del coche del hotel del otro día —dijo—. Nada concluyente. Denunciado

como robado hace tres semanas, reaparecido después, mal registrado, conductor falso, caos estándar.

Andy cogió la hoja. La leyó. La dejó de nuevo sobre la mesa.

—Caos —murmuró Haddad—. Eso es distinto de amenaza.

—A veces solo es una versión mejor vestida de lo mismo.

Él no contestó.

La puerta se abrió sin prisa, pero con esa conciencia silenciosa de que en aquella planta nadie entraba del todo sin ser notado. Aaliyah apareció en el umbral y se quedó allí, con un brazo apoyado en el marco, como si fuera una casualidad que la habitación cambiara ligeramente de densidad en cuanto entró.

Aún no llevaba el vestido de la noche, sino una bata de seda clara sobre un top sencillo y unos pantalones estrechos; el pelo, recogido a medias, como si todavía no hubiera decidido del todo qué hacer con él. En la mano sostenía un vaso de agua que parecía estar allí por costumbre más que por sed.

—No oigo mi nombre —dijo—, y aun así da la impresión de que están decidiendo sobre mí.

Andy miró un segundo la hora y luego a ella.

—Estamos trabajando.

—Qué poco estimulante para todos los implicados.

Ronan se llevó una mano a la frente, un gesto mudo dirigido a Andy a medio camino entre la condolencia y el entretenimiento. Ella lo ignoró.

Aaliyah entró sin que nadie la invitara y dejó que la vista recorriera planos, papeles y rostros.

—Si quieren, puedo quedarme por aquí en un rincón, decorando la escena para que el conjunto resulte completo.

—No queremos —dijo Andy.

Aaliyah bebió un sorbo de agua y la observó por encima del borde del vaso.

—Qué fiable resulta su sequedad.

—Qué fiable resulta su puntualidad deficiente.

—No estaba invitada.

—No era un requisito.

Aaliyah dejó el vaso sobre la mesa, justo al lado de una ruta marcada, como si ese pequeño gesto de desconsideración bastara para devolver un poco de terreno a una frontera que otros habían trazado por ella desde el día anterior.

—Bien. ¿Qué exactamente se me permite decidir esta noche?

Andy apartó el vaso dos centímetros del papel, sin dar la menor importancia visible al gesto.

—Qué se pone. Cuál de los tres grupos de conversación le aburre primero. Y si prefiere ignorar el agua o el champán.

Ronan apretó los labios un instante. Haddad mantuvo los ojos sobre los papeles como si, de pronto, fueran fascinantes.

Aaliyah, en cambio, sonrió despacio.

—Va mejorando. Casi.

—Va a ser puntual —dijo Andy—. Con eso basta.

No repasó el plan con ella como con una persona a la que hubiera que convencer, sino como con alguien a quien había que informar. Hora de llegada. Acceso. Posiciones. Dónde estaría ella. Quién se mantendría cerca. Qué salidas podían utilizarse y cuáles no. Nada de rodeos improvisados por terrazas o alas laterales, aunque alguien intentara atraerla hacia una conversación más interesante. Nada de pausas no anunciadas en el exterior. Nada de cambiar de plan después de la recepción solo porque la noche siguiera siendo joven y la gente siguiera siendo tediosa.

Aaliyah escuchó con el rostro lo bastante relajado como para no mostrar irritación abierta. Pero Andy vio igualmente los pequeños cambios. Las respiraciones apenas más largas. La forma en que los dedos de Aaliyah golpearon una vez el cristal del vaso y después se quedaron quietos. No miedo. Todavía no. Solo una aversión cada vez más profunda hacia

cualquier sistema que no tratara sus movimientos como recomendaciones.

—¿Y si durante la recepción quiero salir un momento a tomar el aire? —preguntó Aaliyah.

—No sola.

—Naturalmente.

—Naturalmente.

—Tiene un talento notable para convertir la respuesta más obvia de una habitación en una orden.

Andy la miró.

—Y usted un talento notable para tratar medidas elementales como si fueran agravios personales.

Aaliyah arqueó las cejas.

—Quizá porque las formula con una constancia asombrosa como si lo fueran.

—Quizá porque considera que todo no depende del tono en que se diga.

La mirada que Aaliyah le dedicó entonces no fue amable. Pero tampoco herida. Más bien atenta de una forma que Andy, de momento, clasificó como riesgo mientras no necesitara una palabra mejor.

—Seré puntual —dijo Aaliyah por fin.

—Diez minutos antes —corrigió Andy.

—Es incansable.

—Usted es el encargo.

—Qué desagradable debe de ser verse reducida a una función.

—De eso sabe más que yo dentro de su entorno.

Esta vez Aaliyah no respondió enseguida. Solo una sonrisa breve y fina, completamente ajena a la calidez. Luego volvió a coger el vaso y miró hacia la puerta.

—Si han terminado de dividir mi noche en unidades controlables al milímetro, me gustaría vestirme.

—Le quedan cuarenta y dos minutos.

—Ya lo sé.

—Entonces ahora le quedan cuarenta y uno.

Durante una fracción mínima de segundo pareció que Aaliyah tal vez acabaría estrellando el vaso contra alguna de las líneas pulcras de aquella habitación solo para oír el sonido de algo no previsto. En lugar de eso, se lo llevó consigo, se volvió y salió. Ni rápido ni con ofensa visible. Demasiado elegante para ambas cosas. Solo con esa contención que casi siempre delataba que estaba guardándose el desagrado para más tarde.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Ronan dijo con sequedad:

—Entre vosotras hay la calidez de un buen cuchillo de acero inoxidable.

—Basta —dijo Andy.

—¿Para qué?

—De momento.

Recogió los papeles, volvió a comprobar las últimas horas y no se detuvo a pensar por qué Aaliyah Al-Hadi no era solo difícil, sino difícil de una forma que entendía la disciplina como provocación y traducía casi por instinto cualquier límite en una cuestión de poder.

No importaba.

Todavía no.

La puntualidad, en hogares de alta funcionalidad, era una cuestión de puesta en escena. No hacía falta que todo el mundo estuviera realmente listo con antelación. Bastaba con que todo tuviera el aspecto de que nadie podría llegar tarde jamás.

Cuando Aaliyah bajó la escalera once minutos antes de la hora prevista de salida, lo primero que Andy advirtió fue que lo había hecho exactamente un minuto antes de lo exigido. Solo después reparó en el vestido: satén de seda verde oscuro, corte sobrio, sin ningún gesto visible que exigiera atención al

espacio. Lo hacía de todos modos. El pelo suelto, lo bastante liso como para parecer deliberado, los labios en un tono cuidadosamente no demasiado intenso. Ninguna fisura en la postura. Ninguna señal de nerviosismo. Solo la elegancia completamente controlada de una mujer que llevaba años sabiendo cómo entrar en salas donde la gente ya había decidido mirarla.

—Tiene usted pinta de haberse propuesto estar descontenta con todo esta noche —dijo Aaliyah antes incluso de terminar de bajar el último escalón.

—Solo con quien me dé motivos.

—Qué estimulante.

Andy se hizo a un lado, le dejó libre el pasillo y dirigió una mirada breve a Victor, que ya esperaba junto a la puerta principal. Omar estaba en el patio interior, en comunicación con los conductores por radio. Todo discurría según el plan. Y justo por eso, Andy desconfiaba más que el día anterior.

Nada estaba claramente mal.

Y precisamente ese era el problema.

En la entrada esperaban dos vehículos. Los mismos que había previsto. Los mismos conductores. Las mismas posiciones. Demasiado limpio. Demasiado ordenado. Demasiado familiar.

Andy repasó los últimos puntos mientras Aaliyah recogía unos guantes de la consola, aunque apenas fuera a necesitarlos.

—Nada de paradas —dijo Andy—. Nada de puertas adicionales. Se queda con Victor hasta el salón principal. Si algo cambia, no se pone a discutir antes.

Aaliyah se puso un guante despacio, como si la prisa perteneciera siempre a otras personas.

—Prometo comportarme con la mayor elegancia posible en caso de crisis.

—Prometa más bien seguir instrucciones.

—Eso sería muy poco propio de mí.

—Trabaje en ello.

La comisura de la boca de Aaliyah se movió apenas. Si era enfado o una reacción involuntaria a aquella frustración constante, resultaba difícil saberlo. Andy decidió que no tenía relevancia operativa.

Salieron con ella. La noche era más suave de lo esperado, el aire casi blando, y sobre el jardín flotaba esa claridad difusa que impide que la ciudad llegue a oscurecerse del todo incluso después del anochecer. Un motor ya estaba en marcha. Otro acababa de arrancar. Omar se encontraba en el lateral izquierdo del vehículo, hablando en voz baja por el transmisor.

Andy lanzó una mirada por encima de la línea del muro hacia la calle. Pasó un taxi, lo bastante despacio como para resultar irrelevante. Una furgoneta estaba aparcada al otro lado, con las puertas traseras abiertas y un hombre con una caja al hombro; nada en la escena destacaba. Un segundo coche apareció un instante en el ángulo de visión y desapareció de nuevo. Normalidad con su disfraz más caro.

Aaliyah se deslizó al asiento trasero del primer coche como si aquella fuera una noche igual que cualquier otra. Victor subió junto a ella. Andy ocupó el asiento delantero. Omar, el segundo vehículo. Haddad se quedó en la residencia para mantener el protocolo de la casa. Ronan no iría; aquel encargo no era suyo, y sabía cuándo su utilidad era mayor por ausencia.

La comitiva se puso en marcha.

Al principio, todo funcionó con limpieza. La salida, la avenida principal, las dos primeras intersecciones. Andy iba ligeramente inclinada hacia delante, con una mano en la puerta y el transmisor en la oreja, sin hablar más de lo necesario. No le gustaban los equipos que confundían el silencio con la falta de información. Bastaban confirmaciones

breves. Posición. Distancias. Ruta libre. Semáforo en verde. Nada fuera de lo normal.

Aaliyah miraba por la ventanilla como quien se dirige a una velada que ya ha vivido cien veces. Tal vez fuera exactamente eso. La ciudad pasaba junto al coche en superficies oscuras y brillantes. Luces en los escaparates. Gente en las aceras. Un hombre cruzando demasiado deprisa. Una pareja ante la puerta de un restaurante. Nada especial. Todo especial, si se lo observaba lo suficiente.

—Todoterreno negro, dos coches detrás desde que hemos salido —dijo Omar por radio.

Andy no volvió la cabeza.

—Confirma.

Dos segundos. Tres.

—Ya no sigue la línea directa. Puede que haya girado. No tengo visión clara.

Puede que. Andy detestaba los puede que.

Miró el espejo lateral del copiloto. Nada que, aislado, llamara la atención. Solo coches usando la noche para sus propios trayectos. Un todoterreno negro podía estar en cualquier sitio. Y en ninguno. Demasiado poco para cambiar el plan. Demasiado para olvidarlo.

No dijo nada hacia atrás. Ni a Aaliyah ni a Victor. Aaliyah no habría sabido interpretar correctamente el cambio de tono en la radio y Victor no necesitaba ninguna señal extra para afinar la atención.

El coche tomó el bulevar. Había más tráfico, pero seguía fluyendo. Una moto se coló demasiado cerca por el carril izquierdo. Un repartidor se saltó una marca vial. Nada de aquello merecía un informe. La ciudad estaba llena de infracciones pequeñas. Lo problemático empezaba cuando dejaba de estar claro cuáles pertenecían solo a la ciudad y cuáles pertenecían a alguien.

En el siguiente cruce el semáforo pasó a ámbar. El conductor frenó con limpieza. Un taxi apareció por la derecha demasiado rápido, aunque acabó pasando sin que llegara a ser crítico. Andy miró la hora. Tres minutos de retraso por unas obras más adelante, ya señaladas en el plan inicial como potencialmente problemáticas. Nada grave. Solo lo suficiente para desplazar levemente el resto del ritmo.

—Lo recuperamos al llegar —dijo Victor en voz baja.

Andy asintió una vez.

—No a costa de la estructura.

Desde atrás llegó la voz de Aaliyah, lo bastante relajada para que un extraño no hubiera notado nada raro.

—No sabía que esta noche la estructura era la invitada de honor.

Andy siguió mirando la carretera.

—Al menos es puntual.

—Eso ha estado a punto de ser un cumplido.

—Con estar a punto basta.

Aaliyah no respondió. Tal vez porque ya había aprendido que, con aquella mujer, cualquier comentario solo producía efecto si tenía relevancia operativa. O tal vez porque se había desligado hacía rato de la conversación. Andy no estaba segura. Y no le gustaba no estarlo.

Las obras seguían allí. Dos carriles reducidos, conos naranjas, una luz intermitente provisional demasiado intensa para una noche que no necesitaba dramatismo alguno. El primer coche tuvo que aminorar. El segundo, también. Un agente de tráfico hizo pasar a una furgoneta de reparto y luego al primer vehículo de la comitiva.

Andy apenas lo miró. Demasiado uniforme, demasiada rutina. En cambio, sí vio el coche oscuro del carril paralelo, el mismo que había aparecido dos cruces antes y ahora volvía a entrar en el campo de visión. No directamente detrás. No demasiado cerca. Solo ahí.

—Vehículo otra vez a la vista —dijo Omar.

—¿Matrícula?

—Parcialmente tapada.

Por supuesto.

Andy acercó más el transmisor a la boca.

—Equipo secundario: mantened paralelo, pero sin romper formación.

—Entendido.

Aaliyah se movió en el asiento trasero. No con inquietud. Solo lo suficiente para que el cuero crujiera apenas.

—¿Pasa algo?

Andy respondió sin vacilar.

—Todavía no.

—Eso suena absurdamente tranquilizador.

—No es la función.

El coche dejó atrás las obras. Durante dos minutos todo volvió a funcionar con suavidad, y justo por eso la atención de Andy se tensó aún más. Las cosas no dejaban de ser incómodas solo porque por un momento recuperaran el orden.

Cuando llegaron a la residencia del embajador francés, la entrada ya estaba iluminada. Banderas en una composición impecable. Coches negros en la explanada. Un empleado de la casa esperaba en la puerta, flanqueado por dos agentes de seguridad con trajes oscuros y miradas demasiado corteses para resultar de verdad tranquilizadoras.

El primer coche se detuvo. Victor bajó. Abrió la puerta trasera. Aaliyah salió con un movimiento fluido; el vestido atrapó la luz justo lo suficiente para que cada paso pareciera deliberado. Desde fuera, a nadie se le habría ocurrido que Andy estaba recalculando de una sola mirada el ángulo entre la entrada, la puerta y los coches aparcados.

—Izquierda libre —dijo Omar por radio.

—Frente libre —añadió Victor.

Nada estaba mal. Y, aun así, Andy ya había vuelto a ese estado interior exacto en el que el cuerpo hace todo bien mientras la mente registra cada detalle con demasiado volumen.

Aaliyah echó a andar hacia la entrada. Lo bastante despacio para conservar la elegancia. Lo bastante deprisa para no convertirse en la estatua de la noche. Al pasar junto a Andy dijo, sin volver la cabeza:

—Como siga mirando con más desconfianza, va a terminar ofendiendo a la arquitectura.

—Entonces más le vale estar a la altura de lo que promete.

—Habla igual que otras personas hacen controles de seguridad.

—Es más eficiente.

Aaliyah soltó un resoplido suave. No del todo enfadado. No lo bastante divertido como para relajar nada. Solo alerta. Andy lo registró de pasada mientras la conducía hacia el interior.

Dentro había calor, luz y una música tan cultivada que no necesitaba forzar a nadie a escucharla. El olor a vino, perfume, cera y flores frescas se mezclaba en exactamente esa clase de atmósfera diplomática que Aaliyah conocía como otros conocen la cocina de su casa. Ella se irguió apenas, sin que antes su postura hubiera sido mala. Era más bien un cambio de registro. Otra forma de atención. Una que respondía a las miradas y, al mismo tiempo, las generaba.

Andy lo percibió. No como atractivo. Como patrón. Aaliyah no se movía por aquellos espacios simplemente con soltura. Pertenecía a ellos de una forma que la hacía visible incluso sin proponérselo. Precisamente ese era el problema.

El embajador salió a recibirlas, tomó las manos de Aaliyah entre las suyas, besó el aire junto a su mejilla y pronunció unas fórmulas francesas en las que ella entró con total naturalidad, como si el trayecto en coche no la hubiera traído desde un protocolo de seguridad, sino desde un cambio de

vestuario. Su voz era suave, contenida, perfecta para aquel espacio.

Andy se quedó un paso atrás. Escaneó entradas. Ventanas. Movimientos. Personal. Dos hombres en la barra que bebían demasiado poco y leían demasiado el entorno. Un camarero que levantó la bandeja en el sitio equivocado. Una mujer con vestido plateado que saludó a Aaliyah con una familiaridad demasiado visible. Tres nuevos miembros del equipo de seguridad anfitrión, uno de los cuales debería haber estado vigilando la puerta del jardín y no lo hacía con la constancia necesaria.

—¿Acceso al patio interior? —preguntó Andy en voz baja a la seguridad de la casa.

—Solo por la izquierda.

—¿Quién lo cubre?

—Dupont.

Andy dirigió la vista al hombre del ala del jardín. Dupont no cubría nada. Estaba demasiado relajado.

—Cambien a ese hombre.

El jefe de seguridad de la residencia vaciló una fracción de segundo más de la cuenta para que resultara irrelevante. Andy no dijo nada más. Él entendió igualmente.

La velada echó a andar. Aaliyah fue absorbida por un círculo de cortesías, nombres, manos y conversaciones en el que se movía con tal facilidad que casi hacía olvidar hasta qué punto cada uno de sus gestos estaba siendo traducido ya a términos operativos. Andy no la perdió de vista, pero le dejó el espacio suficiente para no convertirse en una sombra demasiado evidente. Victor a la izquierda. Omar, en el exterior. Todo funcionaba.

Demasiado bien.

Una hora más tarde, Aaliyah estaba hablando con la embajadora de España y con una consejera cultural de Bruselas, con una copa en la mano que no había vaciado en

veinte minutos. Andy observó desde cierta distancia cómo inclinaba la cabeza, se reía, formulaba una pregunta, desplazaba el centro de la conversación. Control de espacios sociales, pensó. No social porque fuera blando. Sino porque Aaliyah sabía exactamente cómo envolver la dirección en cortesía.

Detrás de la fachada de la recepción se desplazaron tres cosas que, por separado, no habrían tenido ninguna relevancia.

Un conductor informó por radio de un retraso en la salida lateral de la residencia para la vuelta posterior. Nada dramático. Solo un vehículo de reparto detenido allí más tiempo del debido.

Un camarero apareció dos veces en dos alas distintas con una bandeja idéntica y distinta longitud de chaqueta.

Y el todoterreno negro que Omar no había podido identificar con claridad durante el trayecto quedó aparcado en una calle transversal, lo bastante lejos de la puerta principal como para no resultar de inmediato molesto dentro del perímetro oficial de seguridad.

Nada estaba claramente mal.

Y precisamente ese era el problema.

Andy se acercó a Victor sin apartar la vista de la sala.

—Salida inmediata por la línea principal —dijo en voz baja —. Nada de alargarlo, nada de despedidas informales.

Victor asintió.

—¿Demasiado pronto?

—Justo a tiempo.

—Lo va a odiar.

—Eso es asumible.

Cuando poco después Aaliyah se separó de la embajadora, Andy la interceptó ya a medio camino.

—Nos vamos en cinco minutos.

Aaliyah se detuvo.

—¿Nos vamos qué?
—Salida en cinco minutos.
—La noche no ha terminado.
—Para usted sí.
—¿Acaba de decidirlo?
—Sí.

La irritación en su cara fue auténtica, pero solo por un instante. Después todo volvió a alisarse bajo esa elegancia controlada tras la que solía aparcar el desacuerdo hasta que una sala le resultaba más útil.

—Estoy en mitad de una conversación.
—Termínela.
—Esto es ridículo.
—Es el plan.
—Su plan.
—Sí.

Durante un momento mínimo, algo brilló en sus ojos, más afilado que el enfado abierto. Luego asintió. Una vez. Con una calma excesiva.

—Naturalmente.

Se volvió, regresó al círculo de conversación y ejecutó la despedida con una gracia tan perfecta que nadie salvo Andy habría advertido lo meticulosamente que había acortado las frases.

Fuera, el aire se había vuelto más frío. La entrada brillaba tenuemente bajo las lámparas exteriores. El primer coche esperaba ya listo. Omar estaba en posición. Victor abrió la puerta trasera.

Aaliyah salió de la casa como si aquel fuera el momento más natural del mundo. Andy miró los vehículos aparcados, la verja, la calle más allá del muro, las sombras entre islas de luz y movimiento. Todo funcionaba. Conductores en su sitio. Líneas de visión razonablemente limpias. Ninguna irregularidad visible.

Y, aun así, algo en ella se tensó más.

—Tiene usted cara de desconfiar personalmente de la noche —dijo Aaliyah antes incluso de llegar al coche.

—Desconfío del timing.

—Qué envidiablemente específico.

Andy no contestó.

Se quedó medio paso atrás mientras Victor sujetaba la puerta y Aaliyah se acomodaba en el asiento. Omar dijo algo por radio. Llegó una respuesta breve, demasiado borrosa para distinguir palabras. Desde la calle llegó el ruido de un motor al pasar, nada especial, solo demasiado presente durante un segundo.

Aaliyah se recostó en el asiento trasero, completamente normal, como si la noche estuviera haciendo exactamente lo que siempre hacían las noches de su vida: desarrollarse con elegancia, terminar con discreción y no dejar ningún coste que no pudiera volverse invisible a la mañana siguiente.

Andy no cerró la puerta de inmediato.

Miró una vez más la entrada, la verja, el segundo coche, el borde exterior de la luz.

Todo estaba en orden.

Todo estaba en posición.

Todo funcionaba.

Y nada de eso la tranquilizaba.

Capítulo 7

El coche abandonó la explanada de la residencia del embajador francés como si la noche hubiera seguido siendo exactamente lo que siempre había parecido desde fuera: una secuencia impecablemente organizada de luces, cortesías diplomáticas y el sonido tranquilizador de puertas que otros abrían por una.

Aaliyah iba recostada en el asiento trasero, con una pierna cruzada sobre la otra, mirando a través del cristal oscuro las fachadas que desfilaban, donde la luz y la sombra se quebraban con una regularidad tan uniforme que nada parecía remotamente amenazador. La conversación con la embajadora española seguía todavía flotándole en la cabeza, algún comentario medio divertido sobre una exposición en Valencia, una invitación que probablemente nunca se habría planteado aceptar en serio y, por debajo de todo eso, la irritación de que Andy la hubiera arrancado de una noche que, al menos en la superficie, todavía se había sentido como suya.

Delante, Andy ocupaba el asiento del copiloto con el cuerpo apenas inclinado hacia delante, sin que aquello pareciera tensión. Una mano descansaba tranquila junto a la puerta; la otra, cerca del transmisor. No había en ella nada de la nerviosidad que desprendía otra gente cuando estaba convencida de que algo estaba a punto de ocurrir. Precisamente eso resultaba tan exasperante. Aquella mujer parecía concentrarse más cuanto mayor era la presión, como

si la tensión no la descompusiera, sino que la volviera más nítida.

—Si sigue callada unos minutos más —dijo Aaliyah al interior del coche—, voy a tener que empezar a creer que la he ofendido.

Andy no volvió la cabeza.

—Lo notaría.

—¿Sí?

—Sí.

Victor Hale iba sentado al lado de Aaliyah, ancho, sereno, con la atención volcada hacia el exterior, como si el coche no circulara por una capital europea, sino por una zona en la que cada farola pudiera exigir una decisión. No dijo nada. Omar El-Sayed, en el segundo vehículo, enviaba por radio confirmaciones de posición a intervalos regulares, breves y limpias, de esas que no requerían reacción alguna por parte de nadie dentro del coche.

Todo funcionaba.

Ese era precisamente el problema.

La calle por delante estaba lo bastante despejada como para mantener el trayecto de vuelta dentro del margen calculado. Una moto pasó por la izquierda, demasiado rápida, pero no absurdamente. Un taxi esperaba en doble fila, una pareja discutía en la acera, un repartidor arrastraba la bicicleta al borde de un cruce. La ciudad hacía lo que hacen las ciudades: moverse sin preocuparse de quién se deslizaba por ella dentro de vehículos de cristales tintados.

Nada estaba claramente mal.

Y, aun así, desde la salida de la residencia del embajador Andy no había conseguido librarse de la sensación de que todas las líneas estaban demasiado limpias y, precisamente por eso, no servían. Las comunicaciones por radio llegaban a tiempo. Los vehículos guardaban la distancia. La ruta

alternativa seguía despejada. Ningún motivo visible para alterar la estructura.

—Vehículo a las seis —llegó la voz de Omar por radio—. Furgón claro, nos sigue desde hace dos cruces.

Andy lanzó una mirada al espejo exterior. Nada que pudiera fijarse con certeza. Una furgoneta gris de reparto, discreta, ni demasiado cerca ni demasiado lenta. En una ciudad así podían verse cien vehículos iguales en una sola noche.

—Obsérvalo —dijo.

—Entendido.

Aaliyah alzó apenas las cejas, sin que llegara a ser una reacción completa.

—Siempre habla como si cada sílaba costara dinero.

—En ciertas situaciones, lo cuesta.

—Tranquilizador.

Andy no contestó.

El coche giró hacia una avenida más amplia. A la derecha se abría la fachada iluminada de un hotel; a la izquierda, una hilera de comercios oscuros cuyos escaparates ya no eran más que espejos para la noche. El conductor mantuvo la velocidad constante. Delante de ellos, un semáforo pasó a ámbar.

—Siga —dijo Andy.

El conductor apenas asintió y cruzó antes de que el rojo se encendiera del todo. El segundo coche se pegó lo suficiente para no perder contacto.

Victor volvió apenas la cabeza.

—¿Qué tiene?

—Aún nada.

Era la respuesta sincera. Ni calmante ni alarmista. Precisamente por eso Victor la apreciaba más que a la mayoría de los profesionales de aquel trabajo.

Aaliyah dejó caer la cabeza contra el respaldo y miró por encima del hombro de Victor hacia el exterior.

—Los dos usan ese tono como si de algún modo sirviera de algo.

—Para nosotros sí —dijo Victor.

—Qué exasperante.

—Eso ya lo ha dicho hoy —murmuró Andy.

Aaliyah resopló por lo bajo, casi divertida. Durante una fracción de segundo, la noche todavía podría haber seguido como estaba previsto: con esa forma de roce seco que resultaba irritante, pero manejable; con luces de ciudad; con la certeza de que la seguridad estaba para volver las cosas incómodas, no realmente peligrosas.

Entonces el transmisor crepitó con más fuerza que antes.

—Interferencia en la línea principal más adelante —dijo Omar—. No sé si es accidente o bloqueo. El tráfico se está cerrando.

Andy miró al frente de inmediato.

Tres coches por delante, la circulación se espesaba. Se encendieron luces de freno rojas. Un coche negro invadió bruscamente el carril izquierdo, tocó el claxon y apenas avanzó. Algo ocupaba la calzada en diagonal. No del todo, no como para hablar enseguida de un corte, pero sí lo suficiente para romper el flujo. Una furgoneta de reparto, atravesada. Detrás, dos hombres, uno en la calzada, otro junto a la puerta lateral abierta. Demasiado lejos para distinguirles la cara. Lo bastante cerca para que el patrón dejara de gustarle.

—No se detenga —dijo Andy.

El conductor reaccionó al instante, giró ligeramente a la derecha, buscando el hueco entre la furgoneta y la fila de coches aparcados.

—Segundo vehículo, cerrad distancia —ordenó Andy por radio.

—En ello —respondió Omar.

Aaliyah se incorporó al fin.

—¿Qué pasa...?

—Agáchese —dijo Andy, sin volverse.

Solo aquello bastó para que algo en Aaliyah se inmovilizara por primera vez de verdad esa noche. No obediencia. Más bien desconcierto al descubrir que el tono de Andy ya no tenía nada que ver con su inflexibilidad profesional de siempre. No era más alto. Solo más duro. Más preciso. Como metal repentinamente visible.

El coche acabó frenando.

No porque el conductor hubiera dudado, sino porque otro vehículo irrumpió desde la izquierda demasiado adentro de su trayectoria. Un familiar oscuro, demasiado rápido, demasiado cruzado, demasiado deliberadamente mal colocado.

—Marcha atrás —dijo Andy.

En ese mismo instante la comunicación saltó.

No del todo. Solo un estallido breve y agresivo en la línea, un ruido como electricidad sucia. Lo suficiente para volver borroso todo durante medio segundo.

Después ocurrió demasiado deprisa para poder separar cada fase con claridad.

La furgoneta de delante dejó de ser un problema de tráfico y pasó a ser decorado. Los dos hombres tras ella se movieron a la vez. Una puerta lateral del coche oscuro se abrió de golpe. Alguien no corrió frontalmente hacia ellos, sino de lado, hacia el punto exacto donde la estructura choca con el instinto y por eso mismo se rompe.

—¡Abajo! —dijo Andy, y ya estaba medio fuera del asiento.

Victor empujó a Aaliyah hacia abajo antes de que su mente hubiera convertido todavía la orden en acción. El conductor metió la marcha atrás. El coche dio un tirón. Algo golpeó la parte trasera con fuerza suficiente para que Aaliyah se diera con la cabeza contra el respaldo. Aún no eran disparos. Solo metal contra metal. La primera fractura limpia del orden.

Andy salió del vehículo antes de que este se detuviera por completo.

Aaliyah solo lo vio en fragmentos. La puerta abierta de golpe. Aire frío. Franjas de luz. La mano de Victor sujetándole el brazo. Un segundo golpe contra la carrocería. Algo estallando en el lado izquierdo. Alguien gritó algo, pero las palabras se disolvieron enseguida en el ruido.

Luego disparos.

No muchos. No la ráfaga interminable del cine. Sonidos breves, brutales, precisos, sin nada de estilizado, y que el cuerpo comprendía al instante. Aaliyah se encogió antes de saber que se encogía. Victor la hundió más abajo, su cuerpo medio encima del suyo, medio interpuesto entre ella y la puerta abierta.

—No se mueva —dijo él, ya no con la dureza de Andy, sino con la tensión profunda de un hombre que había dejado atrás la rutina.

Fuera, oyó la voz de Omar, en algún punto a la derecha, afilada, dando órdenes. Otro disparo. El chirrido de unos neumáticos. Luego otro impacto seco contra el coche, esta vez más cerca.

Victor se apartó un instante, abrió la puerta del lado opuesto al de la calle, como si quisiera sacarla por allí.

Ese instante bastó.

Alguien llegó al coche más deprisa de lo que habría debido. Una mano en el marco de la puerta. Un rostro extraño demasiado cerca, borroso entre los destellos de las farolas y la mirada de Aaliyah, que de pronto iba demasiado deprisa. Chaqueta oscura. Aliento. Olor a aire frío y a algo metálico. Otra mano que fue a por su brazo.

Aaliyah no reaccionó bien. Ni con inteligencia. Ni con valentía. Su cuerpo solo entendió una cosa: algo equivocado la estaba tocando. Tiró hacia atrás, se golpeó con el hombro contra el interior del vehículo y oyó a Victor soltar una maldición. Luego otro disparo, tan cerca que el sonido ya no dejaba espacio para seguir tratándolo como algo abstracto.

El hombre de la puerta salió despedido hacia atrás. No por ella. Por violencia.

Andy.

Aaliyah no lo entendió primero como un nombre, sino como una alteración brutal del cuadro. De pronto aquella mujer que hacía un momento iba sentada delante ya no era nada de lo que había sido en los pasillos de la residencia o en los salones de la embajada. Nada de voz seca. Ninguna norma exasperantemente clara. Solo concentración absoluta. Movimiento sin vacilación. Precisión sin elegancia.

No sujetó al atacante de forma espectacular. Lo inutilizó. Un golpe, un ángulo, un giro que parecía ejecutado por un cuerpo que había decidido antes de que la mente alcanzara a formular nada. Al mismo tiempo gritó algo a Omar que Aaliyah no entendió. No una frase completa. Solo coordenadas. Dirección. Estructura.

Victor la arrancó entonces de verdad del coche.

El asfalto estaba más frío de lo que había imaginado. O quizá solo más duro. Los tacones no encontraron apoyo. El vestido le estorbó en el primer paso y fue precisamente ese detalle minúsculo y absurdo el que hizo que el pánico se le filtrara bajo la piel como un líquido extraño. No miedo en el sentido habitual. Algo más físico. Más ciego. La constatación de que nadie le había dicho nunca qué aspecto tenía una velada elegante cuando, de repente, se convertía en calle, disparos y manos.

Omar ya se había colocado en posición, con el segundo coche cruzado para dar cobertura. Se movía con la misma dureza controlada que Andy, pero tres metros más allá Aaliyah vio a uno de los hombres del equipo exterior caer al suelo. No de forma dramática. No con un desplome cinematográfico. Simplemente como si alguien hubiera desconectado un sonido. Un cuerpo que un segundo antes

formaba parte del orden yacía al siguiente de manera equivocada sobre el asfalto.

Victor la empujó detrás del bloque motor del segundo vehículo.

—Abajo.

Esta vez obedeció al instante.

Las rodillas chocaron contra el suelo, la tela resbaló, la piel se abrasó. En algún punto a la izquierda oyó un golpe sordo, luego a Omar gritando algo. Nadie respondió. Más disparos. Más metal crujiendo. La furgoneta seguía atravesada delante, como si no tuviera nada que ver con lo que estaba ocurriendo.

Andy se movía ahora entre los vehículos, baja, rápida, exactamente donde tenía que estar. No en todas partes a la vez, como quizá después se contaría. Pero siempre en el punto donde, si no, la línea se habría roto. Con una indicación breve sacó a Victor de un ángulo que Aaliyah ni siquiera había visto, lo empujó más a la derecha y dio al conductor una señal que este ejecutó de inmediato. No había pánico en su cara. Solo aquella forma aterradora de calma que bajo presión no se reducía, sino que se volvía más compacta.

—¡Mitchell! —gritó Omar.

—¡Izquierda!

No hacía falta más.

Aaliyah levantó la cabeza demasiado, porque el cuerpo en pánico hace estupideces. Andy lo vio al instante. Un segundo después ya estaba a su lado, con una mano en la nuca, lo bastante firme para que no cupiera discusión, hundiéndola de nuevo tras la cobertura.

—Abajo —dijo.

Aaliyah la miró fijamente. No porque no entendiera las palabras. Sino porque aquella era la misma boca que el día anterior había hablado con voz serena de rutas y puertas de terraza, y ahora ya no quedaba ningún espacio entre ambas para discutir.

—¡Victor, con ella atrás! —ordenó Andy.

Victor la agarró del brazo. Aaliyah se incorporó, tropezó, no logró sostenerse sola: la arrastraron. El segundo coche ya no era suficiente cobertura. El primero estaba torcido y dañado. Omar cubría la izquierda. Otro hombre del equipo —el más joven, cuyo nombre Aaliyah no lograba encontrar en ese momento— trataba de mantener despejado el eje posterior.

Entonces sonó otro disparo.

El joven se derrumbó contra el lateral del vehículo. Tal vez no muerto en el acto, pero mal. Irremediablemente mal para cualquier cosa que aquella noche pudiera haber seguido pareciendo normal.

Aaliyah lo vio.

Y ahí algo se quebró.

No por fuera. No gritó. No lloró. Ni siquiera se quedó completamente paralizada. Pero el mundo perdió el orden. Los sonidos se volvieron a la vez demasiado fuertes e inalcanzables. La luz caía mal. La mano de Victor en su brazo se convirtió en lo único que seguía teniendo lógica. Alguien podía morir. Justo a su lado. Con traje de noche. Entre la entrada de una embajada y coches aparcados. No en informes. No en historias ajenas. No en ese vocabulario elegante de riesgo, patrones y prudencia que ella había tratado hasta entonces como una exageración.

Había ocurrido.

Andy volvió a estar con ellos.

—Ahora.

No la condujo de vuelta al primer coche, sino hacia un lateral, apartándola de la calle, por un paso estrecho entre el muro y un edificio de servicio del recinto de la embajada. No una huida espectacular. Un repliegue hacia una línea más controlable. Victor cubría la retaguardia. Omar el paso. El movimiento fue breve, brutal, sucio, y precisamente por eso

funcionó. Ya no quedaba una secuencia limpia. Solo la estructura justa para que nadie se perdiera dentro.

Aaliyah volvió a tropezar, esta vez con más fuerza. Andy no la sostuvo con delicadeza. Simplemente no la dejó caer. Una mano en el antebrazo, firme, fría, insoportablemente real.

—Siga.

Aaliyah siguió.

No porque fuera valiente. No porque supiera adónde. Solo porque Andy hablaba y todo lo demás, de momento, carecía de importancia.

Detrás, el ataque perdió nitidez y ganó distancia. No hubo persecución por el pasillo estrecho. No hubo una caza de película. Solo un deshacerse rápido en ruido, retirada y la conmoción intolerable de saber que alguien había planeado aquella noche como si ella no hubiera sido más que un punto dentro de una cadena de movimientos.

Al final del paso esperaba un tercer vehículo del equipo de la embajada, más pequeño, discreto, no previsto en principio para su salida. Omar abrió de golpe la puerta trasera. Victor empujó a Aaliyah dentro. Andy no entró inmediatamente. Primero se volvió una vez más, miró hacia el lugar del que venían, escuchó durante un segundo que a Aaliyah le pareció un hueco vacío y sin fondo, y solo entonces se sentó delante.

—Conduzca —dijo.

El coche arrancó antes incluso de que la puerta del lado de Aaliyah terminara de cerrarse.

Ella quedó sentada entre cuero y cristal, y durante varios segundos no entendió nada. Ni la ciudad. Ni las voces. Ni el aire entrando y saliendo de sus pulmones. Tenía las manos sobre el regazo, pero ya no sabía en qué momento exacto las había puesto allí. Sobre la rodilla derecha había una mancha oscura, más pequeña que una mano. Sangre, pensó primero; y luego comprendió, con un retraso que más tarde se reprocharía, que no era suya.

Victor dijo algo. Omar respondió por radio. Andy habló en frases breves y claras con la seguridad de la embajada, luego con Haddad, después con alguien que ya estaba preparando la admisión de urgencia en un ala clínica privada. Nombres, coordenadas, estados. Dos heridos confirmados. Uno crítico. Uno sin respuesta. Cambio de vehículo completado. Persona objetivo asegurada. Regreso por ruta alternativa.

Persona objetivo.

Ella era la persona objetivo.

Aaliyah parpadeó una vez. Luego otra. Más allá del cristal las luces seguían desfilando, pero ya no se convertían en calles, ni en orientación. Solo en líneas claras dentro de algo que, en teoría, todavía debía de seguir siendo la noche.

Andy no se volvió hacia ella. Tampoco hacía falta. Su presencia llenaba ya todo el vehículo. En el tono. En las decisiones. En la forma en que nada quedaba abandonado al azar mientras todavía quedara algo que ordenar.

—¿Está herida? —preguntó, sin abandonar del todo la posición delantera.

Aaliyah quiso responder. De verdad quiso. Pero su cuerpo parecía haber perdido varios pasos entre la realidad y el lenguaje.

Contestó Victor.

—No tiene impactos visibles. La rodilla, abierta. Posible contusión en la cabeza.

Andy asintió una sola vez. Nada más. Después, otra vez al transmisor:

—Que la clínica esté preparada. No entramos por la entrada principal. Lado sur.

Todo seguía avanzando.

Todo volvía a funcionar.

Y, sin embargo, Aaliyah iba en el asiento trasero mirando fijamente la mancha oscura de su rodilla, como si aún tuviera que entender que la sangre, en la realidad, no era distinta a

como se veía en las imágenes. Solo más real. Más densa. Más insoportable.

Cuando llegaron a la clínica, el equipo ya los esperaba. Nada de público. Nada de luces de emergencia. Ninguna estructura estatal convulsa. Solo una forma privada, perfectamente engrasada, de gestionar una urgencia traduciendo el dinero en discreción.

Abrieron la puerta. Alguien se inclinó hacia ella. Un médico. Una mujer con voz tranquila. Preguntas. Si podía hablar. Si tenía náuseas. Si sabía dónde estaba.

Aaliyah respondió en algún momento. Las palabras le salían con un retraso extraño. Sí. No. Sí.

Andy, aun así, no se separó de ella. Aunque no estuviera pegada a su lado, no se apartó. Coordinaba, hablaba con el personal de la clínica, separaba la información del ruido innecesario, bloqueaba accesos, decidía quién podía entrar y quién no. Exactamente la misma mujer que el día anterior había criticado sus puertas de la terraza. Solo que ahora sin nada de teoría. Todo en ella era práctico.

No había consuelo en su manera de estar. Ninguna voz suave. Ningún «ya ha pasado». Solo realidad. Solo estructura. Y quizá precisamente por eso Aaliyah no acabó de desmoronarse del todo.

Más tarde, mucho más tarde, o quizá solo veinte minutos después —el tiempo había dejado de poder medirse con limpieza—, estaba sentada en una camilla dentro de una sala aislada de la clínica, con una manta sobre los hombros aunque no tenía frío. La rodilla vendada. Alguien le había limpiado la cara sin que recordara cuándo. El vestido estaba sucio en el bajo y rasgado en una parte. Tenía el aspecto de algo que ya nunca podría volver a la noche para la que había sido hecho.

La puerta estaba entornada. Afuera, alguien hablaba en voz baja. No muchas palabras. Solo esa clase de posparto

controlado en el que los hombres empiezan a convertir los acontecimientos en informes.

Andy entró al fin.

No despacio. No con cautela. Simplemente como el siguiente paso lógico. Tenía sangre en el puño derecho de la camisa, que quizá no fuera suya, y una fina marca oscura a lo largo de la mandíbula que Aaliyah no había visto antes. Aun así daba la impresión de que su cuerpo ya había decidido pasarle la cuenta de la adrenalina más tarde.

—El médico volverá a verla —dijo—. Esta noche se queda aquí.

Aaliyah la miró.

La miró de verdad por primera vez.

No como una exasperación. No como la mujer que le había trocado la vida en normas. Sino como la persona que acababa de atravesar la violencia con una calma para la que Aaliyah no tenía ninguna comparación.

—¿Victor? —preguntó. Su propia voz le sonó ajena. Más delgada. Como si también ella tuviera que aprender otra vez a salir al exterior.

—Lo están atendiendo.

—Y... —No consiguió pronunciar el segundo nombre, porque seguía sin encontrarlo.

Andy entendió de todas formas.

—Uno muerto. Otro en quirófano.

Aaliyah se quedó mirándola como si aquella frase no hubiera usado una lengua que ella conociera. Uno muerto. Otro en quirófano. Tan sobrio. Tan imposible.

—Yo los conocía —dijo. No era una buena frase. Ni una frase inteligente. Solo la primera verdadera.

La cara de Andy no cambió. Pero algo en ella se aquietó.

—Lo sé.

Eso fue todo.

Ningún consuelo. Ninguna explicación. Solo esas dos palabras. Y, de algún modo, bastaron para que las manos de Aaliyah se volvieran de pronto demasiado pesadas, como si ya no le pertenecieran.

Bajó la mirada hacia la venda de la rodilla. Hacia la manta. Hacia sus propios dedos. Todo era real. Demasiado real. Ningún protocolo. Ninguna situación de seguridad. Ningún patrón.

Algo había irrumpido con violencia en su vida, y la única persona de la habitación que se movía como si existiera un lenguaje para eso era la mujer a la que, aquella misma tarde, habría querido echar de casa.

Andy no se quedó mucho. Informó. Comprobó. Se marchó otra vez, porque fuera aún quedaban cosas que ordenar. Cuando la puerta se cerró tras ella, no hubo más silencio. Solo algo más definitivo.

Aaliyah siguió sentada en la camilla, con la manta apretada con demasiada fuerza alrededor de los hombros, comprendiendo poco a poco, despacio, sin ninguna piedad, que la noche no se había torcido.

Ya no podía torcerse.

Había ocurrido.

Capítulo 8

La noche olía distinto en la clínica que en la residencia.

No mejor. No peor. Solo más sincera.

Demasiado desinfectante, demasiado poco aire, el zumbido amortiguado de aparatos al otro lado de puertas que se abrían y cerraban sin ruido, y esa temperatura peculiar que en los centros médicos privados siempre parecía unos grados demasiado controlada, como si incluso el dolor pudiera encauzarse con el termostato adecuado. Los pasillos estaban iluminados, pero no con dureza. La luz reposaba sobre el suelo como algo que no admitiera sombras, y precisamente por eso las pocas que había parecían más afiladas de lo habitual.

Aaliyah seguía sentada en la camilla de exploración, con la manta sobre los hombros, aunque ya no habría sabido decir si tenía frío o si solo no soportaba la sensación de que su cuerpo, de pronto, tuviera demasiada superficie. Las manos descansaban flojas sobre la tela. Hacía varios minutos que no las movía. O quizá más. El tiempo se había convertido en algo que decidían otras personas. Médicos. Escoltas. Voces al otro lado de la habitación. Pasos que se detenían, se alejaban, volvían a detenerse.

Alguien le había dejado agua. El vaso seguía intacto sobre la mesita junto a la camilla.

La puerta no estaba del todo cerrada. Por la rendija entraba una franja de luz del pasillo. A veces la cruzaba una sombra. Una vez oyó su nombre. Otra, la palabra estabilización.

Después, silencio. Luego otra vez una radio, demasiado baja para entenderla y precisamente por eso capaz de contraerle algo por dentro.

Siempre había creído que el miedo hacía ruido.

Que se notaba. Que entraba como algo ajeno, fácil de nombrar. Un temblor. El corazón disparado. Un impulso de levantarse, huir, gritar. Algo reconocible como reacción.

En lugar de eso, era silencioso.

Estaba sentada dentro de su cuerpo como una segunda persona, mucho más fría, y volvía todo más lento. Los pensamientos. La respiración. La capacidad de entender una frase completa antes de que llegara la siguiente palabra. Incluso las imágenes no regresaban como una secuencia clara, sino en fragmentos. Una manga oscura en el marco de la puerta del coche. La mano de Victor en su brazo. Un rostro demasiado cerca. El estampido de un disparo que ya no sonaba como en las películas, sino como el desgarrón repentino de algo que nunca habría debido ser tan frágil.

Levantó la mano y rozó con dos dedos la venda de la rodilla. No porque le doliera. Más bien porque ese dolor era lo bastante concreto como para resultar tranquilizador. Una rozadura. Una contusión. Un hecho medible.

No como el resto.

La puerta se abrió un poco más. Entró una doctora, la misma mujer de antes, con voz tranquila y el pelo recogido con una pulcritud excesiva. Ya no llevaba guantes. Solo una tableta bajo el brazo y esa expresión profesionalmente neutra que usa la gente cuando debe mostrar interés sin perder la distancia.

—¿Señorita Al-Hadi?

Aaliyah alzó la vista.

—Quiero volver a examinarla un momento, si le parece bien.

Le parece bien.

Era una expresión ridícula para una noche como aquella, pero aun así Aaliyah asintió. La doctora se acercó, dejó la tableta, volvió a preguntarle por mareos, náuseas, alteraciones visuales, sensibilidad a la luz. Aaliyah respondió a todo. Sí. No. Un poco. Era como oír su propia voz al otro lado de un cristal. Las respuestas sonaban plausibles, aunque no tuvieran nada que ver con lo que llevaba dentro.

—Ha tenido suerte —dijo la doctora después de iluminarle los ojos con una pequeña linterna.

Aaliyah la miró.

No porque la frase la sorprendiera. Sino porque resultaba insoportablemente lisa.

Suerte.

Como si entre un vestido de noche rasgado y un muerto al borde de la calzada de verdad no hubiera más que esa palabra.

—Es posible —dijo.

La doctora pareció notar el tono. O quizá no. Siguió hablando con objetividad sobre observación durante la noche, sedación suave si la necesitaba, reposo, visitas restringidas. Aaliyah entendió todas las palabras y ninguna. Solo cuando la mujer estaba ya casi en la puerta se oyó preguntar:

—El otro hombre.

La doctora se detuvo.

—¿Perdón?

Aaliyah ni siquiera sabía a cuál se refería. El más joven del equipo. El que había caído. El que se había desplomado junto al coche como si el cuerpo hubiera decidido salirse del orden sin consultar con nadie.

—De la… escolta —dijo. La palabra sonó extraña en su boca—. ¿Está…?

La doctora no respondió enseguida. Tardó demasiado. Con eso bastó.

—Los médicos están haciendo todo lo posible —dijo al final.

No muerto. Todavía no. Tal vez. Seguramente. Una frase que solo tranquiliza a quien no ha aprendido a escuchar los huecos.

Aaliyah asintió. Más por reflejo que por acuerdo. La doctora se marchó. La habitación volvió a quedarse en calma.

Poco después entró Victor.

No del todo. Solo a medias. Como si entendiera que el espacio se había vuelto menos médico que frágil. Ya no llevaba chaqueta. La camisa estaba cortada a la altura del hombro y sustituida de forma provisional, con un vendaje reciente debajo. Parecía más pálido que de costumbre, pero sus movimientos seguían siendo controlados.

—Debería estar tumbado —dijo Aaliyah antes de que le diera tiempo a impedírselo.

Victor levantó apenas una comisura de la boca, que desapareció enseguida.

—No suele decirse con tanta amabilidad en mi trabajo.

Ella lo miró más rato esta vez. Tal vez para comprobar que de verdad estaba allí y no era otro eco más de todo aquello que aún no conseguía ordenar.

—No estoy siendo amable —dijo.

—No. —Él dio un paso más hacia dentro—. Solo está demasiado cansada para ocultarlo bien.

En otro momento habría contestado algo. Algo ligero, seco, una réplica que le devolviera el terreno. Ahora no.

Victor no se sentó. Se quedó junto a la puerta, descargando el peso de forma consciente sobre el lado sano.

—Nos van a dejar aquí esta noche —dijo.

—¿Nos?

—A usted, a mí, a Omar. Y la señorita Mitchell probablemente se quede por voluntad propia.

Aaliyah miró el vaso de agua, como si allí pudiera estar la respuesta a todo lo que no quería preguntar.

—¿Y Karim?

—En la residencia.

—¿Y mi padre?

—Aquí.

Eso casi la sorprendió más que cualquier otra cosa. No porque Khalid no debiera quedarse. Sino porque solo en ese momento se dio cuenta de que ni siquiera lo había buscado durante la última media hora. Su mente se había estrechado. Vuelto más brutal. Todo se había reducido a lo que quedaba al alcance de manos y voces.

—¿Le ha dejado pasar?

Victor la observó un segundo.

—¿Se refiere a la señorita Mitchell?

Aaliyah no respondió. Victor la entendió de todos modos.

—Ahora mismo deja pasar muy pocas cosas que no considere útiles.

Aaliyah bajó la vista.

—Qué sorpresa.

Victor calló. Luego, con una voz más cauta:

—La ha sacado de allí.

No era un reproche. Ni una insinuación de que debiera sentirse agradecida. Solo una constatación.

Aaliyah sintió cómo algo se le tensaba en la garganta. No por lo que decía. Sino porque ella misma lo sabía y no tenía lenguaje para eso.

Victor cambió ligeramente de postura, como si el cuerpo le recordara que también él tenía un límite.

—Debería intentar dormir.

Aaliyah levantó la vista otra vez.

—Y usted debería sentarse.

Esta vez sí sonrió, breve y sin ninguna ligereza.

—Eso no sonaba a orden, señorita Al-Hadi.

—Estoy practicando.

Victor asintió una vez. Después se marchó. No bruscamente. Simplemente porque aquel era uno de esos

momentos en que incluso la seguridad sabe cuándo no debe hacerse visible.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, Aaliyah permaneció inmóvil unos minutos más. Después se levantó.

Despacio. Con cuidado, porque la rodilla le falló un poco, aunque no lo suficiente como para convertirse de verdad en dolor. Solo como recordatorio de que hasta las heridas pequeñas tenían derecho a existir, aunque el resto de la noche las eclipsara por completo.

Se acercó a la ventana.

No daba al exterior, sino a un patio interior en penumbra, donde una única lámpara iluminaba un arce pequeño, como si incluso allí hubiera que asegurarse de que algo ofreciera un aspecto sereno. En el cristal se reflejaba su propio rostro. No enteramente pálido. No devastado de forma dramática. Solo distinto. Como si alguien hubiera arrancado por la fuerza algo de la naturalidad sobre la que se había sostenido su vida en los últimos años.

Pensó en el momento del coche. No cronológicamente. No como una historia. Sino como una sucesión de restos inconexos: la presión de una mano ajena. La resistencia de su vestido, de pronto demasiado estrecho. El golpe sordo de algo o alguien contra el metal. La voz de Andy, escueta y dura, sin espacio para el pánico. El cuerpo del escolta más joven, que ya no guardaba bien la vertical.

Esa imagen se quedaba.

No porque fuera la más brutal. Sino porque era la más irrevocable.

Alguien podía morir.

No en expedientes. No en conversaciones entre hombres que pronunciaban con suficiente gravedad palabras como situación para volverlas útiles en una conferencia. No en países lo bastante lejanos como para traducir las tragedias al lenguaje geopolítico.

Allí.

Por su causa.

Por su nombre, por su agenda, por su visibilidad, por lo que fuera que aquellos hombres habían intentado alcanzar al arrancar la puerta del coche.

Cerró los ojos un instante.

Y cuando volvió a abrirlos, Andy estaba en el reflejo.

Aaliyah no se giró enseguida. Tal vez porque no quería parecer sobresaltada. Tal vez porque durante un momento prefirió aferrarse a la versión en la que aquella mujer era solo luz y cristal, y todavía no una presencia real otra vez dentro de la habitación.

—Tiene la costumbre —dijo al fin— de aparecer como un pensamiento muy desagradable.

Andy entró del todo y cerró la puerta a su espalda.

—Está apoyándose sobre una rodilla lesionada.

—Eso no es una respuesta.

—Es una observación.

Aaliyah se volvió entonces. Andy se había quitado la chaqueta. Llevaba la manga remangada y, en el antebrazo derecho, una línea enrojecida le cruzaba la piel, como si algo la hubiera rozado o rasgado. El arañazo de la mandíbula se había oscurecido, fino, irrelevante comparado con lo que podría haber sido. No parecía agotada ni alterada. Solo más afilada. Como si toda su energía se hubiera concentrado en unos pocos centímetros bajo control.

—Está sangrando —dijo Aaliyah.

Andy bajó la vista al brazo como si el dato fuera secundario.

—No lo suficiente como para que tenga interés.

Aaliyah se quedó mirándola.

—¿Habla en serio?

—Ahora mismo, sí.

Era exasperante el modo en que ese tono removía algo dentro de ella que no tenía nombre. Antes lo habría tomado por arrogancia. Ahora ya no estaba segura. Quizá fuera solo una disciplina tan llevada al extremo que desde fuera parecía frialdad.

Andy no se acercó a la camilla. Se quedó en ese punto de la habitación desde el que una no invade a nadie, pero tampoco la deja sola.

—Su padre quiere verla —dijo.

—¿Ahora?

—Está esperando a que yo diga que está suficientemente orientada para hablar.

Aaliyah la sostuvo con la mirada.

—¿Y lo estoy?

—Sí.

—Qué generoso.

Andy no reaccionó a la ironía.

—Tiene una contusión leve. No hay lesión grave en la cabeza. La rodilla le dará problemas unos días.

—Usa esa palabra para demasiadas cosas.

—Porque sirve para muchas.

Aaliyah quiso contestar algo. Cualquier cosa que le devolviera la habitación. En vez de eso, se oyó preguntar:

—¿Estaba... planeado?

Andy entendió enseguida a qué se refería. No el ataque en un sentido estratégico. La realidad que había debajo. Si de verdad aquello había sido contra ella o solo una forma de caos en la que habían quedado atrapados.

—Sí —dijo Andy.

Sin vacilar. Sin un quizá cuidadoso.

Aaliyah asintió una vez, muy despacio. Ese era el problema de las respuestas claras. Le quitaban a una cualquier escondite entre los márgenes.

—¿Y si nos hubiéramos ido antes? —preguntó—. ¿O si hubiéramos tomado otra ruta?

Andy guardó silencio un momento.

—Habría pasado otra cosa.

—Eso no resulta tranquilizador.

—No pretende serlo.

Aaliyah volvió a sentarse. Esta vez más despacio, porque la pierna tiraba de forma desagradable. Se ajustó la manta alrededor de los hombros y odió el gesto al mismo tiempo, porque parecía necesidad.

Andy, aun así, no miró. Como si le concediera la última forma de dignidad posible al no reparar precisamente en esas cosas. O al no comentarlas.

—Lo sabía —dijo Aaliyah en voz baja.

—No.

—Actuaba como si lo supiera.

—Dije que había algo que no encajaba.

—Casi es lo mismo.

—No. —Andy siguió igual de serena—. Es la diferencia entre patrón y hecho.

Aaliyah se pasó los dedos por el pelo, se enredó en un mechón y dejó caer la mano.

—¿Y ahora qué?

Por primera vez, Andy no respondió enseguida.

—Ahora —dijo por fin— cambian las condiciones.

Ningún consuelo. Ningún ahora está a salvo. Solo eso.

Aaliyah la miró y, por primera vez, se preguntó si aquella mujer era capaz de hablar de otra manera. Y, en ese mismo instante, comprendió que quizá por eso mismo podía soportar que siguiera allí. Porque no endulzaba nada. No prometía nada que aún no pudiera sostenerse. En una noche en la que hasta el suelo de su percepción se había vuelto inestable, esa sobriedad era lo único que no se deshacía después.

Era exasperante hasta qué punto se estaba aferrando a ello.

—Hágale pasar —dijo al final.

Andy asintió una vez y se dirigió a la puerta. Luego se detuvo un instante, sin girarse del todo.

—No tiene que levantarse cuando entre.

Aaliyah alzó la cabeza.

—No pensaba hacerlo.

—Bien.

Y salió.

Khalid entró unos segundos después, y de pronto la habitación volvió a ser lo que siempre había sido entre ellos: un lugar en el que la cercanía nunca significaba solo cercanía, sino casi siempre responsabilidad, exigencia y todo aquello que no se decía porque, en familias como la suya, una aprendía pronto que los sentimientos funcionan mejor cuando no desordenan nada.

No se sentó enseguida. Se limitó a mirarla. El tiempo justo para que Aaliyah sintiera el impulso de quitarse la manta de los hombros y, precisamente por eso, se la ciñera más.

—Deberías habérmelo dicho —dijo ella antes siquiera de que él abriera la boca.

Khalid se quedó inmóvil.

—¿El qué, exactamente?

—Que era real.

No respondió en el acto. Tal vez porque registró la palabra. No posible. No serio. No exagerado. Real.

—Sabía que era grave —dijo por fin—. No sabía cuándo iba a concretarse.

—No es lo mismo.

—No.

Aaliyah soltó una risa baja. No amarga. Solo vacía.

—Hoy hay mucha gente empeñada en decir la verdad con el menor número posible de palabras.

Él se acercó un poco, pero mantuvo la distancia. Eso también era típico de él. Nunca invadía el espacio ajeno, ni

siquiera cuando se trataba de su hija, que acababa de escapar por poco de un secuestro.

—Vamos a sacarte de aquí —dijo.

Ella lo miró.

—¿Adónde?

—A un lugar seguro.

—Seguro —repitió. La palabra ya se había vuelto algo que solo podía tocarse con muchísima desconfianza.

—Aislado —dijo él—. Sin actos. Sin exposición. Sin agenda abierta.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que sepamos a qué nos enfrentamos.

Otra vez la misma frase con ropa distinta. Necesario. Lo que haga falta. Hasta saber. Hombres que revestían las decisiones con formas sin fecha para que nadie pudiera medirlas contra un calendario.

Antes Aaliyah habría discutido. Habría pedido detalles, habría puesto condiciones, habría explicado con una frialdad excesiva que su vida no se suspendía por sospechas. Habría buscado una manera de influir al menos en la forma de la decisión, si no en su contenido.

Ahora estaba sentada en una camilla, con la rodilla abierta, sangre ajena en el bajo del vestido y un cansancio espeso en cada centímetro del cuerpo.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

Asintió. Sin más. Eso la sorprendió casi más que la propia decisión.

Khalid también lo notó. Su expresión apenas cambió, pero algo en los hombros se le volvió más pesado por un instante.

—La señorita Mitchell dirigirá el traslado.

Claro, pensó Aaliyah. Claro.

—¿Viene con nosotros?

—Sí.

Aaliyah miró más allá de él, hacia la puerta entornada. Andy estaba en el pasillo, hablando con alguien del personal de la clínica, los ojos en la tableta, como si el paso siguiente existiera ya entero en su cabeza.

—¿Ha decidido ya también cuándo puedo dormir?

Khalid no siguió su mirada.

—Esta noche ha evitado que tengamos que hablar de algo peor.

La frase quedó en la habitación. No como una lección moral. Peor no lo habría formulado él. Era demasiado disciplinado para eso. Precisamente por eso golpeaba.

Aaliyah bajó la vista a las manos.

—Lo sé.

Probablemente era lo más sincero que había dicho en toda la noche.

Khalid soltó el aire de forma audible, como si incluso él necesitara de vez en cuando que alguien le recordara que respirar seguía formando parte del orden.

—Te quedarás allí hasta que yo diga otra cosa.

Ahí estaba de nuevo la forma conocida del poder. Y, aun así, esta vez no le quedaba energía para impugnarla de inmediato.

—De acuerdo —dijo Aaliyah.

Khalid la miró como si no acabara de fiarse de la palabra.

Quizá ella tampoco. Pero estaba ahí. Y era lo bastante real.

—Nos vamos dentro de una hora —dijo él.

Ella volvió a asentir.

Él no se acercó más. No le puso la mano en el hombro. No dijo que todo iría bien. Tal vez porque nunca decía algo así. Tal vez porque era lo bastante inteligente para no intentarlo siquiera aquella noche.

Cuando se marchó, la puerta no quedó abierta. La habitación volvió al silencio.

Aaliyah alzó la vista hacia la ventana. El pequeño patio interior seguía inmóvil bajo la luz. El arce apenas se movía. Todo parecía dar a entender que el mundo era un sistema ordenable y mantenible, siempre que se dispusiera de suficiente personal, suficiente dinero y suficientes normas.

No había terminado.

Con una claridad nueva y helada comprendió que aquello no había hecho más que empezar.

Capítulo 9

Cuando salieron de la clínica, la noche había alcanzado ese punto en el que incluso las grandes ciudades podían engañarse durante unas horas.

No silencio. Para eso había demasiados motores a lo lejos, demasiados vehículos tardíos en las avenidas anchas, demasiados semáforos poniéndose en rojo o en verde para nadie. Pero sí algo lo bastante cercano como para parecer calma desde fuera. El aire se había vuelto más frío. Más limpio. En la explanada de la clínica, la luz era sobria y blanca, y no tenía nada de esa tibieza diplomática que unas horas antes había hecho que todo pareciera inofensivo.

Aaliyah no salió por la puerta lateral: la llevaron hasta ella.

No con brusquedad. Ni siquiera de un modo que pareciera claramente contrario a su voluntad. Y, sin embargo, cada movimiento era ahora algo que otros pensaban antes que ella. Alguien le abría una puerta. Alguien pronunciaba su nombre en voz baja. Alguien ocupaba ya el lugar al que debía dirigirse a continuación. Dos vehículos aguardaban en la sombra del edificio, ambos oscuros, ambos más discretos que aquellos en los que solían trasladarla. Sin banderas oficiales, sin conductores con esa profesionalidad pulida que, por rutina, casi se confundía con la cortesía. Solo función. Solo destino.

Andy ya estaba fuera antes de que Aaliyah acabara de comprender que se estaba moviendo. Hablaba con Omar, breve y sin prisa visible, con la tableta en la mano izquierda y el transmisor en la oreja, mientras Victor, con el hombro

vendado, vigilaba la pequeña rampa que conducía al coche. Detrás de ellos estaba Khalid con uno de los hombres de su círculo más próximo, alguien a quien Aaliyah conocía y que, en ese momento, no conseguía situar. Los rostros se habían vuelto más difíciles. Los nombres también.

—Delante, despejado —dijo Omar.

Andy asintió sin apartar la vista de la salida.

—Que salga primero el segundo vehículo. Sin cambio de luces hasta la vía principal. Después, solo a mi señal.

—Entendido.

No sonaba a huida. No sonaba a pánico. Y precisamente eso era lo opresivo. Todo estaba demasiado controlado como para resultar reconfortante. Nadie cambiaba la ruta, los coches y la secuencia de salida por algo que siguiera siendo teórico. Eso solo pasaba cuando ya se había decidido que el patrón anterior estaba agotado.

Aaliyah se detuvo al llegar al primer coche. Solo una fracción de segundo. Nada más. Una vacilación leve del cuerpo, como si tuviera que recalcular la distancia entre el pasillo de la clínica y aquel vehículo oscuro. Andy lo advirtió al instante.

—Agache la cabeza al entrar —dijo.

No con dureza. Solo con claridad.

Aaliyah obedeció. Sin comentario. Sin ese impulso de rebajar la situación con una réplica medio aburrida. El vestido había desaparecido. Ahora llevaba unos pantalones oscuros y un jersey blando, ropa sacada de algún armario de la clínica o de su casa, no lo sabía. El bolso de noche ya no estaba. Tampoco llevaba joyas. El pelo se lo había recogido ella misma en algún momento, demasiado tirante quizá, porque había necesitado conservar precisión en al menos una cosa.

Victor se sentó a su lado. Omar no subió. Andy ocupó el asiento delantero. Un conductor cuyo nombre Aaliyah no conocía apoyó las dos manos en el volante y aguardó la señal.

Khalid se acercó a la puerta abierta.

—Vas directa —dijo.

Aaliyah levantó la mirada hacia él. Con aquella luz, parecía mayor. O quizá solo más duro. Los surcos más marcados, los ojos más controlados de lo normal, precisamente porque no podían permitirse no estarlo.

—¿Y tú? —preguntó.

—Después.

No supo si aquello la sorprendía. Tal vez había esperado que fuera en el mismo coche. Tal vez no. En familias como la suya, la proximidad rara vez era una cuestión geográfica.

—Llámame si cambia algo —dijo.

Él asintió. No con ternura. No con suavidad. Pero sí con una verdad suficiente.

Luego cerraron la puerta y el momento terminó.

El coche arrancó con tanta suavidad que durante un segundo Aaliyah tuvo la sensación no de avanzar, sino de ser desplazada. El edificio de la clínica quedó atrás, luego la entrada, luego la sobriedad blanca de la explanada. En el espejo lateral apareció el segundo vehículo. Detrás, nada que llamara lo bastante la atención como para inquietar a una persona corriente.

Andy comprobó el transmisor, luego la pantalla de la tableta y después la carretera. Siempre en el mismo orden. Ni una mirada superflua. Ni un movimiento sin función.

Aaliyah apoyó la cabeza en el respaldo y bajó la vista a sus manos. La luz interior estaba tan atenuada que sus dedos parecían una forma pálida sobre la tela oscura. En la mano derecha aún quedaba un rastro de desinfectante, punzante y clínico. Debajo había otro olor, o quizá era solo una impresión. Metal. O memoria.

Nadie habló durante los primeros minutos.

El silencio dentro del coche no era cortés. Era funcional. El conductor atendía a la ruta, Victor a la retaguardia, Andy a

todo a la vez. Aaliyah iba en medio como algo que había que mantener a salvo sin que nadie lo nombrara así.

Intentó mirar por la ventanilla. No porque fuera a encontrar algo tranquilizador fuera. Sino porque la mirada necesitaba ir a alguna parte.

La ciudad se había vuelto extrañamente ajena. Las mismas calles. Las mismas fachadas. Las mismas islas de luz sobre el asfalto mojado. Y, aun así, todo parecía cubierto por una capa fina y rígida que la separaba del mundo. Gente a la puerta de bares. Un taxi detenido en un cruce. Un quiosco todavía abierto. Una normalidad que ya no le pertenecía. No esa noche. Quizá nunca más del mismo modo.

—¿Cuánto falta?

Su propia voz la sorprendió.

Andy no se volvió.

—Unas horas.

—Eso no es una respuesta.

—Es la que puedo darle ahora mismo.

Aaliyah cerró los ojos un instante.

—¿Adónde vamos?

—Fuera de la ciudad.

—¿A qué distancia?

—La suficiente.

Otra vez esa forma de hablar. Mínima. Exasperante. Y, sin embargo, aquella noche era lo único que no sonaba falso.

Victor cambió de postura a su lado, con cuidado por el hombro.

—Si puede dormir, debería intentarlo.

Aaliyah giró la cabeza hacia él.

—¿Lo dice en serio?

Él levantó apenas la comisura intacta de la boca.

—No.

Antes habría sonreído. Quizá incluso se habría reído. Ahora sentía la cara como algo que solo debía usarse con cuidado.

Volvió a mirar hacia delante. Andy se había llevado el transmisor a la oreja.

—¿Distancia?

—Limpia —respondió Omar por el altavoz—. Nada fuera de lo normal.

—Seguid pegados.

—Entendido.

El coche tomó una vía de salida más amplia. Menos edificios. Más oscuridad entre las farolas. Menos gente. La ciudad empezó a disolverse sin que Aaliyah supiera señalar en qué momento exacto había ocurrido. Tal vez siempre fuera así. Tal vez nunca se hubiera fijado, porque hasta entonces los trayectos no eran algo que se experimentara de manera consciente.

Sintió que Andy la miraba antes de acabar de entenderlo.

No durante mucho. Solo una mirada breve por encima del hombro para comprobar si seguía reaccionando, si tenía frío, si se estaba viniendo abajo, si el estado de shock empezaba a traducirse en algo físico que hubiera que controlar. No había sentimentalismo en ello. Solo atención.

Aaliyah detestó darse cuenta de que había percibido esa mirada y que, al mismo tiempo, le resultaba tranquilizadora.

—¿Tiene náuseas? —preguntó Andy.

—No.

—¿Mareo?

—No.

—Si eso cambia, me lo dice enseguida.

Aaliyah volvió la cara hacia la ventanilla.

—Me habla como si yo fuera una inestabilidad.

—Ahora mismo es una variable.

—Qué reconfortante.

Andy no respondió.

El coche siguió avanzando. La ciudad fue desapareciendo por capas. Primero los hoteles, luego las calles iluminadas,

luego los cruces tardíos. En algún momento, la oscuridad entre las construcciones pasó a ser más grande que las propias construcciones. Aaliyah no sabría decir si había pasado media hora o diez minutos. Aquella noche el tiempo ya no era un movimiento, sino un estado.

Se dio cuenta de que llevaba los hombros inconscientemente tensos, levantados. Intentó aflojarlos. No lo consiguió del todo. Victor también se dio cuenta, pero no dijo nada. No hacía falta. El silencio dentro del vehículo había adquirido ya una consistencia propia. No vacío. Denso. Cada respiración parecía oírse dentro de él, aunque nadie hablara.

Y en esa densidad empezaron a volver las imágenes.

No como una película. No como una secuencia que pudiera contarse. Sino como una precisión breve y desagradable. La puerta del coche abriéndose de golpe. La dureza del asfalto contra la rodilla. La mano de un extraño en su brazo. El hombre del equipo cayendo. El ruido real de los disparos. Más seco. Más brutal. No un efecto de sonido. Una decisión.

Aaliyah entrelazó los dedos hasta que le dolieron los nudillos.

No quería pensar en ello. No entonces. No dentro de un coche oscuro camino de un sitio que no conocía. Pero los pensamientos habían dejado de obedecer a la voluntad. Llegaban en cuanto no había algo más fuerte que los tapara.

—Gire a la izquierda ahí delante —dijo Andy de pronto al conductor.

Aaliyah alzó la vista. Un desvío al que jamás habría prestado atención si no fuera porque ahora lo tomaban saliéndose de la vía principal. Más estrecho. Más oscuro. Árboles a ambos lados. Ninguna señal oficial. Ningún edificio iluminado. Solo asfalto prolongándose dentro de la noche.

—¿Eso sigue siendo una carretera? —preguntó, antes de poder reprimirse.

—Sí —dijo Andy.

—No ha sonado muy convencida.

—Yo lo estoy. La carretera, no.

El conductor giró. La luz de la vía principal quedó atrás. Por la ventanilla trasera, Aaliyah vio por primera vez desde el ataque auténtica oscuridad.

El segundo coche seguía pegado detrás.

Y luego, al cabo de más minutos, una verja.

No alta ni representativa como la de la residencia. No diseñada para ser vista por invitados. Lo bastante baja como para ser práctica, encajada en un muro de piedra y metal oscuro. No había cámaras ostentosas, solo pequeñas superficies muertas de cristal de seguridad. Nadie fue a abrir. Tras una señal por radio, la verja se deslizó lentamente. Detrás, un acceso estrecho, con grava a los lados y firme en el centro, árboles a la izquierda y una ladera baja a la derecha.

No se veía ninguna casa de inmediato.

Aaliyah se enderezó sin querer.

—¿Dónde estamos?

—Casi hemos llegado —dijo Andy.

Otra vez una respuesta que no servía de nada.

La entrada se prolongó más de lo esperado. Y entonces la casa emergió de la oscuridad.

No grande en un sentido ostentoso. Más bien alargada, baja, encajada en la ladera, como si alguien hubiera decidido que allí la visibilidad no era ninguna virtud. Superficies de cristal, pero no acogedoras. Piedra. Listones de madera oscura. Luz solo donde hacía falta. Nada de explanadas decorativas, ninguna fuente, ninguna arquitectura reclamando importancia. Era un edificio que no quería ser visto y, precisamente por eso, parecía más caro que muchas cosas que sí lo pretendían.

—¿Esta es la casa segura? —preguntó Aaliyah.

—Sí.

La contempló. No era una casa en el sentido habitual. No un hogar. Más bien una frase construida con materiales que prometían que allí no debía encontrarse a nadie.

El coche se detuvo bajo un voladizo estrecho. Ya esperaban dos hombres, ambos vestidos sin formalidad, ambos ajenos a su equipo habitual. Uno abrió la puerta. El otro sacó del maletero la pequeña bolsa improvisada que habían preparado para ella a toda prisa.

Aaliyah bajó y notó enseguida la diferencia en el aire. Mar. No de forma intensa, pero sí suficiente para que hubiera sal detrás del frío. Viento. Apertura. Una amplitud que no se veía y por eso mismo parecía mayor.

Levantó la vista.

Detrás de la casa debía de haber agua. No se oía directamente. Solo se intuía en la manera en que se movía el aire.

Andy ya había salido y estaba hablando con uno de los hombres, un intercambio breve y preciso de estados, posiciones, sistemas activos. Aaliyah permaneció bajo el voladizo observando la casa como si pudiera leer en los ventanales lo que esperaba de ella.

Nada, pensó al mismo tiempo.

Y precisamente ahí estaba el problema.

Dentro reinaba un silencio más profundo que en ninguna estancia que hubiera pisado en años.

No lujo en el sentido habitual. Ningún intento de compensar la ausencia de libertad con colores suaves o una opulencia excesiva. El salón principal era abierto, con muebles bajos, un sofá largo de tela gris, suelo de piedra, una cocina al fondo y una cristalera que, en la oscuridad, no era más que un espejo. De día probablemente parecería un espacio amplio y luminoso. Ahora era, sobre todo, cerrado.

—La planta superior no está accesible —dijo Andy mientras cruzaban la estancia—. Se queda en la baja. Su

habitación está a la derecha. La mía, al lado.

Aaliyah se detuvo un instante.

—¿Al lado?

Andy la miró.

—Sí.

—Qué reconfortante.

—Esa es la idea.

Era exasperante comprobar lo fácil que le resultaba conservar el mismo tono incluso en mitad de la debilidad. Tal vez ese fuera el último resto de su propio orden.

Uno de los hombres del nuevo equipo llevó la bolsa a la habitación de la derecha. La puerta estaba abierta. Dentro había una cama, una cómoda, una lámpara, un sillón, un escritorio. Todo funcional. Todo limpio. Todo tan neutro que casi resultaba personalmente hostil.

Aaliyah entró y se quedó en mitad de la habitación.

—Si necesita algo, dígalo —dijo Andy desde la puerta.

Aaliyah no se volvió.

—¿Necesito algo?

—Agua. Analgésicos si la rodilla empeora. Dormir.

—Tiene opiniones sorprendentes sobre mi estado.

—Tengo datos.

Aaliyah miró la cama. La bolsa. La ventana, detrás de la cual solo colgaba su propio reflejo en la oscuridad.

—¿Y si no quiero dormir?

—Entonces no duerma.

Aquello la desconcertó lo suficiente como para que se volviera.

Andy seguía en la puerta, sin entrar. Ningún cuidado invasivo. Ninguna distancia que pudiera confundirse fácilmente con indiferencia. Solo presencia. Guardia. Cercanía controlada.

—¿Así de simple?

—Esta noche, sí.

Aaliyah la observó un instante.

—Se le da sorprendentemente mal someter a la gente justo cuando menos resistencia ofrece.

—Entonces resérvese la crítica para mañana.

El hombre del equipo dejó una botella de agua en la mesilla y se marchó sin decir nada. La puerta quedó abierta. Andy también.

Aaliyah se sentó despacio en el borde de la cama. La rodilla tiró. No mucho. Solo con insistencia. Como todo lo relacionado con aquel día.

—¿Es seguro? —preguntó antes de poder evitarlo.

Andy respondió al instante.

—Sí.

Ni quizá. Ni tan seguro como es posible. Solo sí.

Aaliyah asintió sin saber muy bien por qué. Tal vez porque aquella sílaba era lo único que no tambaleaba.

Andy empujó la puerta un poco más. No del todo.

—Estoy fuera.

Y se fue.

Aaliyah se quedó sentada, escuchando la casa.

No había mucho que oír. Ni ciudad. Ni voces en habitaciones contiguas. Ni platos sonando en una cocina lejana. Solo el viento fuera. Un zumbido muy tenue dentro del muro. Un paso en el pasillo. Y después, otra vez, nada.

Allí no había nada a lo que agarrarse.

Ninguna rutina conocida. Ningún rostro de su vida normal. Ninguna forma reconocible de control. Solo aquella casa, que no era lo bastante hermosa como para consolarla ni lo bastante fea como para provocar rechazo claro. Simplemente estaba allí. Protección convertida en arquitectura. Una afirmación construida acerca de que debían guardarla en algún sitio apartándola del mundo durante un tiempo.

Se levantó de nuevo, porque sentarse resultaba todavía más insoportable. Fue hasta la ventana.

Fuera casi no se veía nada. Solo superficies más oscuras dentro de la oscuridad y, muy al fondo, quizá muy al fondo, un único punto de luz que podía venir de un barco o de una carretera detrás de la costa. El cristal le devolvía la cara: más pálida ahora, la raya del pelo deshecha, los hombros demasiado tensos.

Levantó la mano y la apoyó en el vidrio.

Frío.

El ataque regresó sin avisar. No entero. No como una escena. Solo como un golpe dentro del cuerpo. La puerta arrancada. El asfalto. El estampido. El hombre cayendo. La mancha oscura en su vestido. Andy, que de pronto había dejado de ser exasperante para volverse necesaria.

Aaliyah apartó la mano del cristal como si quemara.

La respiración se le aceleró. No de manera ruidosa. Solo demasiado superficial. Demasiado alta. Ni lágrimas. Ni derrumbe. Tal vez peor, porque todo en ella seguía funcionando y, al mismo tiempo, nada estaba ya donde le correspondía.

No volvió a sentarse. Se quedó de pie, con las dos manos sobre el alféizar, mirando la oscuridad como si pudiera impedir que las imágenes terminaran de recomponerse si concentraba toda su atención en el vacío que tenía delante.

Un sonido leve en el pasillo.

Ninguna voz. Solo pasos que se detenían. No entraban. No preguntaban.

Andy.

Aaliyah no supo cómo lo reconoció. Quizá porque otra persona habría llamado a la puerta. O se habría marchado por cortesía. Andy no hacía ni una cosa ni la otra. Simplemente permanecía al otro lado de la puerta entreabierta, como si, aquella noche, la presencia fuera ya todo el lenguaje de que disponía.

Aaliyah no dijo nada.

Andy tampoco.

Y precisamente por eso lo soportó mejor que cualquier intento de consuelo.

Siguió junto a la ventana, con la casa inmóvil a su alrededor, la oscuridad exterior tan completa que ni siquiera sabía ya qué estaba buscando en ella. A su espalda, el pasillo. La puerta. La mujer que montaba guardia sin castigarla con palabras.

Ya no quedaba un fuera. Ningún movimiento de salida. Ninguna continuación elegante hacia la próxima noche, la próxima recepción, la próxima vida en la que hombres como Victor y Omar se apoyaban en marcos de puertas y el peligro era algo que podía tratarse con un gesto de impaciencia, un poco de encanto y los ojos en blanco.

Ahora solo estaba aquella casa.

Esa noche.

Y la certeza estrecha e insoportable de que, en algún punto entre la carretera, los disparos y la oscuridad, una parte de su vida anterior no había sido simplemente alterada.

Había terminado.

Capítulo 10

Aaliyah no durmió de verdad.

En algún momento de la noche, su cuerpo había decidido cerrar los ojos sin que su cabeza estuviera de acuerdo, y por la mañana de aquella clase de sueño solo quedaba la sensación de haber emergido demasiadas veces del inconsciente en el mismo punto. No descansada. Ni siquiera agotada en el sentido habitual. Solo pesada. Como si la noche hubiera ido depositando cosas dentro de ella que ya no pudieran disolverse, por muy silenciosa que hubiera permanecido la casa.

Cuando abrió los ojos, la habitación estaba ya llena de una luz que no respetaba transiciones. Nada de un amanecer suave, ni de una mañana vacilante deslizándose poco a poco sobre muebles y paredes. Allí, la claridad del día caía por la amplia cristalera con nitidez y frialdad, y volvía inmediatamente visible lo que la casa, en la oscuridad, aún había logrado ocultar en parte: su disciplina, su intención, su completa indiferencia hacia cualquier forma de comodidad.

Las paredes eran claras, pero no cálidas. El suelo de piedra devolvía la luz de una manera que hacía que todo pareciera más limpio, más duro y más definitivo. Fuera, el cielo se abría sobre una extensión gris de agua que, desde allí, no tenía nada de romántica ni de salvaje. Simplemente estaba. Ancha. Fría. Indiferente.

Aaliyah permaneció tumbada un momento, inmóvil, mirando al techo.

Ni voces. Ni pasos de una criada. Ni el tintineo lejano de una cocina que, en algún ala de la casa, ya la estuviera esperando. Ningún móvil sobre la mesilla vertiendo en su día, todavía a medio despertar, mensajes, invitaciones, cambios de última hora y amabilidades tibias de otras personas. Su teléfono estaba allí, en el lugar exacto donde se lo habían dejado, pero apagado. O bloqueado. O ambas cosas. La noche anterior no lo había comprobado. No porque no se le hubiera ocurrido. Sino porque la idea de dejar entrar el mundo exterior en aquel silencio le había resultado, de pronto, más insoportable que cualquier forma de aislamiento.

Se incorporó despacio. La rodilla le recordó de inmediato que aquella mañana no era una cualquiera. No con un dolor punzante, sino con una resistencia sorda bajo la piel que decía con cada movimiento: esto ha ocurrido. No ha desaparecido solo porque hayas cerrado los ojos.

En la mesilla estaba la botella de agua que Andy había hecho llevar durante la noche. Al lado, dos pastillas en una pequeña bandeja blanca. Aaliyah las miró un segundo de más, como si incluso los analgésicos fueran ya una clase de negociación que debía mantener con aquella casa.

Al final cogió una, bebió el agua en tragos demasiado grandes y volvió a dejar la botella en su sitio.

En el baño, su cara le devolvió la noche con más claridad de la que le apetecía. No de forma dramática. Nada de sangre, ni ojeras hinchadas, ni esa miseria de película. Solo una sombra leve bajo los ojos, la piel un poco más apagada, el pelo más opaco de lo que estaba acostumbrada a verse, castigado por el insomnio y la inquietud. Se lo recogió hacia atrás, se lavó la cara con agua demasiado fría y evitó mirarse con demasiado detenimiento.

Cuando regresó a la habitación, nadie llamó.

La puerta se abrió tras un sonido breve y preciso, que probablemente pretendía servir de aviso. Andy estaba en el

umbral, ya completamente vestida, oscura, sobria, como si aquella mañana no la hubiera sorprendido, sino simplemente ido a buscar.

—Ya está despierta —dijo.

Aaliyah casi se rio de la sequedad de la frase. En lugar de eso, se puso el jersey que le habían dejado y contestó:

—Es una observación atrevida.

Andy no reaccionó. Por supuesto que no.

—Desayuno en diez minutos. Si la rodilla le duele más, el médico dice que no tome la segunda pastilla antes del mediodía.

Aaliyah se metió el brazo por la manga.

—Qué bien que ahora exista según un plan de medicación.

—Hoy hay varios planes.

—Y todos tienen que ver conmigo.

—Sí.

Era exasperante lo poco que aquella mujer dejaba espacio para cualquier forma de teatralidad. Ninguna fricción si no era necesaria. Ningún consuelo si no cambiaba nada. Solo una serie de hechos plantados en mitad de la habitación hasta que una terminaba resignándose a ellos.

Aaliyah se alisó la ropa y alzó la vista. Andy seguía junto a la puerta, ni dentro de la habitación ni fuera, exactamente en ese punto donde su presencia no resultaba ni invasiva ni casual. Seguramente era deliberado. En ella casi todo lo era.

—¿Y si no quiero desayunar?

—Se sentará a la mesa de todas formas.

—¿Para que pueda ver si como?

—Para saber cómo está.

Aaliyah la observó un instante. No lo bastante como para construir nada a partir de ello. Solo lo justo para percibir que Andy había dicho la frase como si fuera puramente funcional. Quizá lo fuera.

—Diez minutos —repitió Aaliyah.

Andy asintió.

—Diez.

Y se fue otra vez.

Aaliyah se quedó un momento en la habitación silenciosa pensando que, antes, a un tono así habría reaccionado automáticamente con un juego. Una demora. Un comentario punzante. Algo que volviera a desequilibrar, aunque solo fuera simbólicamente, la distribución del poder. Ahora simplemente se vistió y bajó la escalera nueve minutos después.

El espacio principal de la casa resultaba todavía más implacable por la mañana.

En la oscuridad, al menos, el cristal había reflejado. De día lo abría todo. Una línea costera ancha y gris. Hierbas finas agitadas por el viento. El mar más allá, opaco y pesado bajo un cielo sin ninguna intención de mostrarse amable. El interior era diáfano, pero no con la pretensión de parecer generoso. Una mesa larga de madera clara. Una cocina en la que nada sobraba. Un sofá que tenía aspecto de ser caro, pero no de invitar a tumbarse. Una mesa baja con dos revistas que probablemente habían sido dejadas allí a propósito, porque en los lugares de retirada también había que construir la impresión de una vida normal.

Andy estaba junto a la isla de cocina, hablando con uno de los hombres del equipo de seguridad. No una conversación en sentido estricto. Más bien un intercambio de estados. Tiempos. Perímetros. Ángulos de visión. Cuando Aaliyah bajó los últimos peldaños, Andy no interrumpió la frase a medias, sino que la terminó antes de levantar la cabeza.

—La zona norte queda libre durante el día —le dijo al hombre—. Después del anochecer, solo con aviso.

Él asintió y desapareció por un pasillo lateral.

Sobre la mesa había café, té, agua, tostadas, fruta, un pequeño tarro de mermelada, todo colocado con tal pulcritud

que hasta la comida parecía aquí una forma de estructura. Aaliyah se detuvo un segundo y miró hacia el mar, como si pudiera fingirse al menos que la vista compensaba algo.

No compensaba nada.

—No debería cargar demasiado la rodilla todavía —dijo Andy.

Aaliyah retiró una silla y se sentó.

—Buenos días a usted también.

—Buenos días.

—Desarmante, como siempre.

Andy puso una taza delante de ella. Café. Solo. Sin preguntarle, pero correcto. Aaliyah lo advirtió y detestó advertirlo.

—¿Cómo es su versión ideal de este día? —preguntó, sosteniendo la taza con ambas manos.

Andy no se sentó. Permaneció al otro lado de la mesa, con la tableta en la mano.

—Desayuno. Revisión breve con el médico, que vendrá más tarde. Después se queda en casa. Por la tarde repasaré con usted los próximos días.

—Suena espantosamente vivible.

—No se trata de eso.

—Claro que no.

Aaliyah dio un sorbo. El café era mejor de lo que un sitio así tenía derecho a ofrecer. Demasiado bueno para una casa que parecía trabajar a conciencia contra cualquier cosa que pudiera confundirse con confort.

—¿Y si quiero salir a caminar?

—Solo a la terraza inferior. No sola.

—¿Y si quiero bajar hasta la costa?

—Hoy no.

—¿Y mañana?

Andy bajó la vista a la tableta, como si no revisara un plan, sino solo si la respuesta seguía siendo la misma.

—Probablemente tampoco.

Aaliyah asintió muy despacio y se obligó a beber otro sorbo de café antes de decir algo que sonara solo a cansancio.

—Tiene un talento notable para reducir los espacios sin mover una sola pared.

—Ahora mismo no está aquí para tener amplitud.

—¿Y para qué estoy aquí, entonces?

Andy respondió con la calma de alguien para quien esa clase de frase resultaba probablemente innecesaria.

—Para que no la cojan.

La frase quedó en el aire.

No de forma dramática. No como si alterara la luz. Solo con la claridad suficiente para que Aaliyah, en ese mismo instante, tuviera que bajar la mirada porque no quería que aquella mujer viera en su cara la precisión con que esas palabras tocaban algo que ella misma todavía no había ordenado.

Se comió media tostada sin sabor. Bebió más café. Siguió las indicaciones del médico cuando este llegó más tarde, se subió el bajo del pantalón, dejó que le cambiaran el vendaje, respondió preguntas que ya no sabía si convenía contestar con honestidad o con utilidad. No, no tenía mareo. Sí, había dormido, más o menos. No, no le dolía demasiado. Sí, avisaría si empeoraba.

Resultaba sorprendente lo fácil que era convertirse en el objeto funcional de un día cuando una había perdido la energía para clasificarse a sí misma.

Andy estuvo presente en todo sin imponerse nunca. Se quedaba en las puertas. Escuchaba. A la mayoría de la gente le decía solo lo imprescindible. Y, aun así, cuando el médico se marchó y la casa volvió a hundirse en aquella quietud calculada, era el único elemento del día que no estaba hecho de muebles o de cristal y que, aun así, seguía dándole estructura.

—El wifi funciona —dijo Aaliyah en algún momento, más como constatación que como pregunta.

Andy estaba junto a la cristalera, hablando en voz baja con Omar sobre la iluminación exterior del ala oeste. Cuando terminó el mensaje, se volvió hacia ella.

—Sí.

—¿Y mi teléfono?

—También.

Aaliyah arqueó las cejas.

—Qué generoso.

—Puede usarlo.

—Suena a una decisión sorprendentemente liberal.

—No he dicho que sea una buena idea.

Aaliyah cogió el móvil de todos modos. Negro. Liso. Lleno de mundo. Pulsó el botón y vio cómo se encendía la pantalla.

Cuarenta y tres mensajes. Cuatro llamadas perdidas. Correos. Una consulta de alguna redacción preguntando si era cierto que la velada de la noche anterior había terminado antes de lo previsto. Dos amigas interesándose por si todo iba bien, cada una con ese tono en el que la obligación social pesa más que la preocupación real. Un mensaje de su prima, inusualmente directo: Llámame. Por favor.

Aaliyah se quedó mirando la pantalla hasta que volvió a oscurecerse.

Luego dejó el teléfono sobre la mesa, como si se hubiera transformado en algo que ya solo pudiera tocarse con cuidado.

Andy observó el gesto, pero no lo comentó.

La mañana fue deslizándose hacia un mediodía que apenas se notaba como tal, porque no había nada a lo que un día pudiera aferrarse. Ninguna cita. Nadie que quisiera algo de ella. Ningún motivo para leer la hora como parte de algo más que un simple desplazamiento de minutos. La casa mantenía su temperatura. Los hombres del equipo cambiaban de

posición sin hacer ruido. En algún lugar zumbó una máquina una vez. Nada más.

Aaliyah intentó leer. El libro que se había llevado el día anterior de la biblioteca de la residencia descansaba sobre la mesa baja del salón. Una novela que había empezado semanas antes y luego había dejado olvidada entre dos cenas, tres vuelos y una serie de conversaciones irrelevantes. Ahora se sentó en el sofá, la abrió, leyó dos páginas y no fue capaz de recordar una sola frase.

La dejó de nuevo.

Más tarde recorrió el salón de un extremo al otro y acabó deteniéndose ante la cristalera. Fuera, el viento movía las hierbas en líneas irregulares. Más abajo, el agua golpeaba contra las rocas. No con estruendo. Más bien como una repetición lejana, completamente indiferente.

La casa no era solo un lugar.

Era una interrupción.

No era el silencio en sí lo que la perturbaba. Era no tener nada con lo que llenarlo.

En la residencia, cada hora tenía sus propios sonidos. Puertas. Voces. Citas. Gente acercándole algo, pidiéndole algo, recordándole con una mirada quién era y por qué su presencia importaba. Incluso el tedio allí tenía compañía.

Allí solo había tiempo.

Y el tiempo, descubrió Aaliyah, resultaba mucho más difícil de soportar de lo que jamás había imaginado.

—Aunque siga intentando pensar más allá del cristal, eso no va a cambiar la costa.

Aaliyah giró la cabeza. Andy estaba al final de la isla de cocina, con una taza de té en la mano. Debía de haber vuelto a entrar en la estancia en algún momento sin que Aaliyah se hubiera dado cuenta.

—No estoy pensando más allá —dijo.

—¿Entonces hacia dónde?

—Lejos.

Fue la primera palabra verdaderamente sincera del día, y la había pronunciado antes de pensar si quería decirla delante de Andy.

Andy dejó la taza.

—Aquí eso no funciona especialmente bien.

—Ya me he dado cuenta.

Aaliyah se apartó de la ventana y volvió al sofá. Se sentó otra vez. No con elegancia. Solo cansada. La rodilla protestó con un dolor opaco. La estancia estaba demasiado en orden como para permitirse deshacerse dentro de ella.

Andy no se acercó. En vez de eso, apartó un poco la fuente de fruta de la mesa baja, porque al parecer le molestaba en el campo de visión que consideraba útil, y se apoyó de lado en la isla de cocina.

—Puede estructurarse el día, si ayuda —dijo.

Aaliyah alzó la vista.

—¿Cómo? ¿Con simulacros voluntarios de seguridad?

—Con cualquier cosa que no consista únicamente en esperar.

—Habla como si esperar fuera una actividad.

—En determinadas situaciones, lo es.

Aaliyah soltó el aire, casi una risa, pero sin ninguna ligereza.

—Para usted, quizá.

Andy asintió.

—Para mí muchas cosas son más fáciles de nombrar que para otra gente.

La frase estaba demasiado cerca de algo personal como para parecer casual y demasiado controlada como para contar como una apertura. Aaliyah, aun así, la registró.

—No suena envidiable.

—No lo es.

Otra vez silencio. Ni incómodo. Ni agradable. Solo allí.

Aaliyah la miró durante un momento sin buscar nada concreto. Solo porque aquella mujer que en los últimos días se había metido en su vida como una intromisión disciplinada y especialmente persistente era, de pronto, también el único elemento de la casa que no resultaba vacío. No cálido. No digno de confianza. Pero presente.

Era exasperante comprobar la rapidez con que podía cambiar una escala.

Al mediodía comieron sopa, pan y algo más traído de una cocina que Aaliyah no había visto. Uno de los hombres del equipo dejó la bandeja sobre la mesa y se marchó. Andy no comprobó nada de forma visible, y precisamente por eso Aaliyah supo que debía de haberlo hecho ya.

No estaban sentadas exactamente frente a frente, sino algo desplazadas, como si hasta la geometría de la mesa hubiera entendido que, en aquella casa, la proximidad no podía confundirse aún con la comodidad.

—¿El equipo come por turnos? —preguntó Aaliyah en cierto momento.

—Alternándose.

—También exasperante.

Andy tomó una cucharada de sopa, dejó la cuchara y la miró un instante.

—Últimamente usa mucho esa palabra.

—Puede que porque las cosas la merecen más.

—O porque no le queda otra cosa a la que reaccionar.

Aaliyah dejó también la cuchara.

—De verdad tiene que convertir todo en un análisis.

—No —dijo Andy con calma—. Solo lo que resulta útil.

Aquello debería haberla irritado. Y seguramente la irritó. Pero por debajo había ya algo distinto. No acuerdo. No alivio. Más bien el reconocimiento lento de que Andy no llenaba nada de lo que la gente suele ofrecer enseguida en una crisis —consuelo, una cercanía prematura, frases comprensivas—

y que precisamente esa ausencia de cuidados era lo único que Aaliyah, por ahora, no rechazaba.

Después de comer, Andy desapareció media hora en una sala de trabajo pequeña al final del pasillo. Aaliyah oyó una vez su voz amortiguada a través de la puerta cerrada, objetiva, breve, y después no volvió a oírla. Fue a su habitación, se sentó en la cama, se levantó de nuevo, miró hacia fuera, no se tumbó porque tumbarse se habría parecido demasiado a capitular, y acabó regresando al salón como si, al menos allí, hubiera una vista hacia algo que se movía.

Por la tarde la luz se volvió más blanda. No más cálida. Solo más apagada. El mar perdió el resto de su contorno matinal y se convirtió en una masa gris sobre la que las gaviotas trazaban círculos visibles solo si se las miraba durante bastante tiempo.

Andy estaba sentada a la mesa, ocupada con documentación. Nada de pilas de papeles ni un caos visible. Solo la tableta, una libreta, dos impresos y esa atención absoluta con la que, incluso sentada, seguía pareciendo capaz de notar cualquier cambio en la casa.

Aaliyah se quedó un momento en el umbral.

Andy levantó la vista.

—¿Le duele más la rodilla?

—No.

—¿Dolor de cabeza?

—No.

Andy asintió.

—Bien.

Aaliyah entró, fue hasta el sofá y se sentó como si fuera el único sitio disponible en el mundo, aunque la estancia ofreciera varios. En aquel momento todavía no resultaba lo bastante evidente como para volverse sospechoso. Tal vez ni siquiera para ella misma.

Cogió otra vez el libro, lo abrió, leyó un párrafo y, al mismo tiempo, percibió que Andy había dejado de trabajar. Esa variación leve en el aire cuando la atención se separa de un objeto y se posa sobre una persona.

—No tiene por qué leer si no está reteniendo nada —dijo Andy.

Aaliyah no levantó la vista.

—¿Y qué recomienda en su lugar? ¿Meditación?

—Algo más honesto.

—Habla en enigmas.

—No. Solo le gusta esquivar las cosas en cuanto dejan de tener estilo.

Aaliyah alzó despacio la cabeza.

—Es asombrosa la cantidad de veces que consigue resultar insolente sin sonar maleducada.

—Eso simplifica la comunicación.

La sostuvo con la mirada un segundo de más. Luego cerró el libro. No de golpe. Solo lo cerró.

—¿Qué quiere que le diga?

Andy guardó silencio un momento, quizá porque no esperaba la pregunta. O quizá porque detestaba cualquier formulación que sonara a invitación emocional.

—Nada —dijo al fin—. Pero no tiene por qué fingir que su problema ahora mismo es concentrarse.

Era exasperante lo cerca que se quedaba de algo que Aaliyah todavía no quería nombrar del todo. No el ataque. No los disparos. No el hombre muerto. Algo más estúpido, quizá, y por eso más difícil de admitir: que no sabía qué hacer consigo misma ahora.

—Antes —dijo Aaliyah despacio— era más fácil.

Andy la miró.

—¿Antes qué?

—Distraerme.

No era una confesión. Ni una frase importante. Y, sin embargo, alteró la habitación de una forma que Aaliyah notó enseguida. No porque Andy se hubiera ablandado de pronto. Al contrario. Su postura siguió siendo la misma. Pero no respondió de inmediato con algo inteligente o funcional. Dejó que la frase permaneciera un momento en el aire.

—Aquí hay poco que sirva para eso —dijo después.

—Eso ya lo he visto.

—Por eso se ha elegido este sitio.

Aaliyah se recostó, con la mirada otra vez hacia el mar.

—Habla de ello como si el aislamiento fuera una técnica.

—A veces lo es.

—Y a veces no es más que otra palabra para decir pérdida de control.

Andy no contestó enseguida. Cuando lo hizo, la voz sonó más baja que de costumbre. No más suave. Solo más baja.

—Para algunas personas casi es lo mismo.

Aaliyah se volvió a mirarla.

Andy ya había bajado de nuevo la vista a los papeles, como si aquella frase hubiese contenido suficiente cercanía por un solo día.

El resto de la tarde transcurrió con esa lentitud particular que no llegaba a ser vacío, pero tampoco producía ningún avance. En algún momento Aaliyah cogió el teléfono, respondió a su prima con tres palabras, leyó dos mensajes y lo dejó otra vez. No porque hubiera aprendido disciplina de golpe. Sino porque cualquier contacto con el exterior sonaba enseguida demasiado alto y demasiado hueco al mismo tiempo.

Al caer la tarde, uno de los hombres del equipo llevó té. Andy dejó la taza a su lado sin comentar nada y, solo cuando Aaliyah la cogió más tarde, se dio cuenta de que era exactamente la clase que había escogido por la mañana. No dijo nada. Andy tampoco.

Fuera, el mar perdió la última luz. Dentro, solo encendieron unas pocas lámparas. Ninguna iluminación grande. Solo islas. Una sobre la mesa. Otra junto al sofá. Otra en el pasillo. Todo lo demás quedó en penumbra.

Al final del día, Aaliyah volvió a ponerse junto a la ventana.

No por convicción. Más bien porque todavía seguía sin saber qué hacer consigo misma cuando el día ya no ofrecía nada a lo que sujetarse.

Andy estaba en alguna parte detrás. En la cocina quizá. O en el pasillo. Se oyó una taza, agua, un paso ligero. Después entró en su campo de visión, no directamente, sino como un reflejo en el cristal. Oscura. Serena. Despierta.

Aaliyah no se volvió.

—¿Qué clase de sitio es este, exactamente?

—Uno seguro.

—No me refiero a eso.

Andy se detuvo.

—Una casa.

Aaliyah cerró los ojos un momento.

—De verdad consigue que resulte dificilísimo sacar algo normal de una conversación.

—Puede que hoy no quiera nada normal.

La frase era exasperante porque encajaba demasiado bien.

Aaliyah giró apenas la cabeza.

—¿Y eso lo sabe?

—Sé que, después de algo así, la gente rara vez reacciona a aquello de lo que cree estar hablando.

Esta vez Aaliyah sí se volvió.

Fue un momento pequeño. No una revelación. No un entendimiento repentino. Solo el primer desplazamiento fino de algo que hasta entonces había sido pura oposición. Andy seguía siendo difícil, controladora, implacablemente funcional. Pero ya no era solo la mujer que le había arrebatado movimientos, horarios y espacios.

Era también la que se quedaba cuando los demás ya se habrían ido.

—No es precisamente bonito, este lugar —dijo Aaliyah.

Andy dirigió una breve mirada a la cristalera.

—No es su función.

Aaliyah estuvo a punto de responder que aquella parecía ser la solución universal de Andy para todo lo que tuviera que ver con las necesidades humanas. En lugar de eso, se oyó decir:

—No. Supongo que no.

Y no pasó de ahí.

Andy no se acercó. No le tocó el brazo. No le preguntó si quería hablar. Se limitó a hacer lo que, al parecer, se le daba mejor: permanecer al alcance y dejar al mismo tiempo espacio suficiente para que nada de aquello pareciera consuelo.

Más tarde, cuando Aaliyah volvió a su habitación, oyó a través de la puerta abierta del cuarto de Andy el rumor suave de papeles y el clic apagado de una tableta. Trabajo. Vigilancia. Estructura. Todo lo que sostenía aquella casa estaba contenido en aquella mujer con más precisión que en los propios muros.

Aaliyah no cerró del todo su puerta.

No a propósito, se dijo. Solo porque estaba cansada. Porque la rodilla tiraba. Porque no le apetecía volver a agarrar el picaporte.

Y, sin embargo, al quedarse tumbada en la cama mirando la oscuridad de la habitación, notó que la franja estrecha de luz que entraba desde el pasillo no la molestaba.

Simplemente estaba allí.

Como todo lo demás que, dentro de aquella casa, empezaba a abrirse paso en su conciencia despacio y sin pedir permiso.

Capítulo 11

Por la mañana, la casa permanecía quieta, como si la noche no hubiera alterado nada en ella.

La luz era más gris que el día anterior. No más oscura. Solo más mate, como si el cielo tampoco quisiera decidir si despejarse o retirarse un poco más. La cristalera del salón mostraba mar, viento y una línea de costa tan ajena a todo que Aaliyah habría querido odiarla por ello. En algún punto, el agua golpeaba contra la piedra. No con fuerza. Solo con la regularidad suficiente para no interrumpir el silencio de la casa, sino para marcarle un ritmo.

Aaliyah se había despertado antes que el día anterior y se había irritado de inmediato por ello.

No porque no siguiera cansada. Al contrario. Su cuerpo tenía la sensación de no haber encontrado durante la noche ni un solo estado que pudiera llamarse realmente descanso. La rodilla seguía protestando con un tirón sordo, tenía la cabeza pesada y, por debajo de todo eso, había una especie de nerviosismo fino y tenso que ni siquiera ella sabía ordenar del todo. Ya no era shock en la forma plena de la primera noche. Pero tampoco nada parecido a la estabilidad. Más bien un estado en el que todo parecía quedarle un poco estrecho: la respiración, el pensamiento, la piel.

Había mirado demasiado tiempo su reflejo en el baño y luego había apartado la vista, como si de lo contrario fuera a reconocer allí algo para lo que todavía no tenía nombre.

Abajo olía a café y a tostadas. En cualquier otro lugar, ese olor casi habría podido consolar. Allí era solo una prueba más de que la gente seguía desayunando incluso bajo medidas de seguridad reforzadas y después de un intento de secuestro. De que el mundo, de una manera obscena, seguía adelante.

Andy ya estaba en el salón cuando Aaliyah bajó la escalera.

No junto a la mesa. Estaba ante la cristalera, con un transmisor en la oreja y la vista fija en el exterior. Camisa oscura, pantalón oscuro, las mangas bajadas hasta las muñecas. Su postura era la de siempre: controlada, casi sobria en su propia existencia. Y, aun así, aquella mañana había algo en ella todavía más nítido que de costumbre. Quizá porque Aaliyah ya prestaba atención a cosas que antes le habrían pasado inadvertidas. La tensión en los hombros. La forma en que Andy podía permanecer completamente quieta sin parecer nunca relajada. Cómo en ella la atención no era un estado, sino equipamiento de serie.

—Entendido —dijo Andy por el transmisor—. Entonces no entra ninguna entrega antes de las doce. Quiero la zona norte despejada hasta entonces.

Cortó la comunicación, se volvió y miró a Aaliyah exactamente un segundo antes de que la vista le cayera un instante a la rodilla y volviera a subir.

—¿Cómo tiene la cabeza?

Aaliyah se detuvo en el último escalón.

—Desarmantemente poético, como siempre.

—Eso no responde a la pregunta.

—Ligeramente exasperante.

—¿Y la rodilla?

—También exasperante.

Andy asintió como si las molestias fueran categorías con las que podía trabajar.

—Entonces café. Nada de pantallas antes de desayunar.

Aaliyah guardó silencio un momento. No por el café. Por la segunda frase.

—¿Perdón?

—Ni teléfono, ni tableta, ni mensajes antes de desayunar.

—¿Y eso se basa en qué, exactamente?

—En que una cabeza sobreexcitada y con poco sueño no necesita eso.

—Ahora también tiene competencias médicas.

—No. Solo patrones.

Aaliyah bajó el último peldaño, más despacio que antes, y detestó el hecho de que incluso aquello se hubiera convertido ya en una verdad visible. Fue hasta la mesa, se sentó y miró el teléfono apagado que descansaba junto a su taza. Alguien —probablemente Andy— lo había dejado allí, al lado de un vaso de agua y de las pastillas de la mañana.

—Es ridículo —dijo.

Andy sirvió el café.

—No.

—Sí.

—No. Si después del desayuno quiere ponerse a mirar la pantalla y subirse el pulso, no la voy a detener. Antes, no.

Aaliyah la miró.

—Formula la condescendencia con una falta de vergüenza admirable.

—Y usted reacciona a cualquier límite como si fuera un ataque personal.

—Quizá porque esto ya empieza a serlo.

La frase le salió más deprisa de lo que había pretendido. No estaba calculada. No tenía el pulido suficiente. Y, en cuanto quedó en el aire, fue evidente que ya no pertenecía al mismo terreno que sus pequeñas pullas de días anteriores.

Andy no reaccionó de forma visible. Precisamente eso lo empeoraba.

Dejó la cafetera, apartó un poco la silla del otro extremo de la mesa y se quedó de pie.

—Desayune.

—Impresionante —dijo Aaliyah en voz baja—. Hasta en imperativo suena como un parte meteorológico.

—No cambia nada.

Aaliyah cogió la taza, aunque en aquel momento habría preferido lanzar algo contra la pared. En lugar de eso, dio un sorbo, demasiado caliente, demasiado amargo, y volvió a dejarla.

Fuera, el viento agitaba las hierbas de la ladera. Dentro de la casa no se movía nada salvo ellas dos.

No era el silencio lo que la alteraba. Era no tener nada con lo que llenarlo. Ninguna cita en la que arrojarse. Ninguna gente capaz de distraerla. Ninguna música de fondo, ningún trayecto, ninguna estancia que leer y manejar. Solo aquella casa, el mar, y aquella mujer que actuaba como si la estructura pudiera calmar por sí sola el sistema nervioso de cualquiera.

Andy terminó por apartar un poco el teléfono de su alcance. No mucho. Solo lo suficiente para que Aaliyah percibiera el gesto como una decisión deliberada.

—No haga eso —dijo.

—Luego.

—No.

Andy la miró.

—Sí.

Y ahí estuvo el detonante. Tan pequeño, tan ridículo visto desde fuera, que Aaliyah supo al mismo tiempo lo exasperante que debía de sonar. Un teléfono. Una hora. Un desayuno. Y, aun así, por debajo de todo eso empujaba algo distinto, más duro, mucho menos controlable.

—Démelo.

—Después de comer algo.

—No soy una niña.

—No.

—Entonces deje de tratarme como si lo fuera.

Andy siguió completamente serena.

—Entonces deje de reaccionar como si un teléfono apagado amenazara su existencia.

La frase acertó.

No porque fuera especialmente cruel. Sino porque Aaliyah no habría sabido explicar ni a sí misma por qué le parecía tan importante tener el teléfono en ese momento. No los mensajes que contenía. Ni siquiera el mundo exterior. Quizá solo la idea de poder acceder a algo cuando quisiera. Quizá solo el último resto, absurdo, de control sobre su propio día.

—No tiene ni idea de lo que me amenaza —dijo.

Andy no se cruzó de brazos ni apoyó nada sobre la mesa. Simplemente siguió allí de pie y respondió:

—Tengo una idea bastante clara de lo que ahora mismo no necesita.

Aaliyah soltó una risa breve. Nada divertida. Demasiado seca para eso.

—¿Ah, sí? Me conoce desde hace unos días y ya cree que puede organizar no solo mis movimientos, sino también mi cabeza.

—No —dijo Andy—. Solo creo que ahora mismo no está tomando buenas decisiones.

Ahí fue cuando algo se desgarró dentro de Aaliyah.

No con ruido. No de forma dramática. Pero sí con la suficiente claridad como para que hasta ella misma lo notara. Durante los últimos días se había mantenido a flote a base de resistencia, sarcasmo, esa clase de enfado elegante y controlado que dominaba tan bien que casi parecía estilo. Ahora, por primera vez, ya no había nada estilizado en ello.

—No sabe qué es una buena decisión para mí —dijo. Su voz seguía siendo tranquila, pero demasiado firme—. No sabe

cómo vivo, cómo trabajo, qué necesito cuando...

Se interrumpió. No porque le faltaran palabras. Sino porque la siguiente quedaba demasiado cerca de algo que no quería decir en voz alta.

Andy, aun así, oyó el hueco.

—¿Cuando qué?

Aaliyah se puso en pie. La silla retrocedió medio metro y arañó el suelo. No sonó fuerte, pero sí lo bastante desagradable como para modificar la atmósfera de la habitación al instante.

—Cuando intento no perder la cabeza aquí dentro —dijo.

Y ahí estaba. No la versión bonita. No la controlada. La verdad, lo bastante fea como para quedarse en la estancia como algo que ya no podía retirarse.

Andy no se movió.

Aaliyah casi la odió por ello. Por no sobresaltarse. Por no intentar apaciguarla. Por no decirle que se calmara. Por no levantar la mano con esa cautela con que se trata a los animales asustados.

—Estoy aquí sentada —dijo Aaliyah, ahora más rápido, no más alto, pero mucho menos limpio—. Sentada en esta casa en la que no hay nada salvo cristal, viento y sus malditas normas, y me quita incluso la sensación de poder decidir cuándo cojo mi propio teléfono.

Andy la dejó hablar.

A su manera, eso era más cruel que contradecirla.

—Cree que esto es solo un problema de procedimiento —dijo Aaliyah—. Una ruta que se modifica. Un equipo que se redistribuye. Una puerta que se mantiene cerrada. Y quizá para usted eso sea todo lo que queda de algo así cuando lleva demasiado tiempo haciendo este trabajo. Pero para mí...

Volvió a cortarse. No porque no lo supiera. Sino porque lo sabía demasiado bien.

Para mí alguien cayó delante de mí.

Para mí alguien arrancó una puerta y fue a por mí.

Para mí esto no se detiene solo porque aquí dentro todo sea lo bastante silencioso como para que usted crea que puede controlarlo.

No dijo nada de eso.

En su lugar apretó los labios, se dio la vuelta y caminó dos pasos hasta la cristalera, como si la distancia siguiera siendo una posibilidad real dentro de aquella habitación.

A su espalda, Andy no se movió.

—No va del teléfono —dijo al cabo.

Aaliyah soltó una risa sin amargura.

—Impresionante. Ahora también explica mi mundo interior mejor que yo.

—No va del teléfono —repitió Andy, con la misma calma.

Aaliyah se volvió hacia ella. Demasiado deprisa. La rodilla protestó, el dolor le subió de golpe, y aquella debilidad física repentina volvió todavía más intolerable todo lo demás.

—Claro que no —dijo—. Nunca va de lo que parece, ¿verdad? Siempre va de patrones. De estructuras. De sus malditas interpretaciones de todo.

—Va de que quiere recuperar el control.

Silencio.

No suave. No vacío. Tan afilado que durante un instante Aaliyah tuvo la sensación de que el aire de la estancia se había vuelto demasiado fino.

—¿Y si es así?

Andy la sostuvo con la mirada. Directa. Sin superioridad. Sin indulgencia. Solo con esa claridad horrible que Aaliyah había detestado en ella desde el primer día.

—Entonces lo está buscando en el sitio equivocado.

Aaliyah inspiró. Soltó el aire. Ya tenía en la boca la réplica que habría podido hacer daño de verdad. En vez de eso dijo:

—De verdad no sabe cuándo parar.

—No —dijo Andy—. No cuando importa.

Ya no se trataba de quién tenía razón.

Se trataba de quién estaba perdiendo el control.

Y Aaliyah supo en ese mismo instante que no era Andy.

Se pasó una mano por el pelo recogido con tanta fuerza que el gesto dejó de parecer un gesto.

—¿Qué quiere oír exactamente? ¿Que apenas he dormido esta noche? ¿Que cada vez que oigo un coche fuera pienso automáticamente en la carretera? ¿Que llevo una hora mirando ese maldito teléfono porque ni siquiera sé si quiero leer lo que hay en él? ¿Es esa la clase de sinceridad que necesita para volver a colocarme luego dentro de un horario?

Andy no respondió enseguida.

Esta vez la pausa fue distinta. No duda. Más bien la elección muy consciente de no pisar algo que acababa de hacerse visible.

—No —dijo al final—. No necesito nada de eso.

Aaliyah la miró fijamente.

Andy siguió donde estaba, con las manos relajadas a los lados, sin hacer un solo gesto que pudiera simular cercanía.

—Pero eso no cambia el hecho de que no necesita ese teléfono para demostrarse a sí misma que todavía puede decidir algo.

Aquello le quitó a Aaliyah el último resto de postura.

No por completo. No rompió a llorar ni hizo nada dramático. Pero sí lo bastante para que ella misma notara cómo los hombros se le tensaban contra algo que ya no era solo enfado. Miedo, quizá. O lo que quedaba de él después de haberse negado durante demasiado tiempo a usar esa palabra.

Miró hacia otro lado. Más allá de Andy. Hacia el mar. Hacia la superficie gris tras el cristal, que no tenía nada que ver con nada de aquello y precisamente por eso resultaba insoportable.

—Odio este sitio —dijo.

No era una buena frase. Ni una frase inteligente. Solo una frase sincera.

—No tiene que disculparse por eso —dijo Andy.

Aaliyah soltó una risa breve, sin aire dentro.

—¿Ahora se considera generosa?

—No.

—Casi suena humana.

—Es una pena.

Pese a todo, quizá habría sido casi gracioso si no hubiera llevado dentro tanta tensión acumulada que ni siquiera aquella fricción seca servía ya de alivio.

Se quedó junto al cristal. Andy no se acercó. Pero tampoco se fue.

Al cabo de un momento, Aaliyah dijo, mucho más bajo:

—No quiero estar pensando en ello todo el tiempo.

Andy tardó un segundo en contestar, como si le importara no responder demasiado rápido.

—Entonces supongo que ahora mismo está haciéndolo de todas formas.

Aaliyah cerró los ojos durante un instante.

—Eso no ayuda.

—No.

—Podría al menos fingir que sabe cómo se responde a algo así.

—Sé cómo se responde a algo así.

Había cambiado algo en la voz de Andy. No era más suave. No estaba más abierta. Solo más grave, como si aquella frase rozara algo más cercano a ella que las demás.

Aaliyah volvió la cabeza despacio.

—¿Ah, sí?

Andy le sostuvo la mirada.

—Eso no significa que vaya a decirle una mentira para que suene más fácil.

Otra vez ninguna explicación. Ninguna confesión. Solo esa sugerencia de que su manera de funcionar no venía de la ignorancia, sino de otra cosa que Aaliyah todavía no sabía leer.

Y precisamente por eso acertó.

Permanecieron un rato así, simplemente de pie. El café se enfrió sobre la mesa. El teléfono yacía entre ellas como algo ridículo y, al mismo tiempo, completamente secundario. Fuera, el viento doblaba la hierba en una dirección y luego la soltaba.

Al final, Aaliyah volvió a la mesa. Despacio. No como rendición. Más bien porque, de pronto, ya no le quedaba energía para seguir sosteniendo la resistencia.

Se sentó. No cogió el teléfono. Fue a por la taza y lo dejó correr al ver que el café ya estaba amargo. Andy no apartó más el móvil. Tampoco lo devolvió a su sitio. Se limitó a dejarlo donde estaba, como si el verdadero problema hubiera dejado de ser hacía rato un aparato.

El silencio que siguió era distinto al de los días anteriores.

No neutral. No vacío. Tenía contornos.

Aaliyah sentía su propia exposición de una forma casi física. No porque hubiera dicho mucho. En realidad, comparado con todo lo que llevaba dentro, apenas había dicho nada. Y, aun así, había sido más de lo que había dejado ver desde el ataque. Más de lo que quería. Más de lo que habría querido dejar ver delante de Andy.

Casi esperaba que la mujer al otro lado de la mesa volviera de inmediato a ese registro completamente profesional en el que todo lo dicho se traducía sin demora a nuevas normas.

Andy no lo hizo.

Tampoco se sentó. Se quedó un momento donde estaba, cogió después la cafetera, sirvió café nuevo en una taza limpia y la dejó delante de Aaliyah. No con ternura. No como un gesto

de cuidado. Solo con la suficiente objetividad para que casi pareciera una acción neutra.

Aaliyah bajó la vista a la taza.

Luego alzó los ojos hacia Andy.

—¿De verdad cree que el café resuelve algo?

—No.

—Entonces ¿por qué?

Andy miró un instante la superficie oscura dentro de la taza.

—Porque el anterior estaba frío.

Nada más.

Era un gesto absurdamente pequeño. Tan pequeño que Aaliyah casi se irritó por el hecho de advertirlo tanto. Ningún consuelo. Ningún símbolo cursi. Solo atención, y una atención que no tenía aspecto de cercanía y precisamente por eso resultaba más peligrosa.

Andy recogió la tableta de la mesa, como si quisiera devolverle al espacio algo del orden anterior. No se fue. Pero tampoco volvió a trabajar de inmediato. Se quedó simplemente al alcance.

Aaliyah acabó por coger la taza nueva. El café estaba caliente. Real. Presente.

—Aun así podría haber preguntado —dijo al cabo.

Andy alzó la vista.

—¿Sobre qué?

—Antes de quitarme el teléfono.

—Habría dicho que no.

—Ese no es el punto.

Andy se quedó pensando un momento.

—Puede.

Aaliyah arqueó las cejas.

—¿Puede? ¿Eso es todo?

—Es más de lo que habría sacado de mí hace diez minutos.

La frase era lo bastante seca como para casi parecer ligera. Pero Aaliyah ya sabía que, en Andy, la ligereza rara vez aparecía por accidente.

Volvió la mirada hacia fuera.

No había nada resuelto. Nada más fácil. El mar seguía gris, la casa seguía demasiado callada, el día seguía siendo poco más que un espacio vacío que de algún modo había que atravesar. Y, aun así, algo se había movido.

No lo bastante como para llamarlo confianza. Ni siquiera lo bastante como para rozar la palabra cercanía.

Pero Andy ya no era solo la mujer que ponía reglas y limitaba movimientos.

Era también la persona que se quedaba cuando las cosas se ponían exasperantes. Sin consolarla. Sin dejarla sola. Sin tratar de convertir la situación en algo distinto de lo que era.

Eso lo complicaba todo.

Y, en una casa como aquella, la complicación se notaba casi tanto como el viento.

Capítulo 12

La mañana después de la discusión era tan silenciosa que incluso los sonidos de la casa parecían más contenidos que de costumbre.

No porque hubieran desaparecido. En algún lugar zumbaba la cafetera en la cocina. Un leve chasquido de vajilla. Pasos en el pasillo, amortiguados por el suelo de piedra y por esa forma de caminar que tienen quienes han aprendido a no hacer su presencia innecesariamente audible. Pero todo aquello era menos un sonido que una prueba de que el tiempo seguía avanzando, aunque dentro de Aaliyah todo permaneciera todavía detenido en el instante en que Andy le había quitado el teléfono de la mano y ella se había visto a sí misma hablando como si de pronto se hubiera convertido en alguien a quien solo conocía de lejos.

Se había despertado más temprano de lo normal, pero se había quedado más tiempo en la cama.

No por cansancio. O no solo. Más bien porque la idea de salir de la habitación y volver a enfrentarse a aquella casa silenciosa exigía una forma de energía que esa mañana no tenía disponible sin más. La rodilla estaba mejor, al menos en apariencia. El dolor sordo se había transformado en algo que recordaba su existencia con ciertos movimientos, pero ya no dominaba. El resto, en cambio, no tenía un lugar preciso dentro del cuerpo. Estaba debajo de todo. Debajo de la respiración. Debajo del pensamiento. Debajo de cada gesto que pretendiera parecer normal.

Cuando al fin se levantó y se acercó a la ventana, el mar se extendía fuera, liso y sin color, bajo un cielo que no había decidido si traería lluvia o si se limitaría a parecer amenazante. El viento peinaba la hierba de la ladera, inclinándola en una dirección antes de dejarla erguirse de nuevo. Aaliyah se quedó allí, con una mano apoyada en el alféizar, mirando hacia abajo sin ver realmente nada.

El día anterior, en ese mismo lugar, habría buscado enseguida una distracción. Música. Mensajes. Cualquier conversación irrelevante que pudiera sostener el tiempo suficiente para que el día volviera a adquirir contorno. Aquel día ni siquiera pensó primero en el teléfono. Solo pensó en lo insoportable que resultaba sentirse a sí misma con tanta claridad.

Se vistió sin pensarlo demasiado. Pantalón oscuro de tela, un jersey suave gris claro, el pelo recogido a medias porque cualquier otra cosa le habría parecido un esfuerzo excesivo. En el baño no evitó el espejo, pero tampoco se quedó mirándose demasiado tiempo. Bastó con comprobar que seguía teniendo aspecto de ser ella misma. Solo no del todo.

Abajo, el desayuno ya estaba preparado sobre la mesa. No ese despliegue cuidado y un poco excesivo que habría cabido esperar en un hotel o en la residencia familiar cuando se alojaba un invitado importante. Solo lo necesario. Café. Tostadas. Yogur. Fruta. Un cuenco con gajos de naranja. Dos tazas. Dos platos. La precisión de la casa seguía intacta. Lo que faltaba era el esfuerzo por traducirla en algo amable.

Andy no estaba sentada a la mesa.

Estaba junto a la cristalera, de espaldas a la habitación, con el transmisor en la mano y la cabeza apenas ladeada mientras alguien hablaba por la línea. Vestía otra vez de oscuro, sin nada superfluo, el pelo recogido con limpieza, como si incluso el sueño, en ella, hubiera sido más una interrupción de la función que una fase capaz de dejar rastro en el cuerpo.

Cuando Aaliyah bajó el último escalón, Andy terminó la frase que estaba diciendo, esperó la respuesta y guardó el transmisor en el bolsillo del pantalón antes de volverse.

Era una cortesía pequeña.

Aaliyah, aun así, la advirtió.

—Buenos días —dijo Andy.

Ningún tono delataba si la noche le había parecido buena o mala. Ningún resto de la discusión del día anterior en la voz. Solo aquella palabra breve y limpia, ni cordial ni distante.

—Buenos días —respondió Aaliyah.

Y, de momento, con eso bastó.

Fue hasta la mesa, se sentó y alargó la mano hacia la taza de café. Estaba caliente. Recién hecho. No perfecto, pero sí lo bastante intenso como para convertir al menos una cosa de la habitación en algo fiable. Andy no fue a sentarse enseguida. Se quedó un instante más junto al cristal, mirando hacia fuera como si necesitara comprobar que el mar y la ladera seguían ahí y no se habían alterado sin avisar; después fue hasta la isla de cocina y se sirvió café para ella.

Aaliyah no la miró. Precisamente por eso lo advirtió todo. Que aquella mañana Andy se movía más despacio. No menos atenta, jamás. Pero sí controlada de otro modo. Como si hubiera decidido no acelerar nada innecesariamente dentro de aquella mañana.

—El médico vendrá otra vez hacia las once —dijo Andy al cabo de un momento.

Aaliyah dio un sorbo de café, dejó la taza entre las manos y asintió.

—Bien.

—Si antes quiere salir a la terraza, basta con que me lo diga.

—¿Solo decirlo? ¿No tengo que solicitarlo?

Pretendía sonar a broma. O al menos a algo que en otro momento habría sido ligero. No sonó así.

Andy, aun así, respondió sin dureza.

—Solo decirlo.

Aaliyah alzó la vista un momento.

Eso era todo. Ninguna coletilla. Ninguna corrección. Ninguna norma añadida para que, en la práctica, aquel decirlo se pareciera a pedir permiso.

No preguntó más.

Quizá, pensó, esa fuera la diferencia entre el día anterior y ese. El día anterior había buscado rozarse contra cada frase en busca de un punto de fricción, como si así pudiera recuperar al menos una parte del terreno perdido. Aquel día estaba demasiado cansada para discutir cada límite por principio. O tal vez hubiera ocurrido otra cosa. Tal vez la discusión hubiera dejado escapar algo de la presión que ambas habían estado conteniendo con demasiada rigidez.

Desayunaron casi en silencio.

No un silencio incómodo. Solo cuidadoso. Esa clase de silencio que no está vacío, sino lleno de cosas que todavía no pueden traducirse a palabras sin volverse enseguida demasiado afiladas. Aaliyah se dio cuenta de que estaba comiendo más despacio de lo habitual. No porque tuviera náuseas. Más bien porque todo exigía ahora más atención, desde que el resto de sus pensamientos ya no seguía automáticamente cien direcciones a la vez.

Andy apenas comía. Un trozo de tostada. Café solo. Un par de miradas al mar, una al tablet, luego otra vez al espacio. Incluso sentada seguía siendo alguien que no terminaba de sentarse nunca. Solo hacía una pausa.

Aaliyah descubrió que, a esas alturas, ya sabía distinguir cuándo Andy estaba realmente alerta y cuándo solo lo parecía. Se notaba en cosas mínimas. En la forma en que la mandíbula se tensaba apenas cuando registraba algo fuera. En cómo no respondía de inmediato a una comunicación por radio, sino que dejaba que la información se ordenara dentro de ella

durante un latido. En que nunca trataba una estancia como fondo, sino como una operación en curso.

Aquel descubrimiento la incomodó más de lo que debería.

Después del desayuno, Andy desapareció durante un rato en el pequeño despacho del final del pasillo. Aaliyah se quedó sola en el salón. La casa seguía siendo, como el día anterior, un lugar donde el tiempo no adquiría forma si una no se la imponía. Cogió el teléfono. Volvió a dejarlo sin desbloquearlo. Fue hasta la cocina, aunque no necesitaba nada. Abrió un cajón. Lo cerró. Se quedó frente al ventanal. Se sentó en el sofá. Leyó dos páginas de la novela y, al terminar, no supo decir de qué iban.

No habría sabido precisar en qué momento advirtió que el problema no era exactamente el aburrimiento.

Era el vacío.

No solo la ausencia de personas, estímulos o hábitos. Sino la forma en que aquel lugar no le ofrecía nada detrás de lo que esconderse. En la residencia familiar, hasta la soledad estaba escenificada. Una podía terminar con ella abriendo una puerta, llamando a alguien, subiéndose a otro coche, aceptando una invitación, entrando en una sala con más voces. Allí parecía que todo estuviera diseñado para eliminar cualquier desvío que evitara enfrentarse a una misma.

Aaliyah estaba apoyada en la encimera de la cocina, con las manos sobre el borde, mirando un cuenco de limones como si encerrara algún significado más profundo, cuando la puerta detrás de ella se abrió.

Andy volvió con unos papeles impresos en la mano. Vio a Aaliyah enseguida, pero no se detuvo.

—El médico se ha adelantado un poco —dijo—. Diez minutos.

Aaliyah asintió sin más. Y solo cuando Andy ya había pasado junto a ella preguntó:

—¿Hace usted alguna vez algo que no tenga que ver con avisos y procedimientos?

Andy dejó los papeles sobre la mesa.

—Ahora mismo, pocas veces.

—Eso no es una respuesta.

—Es una respuesta honesta.

Aaliyah la miró más tiempo esta vez. No con desafío. Más bien porque no sabía muy bien qué hacer con una frase que no sonaba a corrección profesional, sino a algo que al menos la rozaba.

Antes de que pudiera añadir nada, no sonó timbre alguno. En su lugar, uno de los hombres del equipo entró en el salón, asintió una vez y dijo:

—El médico.

Andy señaló el sofá.

—Siéntese.

Aaliyah obedeció.

Otra diferencia. Antes quizá se habría resistido por simple impulso. Aquella vez solo reparó en ello cuando ya estaba sentada.

La revisión transcurrió con calma. La rodilla iba mejor. El vendaje podría retirarse por completo más tarde. No había signos de nada serio. Aún reposo. Nada de deporte, lo cual estuvo a punto de hacer reír a Aaliyah, si no hubiera sido porque la idea de hacer deporte en aquel sitio resultaba tan absurda que ni siquiera la ironía se sostenía. El médico preguntó por el sueño. Por el dolor de cabeza. Por el apetito. Aaliyah respondió. Andy permaneció al fondo, callada, pero sin salir.

Cuando el médico se marchó, quedó unos segundos ese tipo de hueco extraño que dejaba cada visita en la casa. Un eco breve de estructura social que desaparecía en cuanto se cerraba la puerta.

Andy recogió los medicamentos de la mesa, los dejó en otro sitio y dijo:

—Comemos dentro de una hora.

Aaliyah dejó caer la cabeza contra el respaldo del sofá.

—De verdad estructura usted el día entero a base de comidas y comunicaciones por radio.

—Ayuda.

—A usted.

Andy la miró.

—También a otras personas.

—¿Porque así tienen menos tiempo para pensar?

—Porque pensar resulta más fácil cuando no todo está desordenado a la vez.

Aaliyah no respondió.

No por orgullo. Sino porque, por un instante, no supo si debía sentirse atacada o comprendida, y las dos cosas resultaban igual de incómodas.

La comida llegó, como el día anterior, de manos de uno de los hombres del equipo. No había personal uniformado ni una intendencia visible. Solo la eficiencia sobria de una bandeja depositada sobre la mesa, cubiertos al lado y una puerta cerrándose después. Sopa, pan, verduras a la plancha, agua. Algo que alguien había considerado sensato.

Aaliyah ya estaba sentada a la mesa cuando Andy ocupó su sitio. No exactamente enfrente. Un poco ladeada, la misma geometría del día anterior. Cercanía sin invasión. Distancia sin retirada.

—¿Esta es su idea de confort? —preguntó Aaliyah, contemplando la sopa como si le hubiera hecho algo personalmente.

—Mi idea del confort es otra cosa.

—Eso es sorprendentemente concreto.

Andy cogió la cuchara.

—Ha empezado usted.

Aaliyah parpadeó y luego soltó un resoplido bajo. No una risa de verdad, pero sí lo bastante cerca como para que la habitación dejara de sentirse completamente tensa durante un segundo.

—Qué peligro —murmuró—. Está desarrollando una conversación.

—Todavía no.

Comieron unos minutos en silencio. Fuera, el cielo empezó a aclarar, como si finalmente se hubiera decidido contra la lluvia. El mar no. El viento tampoco.

En algún momento, sin haber planeado decirlo, Aaliyah soltó:

—No conocía sus nombres.

Andy alzó la mirada.

Aaliyah no se la devolvió. Mantuvo los ojos sobre el plato, sobre la fina línea de migas junto al cuchillo, sobre cualquier sitio menos sobre aquello que acababa de decir.

—¿Los nombres de quién? —preguntó Andy al cabo de un momento.

—De los dos.

Era una frase simple. Casi plana. Y, aun así, contenía más verdad de la que Aaliyah había permitido hasta entonces.

Andy dejó la cuchara.

—Nabil Sayegh —dijo con calma—. El más joven. Anoche lo estabilizaron en quirófano.

Los dedos de Aaliyah se cerraron con más fuerza en torno al vaso de agua.

—¿Y el otro?

—Faris Qassem.

El nombre la alcanzó de una forma que no había previsto. No porque lo hubiera pronunciado muchas veces. Probablemente apenas lo había dicho jamás. Y, sin embargo, de pronto significaba algo, solo porque probaba que aquel

hombre no había sido simplemente una función que desaparecía de su campo visual.

—Tenía dos hijas —añadió Andy.

Aaliyah levantó la cabeza.

No sobresaltada. Ni siquiera visiblemente afectada. Solo lo bastante desprevenida como para que la mirada quedara, un instante, demasiado abierta.

Andy pareció darse cuenta de que aquella segunda frase iba más lejos que casi cualquier cosa que solía poner ella misma en una habitación. No apartó la mirada, pero tampoco retrocedió.

Aaliyah tragó saliva. No a causa de la comida.

—¿Qué edad?

—Seis y nueve años.

Otra vez silencio.

No uno teatral. No un silencio en el que pudiera refugiarse nadie. Solo el peso de unos hechos que hasta hacía muy poco habían existido en algún lugar fuera de su vida y que ahora, sin pedir permiso, estaban dentro.

—Yo no le decía más que buenas noches —murmuró Aaliyah.

Andy no respondió enseguida. Y cuando lo hizo, la voz seguía siendo serena, pero menos puramente funcional que de costumbre.

—Eso no significa que no lo conociera.

Aaliyah la miró de verdad.

—Sí. Significa exactamente eso.

—No.

Aaliyah frunció apenas el ceño.

—¿No?

Andy no alzó la mano, no gesticuló, no intentó embellecer la idea.

—Conocía su lugar dentro de su vida cotidiana. Sabía dónde estaba. Cuándo estaba allí. Cómo hablaba. Qué cosas

asumía para que usted no tuviera que pensar en ellas. Eso también es una forma de conocer a alguien.

Aaliyah no supo qué contestar.

Quizá porque no era una frase consoladora. No era un no es culpa suya. No era un usted no podía evitarlo. Solo la afirmación sobria de que algunas relaciones existen precisamente allí donde una prefiere no nombrarlas.

—Nunca pensé que ellos... —empezó, y volvió a interrumpirse.

—¿Que eran personas? —dijo Andy.

Aaliyah dejó escapar un aire que casi fue una risa seca.

—De verdad consigue ponerle a una difícil hasta la propia imagen de sí misma.

—No es mi trabajo.

Esta vez la frase sonó casi como el eco de otras anteriores y, aun así, no lo hizo del mismo modo. Menos como un límite. Más como algo que entre ellas ya era lo bastante conocido como para no cortar siempre.

Aaliyah bebió un poco de agua. Dejó el vaso. Miró hacia la ventana.

—No sé qué se hace con algo así —dijo.

La frase era pequeña. Casi insignificante. Y precisamente por eso fue lo primero que de verdad se pareció a una apertura.

Andy guardó silencio durante un buen rato.

No por inseguridad. Más bien como si supiera exactamente que el valor de la respuesta dependía de no precipitarla.

—Ahora mismo, nada —dijo al final.

Aaliyah volvió la cara.

—¿Nada?

—Cargar con ello. Nada más.

—Eso no parece muy útil.

—No deja de ser verdad.

Aaliyah la observó, quizá buscando cualquier rastro de falsa suavidad al que poder aferrarse para desmontarla. No había ninguno.

—¿Y cuándo mejora?

La mirada de Andy siguió siendo tranquila.

—No cuando se intenta forzar.

No era mucho. No una gran conversación. No una confesión. No ese tipo de escena extrañamente pulida en la que dos personas, encerradas el tiempo suficiente bajo el mismo techo, terminan poniendo todo sobre la mesa.

Precisamente por eso resultaba más real.

Aaliyah se dio cuenta de que había dejado de comer. La cuchara descansaba al lado del plato, sin usar. Andy también había dejado la suya, sin que ello respondiera a ninguna intención visible. Simplemente porque la conversación había llegado a un punto en el que seguir comiendo parecía una acción paralela impropia.

—¿Siempre tiene respuestas así? —preguntó Aaliyah.

—¿Así cómo?

—De las que no gustan y, aun así, no terminan de estar equivocadas.

Una sombra de algo cruzó el rostro de Andy. No una sonrisa. Quizá solo el recuerdo de que sonreír era una posibilidad.

—Con bastante frecuencia —dijo.

Aaliyah volvió a mirar hacia el mar.

—Debe de ser una forma agotadora de vivir.

Esta vez la pausa no vino de la prudencia táctica. Más bien de la decisión de decir algo o dejarlo sin decir.

—Una se acostumbra a muchas cosas —dijo Andy al fin.

Era una frase pequeña. Nada espectacular. Y, sin embargo, había en ella más de Andy que en casi cualquier otra cosa que Aaliyah hubiera oído hasta entonces.

Aaliyah lo notó.

No lo comentó.

Después de comer, Andy llevó los platos hasta la isla de cocina, aunque normalmente lo habría hecho uno de los hombres del equipo. Quizá porque no quería que una tercera persona interrumpiera enseguida lo que había quedado abierto en la mesa. O quizá solo por costumbre: hacer algo con las manos cuando algo quedaba suspendido en una habitación.

Aaliyah no se levantó. Permaneció sentada, observándola sin que pareciera del todo que la observaba.

Andy se movía con calma. No despacio, ni con esa gracia que busca resultar estética. Más bien con precisión. La misma atención a los ángulos y a las transiciones que mostraba con las rutas y las líneas de seguridad parecía regir también allí. Tazas no demasiado cerca del borde. Cuchillos retirados enseguida. La botella de agua rellenada. Todo como si el orden pudiera contener las grietas, al menos durante unas horas.

Aaliyah no pensó en atractivo. Aún no. No de esa forma sencilla.

Pensó solamente que aquella mujer era igual en todas partes y que quizá precisamente por eso, en ese momento, se sentía menos perdida junto a ella que junto a la mayoría de los demás.

El pensamiento era lo bastante incómodo como para apartarlo enseguida.

Por la tarde hablaron muy poco.

No porque la tensión hubiera regresado. Más bien porque algo ya no necesitaba seguir demostrando su existencia con palabras. Aaliyah salió una vez a la terraza, después de avisar a Andy. Andy no la acompañó. Se quedó en la puerta abierta, de una manera que no parecía ni desconfiada ni relajada. Solo estaba allí.

Aaliyah se apoyó en la barandilla y miró el mar. El viento era más frío de lo que había esperado, le empujó algunos

mechones a la cara y le enfrió enseguida la piel de las manos. A su espalda, la casa. Delante, agua, rocas, cielo. Nada más.

No oyó que la puerta se cerrara detrás de ella.

Cuando volvió a entrar al cabo de unos minutos, Andy seguía allí, con el peso cargado sobre una pierna, las manos vacías, la mirada posándose un instante en ella y luego de nuevo en el exterior. Como si tampoco concediera al mar más importancia que a cualquier otra superficie que hubiera que vigilar.

—¿Y? —preguntó Aaliyah, sin saber muy bien qué era lo que estaba preguntando.

Andy volvió la cabeza.

—¿Y qué?

—¿Está permitida la entrada de aire fresco dentro de su concepto de seguridad?

—Mientras no intente desaparecer del recinto con él.

Aaliyah la miró.

—De verdad no hace nunca nada fácil.

—Sí.

—¿Qué, por ejemplo?

Andy lo pensó un instante.

—Tomar decisiones, cuando hace falta.

Aaliyah habría querido decir algo ingenioso. En lugar de eso, se quedó simplemente a su lado en aquel umbral abierto, ni fuera ni del todo dentro, y comprendió poco a poco que ya no sentía la necesidad de ganar cada frase.

Al caer la tarde, las habitaciones se oscurecieron sin llegar a ser sombrías. La casa no encendía las luces con generosidad. Solo allí donde alguien estaba realmente presente. En la cocina. Sobre la mesa. Junto al sofá. El resto quedaba en una penumbra que no ocultaba nada y, aun así, volvía todo más blando.

Aaliyah estaba sentada en el sofá con el libro sobre el regazo, aunque apenas lo leía. Andy trabajaba en la mesa. En

un momento dado, Aaliyah dejó el libro a un lado, sin que ninguna de las dos dijera nada. El silencio ya no era neutral. Pero tampoco hostil. Más bien como una estancia de la que no urgía salir de inmediato.

Más tarde, cuando se levantó para ir a su habitación, se detuvo junto a la mesa.

Andy alzó la vista.

—Faris Qassem —dijo Aaliyah.

Andy no respondió.

—Y Nabil Sayegh.

—Sí.

Aaliyah asintió una vez, como si necesitara fijar los nombres dentro del cuerpo antes de que la noche o el sueño volvieran a desordenarlo todo.

—Gracias —dijo.

No era una palabra grande. Ni un momento cargado. Y, aun así, modificó el espacio.

Andy no reaccionó de forma visible. Pero la miró un segundo más de lo necesario.

—Buenas noches —dijo.

Aaliyah siguió andando, aunque se detuvo una vez más al llegar a la puerta de su cuarto. No por inseguridad. Más bien porque notaba que algo había cambiado y no quería deshacer ese instante demasiado deprisa con un movimiento brusco.

Andy ya no era solo protección.

No solo la mujer que le quitaba el teléfono de la mano, cambiaba rutas, imponía normas y descomponía cada espacio en ejes visuales y ángulos muertos.

Era también la persona que le había dicho los nombres sin creer que con eso la protegía de nada. La que se había quedado cuando el silencio ya no era cómodo. La que daba respuestas exasperantes y, aun así, no equivocadas.

No era consuelo. Ni de lejos.

Pero sí, por primera vez desde el ataque, algo que no estaba trabajando enteramente en su contra.

Aquella noche Aaliyah no cerró del todo la puerta de su habitación.

Y esta vez no fingió ante sí misma que fuera casualidad.

Capítulo 13

En la cuarta mañana de la casa junto a la costa, el día empezó con un orden tan impecable que casi habría podido parecer inofensivo.

La luz era más clara que en los días anteriores. El cielo sobre el mar por fin había encontrado un color que no consistía solo en gris, y afuera descansaba una claridad sobre el agua y las rocas que casi parecía amable, si una no se detenía a mirarla demasiado. El viento seguía allí, pero había perdido filo. Dentro de la casa olía a café, a tostadas y a esa sal que el aire parecía introducir incluso con las ventanas cerradas. Nada tenía nada de particular. Y precisamente por eso Aaliyah advirtió que algo había cambiado.

No en la casa.

No en la rutina.

En la forma en que ella la percibía.

Abajo, la mesa del desayuno ya estaba puesta. Dos tazas, dos platos, fruta, pan, mantequilla, un tarrito de mermelada de naranja que ninguna de las dos había tocado todavía. Esta vez Andy ya estaba sentada a la mesa, no junto al ventanal, ni medio dentro del espacio y medio fuera de él, sino con un informe abierto en la tableta y una taza de café delante, como si en su mundo hasta el hecho de sentarse fuera algo que se ejecutaba con objetividad y sin el menor rastro visible de comodidad.

Cuando Aaliyah bajó la escalera, Andy alzó la vista.

—Buenos días.

—Buenos días.

Y eso fue todo. No había tensión en el saludo. Ningún resto visible de la conversación del día anterior. Y, aun así, Aaliyah notó enseguida que ya era capaz de leer en la voz de Andy matices que antes se le escapaban. Si estaba concentrada. Si aún seguía mentalmente dentro de una comunicación por radio. Si ya había registrado algo fuera de la casa. No emociones. Para eso aquella mujer seguía siendo demasiado cerrada. Pero sí estados.

Era exasperante la rapidez con la que una podía aprender a leer a alguien cuando en la vida cotidiana había tan pocas otras cosas que leer.

Se sentó y cogió el café. La rodilla solo protestaba ya al sentarse y al levantarse, no con cada paso. El médico le había explicado el día anterior que aquello era normal, y Aaliyah había asentido como si le estuviera diciendo algo nuevo. A esas alturas, lo incómodo de aquel lugar ya no era que el cuerpo se hiciera notar. Era que había tan poca distancia entre ella y él.

—Luego el viento va a levantarse más —dijo Andy sin mirar la tableta—. Si quiere salir a la terraza, mejor antes del mediodía.

Aaliyah la miró por encima del borde de la taza.

—Casi suena como si ya pudiera existir sin presentar una solicitud formal.

Andy levantó la vista.

—También antes podía existir.

—Qué generoso.

Debería haber sonado más punzante. No lo hizo. No del todo. Tal vez porque la fricción entre las dos ya no estallaba tan a menudo de forma abierta. Tal vez porque Aaliyah estaba cansada de usar cada respuesta como resistencia.

Andy no reaccionó al tono.

—Después de desayunar repasaré con Omar el lado oeste. Luego vuelvo.

—¿Debo deducir que, mientras tanto, quedaré sin vigilancia?

—No.

Aaliyah volvió la mirada hacia la cristalera. Uno de los hombres del equipo estaba fuera, en la línea inferior del perímetro, oscuro contra la hierba pálida, lo bastante pequeño en la distancia como para resultar casi inocuo.

—Claro que no.

Desayunaron en un silencio que, a esas alturas, había cambiado de naturaleza. Ya no era el silencio cauteloso y cargado de tensión residual de los primeros días. Era otra cosa. Un espacio en el que las palabras no hacían falta constantemente para marcar límites. Aaliyah lo notaba en que ya no reaccionaba a cada frase de inmediato. Y en que Andy ya no traducía cada cruce de miradas automáticamente de nuevo a la función.

No blando. No abierto. Solo menos afilado.

La normalidad, pensó Aaliyah, debía de ser precisamente eso: no la ausencia de grietas, sino acostumbrarse a una forma nueva de ellas.

Cuando terminaron, Andy llevó la taza a la cocina, habló un instante por radio con Omar y salió de verdad por el pasillo lateral hacia la parte oeste de la casa. Aaliyah se quedó sola en el salón, con un libro que no leía de verdad y una vista que aquella mañana resultaba casi demasiado hermosa para un lugar cuya finalidad seguía siendo esconderla.

Se sentó en el sofá, abrió la novela por algún punto intermedio y, al cabo de dos páginas, volvió a levantar la vista. No porque no entendiera las frases. Sino porque la mirada se le quedaba detenida una y otra vez en las mismas cosas.

En la silla vacía de la mesa, donde había estado Andy.

En la taza, que no había apurado del todo.

En la línea fina del arañazo sobre su mandíbula, ahora más clara, pero todavía visible.

No era nuevo que Andy estuviera allí. No era nuevo que sus movimientos, su voz, su presencia hubieran pasado a formar parte de ese lugar. Y, sin embargo, desde el día anterior había algo distinto en todo ello. Aaliyah no habría sabido decir qué, exactamente. Solo que Andy ya no existía únicamente como protección. Ya no era solo la persona que imponía normas, recortaba decisiones y cerraba espacios.

Se había vuelto demasiado cercana para poder seguir ignorándola como ser humano.

Aaliyah dejó el libro a un lado y fue hasta la ventana.

Fuera, Omar se movía a lo largo de la línea oeste del terreno. Andy estaba un poco apartada de él, medio de perfil, una mano en el bolsillo de la chaqueta, la otra junto al transmisor, mientras decía algo que Aaliyah no podía oír a través del cristal. Vista desde allí, su forma de moverse parecía aún más reducida que de costumbre. Ningún gesto superfluo. Ninguna necesidad de exhibir su competencia. Y precisamente por eso la mirada se quedaba prendida de ella.

No, pensó Aaliyah de inmediato, porque le pareciera guapa. No pensaba en esos términos. O todavía no. Era más bien la manera en que Andy se movía por el espacio como si todo lo que la rodeaba perteneciera de forma natural a un orden que solo ella comprendía del todo. No caminaba con elegancia. No en el sentido en que Aaliyah usaba esa palabra. Era demasiado funcional para eso. Pero justo ahí residía algo que atrapaba la atención. Algo que no buscaba producir efecto y, precisamente por eso, lo producía.

Andy se detuvo, miró hacia el mar, escuchó al parecer algo que decía Omar y asintió una vez. Algunos mechones sueltos habían escapado de la coleta y se movían con el viento contra su cuello. No hizo nada por apartarlos. No hizo nada, en realidad, que delatara conciencia de estar siendo observada.

Aaliyah dio medio paso más hacia el cristal.

Era exasperante el tiempo que llevaba mirando.

Cuando Andy regresó al interior, Aaliyah volvió a coger el libro y se lo dejó sobre el regazo, como si aquello fuera a marcar alguna diferencia. La puerta se abrió. Entraron aire y un rastro de sal. Omar se quedó fuera. Andy cerró detrás de sí y fue directamente a la isla de cocina para dejar el transmisor.

—No hace falta que finja que estaba leyendo —dijo, sin volverse.

Aaliyah alzó lentamente las cejas.

—¿Perdón?

Andy cogió el vaso de agua que había sobre la encimera.

—Lleva diez minutos con la misma página abierta.

Aaliyah bajó la vista hacia el libro. Luego volvió a mirarla.

—Puede que sea una página especialmente compleja.

—Entonces también está impresa al revés.

Aaliyah parpadeó. Después vio que, efectivamente, tenía el libro boca abajo sobre el regazo.

—Eso es calumnia —dijo.

Andy se volvió por fin. No había una sonrisa visible en su cara, pero sí algo menos inmóvil que de costumbre.

—Eso es observación.

—Usa esa palabra para todo.

—Sirve con una frecuencia asombrosa.

Aaliyah dejó el libro a un lado. No porque se sintiera descubierta. Sino porque, de pronto, ya no tenía ganas de fingir que en aquella casa seguía existiendo una forma creíble de ocultarse.

—¿Y si sencillamente estaba pensando en lo exasperante que se vuelve la literatura en aislamiento?

—Entonces la creería.

—Eso casi parece una forma de respeto.

—Casi.

Ahí estaba otra vez ese casi. Esas respuestas secas y pequeñas que no explicaban nada y que, aun así, ya no sonaban solo a oposición. Aaliyah se dio cuenta de que estaba esperando a ver qué diría Andy a continuación, y se irritó al notar hasta qué punto la mirada se le quedaba en ella con una naturalidad que no debería tener.

Andy se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de la silla. Debajo llevaba una camiseta oscura, sencilla, lo bastante ceñida como para que la tensión de hombros y brazos se percibiera más de lo que Aaliyah habría debido percibir. Cogió la cafetera, miró dentro y la volvió a dejar.

—Voy a hacer más —dijo.

Aaliyah no había querido más café. Al menos, no de forma consciente.

—Bien.

La palabra salió demasiado deprisa.

Andy la miró un instante, pero no hizo comentario alguno. Llenó de agua la cafetera, con esos movimientos tranquilos y precisos suyos, totalmente desprovistos de cualquier deseo de convertir aquello en algo doméstico. Y, sin embargo, era precisamente esa banalidad lo que desconcertaba a Aaliyah. Que Andy pudiera estar allí, preparando café, como si no estuviera hecha exclusivamente de tensión y control. Que sus manos tocaran no solo transmisores, informes y planes de seguridad, sino también tazas, agua, objetos corrientes.

No era nuevo.

Solo era distinto.

Más tarde, hacia el mediodía, sucedió algo que en cualquier otra circunstancia no habría significado absolutamente nada.

Aaliyah quiso coger un vaso del armario alto de la cocina. No como un acto de rebelión. No como una transgresión buscada. Solo como un gesto que en otro momento habría hecho sin pensar. Se acercó a la encimera, se puso de puntillas

y alargó el brazo. La rodilla protestó en cuanto cambió el peso del cuerpo. No con fuerza, pero sí lo suficiente para que, por puro reflejo, perdiera el equilibrio.

Andy llegó antes de que Aaliyah alcanzara siquiera a clasificar del todo el dolor.

Una mano en su codo. La otra, un instante en la cintura, para enderezarla antes de que se diera de lado contra la encimera.

Duró quizá un segundo. Incluso menos.

Y, aun así, el momento fue demasiado largo.

No porque hubiera pasado nada. Precisamente porque no había pasado casi nada. Un reflejo. Ayuda. Cuerpo contra cuerpo, solo lo justo para evitar una caída y un ruido vergonzoso.

Pero Aaliyah sintió de inmediato el punto del brazo donde había estado la mano de Andy como si tuviera una temperatura distinta al resto de la habitación. La camiseta bajo sus dedos, cuando ella misma buscó apoyo en Andy sin darse cuenta. Ese instante tan breve y completamente silencioso en el que Andy estuvo demasiado cerca como para seguir pareciendo solo función y, al mismo tiempo, demasiado controlada como para que aquello pudiera llamarse de otra forma.

—No se ponga de puntillas —dijo Andy.

La voz era tranquila. Demasiado tranquila.

Aaliyah alzó la mirada hacia ella. Demasiado cerca para que aquello pudiera seguir siendo una mirada normal. Demasiado breve para explicarlo.

—También habría podido dejarme caer —dijo.

—Habría hecho ruido.

Era la respuesta perfecta para arrastrar de nuevo el momento a lo seco, a lo práctico. Y precisamente por eso no lo conseguía del todo.

Andy retiró la mano de su brazo. Luego la otra, de su cintura. Un latido demasiado tarde quizá. O quizá justo en el momento adecuado, si lo que se pretendía era impedir que aquello llegara a tener nombre.

Aaliyah dio medio paso atrás. No porque hiciera falta. Más bien porque el espacio necesitaba ordenarse otra vez.

—El vaso habría sido la tragedia menor —dijo.

—Depende del vaso.

—De verdad parece haberse impuesto la misión de volver antipoética cualquier situación.

Andy cogió el vaso del armario alto con total facilidad, como si resultara absurdo seguir hablando de aquello, lo dejó delante de ella sobre la encimera y no la miró directamente.

—No le hacen falta dolores adicionales.

—Qué atenta.

—Qué funcional.

Ahí estaba otra vez esa línea que Andy trazaba siempre. No con brusquedad. No de un modo hiriente. Solo con exactitud. Y, aun así, Aaliyah ya no estaba segura de que eso la ayudara.

Cogió el vaso. Los dedos casi rozaron el dorso de la mano de Andy. No del todo. No de manera visible. Solo lo suficiente para que ambas lo notaran.

Ninguna dijo nada.

Andy fue la primera en apartarse. No con huida. Con esa precisión controlada con la que hacía todo lo que no debía causar daño si se entendía a tiempo.

Aaliyah se sirvió agua aunque no tenía sed. Bebió la mitad en tragos demasiado grandes y notó que Andy seguía en la habitación sin necesidad de mirarla.

Era exasperante.

Y no solo eso.

Por la tarde la luz se volvió más blanda y, con ella, también cambió la casa. No de verdad. Solo en la percepción. Las superficies de cristal ya no devolvían la claridad dura del día,

sino reflejos amortiguados. El salón parecía más pequeño. Más íntimo. Menos una estructura de seguridad y más un lugar en el que una podía quedarse demasiado tiempo por accidente.

Aaliyah estaba sentada en el sofá con el libro otra vez en las manos. Andy, de pie junto a la mesa, con papeles delante y el transmisor junto al codo. No trabajaban juntas, pero habitaban ya el mismo espacio sin aquella fricción constante y reconocible de los primeros días.

Quizá eso fuera aún más peligroso.

—¿Cuánto tiempo aguanta alguien como usted sin hablar? —preguntó Aaliyah al cabo de un rato, sin levantar la vista del libro.

Andy alzó la mirada.

—¿Alguien como yo?

—Alguien que lee cada habitación, oye cada ruido y seguramente también se da cuenta cuando la gente respira demasiado rato.

—Respirar demasiado rato no suele ser el problema.

Aaliyah sonrió sin proponérselo.

—Eso ha estado a punto de ser gracioso.

—Con estar a punto basta.

Esta vez sí levantó la vista hacia ella.

Andy tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia un plano, y aun así daba la impresión de saber exactamente dónde estaba Aaliyah, cómo se sentaba, de qué forma sostenía el libro. Ya no era vigilancia. No solo. Más bien una forma de atención que no hacía ostentación de sí misma.

Aaliyah se preguntó cuánto tiempo llevaba ya fijándose en el sonido de la voz de Andy en habitaciones distintas. Más clara por la mañana, cuando volvía del lado del mar. Más plana cuando hablaba por radio. Más grave cuando decía algo que no era solo funcional. No le gustaba aquella observación. Menos aún le gustaba que le saliera ya sola.

Al caer la tarde volvió a ponerse junto a la ventana. No por verdadera intención. La casa parecía empujarla una y otra vez hacia ese sitio, como si no existiera mejor lugar en el que quedarse cuando una ya no podía huir del todo de sí misma.

Fuera, el mar estaba oscuro y liso. En el cristal se reflejaba la estancia a su espalda: el sofá, la lámpara, la mesa, Andy, que seguía allí y acababa de enganchar el transmisor al cinturón.

Aaliyah la observó en el reflejo, no directamente. Quizá eso facilitaba las cosas.

Andy terminó por acercarse también a la cristalera, aunque se quedó a una distancia suficiente como para que no pareciera una aproximación. Solo estaban compartiendo la misma vista hacia fuera sin tener que decir nada.

—Mañana empeora el tiempo —dijo Andy.

Aaliyah tardó un instante en responder.

—¿Eso es una advertencia o una información?

—Las dos cosas.

—Naturalmente.

Otra vez el silencio.

No vacío. No neutro. Más denso que de costumbre. Como si en la habitación hubiera una frase que ninguna de las dos quisiera decir, porque después habría resultado demasiado evidente qué era exactamente lo que había cambiado.

Aaliyah giró un poco la cabeza. No lo suficiente para mirarla del todo. Solo lo justo para percibir mejor su perfil en la penumbra. La línea más clara junto a la mandíbula, donde el arañazo casi había desaparecido ya. La curva tranquila de la boca. Los ojos fijos en el exterior, ni un milímetro más blandos que de costumbre y, precisamente por eso, ahora insoportablemente presentes.

—Usted no se cansa nunca, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

Andy no la miró.

—Sí.

—Solo que no se nota.

—Esa es la idea.

Aaliyah estuvo a punto de preguntarle cuál era la idea en todo lo demás también. Cuántas de aquellas líneas controladas eran únicamente trabajo y cuántas pertenecían a otra cosa que Andy no dejaba ver. En lugar de eso dijo:

—Suena agotador.

Esta vez la respuesta no llegó de inmediato.

Cuando Andy habló por fin, lo hizo con su calma habitual.

—A veces lo es.

Aaliyah se volvió entonces hacia ella por completo.

Solo un gesto pequeño. Ninguna intención calculada. Ningún movimiento abierto. Y, de pronto, estaban demasiado cerca la una de la otra sin que ninguna hubiera decidido de verdad esa distancia. Sin tocarse. Ni siquiera de una forma íntima en sentido estricto. Pero sí lo bastante cerca como para que la penumbra del salón y el silencio exterior se volvieran algo distinto de lo que habían sido un minuto antes.

Andy levantó la vista.

No pasó nada.

Ni contacto. Ni una frase que salvara el aire. Solo una mirada que duró un segundo de más y que, precisamente por eso, dejó de ser puramente funcional.

Aaliyah sintió su propia respiración con una nitidez excesiva.

Andy no dijo nada.

Luego dio un paso atrás.

No de forma brusca. No sobresaltada. Simplemente con esa precisión controlada con la que hacía todo lo que no debía causar daño si se comprendía a tiempo.

—Debería dormir —dijo.

Las palabras fueron objetivas. Y, aun así, sonaron a fractura.

Aaliyah asintió, aunque no estaba segura de si aquello respondía a la frase o a lo que acababa de quedar suspendido justo antes.

—Claro —dijo.

Andy se apartó, cogió el transmisor de la mesa y salió al pasillo, como si la estancia hubiera necesitado de repente más estructura de la que dos personas le habían permitido durante unos segundos.

Aaliyah se quedó junto al cristal, observándola en el reflejo hasta que desapareció.

Y después permaneció allí todavía mucho rato.

No porque esperara que ocurriera algo.

Sino porque casi había ocurrido algo.

Y, en una casa como aquella, eso bastaba para hacer que la noche empezara de otro modo.

Capítulo 14

A la mañana siguiente, la casa tenía exactamente la misma forma que en los días anteriores.

La misma luz sobre el mar, aunque más pálida, porque el sol seguía retenido detrás de una capa fina de nubes. La misma cristalera abierta al horizonte, los mismos recorridos por el salón, las mismas tazas sobre la mesa, los mismos mensajes de radio que desaparecían en el oído de Andy para convertirse enseguida en decisiones. Nada era nuevo. Nada visible. Y, sin embargo, en cuanto Aaliyah miró hacia abajo desde la escalera, hacia el salón, tuvo la sensación clara, exasperantemente precisa, de que algo ya no estaba exactamente en su sitio habitual.

No en la casa.

Entre ellas.

Andy estaba junto a la isla de cocina, hablando en voz baja con Omar, que aquella mañana parecía encontrarse fuera, en la línea inferior del perímetro. Su voz era tranquila, como siempre, pero había en su concisión una frialdad distinta. Ya no hacía preguntas que no estuvieran directamente relacionadas con el desarrollo del día. Nada de «¿Cómo va la rodilla?». Nada de «¿Ha dormido?». Solo horarios, tiempo, visibilidad, una entrega aplazada a la tarde. Todo tan funcional que casi parecía deliberado.

Aaliyah se detuvo en el último peldaño.

No el tiempo suficiente para que se notara. Solo lo justo para sentir en su propio cuerpo la respuesta a algo que tenía

muy poco que ver con la razón. La noche anterior, junto al ventanal, había existido ese momento que no podía nombrar, porque cualquier nombre habría supuesto demasiado significado y demasiado poca capacidad de control. No había habido beso. Ni caricia. Ni siquiera una frase que pudiera venderse como una transgresión clara. Solo aquella mirada. Aquel único segundo en el que Andy había estado demasiado cerca y luego se había retirado con la misma precisión con que cerraba puertas y cambiaba rutas.

Ahora estaba allí abajo comportándose como si nada de eso hubiera ocurrido.

Aaliyah detestaba darse cuenta.

Andy terminó la comunicación, volvió a enganchar el transmisor a su cinturón y alzó la vista cuando Aaliyah bajó los últimos escalones.

—Buenos días.

—Buenos días.

La palabra quedó entre las dos, neutral. Demasiado neutral, quizá.

Andy dejó el café junto a su sitio antes incluso de que Aaliyah llegara del todo a la mesa. No de una manera silenciosamente solícita, ni con desatención. Solo a tiempo. Antes, eso habría sido ya lo bastante irritante como para merecer un comentario. Aquella mañana, Aaliyah simplemente se sentó, cogió la taza y alzó la vista hacia ella por encima del borde.

Andy no rehuyó la mirada. Tampoco la sostuvo un segundo más de lo necesario.

Más control, pensó Aaliyah. No menos.

—Luego lloverá —dijo Andy.

Aaliyah arqueó una ceja.

—¿Eso es información meteorológica o advertencia táctica?

—Las dos cosas.

—Naturalmente.

Andy recogió la tableta de la mesa y, aquella vez, no se sentó en el mismo lado que en los días anteriores, ligeramente ladeada respecto a ella, sino en el lateral más próximo a la isla de cocina. No era una distancia ostensible. No parecía una retirada evidente. Y, aun así, Aaliyah lo registró de inmediato como un movimiento. Una pequeña corrección geométrica, como si aquello que había quedado suspendido la noche anterior pudiera desactivarse con un ángulo distinto en la mesa del desayuno.

—Ha cambiado de sitio —dijo Aaliyah antes de decidir si era prudente mencionarlo.

Andy no alzó la vista enseguida.

—Tengo línea de visión hacia el pasillo lateral.

—Ah.

—Sí.

No era nada. Una frase perfectamente plausible. Precisamente por eso sonó peor que una excusa evidente.

Aaliyah bebió café y no añadió nada más. Pero el resto del desayuno quedó atravesado por aquella alteración apenas visible. Andy hablaba solo cuando había un motivo concreto. Ese día no venía el médico. La rodilla debía seguir sin forzarse. Por la tarde el tiempo empeoraría. Si Aaliyah quería salir, mejor antes del mediodía. Todo correcto. Todo útil. Y, sin embargo, por debajo de eso faltaba exactamente esa pequeña medida de atención que se había instalado entre ambas en los últimos días sin que ninguna hubiera querido admitirlo.

Era exasperante la rapidez con la que una notaba la retirada de un hábito que todavía no debería haber llegado a ser un hábito.

Después de desayunar, Andy desapareció directamente en el pequeño despacho del final del pasillo. Antes quizá se habría quedado un rato más en el salón, revisando papeles en

la mesa o hablando con Omar junto al cristal. Aquella mañana no. Cogió la tableta, el transmisor, la libreta y se refugió en la función, como si las cosas que se habían acercado demasiado al cuerpo pudieran devolverse a una distancia razonable por medio del trabajo.

Aaliyah se quedó de pie en el salón, con la taza en la mano, mirando la puerta cerrada tras la que la voz de Andy se dejó oír una sola vez, amortiguada e ininteligible.

No sabía qué le molestaba más.

Que Andy tomara distancia.

O que pareciera creer que Aaliyah no iba a notarlo.

La mañana siguió adelante como si aquello no tuviera nada que ver con el resto. La lluvia llegó de verdad, primero solo como nubes más oscuras sobre el agua, luego en forma de gotas finas sobre los cristales. Uno de los hombres del equipo llevó toallas limpias. Omar cambió de hora una entrega. La casa siguió siendo silenciosa, ordenada, discretamente severa. Aaliyah intentó leer y lo dejó. Miró el teléfono, no escribió a nadie, volvió a apagar la pantalla. En un momento dado fue a la cocina, peló una naranja y dejó media sin tocar porque, cuando iba por la mitad, ya no sabía por qué había empezado.

Andy no volvió al salón hasta casi el mediodía.

Llevaba unos papeles bajo el brazo y la misma cara de siempre. Demasiado controlada como para dejarse leer fácilmente, salvo si una ya se había acostumbrado a observar demasiado bien. Dejó los documentos al extremo de la mesa, habló un momento con Omar, que apareció al otro lado de la puerta acristalada de la terraza, y asintió una sola vez. Todo igual que siempre. Solo más concentrado de una forma que empezaba a enfurecer a Aaliyah.

No porque exigiera cercanía. Eso habría sido absurdo. Ridículo. Demasiado peligroso en una casa como aquella,

después de todo lo que seguía significando el trabajo, el ataque, la distribución de sus papeles.

Pero Andy había cambiado algo y ahora actuaba como si no hubiera tomado ninguna decisión.

—¿Hoy trabaja más de lo normal —preguntó Aaliyah al cabo, sin levantar la vista del sofá— o solo quiere que crea que es casualidad?

Andy levantó la mirada del papel.

—Trabajo como los otros días.

—No.

La respuesta salió demasiado deprisa. Demasiado clara.

Andy la miró directamente entonces.

—¿No?

Aaliyah dejó el libro a un lado.

—No.

No dijo nada más enseguida. Ni ella misma sabía por qué le subía la irritación de una forma tan poco razonable. No elegante, no controlable como otras veces. Más bien como algo que llevaba demasiado tiempo moviéndose bajo la superficie y que ahora buscaba una forma de hacerse visible, aunque fuera de la manera menos favorecedora posible.

Andy siguió callada. No de forma fría. Solo alerta.

—Está distinta —dijo Aaliyah al fin.

Andy tardó un segundo en responder.

—¿De qué manera?

—Más fría.

Un músculo diminuto se tensó en la mandíbula de Andy. Nada más.

—Esa es su interpretación.

—Es una observación.

Si la frase la alcanzó, no lo mostró. Quizá precisamente por eso quedó suspendida en la estancia como algo que ya no se podía despachar del todo como provocación.

Andy dejó el papel sobre la mesa.

—Estoy trabajando.

—Ayer también.

—¿Y?

—Y ayer no sonaba como si cortara cada frase a mitad de camino para que no llegara a ninguna parte.

Ahí estaba. Ya no la versión antigua de su resistencia, impecable, punzante, lo bastante ingeniosa como para no leerse nunca como verdadera exposición. Era otra cosa. Más directa. Menos protegida. Aaliyah lo oía en su propia voz y, aun así, no podía detenerse.

Andy no se retiró. Tampoco se acercó. Se quedó exactamente donde estaba, y eso lo volvía todo más difícil.

—No hay nada que tenga que llegar a ninguna parte —dijo.

Aaliyah soltó una risa breve, seca.

—Impresionante.

—¿Qué?

—La profesionalidad con la que puede fingir que no ha pasado nada.

Andy calló. Fuera, la lluvia golpeaba el cristal en líneas oblicuas. En algún lugar de la casa se cerró una puerta. Nada más.

—Está interpretando demasiado un momento junto a la ventana —dijo por fin.

Probablemente era lo peor que podía haber dicho. No porque la frase fuera falsa. Sino porque, al pronunciarla, reconocía que aquel momento había existido.

Aaliyah se puso en pie.

La rodilla respondió bien. El resto de ella, no tanto.

—No estoy interpretando nada —dijo—. Es usted quien está fingiendo que no ocurrió.

—¿Qué exactamente?

—Eso lo sabe perfectamente.

Andy le sostuvo la mirada. Demasiado tranquila. Demasiado controlada.

—No.

—Claro.

Aaliyah dio dos pasos hacia ella, pero se detuvo antes de llegar demasiado cerca. No por miedo. Más bien porque incluso enfadada conservaba todavía la sensatez suficiente para saber que la proximidad no iba a resolver nada. Al contrario.

—Desde esta mañana —dijo— se comporta como si la única forma razonable de manejar esto fuera ignorarlo y volver a convertirlo todo en listas.

—Mi trabajo consiste en mantener las cosas estructuradas.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces a qué?

Ahí estaba de nuevo esa forma que tenía Andy de hacer preguntas con aquella sobriedad insoportable, como si hablara de logística. Aaliyah la odiaba por ello. Y por el hecho de que, aun así, le respondiera.

—A que se está echando atrás.

Por primera vez en todo el día, algo parecido a una tensión visible apareció en el rostro de Andy. No una grieta abierta. Solo un destello de dureza que no parecía dirigido a la habitación, sino a sí misma.

—No me estoy echando atrás.

—¿No? —Aaliyah alzó una ceja—. ¿Entonces qué está haciendo?

—Poniendo distancia.

La honestidad de la frase les quitó a las dos, durante un segundo, tanto el derecho a negar como el recurso a fingir.

Aaliyah se quedó quieta.

—¿Por qué?

Andy no contestó.

—No era una pregunta retórica.

—Lo sé.

—Entonces respóndala.

Fuera, la lluvia se intensificó. Una gota descendió despacio por el cristal, dividiendo la vista del mar en dos mitades grises. Andy pasó una vez el pulgar por el borde de los documentos que tenía en la mano, como si el cuerpo necesitara sujetar algo mientras el resto se acercaba demasiado a un límite.

—Porque es mejor —dijo.

—¿Para quién?

—Para el encargo.

Aaliyah resopló suavemente. No porque la frase la sorprendiera. Precisamente porque era dolorosamente previsible.

—Eso es cobardía con un vocabulario excelente.

Esta vez la expresión de Andy sí cambió de manera visible. No hacia la blandura. Ni hacia nada abierto. Pero algo en ella se tensó con más filo, como si Aaliyah no solo hubiera dado con un punto sensible, sino se hubiera atrevido a nombrarlo.

—No sabe nada de lo que es la cobardía —dijo Andy.

Silencio.

Ya no era la misma discusión que en los primeros días. Ya no se trataba del choque entre normas y libertad, entre una mujer acostumbrada a usar el control como un juego y una exmarine que se negaba a jugarlo. Esto era otra cosa. Más cerca de la piel. Más peligrosa.

Aaliyah lo notó y siguió adelante de todos modos.

—Entonces explíquemelo.

Andy soltó el aire una vez, despacio. No porque estuviera perdiendo los nervios. Sino porque estaba haciendo justo lo contrario.

—No hay nada que explicar.

—Claro —Aaliyah asintió, con ese reflejo estrecho y amargo que casi no era una sonrisa—. Porque su manera de resolverlo todo siempre es no decir nada.

—¿Y su manera es mejor? ¿Fingir que no ha hecho una pregunta?

—Yo, al menos, no finjo que aquí no pasa nada.

La frase quedó en la habitación con un peso físico.

Andy apartó la vista. Solo un instante. Hacia la lluvia, hacia el cristal, hacia cualquier lugar donde su control no tuviera que funcionar como respuesta. Cuando volvió a mirarla, seguía ahí todo lo que la definía: la disciplina, la contención, la calma. Y por debajo, algo que ya no se leía solo como trabajo.

—Habría sido más fácil —dijo en voz baja— si se hubiera quedado en el encargo.

Aaliyah no se movió. Ni siquiera por dentro, eso le pareció durante un segundo.

No porque la frase dijera mucho.

Sino porque decía justo lo suficiente.

—Pero no se ha quedado ahí —respondió.

Andy cerró los ojos un instante. Una respiración. Luego volvió a abrirlos.

—No.

Era la primera verdad real que no consistía solo en una constatación objetiva.

Y hacía todo peor.

Aaliyah sintió el latido del corazón demasiado alto. No de una forma romántica. Ni hermosa. Solo demasiado consciente. Como si el cuerpo hubiera entendido lo que la mente seguía intentando traducir a palabras que no tuvieran consecuencias.

—Entonces deje de actuar como si yo tuviera que pagar por ello —dijo.

Andy reaccionó de inmediato.

—No hago eso.

—Sí.

—No.

—Se comporta como si cualquier forma de cercanía conmigo fuera un error que lo mejor sería borrar volviendo a hablarme solo de rutas y horarios.

—Porque la cercanía, en esta situación, es una mala idea.

—Eso no responde a lo que acabo de decir.

—Es la única respuesta que puedo darle.

—¿Porque quiere o porque tiene que hacerlo?

La boca de Andy se tensó. No lo suficiente para llamarlo rabia. Más bien esa clase de resistencia interior que Aaliyah ya empezaba a reconocer.

—Por ambas cosas —dijo.

Fuera, la lluvia empezó a golpear con más fuerza contra el cristal. Dentro, el silencio seguía siendo total. Demasiado total. La estancia se había vuelto demasiado pequeña para dos personas que ya no podían fingir que estaban discutiendo sobre lo mismo que una semana atrás.

Aaliyah notó que las manos le temblaban un poco. Tal vez no de forma visible. Pero sí lo suficiente como para apoyar una en el respaldo del sofá y sujetarse a algo sólido.

—Yo no he pedido esto —dijo.

Andy arqueó apenas una ceja.

—¿El qué?

—Que se volviera más complicado.

—Yo tampoco.

Aquello habría podido ser el final. Un lugar razonable para dejar que la discusión se apagara, para volver a confiar en las distancias y en la arquitectura de la casa. Ninguna de las dos lo eligió.

Aaliyah dio un paso más.

No lo planeó. No era una estrategia. Fue simplemente que la habitación parecía empujarla, como si ya no quedara un espacio intermedio que pudiera seguir sosteniéndose.

Andy no se movió.

Demasiado cerca ahora como para pensar la mirada a salvo. Lo bastante cerca como para que Aaliyah viera la línea más clara del arañazo casi curado, la sombra de las pestañas, la tensión en la mandíbula. Lo bastante cerca como para que Andy notara la respiración acelerada sin necesidad de comentarla.

—Entonces no actúe como si el problema fuera solo mío —dijo Aaliyah.

Andy no contestó enseguida. La mirada le recorrió el rostro una sola vez, tan rápido que habría podido negarse si alguna de las dos hubiera querido negarlo.

—Usted no es el problema.

—¿Pero?

Andy la sostuvo con una mirada directa, insoportablemente abierta y, al mismo tiempo, completamente controlada.

—La situación sí.

—Eso es una frase para informes.

—Ahora mismo es la única que impide que esto se convierta en algo más estúpido.

Aaliyah sintió el impulso de decir algo más. Algo que rompiera de una vez la última línea. En cambio, se quedó quieta y se dio cuenta de que Andy no retrocedía ni un milímetro.

Eso era peor.

No apartarse. No acercarse. Seguir ahí, exactamente en la distancia en la que todo quedaba suspendido.

—¿Y si no quiero oír frases de informe? —preguntó Aaliyah en voz baja.

La voz de Andy apenas era más que un tono controlado.

—Entonces no siga preguntando.

No era una amenaza. No era una invitación. Solo la verdad.

Aaliyah podría haberse reído de lo absurdo del momento. En lugar de eso, se quedó allí, demasiado cerca, demasiado

despierta, demasiado consciente de la habitación, de la lluvia, de su propio cuerpo, que en aquel instante ya no tenía nada que ver con estrategia alguna.

Andy levantó una mano.

No del todo. Solo lo suficiente para que Aaliyah advirtiera el gesto antes de que ocurriera. Como si quizá fuera a apartarle un mechón de la cara, o a corregir la distancia, o a obligarse a devolver a la habitación un orden razonable.

Pero dejó caer la mano.

Y ahí estuvo la verdadera fractura.

No en que hubiera pasado algo.

Sino en que casi había pasado.

Aaliyah lo vio. Sintió que todo dentro de ella se tensaba y se abría a la vez, sin que ninguno de esos movimientos sirviera para nada. La estancia estaba tan callada que la lluvia sonaba fuera como una segunda realidad, más lejana.

Ninguna de las dos habló.

Andy fue la primera en retroceder al fin.

No mucho. Solo medio paso. Más habría parecido huida. Menos, rendición.

—Debería descansar —dijo.

Era una frase objetiva. Y, aun así, sonó como algo que hubiera sido devuelto a duras penas a su forma correcta.

Aaliyah soltó el aire, despacio.

—Esto es ridículo.

—Sí.

Que Andy se lo concediera de inmediato le quitó a la frase cualquier función sencilla.

Aaliyah soltó una risa breve de verdad esa vez, cansada y sin alegría.

—Es usted imposible.

—Eso ya lo sabíamos.

—Y aun así consigue sorprenderme.

—No es una buena señal.

Habrían podido separarse ahí. De forma sensata. Controlada. Como dos personas atrapadas en una casa diseñada precisamente para impedir que ciertas cosas tomaran forma antes siquiera de recibir un nombre. En lugar de eso, se quedaron todavía un instante más.

Demasiado.

Luego Aaliyah fue la primera en apartarse. No por victoria ni por derrota. Simplemente porque algo dentro de ella entendió que estaban a un solo momento mal dado y a un solo gesto equivocado de acercarse o alejarse de forma irrevocable.

Fue hacia la ventana. No porque quisiera mirar fuera. Sino porque el cristal ofrecía un final que no era tal.

A su espalda oyó a Andy recoger los papeles que en algún momento de la discusión habían ido a parar al borde de la mesa y casi al suelo. Ningún ruido innecesario. Solo papel. Orden. El lenguaje antiguo. Y, aun así, hasta en eso había ya algo que no era solo trabajo.

Cuando Aaliyah se volvió más tarde, Andy estaba otra vez junto a la mesa, con la tableta en la mano y los ojos fijos en la pantalla. Desde fuera, todo había recuperado su lugar. Solo que el aire de la habitación ya no era el mismo.

Demasiado cargado para ser inocuo.

Demasiado intacto para que hubiera llegado a ocurrir algo de verdad.

Así no podía seguir, pensó Aaliyah. No mucho tiempo. No cuando cada silencio decía ya más que la mayoría de las conversaciones de su vida anterior.

Y al comprenderlo, sin decirlo en voz alta, supo al mismo tiempo que la verdadera fractura ya no tardaría mucho en llegar.

Capítulo 15

La lluvia había cesado al anochecer, pero la casa había conservado el peso del día.

Nada en ella era exteriormente distinto. Las lámparas del salón seguían encendidas en las mismas islas discretas de las noches anteriores. El mar descansaba negro e inmóvil tras la cristalera; solo en unos pocos puntos, muy lejos, algún resto de luz se quebraba sobre el agua antes de que la oscuridad volviera a tragárselo. En la cocina quedaba una sola taza sobre la encimera. Sobre la mesa, los papeles de Andy formaban una pila limpia, como si el orden pudiera mantener estable algo que hacía rato había dejado de obedecer a ninguna línea razonable.

Aaliyah estaba junto al ventanal, mirando hacia fuera sin ver realmente nada.

A su espalda, Andy se movía por la estancia con esa calma controlada que, en los últimos días, se había convertido en un sonido propio. El gesto leve de dejar una taza. El clic de la tableta al bloquearse. Un paso sobre la piedra. Nada alto. Nada que reclamara atención. Y, sin embargo, cada uno de esos pequeños movimientos se había acercado ya demasiado a algo que Aaliyah no podía seguir leyendo como mera presencia.

Desde la discusión de aquella tarde apenas habían hablado.

No por una frialdad deliberada. No por un castigo consciente. Más bien porque cualquier forma de lenguaje llevaba consigo el riesgo de tocar el lugar equivocado. Como si entre ellas se hubiera abierto una zona que ambas percibían y

ambas fingieran no ver, porque cualquier nombre la volvería más real.

Aaliyah se había retirado a su cuarto durante una hora, había cogido un libro, lo había dejado, había desbloqueado el teléfono, no había respondido a ningún mensaje, se había sentado en la cama y se había vuelto a levantar. Nada había servido. Todo había tenido el mismo sabor: la variación de una única verdad, la de que no podía salir de su propia piel y tampoco de aquella casa.

Y ahora estaba otra vez allí.

Por supuesto que estaba otra vez allí.

—Debería comer algo —dijo Andy por fin, a su espalda.

Aaliyah cerró los ojos un instante. No porque la frase la sorprendiera. Sino porque resultaba exasperante lo normal que sonaba en una habitación que hacía rato había perdido cualquier normalidad.

—No tengo hambre.

—Al mediodía tampoco.

—Quizá sea un patrón.

—Entonces no es uno bueno.

Aaliyah se volvió despacio. Andy estaba junto a la mesa, con ambas manos apoyadas en el respaldo de una silla, como si se estuviera anclando a sí misma con ese gesto insignificante. Camiseta oscura, pantalón oscuro, el pelo aún recogido. Todo en ella volvía a parecer controlado. Corregido. Como si hubiera pasado las últimas horas obligando a su propio cuerpo a recuperar una forma que no delatara hasta qué punto había estado demasiado cerca del borde.

Aaliyah lo detestó.

No el control en sí. Sino el hecho de que Andy lo llevara otra vez como si la tarde no hubiera dejado huella, siempre que nadie mirara de frente.

—Hace esto constantemente —dijo.

Andy la miró.

—¿Qué?

—Actuar como si con suficiente disciplina pudiera devolverlo todo a una forma manejable.

—Es manejable.

—No.

La negación no salió afilada. Más bien cansada. Sincera. Y quizá precisamente por eso se quedó en la habitación de inmediato.

Andy no dijo nada.

Aaliyah soltó una risa baja, sin nada de alegría.

—Es exasperante cómo reduce las cosas hasta el punto de que ya no se les permite doler.

—No hago eso.

—Sí.

Andy se incorporó un poco.

—Lo que intento es no hacerlas más grandes de lo que tienen que ser en ese momento.

—¿Y si ya lo son?

La mirada con que Andy la sostuvo apenas cambió. Y, aun así, volvió a aparecer ahí debajo esa tensión que Aaliyah ya reconocía. No como defensa frente a ella. Más bien contra algo en sí misma.

—Entonces eso no cambia el hecho de que seguimos en una situación que exige decisiones claras —dijo Andy.

—Seguimos.

Aaliyah dejó la palabra suspendida entre las dos.

—Interesante.

—¿Por qué?

—Porque el resto del día ha sonado más bien como si solo quedaran usted y su encargo.

Andy apartó las manos del respaldo de la silla. Un gesto mínimo. Suficiente para que Aaliyah entendiera que había acertado.

—No es lo mismo —dijo Andy.

—¿No?

—No.

Aaliyah dio un paso apartándose del ventanal. No lo había planeado. Simplemente ocurrió, como todo entre ellas empezaba a ocurrir cada vez menos por cálculo.

—Entonces explíquemelo.

Andy guardó silencio.

Otra vez aquel silencio. No desde la superioridad. No desde la frialdad. Sino porque habían llegado a un punto en el que cualquier frase amenazaba con ser o demasiado poco o demasiado.

—No tiene que decidir constantemente lo que yo puedo soportar —dijo Aaliyah en voz baja.

—Alguien tiene que tomar decisiones.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces a qué?

Aaliyah la miró fijamente. No porque la pregunta fuera imprecisa. Sino porque Andy seguía formulándola como si el lenguaje claro fuera un refugio al que no afectara lo cerca que estaban ya las cosas de lo desprotegido.

—A que se comporta como si a usted no le hubiera costado nada.

La expresión de Andy permaneció tranquila. Demasiado tranquila.

—¿El qué?

—La tarde. Ayer. Esto. —Aaliyah alzó una mano y la dejó caer de nuevo, porque hasta los gestos allí dentro parecían decir demasiado—. Actúa como si pudiera apagarlo sin más.

—Quizá se me dé mejor que a otras personas.

—Eso no es una fortaleza.

Andy la sostuvo con la mirada un segundo de más. Luego dijo:

—No he dicho que lo sea.

Algo cedió en Aaliyah en ese punto.

No con elegancia. No de forma consciente. Solo del modo en que cede el cansancio cuando lleva demasiado tiempo soportando una tensión excesiva.

—Ya no sé qué hacer con todo esto —dijo.

La frase fue pequeña. Casi baja. Y precisamente por eso cayó con más fuerza que muchas de las otras cosas que había dicho en los últimos días.

Andy no respondió enseguida. Aaliyah vio cómo su pecho se alzaba una vez, más despacio de lo normal, como si hasta respirar tuviera que ser controlado antes de parecer otra cosa.

—Venga —dijo Andy entonces.

No era del todo una orden. Más bien algo por debajo que volvía inútil la forma imperativa.

Aaliyah no se movió.

—Eso suena peligroso.

—Probablemente.

La honestidad de la palabra debería haberla detenido. En lugar de eso, avanzó.

Solo dos pasos. Tal vez tres. Lo suficiente para que la distancia entre ambas desapareciera sin que ninguna fingiera que aquello era casualidad.

Ahora estaban lo bastante cerca como para que Aaliyah creyera percibir la sal sobre la piel de Andy o quizá solo el recuerdo del viento y de la lluvia del día. Lo bastante cerca como para ver lo cansada que de verdad parecía, si una sabía mirar lo que casi nadie miraba. La tensión fina alrededor de la boca. La sombra apenas visible bajo los ojos. Ese dominio que no nacía de la facilidad, sino del entrenamiento.

—No debería hacer esto —dijo Andy en voz baja.

Aaliyah no sabía siquiera si se refería a quedarse allí. A mirarla. A no apartarse. A todo eso a la vez.

—Entonces dígame algo que me detenga.

Andy sostuvo su mirada. Demasiado tiempo. Demasiado abierta. Ya no había dureza en ella, solo esa forma casi

insoportable de control que empezaba a deshilacharse por los bordes.

—No tengo nada que no sea mentira —dijo.

Aaliyah no supo si entendió antes la frase o la mirada con que llegó. Tal vez ambas cosas al mismo tiempo. Tal vez aquel fue exactamente el momento en que dejó de tratarse de prudencia y se convirtió solo en la constatación de que el último resto de ella llevaba demasiado tiempo luchando contra algo que ya no se dejaba reducir a palabras sin consecuencias.

No fue una decisión.

No del todo.

Fue más bien el punto en que la evitación dejó de servir.

Aaliyah levantó la mano. Lo bastante despacio como para que Andy hubiera podido detenerla. Lo bastante deprisa como para que ya no hubiera marcha atrás. Sus dedos no tocaron de inmediato toda la cara de Andy. Solo el borde de la mandíbula, cerca del arañazo casi curado, como si necesitara comprobar primero si esa mujer, debajo de tanta disciplina, estaba hecha realmente de algo vivo y no solo de postura.

Andy no cerró los ojos. No se apartó. Pero tampoco se movió hacia ella ni un solo milímetro.

—Aaliyah —dijo.

Su nombre sonó distinto en su voz. Más hondo. Más peligroso.

—Ya lo sé —susurró Aaliyah. Ni ella misma habría sabido decir a qué estaba contestando exactamente. Solo que lo estaba haciendo.

El primer beso no fue un beso propiamente dicho.

Fue apenas el roce de una cercanía que, durante medio segundo, todavía dejó abierta la posibilidad de que una de las dos recobrara la sensatez. De que Andy apartara la cabeza, retrocediera un paso, volviera a hablar de límites, del encargo

o de las malas ideas. Precisamente por eso el segundo contacto ya no fue una pregunta.

Cuando la mano de Andy se posó en su nuca, en ella ya no quedaba vacilación alguna, solo la honestidad brutal de un control que llevaba demasiado tiempo impidiendo la pérdida del control. Aaliyah dejó escapar un sonido pequeño y cortante contra su boca, mitad sorpresa, mitad alivio por que al fin ocurriera algo que ya no pudiera devolverse a las palabras.

Andy la besó como si llevara horas, días o demasiado tiempo prohibiéndoselo, y como si esa prohibición se estuviera volviendo ahora contra cada uno de sus movimientos. No con suavidad. No con brusquedad. Con una intensidad demasiado viva para resultar pulida. Aaliyah sintió su resistencia y, a la vez, la manera en que cedía. Dedos en su pelo. Una segunda mano en la cintura. La desaparición abrupta de cualquier distancia razonable.

Retrocedió hasta chocar levemente con la mesa. Algo tintineó sobre ella. Ninguna de las dos le prestó atención.

Nada en aquello tenía la elegancia que Aaliyah conocía de otras habitaciones, otras circunstancias, otras versiones de sí misma. No había una progresión limpia. Ningún juego controlado con el ritmo o con la espera. Era demasiado cargado, demasiado directo, demasiado sincero en su desorden. Y por eso mismo alcanzaba más hondo.

Cuando Andy se separó de su boca solo un instante, quizá para respirar, quizá para comprobar si aquello seguía siendo evitable, Aaliyah apoyó casi la frente contra la suya y dijo en voz demasiado baja:

—Entonces deje de apartarme.

Andy cerró los ojos un segundo.

Fue el instante más pequeño y más devastador de toda la noche.

Cuando volvió a abrirlos, ya no quedaba nada en su cara que se pareciera a la distancia profesional. Solo algo más duro. Más vulnerable. Peor.

—No lo pone fácil —dijo.

Aaliyah soltó una risa sin aliento, casi amarga.

—No es mi intención.

Y volvió a besarla.

Esta vez fue Andy quien tomó el movimiento, dejándole aun así toda la posibilidad de apartarse, aunque ninguna de las dos la utilizó. Sus manos estaban ahora en las caderas de Aaliyah, firmes lo bastante para que el cuerpo entendiera de inmediato hasta qué punto aquella cercanía se había vuelto seria. Aaliyah la agarró de la camiseta y tiró de ella, acercándola más, notando el tirón de músculo, la tensión que ya no estaba solo en la mirada. Andy dejó escapar un sonido bajo, profundo, tan tenue que casi se sintió más que oírse, y algo caliente le recorrió a Aaliyah el cuerpo entero.

La mesa quedaba en medio. Una de las sillas estaba torcida. Andy se apartó lo justo para sacarla de allí, casi con impaciencia, y durante una fracción absurda de segundo Aaliyah habría podido reírse de que incluso aquello quisiera estropearse en aquella casa. En lugar de eso tropezó con la esquina de la mesa, dejó escapar una aspiración brusca y, enseguida, Andy volvió a estar ahí, una mano en su brazo, la otra en la cintura, la expresión alterada de golpe.

—Mierda. La rodilla…

—Estoy bien.

—¿Seguro?

Aaliyah la miró. El pelo medio suelto, la respiración demasiado rápida, la boca todavía caliente por la suya.

—Si para ahora, la mato.

Era la frase equivocada para cualquier situación razonable. Precisamente por eso hizo que, durante una fracción de segundo, Andy casi sonriera. Casi.

Luego volvió a besarla, esta vez más despacio al principio, como si aquella interrupción breve les hubiera recordado a las dos que Aaliyah no estaba intacta, que seguían en una casa cuyo sentido no tenía nada de romántico. Y precisamente de ahí surgió algo que no fue menos intenso, sino peor. Más consciente. Más tenso. Con menos posibilidad de refugiarse en la pura física.

Andy no la condujo con brusquedad, pero sí con claridad, hacia el sofá, como si fuera la única superficie de la estancia en la que el resto del mundo podía dejar de existir por un rato. Aaliyah se dejó llevar, se sentó a medias, volvió a ser levantada porque se estaban besando y casi riendo y ninguna sabía del todo qué hacer con los siguientes segundos sin mostrar demasiado a las claras hasta qué punto los necesitaban.

No era elegante.

Era mejor.

Aaliyah volvió a tirar de Andy hacia sí, metiendo los dedos por debajo de su camiseta, tocándole por fin la piel. Caliente. Viva. No ya la idea de una mujer hecha de normas durante demasiado tiempo. Andy inspiró con brusquedad cuando su mano le rozó la espalda, y fue entonces cuando Aaliyah sintió por primera vez de forma nítida hasta qué punto se había contenido Andy todo el tiempo. No en teoría. En el cuerpo. Como si cada movimiento anterior hubiera sido el resultado de una disciplina férrea, no de indiferencia.

—Si ahora me dice que esto es una mala idea... —empezó Aaliyah, con la boca contra su cuello.

—Entonces estaría mintiendo —dijo Andy.

La frase le atravesó el cuerpo como algo demasiado hondo para seguir siendo inofensivo.

Lo que vino después perdió su secuencia clara.

No de una forma caótica. Más bien como si todo fuera arrastrado por la misma corriente: manos bajo la ropa,

respiración, el tirón de un jersey por encima de los hombros, un movimiento torpe porque la rodilla de Aaliyah se quejó y Andy se detuvo al instante, hasta que ella, entre irritada y jadeante, le aseguró en voz baja que no era de cristal. El roce de la tela bajo los dedos. La dureza del marco del sofá contra la espalda de Aaliyah. La boca de Andy en su cuello, demasiado despacio y enseguida no lo bastante. Aaliyah metiéndole las manos en el pelo hasta deshacerle la coleta y dejando que mechones oscuros le cayeran sobre los hombros.

Nada estaba perfectamente acompasado. Hubo pequeñas interrupciones. Momentos en que una de las dos perdió el aliento, se equivocó con la tela, tuvo que encontrar de nuevo el ángulo correcto. Y precisamente ahí estaba lo insoportable y lo real. No el funcionamiento ritual y pulido de un deseo que solo supiera de técnica. Sino algo hecho de tensión, frustración, vulnerabilidad y la miserable evidencia de que ambas estaban ya demasiado dentro de aquello desde mucho antes de permitirlo.

Fue Aaliyah la que se abrió primero.

No solo de cuerpo. De otra manera. Más directa. Pronunció el nombre de Andy una vez, apenas un murmullo casi contra su boca, y notó enseguida el efecto que eso tenía en ella. Cómo en el rostro de Andy algo cedía y, al mismo tiempo, se volvía más peligroso. Como si para ella la cercanía solo adquiriera peso real cuando dejaba de ser impersonal.

—No así —dijo Andy en un momento, cuando Aaliyah intentó incorporarse bajo ella.

—¿No así cómo?

—No como si tuviera que... —Se interrumpió, soltó el aire una vez y cerró los ojos un instante, como si incluso empezar aquella frase le costara algo—. No tiene que demostrarme nada.

Aaliyah la miró fijamente. El pelo deshecho, la respiración alterada, el corazón todavía atronándole dentro del cuerpo.

—No lo estoy haciendo.

Andy le sostuvo la mirada y, por un momento, en su cara apareció algo que casi parecía incertidumbre. O algo peor: sinceridad.

—Bien —dijo en voz baja.

Y volvió a besarla, esta vez con más lentitud, no con menos intensidad, sino con una atención que al mismo tiempo la calmó y la arrastró aún más hondo. Una mano en su cara, la otra en la cadera, como si no solo necesitara sujetarla, sino convencerse a sí misma de que aquello estaba pasando de verdad.

Aaliyah no supo después en qué momento exacto había pasado de estar sentada a quedar tendida. Solo supo que el sofá había dejado de ser un mueble para convertirse en la única superficie firme dentro de un mundo que había perdido el centro. Que Andy estaba sobre ella y, al mismo tiempo, tenía cuidado con su rodilla. Que trataba su cuerpo con un cuidado que no era delicado en el sentido sentimental, sino concentrado. Real. Que cada caricia arrastraba consigo algo de todo lo que antes no había podido decirse sin volverse demasiado.

Cuando la ropa terminó de desaparecer, no hubo esa pausa estética, esa admiración lisa que parecía pensada para una cámara. Solo esa conciencia casi dolorosa de que ya no había manera de regresar al orden anterior una vez que una se acercaba así a alguien. Andy le pasó la mano por el costado como si necesitara comprender el contacto primero sobre la piel, y Aaliyah notó cómo el cuerpo le respondía no solo con deseo, sino también con una clase de sacudida mucho menos limpia.

No era un simple querer.

Era más bien el alivio de dejar de oponerse.

Después, mucho después, o quizá solo unos minutos más tarde, Aaliyah estaba tumbada con la cabeza hundida a

medias en los cojines del sofá, todavía respirando deprisa, con la frente de Andy apoyada en su hombro, como si también ella tuviera que encontrar de nuevo el camino hacia una forma de estar que, de cara al exterior, siguiera siendo inteligible. Había vuelto a llover. Primero muy fino. Luego con más claridad. Contra el cristal. La casa lo mantenía fuera, pero el sonido estaba allí.

Andy levantó la cabeza al cabo de un rato.

Aaliyah la miró y pensó por primera vez que aquella mujer era más peligrosa cuando callaba que cuando imponía normas.

Quiso decir algo. Algo que le diera un marco a todo aquello. No una palabra definitiva. Solo algo que impidiera que el momento se precipitara enseguida dentro del mismo vacío que todo lo demás en aquella casa.

Pero Andy ya se estaba retirando.

No del cuerpo, todavía no. Primero, solo en la forma en que se le alteró la mirada. En cómo algo volvía a endurecerse dentro de ella, a ordenarse. Como si la realidad hubiera regresado también para ella con la misma violencia que para cualquier otra persona, solo más deprisa.

Aaliyah lo sintió antes de comprenderlo del todo.

—Andy…

—Debería… —La voz de Andy se quebró una vez, apenas, tan breve que podría haber pasado desapercibido si Aaliyah no hubiera aprendido a percibir en ella demasiados detalles—. Debería salir. Comprobar el relevo.

Aaliyah se incorporó sobre un codo.

—¿Ahora?

Andy ya se estaba levantando a medias, buscando su camiseta como si necesitara algo entre el cuerpo y la habitación.

—Sí.

Era una respuesta evidentemente falsa. Y, precisamente por eso, probablemente la única que Andy se permitía en aquel momento.

Aaliyah la observó vestirse. Rápido. No con histeria. Solo con ese modo preciso y exasperantemente familiar de volver a agarrarse a la función, como si el cuerpo, después de haber sido tan sincero, hubiera que devolverlo enseguida a una forma controlable.

—No va en serio —dijo.

Andy se pasó la camiseta por la cabeza y evitó mirarla durante un instante.

—Sí.

—No.

—Aaliyah...

—No. —Aaliyah se incorporó del todo, ignorando la rodilla, el desorden de la ropa, el hecho de estar medio desnuda sobre un sofá y sentirse por eso expuesta de una forma que jamás había conocido—. No puede simplemente...

Se interrumpió, porque ni siquiera ella sabía exactamente qué era lo que Andy no podía simplemente hacer. ¿Irse? ¿Volver a ser profesional? ¿Actuar como si aquello hubiera simplificado algo?

Andy no terminó de abrocharse el pantalón. Solo ese gesto más apresurado, menos exacto que de costumbre, bastaba ya para demostrar que no estaba en calma. Y eso empeoraba todavía más las cosas.

—Necesito despejarme —dijo.

Ahí estaba. No limpio. No completo. Pero lo bastante verdadero.

Aaliyah se quedó mirándola. Más herida de lo que habría querido admitir ni siquiera ante sí misma.

—¿Y yo qué soy en todo eso? ¿Un incidente?

La mirada de Andy subió hacia ella de inmediato.

—No.

—Entonces deje de hacer que lo parezca.

Silencio.

Otra vez. Una vez más. Pero ya no era el mismo silencio cargado y suspendido de antes. Ahora tenía bordes. Inquietud. El principio de algo capaz de hacer daño, porque una seguía físicamente en la habitación mientras la otra trataba de salir de ella por dentro.

Andy inspiró hondo una vez.

—Eso no significa que no lo quisiera.

Aaliyah soltó una risa breve, agotada y sin ningún calor.

—También sería una mentira bastante mala.

—Entonces no me obligue a buscar otras.

La frase la alcanzó de un modo tan inesperado que, durante un segundo, no encontró respuesta.

Andy estaba allí, con los zapatos todavía en la mano, el pelo medio deshecho, la compostura mantenida a duras penas en la cara. Y, aun así, ya se estaba retirando. No de lo ocurrido. Precisamente de eso, quizá, era de lo que menos estaba huyendo. Sino de lo que significaba.

Aaliyah se llevó la manta del sofá al cuerpo, más por la necesidad de algún tipo de resguardo que por pudor.

—De verdad se las arregla para complicarlo todo más todavía.

—No —dijo Andy en voz baja—. Ya lo estaba.

Luego se puso los zapatos, cogió el transmisor de la mesa y fue hacia la puerta.

Aaliyah la vio marcharse sin saber decidir si quería detenerla, gritarle o simplemente odiarla. Nada de eso servía del todo.

Andy apoyó la mano en el picaporte, se detuvo una fracción de segundo sin volver la cabeza y dijo:

—Intente dormir.

Aaliyah cerró los ojos. Solo un instante.

—Váyase al infierno.

Andy no respondió.

La puerta no se cerró de golpe. Por supuesto que no.

Cuando se fue, la habitación quedó exactamente igual que antes y, al mismo tiempo, completamente distinta. La lluvia contra el cristal. El cojín arrugado. El olor de las dos dentro de una casa que hasta aquella hora había fingido que podía traducirlo todo a una seguridad sobria. Aaliyah seguía sentada en el sofá, con la manta apretada contra el cuerpo, comprendiendo poco a poco, con amargura y sin la menor posibilidad de deshacerlo, que nada se había vuelto más simple.

Debería haberlo simplificado todo.

Pero no lo había hecho.

Capítulo 16

Por la mañana, la casa volvió a ser solo una casa.

Ya no, a simple vista, el lugar donde había sucedido algo irrevocable. No en la forma en que la luz se deslizaba sobre el suelo de piedra ni en cómo el viento, al otro lado de los cristales, mantenía el mar en líneas grises y opacas. La taza sobre la isla de cocina, las sillas junto a la mesa, la manta que en algún momento de la noche había resbalado a medias del sofá y que ahora estaba doblada con pulcritud sobre el respaldo... todo tenía el aspecto de haber sido colocado por alguien convencido de que el orden era una respuesta fiable para cualquier cosa que los seres humanos pudieran deshacer dentro de una habitación.

Aaliyah se despertó demasiado pronto.

No de golpe. No con sobresalto, ni con los ojos abriéndose de par en par, ni con el eco pesado de una pesadilla que pudiera recordarse en imágenes. Solo con esa forma lenta de emerger hacia una mañana en la que su cuerpo comprendió antes que su mente que algo era distinto. La ropa de cama sobre la piel. El peso residual en los músculos. El olor de sí misma, de la casa, de la noche. Y, por debajo de todo eso, algo que no sonaba a calma, aunque quizá debería haberlo parecido.

Giró la cabeza.

La estrecha línea de luz bajo la puerta ya estaba allí. No todavía la claridad plena del día. Solo ese primer gris nítido en el que las casas junto a la costa dejaban de ser decorado y

volvían a convertirse en lo que eran: piedra, cristal, protección contra el viento, función.

Aaliyah permaneció inmóvil, mirando al techo.

Había creído que aquello cambiaría algo.

No todo. No era tan ingenua. No el encargo, ni la casa, ni el peligro, ni las razones por las que Andy estaba allí. Pero sí algo. La forma del silencio, quizá. La dureza en la mirada de Andy. La manera en que una se percibía mutuamente después de una noche así. Cualquier señal pequeña de que lo que había ocurrido entre ellas no podía devolverse sin más a las mismas paredes de las que lo habían arrancado.

En lugar de eso, lo primero en lo que pensó fue en el momento junto a la puerta.

Intente dormir.

Váyase al infierno.

El sonido leve al cerrarse. Ningún drama. Ninguna ruptura con estrépito. Solo esa crueldad controlada, casi cortés, con la que Andy se había refugiado otra vez en algo que parecía función y que quizá pretendía ser protección, pero que se había sentido, sobre todo, como distancia.

Aaliyah se incorporó despacio. La rodilla apenas protestó. Un tirón sordo, más recuerdo que dolor. Habría debido aliviarla que su cuerpo dejara por fin de recordarle constantemente cosas de las que su cabeza ya no conseguía apartarse. En vez de eso, precisamente esa mejoría volvía todo lo demás más nítido. Había menos distracción. Menos argumentos para explicar por qué el día pesaba.

Se vistió más despacio que de costumbre y evitó mirar la puerta, como si de ese modo pudiera influir en lo que la esperaba abajo.

En el baño se quedó un segundo de más frente al espejo. No porque se viera distinta. Justamente ese era el problema. Ninguna señal dramática. Ninguna conmoción visible. Solo ella misma, en un jersey gris, con el pelo recogido sin

demasiado cuidado y una leve marca rojiza en el cuello, donde había estado la boca de Andy. Aaliyah levantó la mano y la rozó con dos dedos. No dolía. Solo estaba ahí, con esa certeza estrecha e insoportable de algo que había sido completamente real y que, aun así, ya parecía no bastar.

Cuando bajó la escalera, Andy ya estaba sentada a la mesa.

No junto al ventanal. No en la cocina. No como si hubiera dejado que la noche entrara ni por un momento en la zona de trabajo de la casa. Iba otra vez vestida de oscuro, la camisa cerrada casi hasta la clavícula, el pelo recogido con pulcritud, la tableta delante y una taza de café al lado. Todo en ella estaba tan controlado que casi resultaba agresivo.

Alzó la vista cuando Aaliyah bajó los últimos peldaños.

—Buenos días.

Y eso fue todo.

Ninguna pausa. Ninguna vacilación. Ninguna mirada que se quedara un instante allí donde, durante la noche, había parecido una confesión. Solo esa palabra limpia, tan neutra que casi sonaba deliberada.

Aaliyah se detuvo un segundo en el último escalón. No lo suficiente para que se notara. Sí lo bastante para sentir el frío que le producía.

—Buenos días —respondió.

Andy volvió enseguida los ojos a la tableta.

—Hoy no viene el médico. La rodilla puede seguir cargando poco a poco. Al mediodía tendremos información nueva de su padre.

Aaliyah fue hasta la mesa y se sentó. Despacio. Sin perder la compostura.

—Qué bien que hayamos recuperado tan deprisa un tono conocido.

Andy cogió la cafetera y le sirvió café.

—El día está estructurado.

—Naturalmente.

—Eso ayuda.

Aaliyah observó el hilo oscuro del café llenar la taza, negro, tranquilo, recto. Habría estado a punto de reírse. No porque tuviera nada de gracioso, sino porque resultaba exasperante comprobar hasta qué punto Andy había vuelto de lleno a ese registro profesional. Más aún: parecía más fría que antes del punto de ruptura. Más estricta en el control, más exacta en cada pequeño gesto, como si la noche no hubiera complicado nada, sino solo le hubiera demostrado que debía endurecer más aún sus límites.

Tomó la taza con las dos manos.

—No tiene por qué esforzarse en fingir que no ha pasado nada.

Andy no respondió enseguida. Solo un tirón casi imperceptible en la mandíbula.

—No estoy fingiendo.

Aaliyah arqueó una ceja.

—¿No?

—No.

—Qué interesante.

Andy apartó la tableta apenas un centímetro.

—Si quiere discutir, sería mejor que desayunara antes.

Aaliyah se quedó mirándola. No porque la frase fuera dura. No lo era. Precisamente eso la volvía tan insoportable. Incluso entonces, incluso aquella mañana, Andy seguía reduciéndolo todo a algo manejable, como si la tensión pudiera organizarse igual que una ruta o una línea de seguridad.

—No quiero discutir —dijo Aaliyah.

—Bien.

—Solo quiero entender por qué se comporta como si anoche hubiera cometido un error.

Ahí estaba. La frase que en realidad no quería decir. No tan pronto. No con café entre las dos y esa luz de mañana fría y clara que lo volvía todo implacablemente visible.

Andy sostuvo su mirada un momento. Luego volvió la vista a la taza.

—No he dicho eso.

—No. Solo ha conseguido perfectamente que lo parezca.

Silencio.

Fuera, el viento barría la ladera. Dentro no se movía nada.

Andy acercó un poco más la taza hacia sí. Un gesto minúsculo. Y, aun así, se sintió como otro medio paso atrás.

—Coma algo —dijo.

Era la peor respuesta posible, porque no lo era.

Aaliyah bebió café aunque seguía demasiado caliente, y no le supo a nada.

El resto del desayuno transcurrió dentro de esa nueva incomodidad ordenada. Andy hablaba solo cuando era imprescindible. Datos. Horas. Una breve indicación sobre una entrega. Una pregunta sobre si Aaliyah tenía suficientes analgésicos, formulada no como cuidado, sino como un punto de una lista. Ninguna cercanía innecesaria. Ninguna mirada que durara un segundo de más. Ningún rastro de lo que había sucedido entre ellas durante la noche, salvo quizá precisamente en esa ausencia exagerada de cualquier rastro.

Dolía más de lo que Aaliyah habría creído.

No de forma dramática. No de una manera que hubiera querido llamar herida ni siquiera ante sí misma. Más bien como una corriente fría y constante por debajo de todo lo que pensaba. La certeza de que la cercanía no había supuesto ningún avance, sino algo que Andy intentaba traducir cuanto antes de nuevo a distancia.

Después de desayunar, Andy cogió la tableta, el transmisor y la taza de café, y se instaló junto al ventanal, como si sentarse a la misma mesa fuera ya demasiada proximidad. Habló un momento con Omar, luego con alguien del equipo que coordinaba una entrega para la casa. Su voz sonaba objetiva, neutra, lo bastante lisa como para que Aaliyah se

sorprendiera preguntándose si aquella mujer era capaz de sonar de otra manera cuando decidía que sonar distinta era demasiado peligroso.

Aaliyah permaneció sentada unos minutos más, aunque resultara ridículo.

Después se levantó, cogió el teléfono de la mesa y fue al sofá. No porque quisiera usarlo. Solo porque sentarse allí había empezado a parecerse a esperar algo que ya no iba a ocurrir.

Desbloqueó la pantalla, leyó un mensaje de su prima, no respondió, volvió a apagarla. Cogió el libro. Lo abrió. Lo cerró otra vez. Miró el mar. Se levantó. Fue a la cocina y se sirvió agua, aunque no tenía sed.

Andy se fijó en todo. Por supuesto que se fijó. Y eso era lo peor. Que lo observaba todo y, aun así, se comportaba como si no hubiera contradicción entre atender y mantener distancia.

—Si la rodilla vuelve a tirar, siéntese —dijo en un momento dado, sin volverse.

Aaliyah se quedó quieta, con el vaso en la mano.

—Eso casi enternece.

—Es práctico.

—Naturalmente.

Andy se volvió entonces.

—La está forzando demasiado.

—Estoy de pie.

—Sí.

—Eso no equivale a correr una maratón.

—Sigue siendo innecesario.

Aaliyah soltó una breve risa, esta vez claramente sin alegría.

—Es increíble.

—¿Qué?

—Que siempre encuentre una forma de colocarse en el lado completamente intacto de cualquier conversación.

Andy la miró. Tranquila. Casi inmóvil.

—No sé qué quiere oír de mí.

Y eso dolió, porque quizá era la frase más sincera de toda la mañana.

Aaliyah dejó el vaso sobre la encimera.

—Tal vez nada que suene a que desde anoche vuelvo a ser solo un problema que gestionar con eficacia.

Una sombra muy leve cruzó la cara de Andy. Enseguida controlada. Pero ahí había estado.

—No es un problema —dijo.

—¿No?

—No.

—¿Entonces qué soy?

Andy calló.

Otra vez.

Aaliyah casi detestaba ya más ese silencio que las respuestas equivocadas. Porque siempre significaba que había algo detrás que Andy no quería darle. No que no pudiera. Que no quería.

Dio un paso más cerca. Solo uno. No a propósito. Más bien porque ya no quería seguir hablándole desde el otro extremo de la habitación cuando hacía rato que aquello no iba de horarios ni de procedimientos.

—¿Eso es todo, entonces? —preguntó en voz baja—. ¿Mantener distancia, hablar lo menos posible y confiar en que así todo vuelva a parecer razonable?

—No confío en nada.

—Qué tranquilizador.

—Es sincero.

—No. —Aaliyah negó con la cabeza—. Es cobarde.

Andy inspiró por la nariz. La primera reacción realmente visible de toda la mañana. No rabia. Más bien una resistencia muy controlada contra algo que no quería oír, quizá porque se

acercaba demasiado a una verdad que ella misma no iba a decir en voz alta.

—Esto no tiene nada que ver con cobardía.

—Naturalmente. —Aaliyah asintió despacio—. Siempre tiene que ver con estructura. Con el encargo. Con las buenas decisiones. Con cualquier cosa menos con lo evidente.

—¿Y qué es lo evidente, desde su punto de vista?

Ahí estaba otra vez aquel tono. Sereno. Exacto. Casi insoportable.

Aaliyah apretó los labios, apartó la vista un segundo y supo que, precisamente ahí, debería haberse detenido. En lugar de eso dijo:

—Que se comporta como si solo pudiera soportarlo si finge que a usted no le ha afectado exactamente igual.

La habitación se quedó inmóvil.

No de una manera neutra. De esa forma en que el silencio pasa por encima de una herida.

Andy la miró, y por primera vez en toda la mañana no hubo nada pulido en ella. Ninguna evasiva. Ningún filtro profesional. Solo una dureza breve y abierta que desapareció enseguida, precisamente porque había existido.

—No sabe de qué está hablando.

—Entonces dígamelo.

—No.

Aaliyah soltó el aire de golpe. No era risa. Solo frustración. Cansancio. Algo que, a esas alturas, le llegaba ya hasta la punta de los dedos.

—A eso me refiero exactamente.

Andy dio un paso atrás.

No grande. No ostensible. Y, aun así, Aaliyah lo sintió como un golpe.

—Andy…

—Déjelo.

La frase salió más deprisa que cualquier otra de aquella mañana. No fue alta. Pero sí pronunciada con una claridad que estrechó la habitación de inmediato.

Aaliyah se quedó quieta. No por obediencia. Más bien porque entendió que Andy no estaba retrocediendo de ella, sino de otra cosa. Algo que, de todos modos, seguía interpuesto entre ambas.

—No estoy intentando...

—Sí. —Andy levantó por fin la mano, no en un gesto de rechazo, sino como si trazara una frontera que no debía discutirse porque detrás de ella empezaba algo peor—. Está intentando forzar una respuesta que no puedo darle.

—¿O que no quiere darme?

Andy volvió la vista hacia el ventanal, hacia el mar, hacia la extensión gris del exterior. Hacia cualquier parte donde no tuviera que mirarla mientras mentía o decía la verdad.

—Las dos cosas —dijo al fin.

Ahí estaba de nuevo esa brutal concisión. Esas pocas palabras que nunca eran suficientes y por eso siempre terminaban siendo demasiado.

Aaliyah sintió cómo todo se le contraía por dentro. Ya no era enfado. Era algo peor. Algo mucho menos relacionado con el orgullo.

—Entendido —dijo.

Andy la miró otra vez. Quizá oyera ella misma lo falso que sonaba. Quizá no.

—Aaliyah...

—No. —Aaliyah negó con la cabeza. No hubo lágrimas. Ni escena. Solo esa claridad repentina y aterradora de saberse mucho más expuesta que Andy en aquella conversación, y de saber que Andy sí podía permitirse no seguir avanzando—. Da igual.

No daba igual. Por supuesto que no. Pero era lo único que podía decir en aquel momento sin soltar algo que luego no

pudiera recoger.

No salió de la estancia deprisa. Solo se fue. Con toda la compostura que aún le quedaba. Más allá del sofá, de la mesa, de la cocina abierta, cruzó el pasillo hasta su habitación. Solo cuando cerró la puerta detrás de sí cayó en la cuenta de la fuerza con que había tenido las manos cerradas en puños.

La verdadera sacudida no llegó enseguida.

Primero se quedó junto a la ventana. Luego junto a la cama. Luego otra vez en mitad de la habitación, como si buscara algo olvidado. Pero no había nada que buscar. Ese era precisamente el problema. El problema no era solo que Andy se hubiera echado atrás. No exactamente. Era que entre las dos se había abierto algo que ya no podía deshacerse, y ahora Andy estaba haciendo todo lo posible por volver a cerrarlo, mientras Aaliyah, por primera vez en su vida, no sabía qué hacer con un vacío así.

Se sentó en el borde de la cama.

No lloró. No se derrumbó. Solo quedó ahí, inmóvil, en un silencio aún más denso que el del resto de la casa.

Había creído que aquello cambiaría algo.

Y lo había cambiado.

Solo que no de la manera en que ella esperaba.

Más tarde no llamó nadie a la puerta. Por supuesto que no. Andy tampoco entró. Solo llegó un mensaje breve y objetivo a su teléfono, que Aaliyah tardó varios minutos en abrir siquiera.

La comida está delante de su puerta. Si la rodilla le duele más, avíseme.

Ni cálido. Ni frío. Casi peor que cualquiera de las dos cosas.

Aaliyah se quedó mirando el texto hasta que la pantalla volvió a apagarse.

Entonces se levantó, abrió la puerta y encontró efectivamente una bandeja en el suelo del pasillo. Sopa, pan,

agua. Todo dispuesto con un cuidado sobrio, de forma que nada pretendiera parecer un gesto personal.

La cogió, la metió dentro y volvió a cerrar.

El silencio posterior ya no tenía nada de discusión. Era algo más pesado. Un orden nuevo en el que todo lo que las había acercado demasiado se había convertido, de pronto, en la causa misma de la distancia.

Y precisamente por eso dolía.

Capítulo 17

A la mañana siguiente, la casa había recuperado su ritmo.

No el antiguo. No el de los primeros días, cuando cada mirada entre ellas era una pequeña superficie de fricción y hasta el desayuno parecía un interrogatorio vestido de civil. Uno nuevo. Más liso. Más funcional. Esa clase de ritmo que surge cuando dos personas deciden que, por el momento, la función importa más que cualquier otra cosa que entre ellas se haya vuelto inutilizable.

Aaliyah ya estaba despierta cuando en el pasillo se oyeron los primeros pasos.

Aun así, siguió unos minutos más en la cama, mirando al techo y dejando que el día empezara sin salir a su encuentro. Aquello se había convertido casi en una costumbre. No por pereza. Más bien porque había aprendido que, en aquella casa, nada se le echaba encima si no se movía de inmediato. Ninguna cita apremiante. Nadie llamando a su puerta porque algo necesitara de su decisión. Ningún mundo exterior reclamándola con esa insistencia cortés de siempre. La casa esperaba. Y eso, a su manera, era casi igual de opresivo.

Cuando por fin se levantó, el aire de fuera estaba más limpio que el día anterior. El temporal había remitido durante la noche. Sobre el mar se extendía una luz que no era amable, pero al menos sí nítida. La hierba de la ladera seguía moviéndose, aunque ya no con la misma dureza. Todo parecía indicar que el mundo había decidido retirarse, tras unos días

mostrando su peor cara, a una forma más ordenada de sí mismo.

Aaliyah se vistió, se recogió el pelo y bajó.

Andy estaba en la cocina.

No junto a la ventana. No sentada a la mesa. Justo en el punto medio entre ambas, como si ese fuera ya el lugar desde el que mejor funcionaba dentro de aquella casa. Una taza de café en la mano, la tableta sobre la encimera, un transmisor al lado. Cuando Aaliyah entró, alzó la vista apenas un instante.

—Buenos días.

—Buenos días.

Y bastó.

Ningún titubeo. Ninguna cautela visible. Ninguna secuela aparente de la distancia del día anterior. Y precisamente en eso consistía la nueva estabilidad: ya no necesitaban esforzarse por parecer intactas. Se había vuelto rutina. Una mala, quizá. Pero rutina al fin y al cabo.

Sobre la mesa estaban, como cada mañana, el café, el té, las tostadas, la fruta y algo de yogur. Aaliyah se sentó, cogió su taza y se dio cuenta de que ya no se fijaba en los pequeños gestos que quizá habrían podido decir algo de la noche. Si el café lo había dejado Andy. Si la taza estaba colocada en el mismo sitio de siempre. Si su mirada se detenía una fracción de segundo de más en su mano cuando la cogía.

No porque ya no le importara.

Sino porque había aprendido que ese interés no llevaba a ninguna parte.

Aquella vez Andy volvió a sentarse al extremo de la mesa que tenía sentido estratégico: con vista al pasillo lateral, a la cocina y a media cristalera al mismo tiempo. Antes, Aaliyah habría comentado algo. Alguna frase pequeña sobre el hecho de que incluso los asientos de una mesa, en aquella casa, se organizaban según su relevancia operativa. Esta vez no dijo nada.

Desayunaron en silencio.

Ya no era un silencio herido. Solo uno que había encontrado su sitio. Andy habló una vez por radio con Omar, confirmó una entrega para la tarde y pidió un parte del tiempo para la costa. Aaliyah se comió media tostada, bebió café y miró el mar, que aquel día parecía casi aburrido. Una superficie lisa, gris azulada, sobre la que la luz descansaba en líneas largas e impersonales.

—Hoy el médico ya no necesita verla —dijo Andy al cabo de un rato.

—Qué tranquilizador.

—Puede usar la terraza, siempre que no fuerce la rodilla.

Aaliyah asintió.

—Bien.

—Más tarde llega una actualización de su padre.

Eso la hizo alzar la vista.

—¿Sobre qué?

Andy cogió la tableta.

—La valoración de la situación. Nada más.

Nada más.

A esas alturas Aaliyah ya sabía que expresiones así podían significar dos cosas a la vez: o que realmente no había nada concreto o que era demasiado pronto para decirlo. No preguntó más. Tal vez porque había aprendido que preguntar no garantizaba respuesta. O quizá porque ni ella misma estaba segura de querer oír más.

La mañana transcurrió tranquila.

Aaliyah se llevó un libro a la terraza, leyó de verdad algunas páginas y luego descubrió que, al menos, conservaba el hilo general de la historia. Aquello era un avance. Uno de esa clase exasperantemente poco espectacular que no se le cuenta a nadie y que, aun así, se parece bastante al alivio. Andy se quedó dentro, trabajando en el salón, hablando con el

equipo, revisando accesos, líneas de visión, la entrega de la tarde. Todo funcionaba.

Y justo ahí estaba el peligro.

No de forma visible. No con ruido. Solo en esa cualidad lisa del día, que no ofrecía ningún motivo para resistirse a él. Si los primeros días en la casa habían estado marcados por la fricción y los siguientes por una devastación silenciosa, este era otra cosa: funcional.

Aaliyah lo notó cuando miró la hora y se sorprendió al ver que era ya casi mediodía. El tiempo volvía a fluir, aunque despacio. Se había adaptado a la estructura como una se adapta al frío: no porque llegue a ser agradable, sino porque el cuerpo deja de leer cada contacto con él como un ataque.

Cuando volvió a entrar, Andy estaba sentada a la mesa con dos hojas impresas delante. La lluvia del día anterior había dejado limpio el cristal, y a la luz del mediodía la estancia resultaba casi amable. Casi.

—Hoy sí está leyendo —dijo Andy, sin levantar la vista.

Aaliyah se quedó de pie, con el libro en la mano.

—Eso suena como si le pareciera un logro digno de mención.

—Me parece una señal de que su cabeza está menos ocupada consigo misma.

—Es una forma espantosamente sobria de felicitarme.

Andy alzó por fin la vista.

—No pretendía ser una felicitación.

—Por supuesto que no.

Habría sido fácil leer la frase como el filo antiguo. Pero no lo era. La respuesta de Aaliyah tampoco. Era más bien la forma de conversación que queda cuando dos personas han decidido dejar de examinar cada palabra según su capacidad para herir.

Aaliyah dejó el libro sobre el sofá.

—¿Y bien? ¿Qué dicen hoy los grandes dioses de la seguridad? ¿Que el mundo es menos peligroso o solo que está peor organizado?

—Ambas cosas son posibles.

—Qué exasperantemente vago.

—Encaja con la información que tenemos.

Aaliyah asintió apenas. No quiso decir más. Quizá, a esas alturas, ya distinguía cuándo Andy hablaba solo desde la función y cuándo algo en ella se había replegado tanto que hasta su brevedad tenía más que ver con protegerse que con otra cosa. No lo hacía más fácil. Solo más legible.

A mediodía llegó la comida. Uno de los hombres del equipo dejó la bandeja, saludó a ambas con un gesto de cabeza y se marchó. Como siempre. Sopa, pan, un poco de queso, fruta. Nada que reclamara atención. Precisamente por eso contenía ya una forma extraña de consuelo. Los días en aquella casa ya no se diferenciaban en sus grandes movimientos. Solo en los pequeños desplazamientos que latían por debajo.

Comieron. Andy respondió a dos llamadas, ambas breves. Aaliyah no preguntó detalles. Andy no los explicó.

Funcionaba.

Pero no era algo sólido.

Las primeras grietas aparecían en cosas difíciles incluso de nombrar.

En la forma en que Andy la miró una vez por encima del borde de la taza, cuando Aaliyah estaba sentada en el sofá con las piernas recogidas y esta vez sí leía de verdad: un latido de más para ser simple comprobación, uno de menos para poder hablar de ello como de una mirada.

En la forma en que Aaliyah fue a buscar un vaso en la cocina y hubo una fracción de segundo en la que las dos advirtieron que habían movido la mano exactamente al mismo tiempo. Andy apartó la suya de inmediato. Nada ostensible. Solo lo suficiente para que Aaliyah lo notara y se

enfadara consigo misma por lo mucho que le molestaba, aunque no hubiera esperado otra cosa.

En las pequeñas pausas antes de una respuesta. No a menudo. Solo de vez en cuando. Cuando Aaliyah preguntaba algo y Andy necesitaba un instante para decidir si responder desde el lenguaje del encargo o también desde otro.

Por la tarde las dos estaban en el salón, cada una en un extremo distinto de la casa y, aun así, no lo bastante lejos como para no estar pensándose mutuamente todo el tiempo. Aaliyah en el sofá, con una pierna recogida, el libro abierto y la vista más pendiente del mar que de las páginas. Andy a la mesa con la tableta, una libreta y una carpeta que probablemente ya no contenía nada nuevo, por mucho que la relejera.

—No hace falta que lo compruebe continuamente —dijo Aaliyah al cabo de un rato.

Andy alzó la vista.

—¿El qué?

—Que ahí fuera sigue habiendo la misma costa.

Por una fracción de segundo pareció sorprendida. No de forma evidente, pero sí lo suficiente para que Aaliyah percibiera la pequeña fisura en la superficie controlada.

—No estoy comprobando la costa —dijo Andy.

—¿Entonces a quién?

—A todo lo que se mueve delante.

Aaliyah señaló con la barbilla hacia los cristales.

—De momento, eso significa sobre todo viento.

—El viento puede alterar líneas de visión.

Era una frase típicamente Andy. Precisa. Seca. Funcional. Y, aun así, Aaliyah oía en ella ya algo más que trabajo. Tal vez porque sabía que la atención excesiva suele ser la forma más cómoda de no mirar hacia dentro.

—Sería una compañía espantosa en un velero —murmuró.

—Probablemente.

Aaliyah sonrió, sin verdadera alegría.

—Me habría gustado verlo.

Andy tardó un segundo en contestar. Solo un vistazo breve, que se le quedó encima y luego se retiró.

—A mí no.

Era solo una frase.

Y, sin embargo, Aaliyah notó en ella una pequeña veta de calidez no del todo prevista. No mucho. Solo lo suficiente para que el momento después pesara más de lo necesario.

Bajó la vista al libro, leyó dos veces el mismo párrafo y comprendió que no se había quedado con una sola palabra.

Más tarde, cuando la luz empezó a cambiar y el día a deslizarse hacia esa clase de tarde silenciosa que aquella casa sabía producir tan bien, Omar llevó en persona la noticia de Khalid. No por teléfono. No por radio. Entró en el salón con el viento todavía en la chaqueta y con esa expresión que en él siempre parecía la misma y que, precisamente por eso, delataba cuándo algo se apartaba de la rutina.

Andy se puso en pie de inmediato.

—¿Y?

Omar sacó un papel del bolsillo de la chaqueta, aunque podría haber transmitido la información de memoria.

—La situación se está reevaluando. Según lo que tenemos ahora mismo, no ha habido actividad nueva en dos días. Su padre considera posible iniciar en los próximos días un regreso gradual con visibilidad reducida.

Aaliyah alzó la vista.

—¿Regreso?

Andy cogió la hoja y la leyó sin sentarse.

—¿Reducida cómo?

—Aún no se ha definido. Pero ya no como aislamiento total. Primero, probablemente, actividades controladas. Luego una vuelta escalonada.

Omar hablaba con objetividad. Casi con indiferencia. Como si aquella no fuera la información que de pronto le ponía fecha de caducidad a todo el equilibrio de la casa.

Aaliyah no sintió nada que pudiera llamarse alivio. Tampoco rechazo. Solo una tensión fina bajo las costillas, como si alguien hubiera abierto una puerta cuya existencia ella misma había evitado mirar de frente en los últimos días.

Andy hizo dos preguntas más sobre tiempos y validaciones de seguridad. Omar respondió. Luego volvió a desaparecer con la misma discreción con la que había entrado.

Lo que quedó en la estancia fue silencio.

No el antiguo, el que ya conocían. Uno nuevo. Con mundo exterior dentro. Con el primer indicio real de que aquella casa no iba a seguir siendo para siempre el único lugar donde transcurrieran sus días.

Aaliyah se levantó despacio del sofá.

—Así que todo esto era temporal.

Andy dejó el papel sobre la mesa.

—Ese fue siempre el plan.

—Naturalmente. —Aaliyah fue hasta la cristalera y miró afuera, aunque ya empezaba a verse menos el exterior que el reflejo de la habitación—. ¿Y ahora qué? ¿Vamos a fingir que la situación ha mejorado solo porque llevan dos días sin moverse?

Andy no se acercó.

—Nadie ha dicho eso.

—Pero sí ha dicho volver.

—De forma controlada.

Aaliyah soltó una risa breve, sin alegría.

—En su presencia, esa palabra pierde por completo cualquier capacidad de consolar.

Andy no respondió.

Era exasperante lo mucho que Aaliyah sentía de pronto el impulso de discutir algo sobre lo que ni siquiera sabía si

estaba realmente en desacuerdo. Volver significaba movimiento. Exposición. Compromisos. Regresar al mundo. Cosas que una semana antes habrían sido obvias e intocables. Ahora no sonaban mal. Solo lejanas. Y peligrosas de un modo que no quería poner en voz alta.

—¿Cuándo? —preguntó.

—No hoy. Quizá en dos días. Quizá más tarde.

—Así que seguimos sin respuestas de verdad.

—Todavía no las hay.

Aaliyah asintió despacio. Antes habría dicho más. Habría preguntado más. Habría criticado más. Ahora se quedó simplemente junto al cristal, mirando su propio reflejo. Detrás, el mar se iba perdiendo poco a poco en la oscuridad.

—No parece alegrarle mucho —dijo Andy a su espalda.

Aaliyah se volvió a medias.

—¿Debería?

Andy no se encogió de hombros. No iba con ella.

—La alternativa es esta casa.

—Y fuera me espera el mundo en el que intentan secuestrarme a plena luz del día.

—Volver de forma gradual no significa salir a la calle sin más.

—Pero tampoco significa seguridad.

Andy la miró.

—No.

Ese era quizá el peor rasgo de ella. Que nunca recurría a las mentiras baratas, ni siquiera cuando lo habrían hecho todo más fácil.

Aaliyah volvió la vista hacia el mar.

—No sé si quiero volver.

La frase salió baja. Casi casual. Y, sin embargo, era lo más sincero que había dicho en todo el día.

A su espalda, Andy no dijo nada enseguida. Ni una reacción rápida. Ni consuelo. Ni contradicción.

—No tiene que quererlo —dijo por fin—. Va a pasar igualmente.

Aaliyah cerró los ojos un momento.

—Qué exasperante.

—Sí.

Otra vez ese pequeño y brutal acuerdo entre las dos, en el que precisamente la respuesta más seca era la más verdadera.

La tarde siguió apagándose. La casa se volvió más oscura. Se encendieron las primeras lámparas del salón, lo bastante cálidas como para no parecer frías, no lo bastante como para poder leerse como consuelo. Fuera, Omar volvió a moverse por la línea inferior del perímetro, pequeño contra la penumbra.

Aaliyah siguió junto a la ventana. Andy seguía en la mesa, con la hoja de su padre en la mano.

La casa se acabaría. No ese día. Quizá tampoco al siguiente. Pero lo bastante pronto como para que la certeza de ello se hubiera instalado ya entre ellas como un mueble más.

Fuera esperaba de nuevo el mundo.

Y dentro apenas acababan de aprender cómo se funcionaba en aquella falsa estabilidad.

Capítulo 18

El regreso no empezó con movimiento, sino con otra clase de silencio.

Ya no aquel silencio cerrado, casi clínico, de la casa junto a la costa, donde el viento, el mar y los pasos en el pasillo habían acabado formando un único fondo amortiguado. Sino el silencio de una mañana en la que todo el mundo sabía que algo terminaba, aunque nadie quisiera nombrarlo. La casa segura seguía allí exactamente igual que en los días anteriores —piedra, cristal, luz fría, la línea inferior de la ladera, el mar al fondo apenas moviéndose bajo un cielo pálido—. Y, aun así, todo parecía ya un poco más ajeno, como si el mero conocimiento de la partida hubiera desplazado los espacios un poco fuera de su sitio.

Aaliyah estaba en su habitación, mirando la bolsa abierta sobre la cama.

No era grande. Lo suficiente para unos pocos días de ropa, lo imprescindible, el teléfono, los cargadores, una carpeta que le habían dejado la noche anterior por si quería llevarse algo importante. La había preparado a medias, sin demasiada convicción, como si fingir que todo seguía siendo provisional le resultara más fácil que decidir qué quería dejar atrás. Ahora las cosas descansaban dentro con pulcritud, y se dio cuenta de que no echaría de menos aquella habitación. No de verdad. Y, sin embargo, la idea de abandonarla le apretaba la respiración.

No tenía sentido.

Allí no había vivido. Solo había esperado. Dormido mal. Comido porque le decían que debía hacerlo. Leído sin recordar qué. Mirado por la ventana como si en la amplitud del mar pudiera encontrarse algo capaz de ordenar su cabeza. Y, aun así, aquella casa, con toda su frialdad, su belleza funcional y su silencio, había sido el único lugar donde el mundo no la había reclamado inmediatamente otra vez como Aaliyah Al-Hadi.

No como nombre. No como hija. No como objetivo.

Abajo se cerró una puerta. En algún lugar Omar hablaba en voz baja con alguien del equipo. Un transmisor crujió brevemente y luego volvió el silencio.

Aaliyah cerró la cremallera de la bolsa y se sentó un momento en el borde de la cama. La rodilla estaba ya casi normal. Ninguna excusa. Ninguna herida visible detrás de la cual esconder el resto. Solo ese eco interior que no era lo bastante fuerte para llamarlo miedo ni lo bastante débil para poder olvidarlo.

La puerta, como en las últimas noches, no había quedado del todo cerrada. También aquella mañana seguía entreabierta. Aaliyah no habría sabido decir en qué momento ese detalle pequeño e irracional se había vuelto natural. Quizá el día en que dejó de decirse que era casualidad. Quizá mucho antes.

Se puso en pie, cogió la bolsa y bajó.

Andy ya la esperaba en el salón.

Por supuesto. Pantalón oscuro, chaqueta oscura, transmisor, tableta, todo como si el día hubiera adoptado forma mucho antes de que nadie más participara en él. Sobre la mesa había impresos con rutas y horarios. Dos tazas de café esperaban, una de ellas todavía intacta. Omar hablaba junto a la isla de cocina con un hombre del equipo exterior. Victor comprobaba junto a la puerta alguna pieza del arma o de la funda. Movimiento, estructura, función. Esa clase de

actividad controlada que, en los últimos días, había sido lo único de lo que aquella casa podía fiarse de verdad.

Andy alzó la vista cuando Aaliyah llegó. Los ojos se detuvieron un segundo en la bolsa, luego en su cara.

—¿Lista?

Aaliyah dejó la bolsa al lado de la mesa.

—Eso suena como si fuera a cargar un paquete.

—Hoy no.

Era solo una frase pequeña. Y, precisamente por eso, Aaliyah sintió que algo dentro de ella reaccionaba antes de poder oponerse.

No se sentó. Cogió la taza, bebió un sorbo y miró más allá de Andy hacia la cristalera. El mar reposaba plomizo al otro lado. Demasiado lejos. Demasiado quieto.

—¿Cuándo salimos? —preguntó.

—En diez minutos.

—Entonces supongo —dijo Aaliyah con sequedad— que todavía me queda tiempo para montar una escena.

Andy respondió sin levantar la vista, mientras ampliaba una ruta en la pantalla.

—No el suficiente para que resulte útil.

Victor soltó un resoplido bajo. Omar no dijo nada. Antes, Aaliyah habría reaccionado quizá con una mirada, un comentario, cualquier corrección mínima que devolviera al menos la apariencia de control. Aquel día solo dejó la taza y observó cómo el pulgar de Andy se deslizaba sobre la pantalla.

La distancia entre ellas seguía ahí. Por supuesto. Desde aquella noche en la casa segura no había desaparecido de verdad; solo había cambiado de forma. Ya no era la retirada abierta de los primeros días posteriores, ni aquel vacío cortante que había dejado a Aaliyah encerrada con bandejas delante de la puerta. Pero tampoco se había transformado en nada más blando. Más bien era una línea mantenida con exactitud, conocida por ambas y ya no discutida en voz alta.

Quizá precisamente por eso resultaba más peligrosa.

—Repaso la secuencia una vez más —dijo Andy dirigiéndose al equipo—. Victor con ella hasta la línea interior de la residencia. Omar toma la parte exterior al llegar. Nada de transiciones abiertas, nada de paradas improvisadas. Si algo cambia, no se empieza discutiendo.

—Entendido —dijo Omar.

Aaliyah apoyó una cadera en el canto de la mesa.

—Dice eso con una frecuencia realmente preocupante.

Andy le lanzó una mirada breve.

—Porque la gente siempre quiere discutir primero.

—No toda.

—La suficiente.

Otra vez aquella sequedad. Aquella sobriedad controlada que, a esas alturas, casi funcionaba como una tercera lengua entre las dos. Aaliyah se preguntó si Andy notaba hasta qué punto escuchaba cada una de sus palabras, aunque ya no debería querer hacerlo. Hasta qué punto su atención seguía pendiente de variaciones mínimas: si una respuesta salía un latido antes, si una mirada duraba apenas un poco más, si la distancia era solo profesional o llevaba tiempo protegiendo también otra cosa.

La casa junto a la costa había dejado demasiado espacio para eso.

La ciudad quizá sería más piadosa. O más cruel. Probablemente ambas cosas.

Salieron poco antes de las nueve.

Esta vez en un coche distinto al de la llegada. Aún más discreto. Más oscuro, más estrecho, el cuero interior menos blando, el olor menos nuevo. Andy iba delante. Victor junto a Aaliyah. Omar en el segundo vehículo. La secuencia fue limpia. Las puertas se abrieron. La carretera de la costa seguía bastante vacía, lo suficiente como para que casi pudiera creerse que el mundo de fuera había olvidado esperarlas.

Aaliyah no miró atrás al marcharse.

No por principio. Solo porque sabía que la casa sería igual de espaldas que de frente: cerrada, fría, indiferente a que ella se fuera o no.

La carretera junto al mar era estrecha y, al principio, discurría entre una tierra que olía a viento, a piedra y a muy poca gente. Luego llegaron las primeras poblaciones, pequeñas gasolineras, un supermercado con las persianas a medio bajar, un café delante del cual tres hombres fumaban como si para eso no hubiera nunca una hora demasiado temprana. El mundo empezó a volverse más denso poco a poco.

Aaliyah lo notó de inmediato.

Más coches. Más caras. Más escaparates que devolvían reflejos en movimiento. Más ruido, incluso a través del cristal cerrado. Una moto pasando demasiado cerca del lado del conductor. Dos escolares en una parada. Una furgoneta de reparto con la puerta trasera abierta y música saliendo hacia la calle. Nada de eso era peligroso. Nada le habría merecido una segunda mirada dos semanas antes.

Ahora iba sentada en el coche y sentía, con cada detalle que regresaba, algo que no era exactamente miedo. Más bien un malestar fino y constante, como si su cuerpo todavía no estuviera convencido de que la densidad pudiera volver a parecer vida normal.

—¿Todo bien? —preguntó Victor en voz baja.

Aaliyah siguió mirando por la ventanilla.

—Naturalmente.

Él no comentó la mentira.

Delante, Andy hablaba por radio con Omar. Distancias. Cambio de ruta principal poco antes del límite de la ciudad. Nada de regreso directo por la vía antigua. Todo sonaba tan controlado que, por un lado, resultaba tranquilizador y, por

otro, recordaba con demasiada claridad que solo se hablaba así cuando la normalidad había dejado de ser una garantía.

Cuando cruzaron el límite de la ciudad, el mundo se volvió de pronto más ruidoso.

No solo en lo acústico. También en lo visual. Semáforos. Fachadas que devolvían brillos. Gente en los cruces. Repartidores subidos a la acera. Taxis en doble fila. Ese flujo espeso y nervioso del tráfico que en las grandes ciudades parece función y, en realidad, no es más que una forma muy organizada de caos.

Aaliyah se irguió un poco. No porque estuviera buscando nada. Más bien porque su mirada ya no podía quedarse fija en una sola línea exterior, sobre el mar, y tenía que decidir a cada instante adónde ir.

Andy lo notó.

No se volvió del todo. Solo lo suficiente para que su voz alcanzara la parte trasera.

—Si esto se le hace demasiado, dígalo.

Aaliyah resopló por lo bajo.

—Hasta el desbordamiento lo formula como un parte operativo.

—Así al menos sabe cómo responder.

Era exasperante que incluso una frase así pudiera sonar casi a cuidado si una no la examinaba demasiado.

La vuelta a la residencia transcurrió con una suavidad solo aparente. El portón se abrió. La entrada aguardaba pulida y en su sitio, como siempre. Personal que sabía cuándo debía ser visible y cuándo desaparecer. Haddad esperaba en la puerta, con dos hombres del equipo habitual, caras que Aaliyah conocía como si eso bastara para producir familiaridad. La casa en sí parecía prácticamente igual. Piedra blanca. Ventanales altos. Orden convertido en arquitectura.

Y, sin embargo, no se sentía igual.

Aaliyah bajó del coche y percibió la entrada de otra manera. No más despacio. Solo más conscientemente. La distancia entre el vehículo y la puerta. La línea hacia la entrada lateral. La apertura visual hacia la calle más allá del portón. Cosas que antes habían sido el ruido de fondo de su vida y que ahora aparecían demasiado nítidas.

—Bienvenida de nuevo —dijo Haddad.

Aaliyah asintió.

—Casi parece que hubiera estado de viaje.

Él sonrió apenas. Demasiado por rutina como para leer nada en ello. O quizá ya no.

Dentro olía a la casa, a madera encerada, a café en algún punto más al fondo y a esos arreglos florales que siempre estaban lo bastante frescos como para sugerir que allí también se combatía el paso del tiempo con personal. Una empleada la saludó en voz baja, otro trabajador subió la bolsa al ala privada. Todo estaba en su sitio.

Salvo ella.

Andy estaba ya organizando otra vez. Hablaba con Haddad de relevos modificados, nuevas líneas visuales para la semana siguiente, restricciones en los desplazamientos, ajustes del calendario. Como si la casa segura no hubiera sido una excepción, sino solo un escenario de trabajo distinto. Aaliyah la observó un instante y sintió ese impulso ya conocido y exasperantemente contradictorio: irritación por lo fácil que le resultaba a Andy reconvertirse en pura función, y al mismo tiempo el alivio casi humillante de que lo hiciera.

El día fue recuperando su forma anterior por etapas.

No la del primer gran salón diplomático ni la de las recepciones. No invitados, ni rondas de cortesía, ni música. Solo una reanudación prudente. Dos conversaciones internas con un colaborador de su padre. Un repaso rápido de los compromisos cancelados o pospuestos. Una llamada con una abogada, que Aaliyah mantuvo desde el despacho mientras

Andy permanecía en la antesala, no visible, pero allí. Un trayecto corto por la ciudad para una reunión estrictamente controlada de veinte minutos que transcurrió con una falta de relieve casi ofensiva.

Todo funcionaba.

Conductores. Rutas. Relevos. El mundo la recibía de nuevo sin fractura visible. El conserje del club privado de su padre la saludó con la misma cortesía discreta de siempre. La asistente del despacho de su abogado la miró como si solo hubiera pasado una semana y no una versión entera de su vida hubiera sido interrumpida por la violencia. En los escaparates del centro seguía reflejándose la misma mujer que había sido antes: controlada, elegante, camino de alguna parte, con personal y seguridad como extensión invisible de su nombre.

El mundo era el mismo.

Ella no.

A primera hora de la tarde volvían de un compromiso interno cuando Aaliyah notó, por primera vez desde el regreso, que Andy estaba no solo alerta, sino tensa.

No de una manera evidente. No en algo que el conductor o Victor hubieran advertido al instante. Pero Aaliyah conocía ya los cambios más pequeños. La forma en que la mirada de Andy se quedaba anclada en los espejos. Cómo sus respuestas por radio se volvían más cortas. Cómo preguntó dos veces, con aparente naturalidad, por la misma posición, aunque Omar la había confirmado a la primera.

—¿Qué? —preguntó Aaliyah al cabo.

Andy no se volvió.

—¿Qué qué?

—Está siendo todavía más desagradable de lo habitual desde hace diez minutos.

Victor le lanzó una mirada breve y volvió a mirar hacia delante. No dijo nada.

Andy guardó silencio un momento.

—Nada concreto.

—Suena tranquilizador.

—No pretende serlo.

Aaliyah miró hacia la calle. Una limusina negra esperaba en un semáforo. Una moto clara se coló entre dos carriles. Una furgoneta de reparto estaba medio aparcada sobre la acera, sin conductor a la vista. Gente. Demasiada gente. Cada cual siguiendo su propio rumbo, todos inofensivos mientras nadie decidiera lo contrario.

—Entonces ¿qué? —preguntó.

Andy tardó un segundo en responder.

—Un patrón que no me gusta.

Aaliyah la miró. Por primera vez desde el regreso, aquello no sonó como una lengua abstracta reservada a hombres que tenían permiso para tomarse en serio esas cosas. No porque ella viera de pronto lo mismo que Andy. No lo veía. Solo veía tráfico, una ciudad que llamaba normal a su propio desorden y rostros sin significado. Pero conocía ya el tono con que Andy nombraba las cosas que todavía no eran visibles y precisamente por eso resultaban peligrosas.

—¿Qué patrón?

—Todavía no uno que pueda demostrar.

Y ese era el problema. No que Andy viera algo. Sino que lo viera y, por el momento, se quedara sola con ello.

Aaliyah volvió la cara hacia la ventanilla.

—Quizá vea fantasmas.

—Quizá.

—¿Y si no?

En el reflejo del parabrisas vio cómo la mirada de Andy se deslizaba brevemente hacia ella.

—Entonces es mejor que yo los vea pronto.

Siguieron avanzando. Dos cruces. Luego tres. No pasó nada. La tensión dentro del coche no se disipó, pero tampoco

ganó forma. Se quedó en ese estado en el que todo parecía normal y precisamente por eso resultaba erróneo.

Más tarde, ya en la residencia, Aaliyah estaba en su dormitorio ante el armario abierto, moviendo perchas sin sacar en realidad nada. Abajo alguien hablaba en la cocina. Entró un mensaje en su teléfono. En alguna parte se cerró una puerta. La casa había recuperado su respiración antigua. Y, sin embargo, desde el trayecto de vuelta persistía el eco impreciso de la frase de Andy.

Un patrón que no me gusta.

Era exasperante lo mucho que se le había quedado dentro.

Por la noche estaba sola en el pequeño salón del ala superior, con un vaso de agua en la mano que no bebía. La residencia se había ido quedando más callada. Sin invitados. Sin actos. Solo la organización amortiguada de una casa que fingía estar preparada para todo, aunque incluso Aaliyah sabía ya que preparación y seguridad no eran la misma cosa.

Andy entró sin anunciarse.

No de golpe. Simplemente estaba allí. Como siempre.

—Su padre quiere aumentar mañana un poco los desplazamientos exteriores —dijo—. Sigue siendo algo controlado. Pero con más normalidad en la agenda.

Aaliyah alzó la vista.

—¿Y eso le parece una buena idea?

Andy fue hasta la ventana. No del todo hacia ella; más bien hacia la habitación.

—Me parece arriesgado.

—¿Pero?

—Pero ya no tenemos suficiente información concreta para justificar un aislamiento total.

—Eso suena a contradicción.

—No. —Andy miró hacia el jardín—. Solo suena mal.

Aaliyah se puso en pie despacio.

—Piensa que esto no ha terminado.

No era una pregunta. Más bien la verbalización cautelosa de algo que llevaba desde la tarde flotando entre las dos.

Andy se volvió entonces hacia ella.

—Sí.

La palabra fue pequeña. Clarísima. Sin una sola capa de dramatización.

Por primera vez desde su regreso, Aaliyah sintió algo más cercano a la inquietud real que a la mera irritación. Aún no un miedo físico pleno. Pero sí un desplazamiento claro bajo las costillas. Como si el mundo de fuera hubiera estado esperando exactamente a que todo pareciera un poco más normal para recordarles que no lo era.

—¿Y me lo dice así, sin más?

—Ha preguntado.

—Eso no es lo mismo que...

Se interrumpió, negó levemente con la cabeza y miró por encima de Andy hacia el pasillo.

—Dios.

Andy no se acercó. No le hizo falta.

—Puede que me equivoque —dijo.

Aaliyah la miró.

—¿De verdad lo cree?

Andy no respondió enseguida. Luego:

—No.

Otra vez silencio.

En la casa no se oía nada salvo el zumbido tenue del aire acondicionado y, muy abajo, el sonido de platos chocando entre sí. Cosas que antes habrían formado parte normal de una tarde. Ahora sonaban a decorado para algo que ya esperaba entre las sombras.

—Yo no veo nada —dijo al fin.

—No es su trabajo.

—No. —Aaliyah dejó caer la mirada—. Por lo visto, no.

Andy seguía manteniéndola en ese punto exacto entre atención y distancia, sin dar un solo paso hacia ella.

—No necesita verlo. Solo tiene que dejar de confundir normalidad con seguridad.

Aaliyah habría querido responder con algo desarmante. Una ironía. Una frase que aflojara la presión de la habitación. No encontró ninguna.

Se quedó allí, con el vaso agarrado con demasiada fuerza, sintiendo que ese regreso a la vida anterior no era más que una mala imitación. La casa, la ciudad, la gente, los horarios: todo estaba otra vez en su sitio. Solo que la protección que antes había dado sentido a todo eso ya no existía del mismo modo.

Fuera, el viento agitó los árboles de la entrada. Detrás de los ventanales de la residencia todo seguía pareciendo igual que siempre.

Pero ya no lo sentía así.

Capítulo 19

A la mañana siguiente, la residencia había vuelto a ser plenamente ella misma.

No apaciguada. No inocua. Pero sí encerrada en esa forma impecable, pulida y controlada que casas como aquella ensayan durante décadas, hasta conseguir que incluso la incertidumbre parezca una variante más de la profesionalidad. Los pasillos olían a café recién hecho y madera pulida; en algún punto más al fondo, a limpiador cítrico y agua de flores. En el patio interior ya esperaba un coche al sol, aunque la salida no estaba prevista hasta pasada más de una hora. Las puertas se abrían y se cerraban, las voces seguían amortiguadas. Todo funcionaba. Y precisamente por eso, a Andy le parecía una superficie que confiaba demasiado en que unos buenos hábitos bastaban para producir seguridad.

Estaba en la pequeña sala de reuniones junto al lado norte de la residencia. Delante de ella: tres hojas impresas, dos tabletas, un horario corregido a mano y el informe de situación de la noche anterior. El trayecto que Khalid se había negado a aplazar, pese a toda la discusión, no era ni estúpido ni imprudente. Era lo bastante necesario como para no poder postergarlo indefinidamente y lo bastante controlable como para considerarlo aceptable en circunstancias normales. Precisamente eso lo volvía exasperante. No había nada en él claramente erróneo. Nada que pudiera prohibirse con buena conciencia. Y, sin embargo, en cada línea de aquel plan latía

esa sensación fina y fría de que una estructura solo se ponía verdaderamente a prueba cuando algo exterior decidía trabajar contra ella.

—La ruta principal se mantiene —dijo Andy, sin levantar la vista del papel—. Nada de cambios improvisados por el lado este. Nada de detenernos delante del edificio. Entrar, salir y listo. Si algo no parece limpio, damos la vuelta de inmediato.

Karim Haddad estaba frente a ella, con las manos a la espalda, impecable como siempre, la expresión controlada. En los últimos días, su forma de reaccionar a las instrucciones de Andy se había vuelto más sobria. Menos defensiva. No porque le apeteciera darle la razón. Sino porque ambos sabían ya que la desconfianza de Andy hacia los hábitos no nacía de la arrogancia.

—La reunión está limitada a veinticinco minutos —dijo él —. El interior volvió a revisarse anoche.

—¿Por quién?

—Por el equipo del edificio y por Omar.

Andy asintió una vez.

—Omar ve cosas. Los equipos de edificio ven competencias. No es lo mismo.

Haddad dejó escapar el aire por la nariz, audible, pero no la contradijo. Victor estaba apoyado en el marco de la ventana, mirando al jardín como si la verdadera respuesta a todo lo que allí dentro traducían a planes estuviera fuera. Omar permanecía junto a la puerta, con el transmisor en la oreja y una taza de café en la mano que debía de estar fría hacía rato.

—El coche uno va delante —dijo Andy—. Victor con ella atrás, a la derecha. Yo delante. El coche dos con Omar, cubriendo el flanco izquierdo, más cerca que ayer. El vehículo tres en reserva, pero con distancia. No quiero una caravana llamativa.

—Entendido —respondió Omar.

Andy bajó la vista al segundo documento.

—Salida a las diez y once. Ni antes ni después.

—¿Por qué no antes? —preguntó Haddad.

—Porque llegar antes significa más tiempo de espera delante del edificio. Y por qué no después espero no tener que explicárselo.

Haddad asintió. Victor levantó un poco la cabeza.

—¿Y si vuelve a decidir que quiere hacer algo "solo un momento" de camino?

—No lo hará —dijo Andy.

—¿Tan segura está?

Andy alzó por fin la vista.

—Sí.

No era una fórmula vacía. Ni siquiera optimismo. Solo una constatación. Aaliyah había cambiado. No se había convertido en una versión dócil y obediente de sí misma. Nada de aquello era tan simple. Pero guardaba silencio precisamente en esos momentos en los que antes habría escogido la resistencia inmediata. No por debilidad. Más bien porque ahora ya sabía lo que podía haber al otro lado de un «solo un momento».

—Está en el ala superior —dijo Omar, como si no hubiera leído los pensamientos de Andy, pero sí su consecuencia práctica—. Aviso cuando baje.

Andy asintió y desplazó el horario un centímetro hacia la izquierda, como si hasta sobre el papel todo tuviera que estar exactamente en su línea correcta cuando la realidad se empeñara luego en desviarse.

La preparación transcurría con limpieza. Ese era el problema.

Conductores revisados. Depósito lleno. Puntos de acceso del edificio confirmados. Dos informes independientes sobre la situación en destino. Una ruta alternativa preparada. Ventanas de comunicación claras. Un hombre adicional en el interior, sin que la medida pareciera una escalada hacia fuera.

Todo estaba diseñado tan bien como podía estarlo en aquellas circunstancias.

Aun así, a Andy no le bastaba.

Cuando Aaliyah apareció unos minutos después en el marco de la puerta, todo el andamiaje técnico de la mañana pasó durante un instante a segundo plano ante otra cosa. No por un sobresalto sentimental ni por ninguna emoción ridículamente evidente, en la que Andy no se habría permitido confiar nunca. Sino por esa reacción mucho más silenciosa, que a esas alturas le resultaba todavía más incómoda que cualquier cosa obvia: que percibiera a Aaliyah incluso antes de mirarla de manera consciente.

Llevaba un traje pantalón oscuro, sobrio, de corte preciso, sin nada en él que llamara la atención y, precisamente por eso, tan suyo. El pelo suelto, pero retirado de la cara, joyas discretas, poco maquillaje. Una versión de Aaliyah Al-Hadi que encajaba otra vez en el exterior. Solo que ya no era la misma mujer que, con ese tipo de elegancia contenida, acudía a actos públicos y trataba la seguridad como si fuera decorado.

Entró en la sala y miró primero los papeles, luego a Andy.

—Supongo que todo esto significa que todavía no ha decidido emparedarme viva en el sótano.

Victor sonrió de lado. Omar no. Haddad siguió comportándose como si el humor no entrara en su ámbito de competencias.

Andy respondió sin demora:

—Todavía no.

Aaliyah arqueó apenas las cejas.

—Qué tranquilizador.

Sonaba seca, controlada, casi como antes. Pero Andy ya sabía distinguir las diferencias sutiles. Menos juego. Más conciencia de que cada frase caía ahora en un espacio que no estaba hecho solo de superficies.

—Salimos en doce minutos —dijo Andy—. Allí estaremos como máximo veinticinco. Sin ampliaciones. Sin paradas extra. Si la situación cambia, nos vamos.

Aaliyah asintió. Sin más. Antes habría hecho al menos un comentario sobre la formulación, sobre lo exasperante del tono o sobre la insoportable autoridad con la que Andy descomponía todo en tiempos y trayectos. Aquella vez, solo aquel gesto breve.

—Entendido.

—Bien.

Nada más. Ninguna discusión. Ninguna provocación pequeña. Solo esa disciplina nueva, impropia en ella, y precisamente por eso más pesada que cualquier fricción anterior.

Andy detestaba que aquello la inquietara más que la resistencia.

Salieron a la hora exacta.

El convoy era lo bastante pequeño para no llamar la atención y lo bastante amplio para conservar margen. Coche uno delante, coche dos ligeramente desplazado detrás, vehículo tres con distancia. La calle frente a la residencia estaba viva, como cualquier otra mañana, lo suficiente como para ocultarse dentro de la normalidad. Furgonetas de reparto. Repartidores en bicicleta. Un taxi con el maletero abierto. Dos hombres con traje frente a un café, mirando el teléfono. Nada con significado automático.

Andy iba delante, con el transmisor en la oreja y la tableta bloqueada sobre la rodilla. El conductor mantenía exactamente la distancia que ella había marcado. Victor, atrás, a la derecha. Aaliyah detrás de Andy, medio vuelta hacia la ventanilla, como si ni siquiera intentara ya leer la ciudad con la seguridad con que lo había hecho antes. Andy también reparó en eso. No porque Aaliyah pareciera asustada. No lo parecía. Más bien observaba con más silencio. Menos

dispuesta a concederle al mundo exterior una inocuidad automática.

—Distancia correcta —informó Omar por radio.

—Seguimos —dijo Andy.

El tráfico avanzaba. No con fluidez perfecta, pero sí con la suficiente. Dos semáforos. Una obra que evitaron con un desvío amplio. Un carril estrecho de giro a la derecha que el día anterior estaba libre y esa mañana ocupaba una furgoneta de reparto. Nada de ello era, por sí solo, un problema. Todavía no.

Aaliyah apenas había hablado desde que salieron. Solo en el tercer cruce, al pasar junto a una parada de autobús en la que un grupo de adolescentes con mochilas reía demasiado alto, su voz llegó baja desde el asiento trasero.

—Todo parece igual que siempre.

Victor giró ligeramente la cabeza, sin mirarla de frente.

—¿Y?

Aaliyah dejó la vista en la calle.

—No lo siente así.

Andy oyó la frase y no dijo nada. No porque no mereciera respuesta. Sino porque era demasiado cierta como para poder encajarla en su lenguaje de secuencia y control.

Los primeros diez minutos transcurrieron de forma limpia. Comunicación clara. Posiciones correctas. Velocidad constante. El edificio de destino —unas oficinas administrativas privadas con acceso discreto y perímetro interior comprobado— no estaba en una zona que a Andy le gustara, pero era mejor que la mayoría de las alternativas permitidas por la agenda de Khalid. Lo bastante cerrado para asegurar con precisión. Lo bastante abierto para permitir retirada controlada. Poco tránsito público, al menos sobre el papel.

—Destino en seis —dijo Omar.

—Recibido.

Andy miró por el retrovisor lateral. El coche dos, bien colocado. El vehículo tres, a distancia. Ningún coche detrás de ellos demasiado tiempo. Ninguna moto reapareciendo por segunda vez. Ningún hueco en la comunicación. Y, aun así, la sensación seguía ahí.

En una intersección por la que pasarían en dos minutos había una furgoneta pequeña, negra, aparcada. Estacionada legalmente. Sin conductor a la vista. Nada que justificara abortar. Andy registró la posición, la guardó y siguió mirando.

—Furgoneta en la una —dijo.

—La tengo —respondió Omar.

Nada más.

Llegaron al cruce. La furgoneta seguía allí. Ningún movimiento. Nadie. El conductor del coche uno mantuvo la velocidad. No pasó nada.

Y, sin embargo, a Andy no la abandonaba ese saber fino y frío de que su cerebro enlazaba ya cosas en patrones antes de que ningún protocolo pudiera nombrarlas como riesgo.

Delante del edificio todo salió según lo previsto. Acceso libre. Patio abierto. Dos hombres del equipo local en sus posiciones. La entrada no estaba bloqueada, ni retrasada, ni alterada. Victor salió primero. Omar cubrió la línea exterior izquierda. Andy acompañó a Aaliyah los pocos pasos hasta la puerta. En el vestíbulo olía a piedra, polvo y café caro. Un mostrador de recepción, una planta demasiado grande en una esquina, una mujer con blazer gris saludando a Aaliyah con una cortesía rutinaria.

—Bienvenida, señora Al-Hadi.

Aaliyah asintió. Tranquila. Controlada. Sin rastro visible de la mujer que había permanecido en una casa segura sin saber qué hacer consigo misma. El exterior la obligaba otra vez a una forma más conocida de estar. Solo que con una tensión más fina. Andy también lo advirtió.

La reunión en sí fue exasperantemente inocua. Veinte minutos en una sala con dos abogados y un asesor financiero cuya mayor preocupación parecía ser si ciertos documentos llegarían a firmarse a tiempo. Andy permaneció fuera, Victor junto al acceso, Omar en la línea inferior del edificio. Comunicación limpia. Todo correcto.

Y, aun así, en el camino de vuelta al coche apareció por fin algo que ya no se leía solo como intuición.

Un vehículo de reparto, detenido en la salida lateral, donde según el protocolo del día no debía haber ninguno a esa hora.

No delante de la línea principal. No bloqueando. Simplemente allí, donde no le correspondía estar. Blanco. Sin rotulación. La puerta trasera abierta. Dos cajas metálicas en el suelo. Un hombre con mono de trabajo escribiendo en una tablilla con una lentitud demasiado estudiada.

—¿Desde cuándo? —preguntó Andy por radio.

Omar respondió al instante.

—Dos minutos. Al llegar nosotros no estaba.

—¿Matrícula?

—Solo se ve una parte. Envío imagen.

Andy no se detuvo. No podía. Aaliyah caminaba ya a su lado, Victor medio paso detrás, el destino seguía siendo el coche. Demasiado poco para abortar. Demasiado para ignorarlo.

Miró al hombre de la furgoneta. No de frente. Al pasar. Él no alzó la cabeza. Quizá era demasiado profesional. Quizá simplemente demasiado indiferente. También eso resultaba exasperante.

—Ruta secundaria para la vuelta —dijo Andy en voz baja.

—Entendido —contestó Omar.

Aaliyah alzó apenas las cejas.

—¿Qué?

—Nada para usted.

—Eso empieza a sonar más inquietante que cualquier respuesta completa.

Andy solo la miró un instante.

—Suba al coche.

Esta vez, Aaliyah obedeció enseguida.

El vehículo arrancó. Ya no por la misma ruta de regreso. Una línea más al sur, dos avenidas anchas adicionales, a cambio de llegar más tarde a la residencia. Victor transmitió el cambio al coche dos. El vehículo tres se acercó. Todo seguía funcionando. Solo que ya no según el plan original.

La estructura no se había roto.

Pero se había desplazado.

Y ahí estaba el hueco.

—¿Qué era eso? —preguntó Aaliyah en cuanto dejaron atrás el primer cruce.

Andy no se volvió.

—Un vehículo en un lugar incorrecto.

—¿Y por eso cambia la ruta?

—Sí.

—Quizá debía estar allí.

—Quizá.

Aaliyah se quedó un momento mirando por la ventanilla.

—No es una palabra particularmente tranquilizadora.

—La tranquilidad no es la categoría.

Victor seguía callado, pero Andy oyó cómo cambiaba apenas su postura. Más tensión en el cuerpo. Más preparación para responder al siguiente movimiento no solo con palabras.

La comunicación siguió. Semáforos. Distancias. Una moto demasiado tiempo en el ángulo muerto. Luego desapareciendo. Un peatón que se lanzó a la calzada con el semáforo en rojo y obligó al coche a frenar con limpieza. Nada dramático. Pero todo junto producía la sensación de que el mundo había salido un poco de su eje y nadie podía decir

todavía si aquello era intención o solo la forma habitual del desorden urbano.

Andy detestaba ese estado.

No se podía detener todo porque una moto condujera mal, un peatón estuviera distraído y una furgoneta estuviera mal colocada. No con esa información. No con un hombre como Khalid, que ya había tenido que invertir suficiente capital político y práctico para conceder aquella salida reducida. Solo podía corregir, estrechar, guiar más de cerca. No parar.

Eso era lo que los que luego escribían informes nunca terminaban de entender. Que la buena seguridad no se medía cuando el sistema se rompía. Se medía o se perdía en el espacio anterior, allí donde aún había demasiado poco para abortarlo todo y demasiado para seguir adelante con buena conciencia.

—Vehículo en las siete, gris oscuro, desde hace tres giros —dijo Omar.

Andy miró por el espejo. Lo vio. Y vio también cómo, en el semáforo siguiente, cambiaba al carril derecho. Limpio. Legal.

—Solo observar.

—Entendido.

Aaliyah no dijo nada esta vez. Andy lo notó. No porque pareciera asustada. Más bien porque guardaba silencio de otra manera. No a la defensiva. Atenta.

Avanzaron otros ocho minutos así por la ciudad. Todo seguía. Semáforos, distancias, calles, gente, repartidores, vida absolutamente normal. Solo que empezaba a sentirse como si debajo de todo eso hubiera una segunda capa, donde las cosas se conectaban de otro modo.

Cuando por fin alcanzaron la gran avenida previa a la residencia, aquello debería haber traído alivio. Visibilidad abierta. Menos puntos de detención. Carril claro. Los dos últimos cruces hasta la entrada solían ser incómodos, pero controlables.

En lugar de eso, Andy sintió cómo todo en ella se tensaba un poco más.

—Tres minutos —dijo Victor.

Andy asintió. Delante de ellos, un coche salió de un hueco de aparcamiento. Demasiado despacio. Nada más. A la derecha, una furgoneta descargaba en doble fila. Un autobús arrancó desde una parada. Un mensajero en bicicleta se coló entre dos carriles. Ciudad. Normalidad. Control a través de la rutina. Todo aquello en lo que los sistemas confiaban antes de descubrir que llevaban demasiado tiempo siendo observados.

—¿Distancia con el coche dos? —preguntó Andy.

—Correcta —dijo Omar.

—¿Y con el tres?

—Más atrás. El semáforo lo ha separado.

No era ideal. Aún no era un problema. Pero la estructura ya no era perfecta.

Andy clavó la vista en el cruce que tenían delante. No había nada mal. Ningún vehículo bloqueando, ninguna barrera repentina, ninguna maniobra hostil visible. Solo esa sensación ya conocida de que una calle a veces cambia antes de ofrecer razones objetivas para ello.

No era suficiente para detenerlo todo.

Pero sí para saber que algo no estaba bien.

Aaliyah la miró por el espejo.

—¿Qué?

Andy contestó sin volverse.

—Nada concreto.

Aaliyah no se reclinó de nuevo. Siguió mirando al frente, más allá de Andy, hacia la calle, como si pudiera obligarse a ver de repente los mismos patrones. No podía, claro. Pero Andy notó igualmente que ya no se burlaba de ello.

Y eso era casi peor.

El semáforo se puso en verde. El coche avanzó.

Dos minutos más hasta la residencia.

Todo seguía en su sitio.
Solo que ya hacía mucho que nada estaba realmente bien.

Capítulo 20

El semáforo se puso en verde y el coche volvió a ponerse en marcha como si con ello se hubiera decidido algo.

Delante de ellos se abría la gran arteria que llevaba a la residencia, dos carriles por sentido, una hilera de árboles bajos en la mediana, escaparates a la izquierda, oficinas, zonas de carga y un hotel a la derecha, de esos que a esa hora expulsaban y absorbían viajeros de negocios con la misma indiferencia. Todo tenía aspecto de ciudad. De tráfico. De mañana. De esa forma de normalidad que confía en su propio peso y precisamente por eso resulta tan fácil de usar como cobertura.

Andy iba delante con el transmisor en la oreja, aunque en ese instante no hablara nadie. No porque esperara información. Sino porque no quería perder ni un segundo cuando llegara. Su mirada no se movía con nerviosismo. Trabajaba. Parabrisas. Espejos. Laterales. Distancias. El vehículo tres seguía separado por el último semáforo. El coche dos mantenía la línea, pero un poco más atrás de lo que le gustaba. A la derecha, el autobús volvía a ponerse en marcha. Delante de ellos, un familiar plateado encendió las luces de freno un instante y volvió a apagarlas.

—Las siete sigue igual —dijo Omar por radio.

Andy miró por el retrovisor. El coche gris oscuro seguía allí. No demasiado cerca. No agresivo. Simplemente ahí, en un lugar donde no debería haber estado tantas veces como para dejar de ser un patrón.

—Solo mantén visual —dijo.

—Entendido.

Detrás, Aaliyah guardaba silencio.

No rígida. No en aquella inmovilidad muda del primer ataque. Pero sí atenta de una forma que Andy no habría creído posible en el primer tercio de aquella historia. Ninguna mirada distraída, ningún gesto irritado en el borde de la chaqueta, ningún comentario medio irónico sobre la seguridad o la estructura. Miraba al frente como si intentara distinguir algo que no podía distinguirse mientras una no hubiera aprendido a leer la anomalía dentro de lo corriente.

—Dos minutos —dijo Victor.

Andy se limitó a asentir.

Dos minutos no eran nada. Bastaban para regresar sin incidentes. Bastaban para un desastre. Bastaban para que luego otros dijeran que habría habido que reaccionar antes, aunque en esos dos minutos no existiera ni un solo punto claro a partir del cual una reacción no tuviera ya un precio operativo.

A la derecha, una furgoneta de reparto salió de pronto de una zona de carga. Demasiado cerca. Nada dramático. El conductor de su coche levantó el pie, abrió distancia, corrigió. Todo correcto. Al mismo tiempo, el autobús del carril derecho se desplazó apenas hacia ellos, porque un mensajero en bici apareció entre el bordillo y la calzada por donde no debía.

—El autobús se viene a la derecha —dijo Andy.

—Lo tengo —respondió el conductor.

Nada de pánico. Ninguna corrección brusca. El coche se mantuvo estable. Delante, el siguiente cruce. Un semáforo más. Después, solo la entrada de la residencia.

—Coche dos, más cerca —ordenó Andy por radio.

—El tráfico se mete entre medias —contestó Omar—. Estoy en ello.

Estoy en ello.

Una expresión para movimientos que, a cielo abierto, sucedían en segundos y cuyo fracaso siempre parecía mucho más simple después de lo que había sido en el momento.

Aaliyah dijo en voz baja:

—¿Qué está pasando?

Andy no se volvió.

—Todavía nada.

Era la respuesta sincera. Otra vez.

El problema no era que no supiera leer la situación. El problema era que la situación ya empezaba a organizarse contra ellos sin darles todavía un motivo verificable que pudiera traducirse en un no.

El carril derecho empezó a frenarse. El autobús no se detuvo, pero redujo velocidad. Delante de ellos, un peatón bajó a la calzada pese a que el semáforo estaba en rojo para él. El familiar plateado de delante frenó ahora con más claridad. No una frenada brusca. Solo lo suficiente para deformar el flujo.

—Las ocho, lateral, furgón oscuro —dijo Omar.

Andy miró por el espejo izquierdo. Un furgón negro en el carril paralelo, a la altura del coche dos, quizá medio coche más atrás. Cristales tintados. Sin logotipos. Nada ilegal. Todo exasperante.

—¿Matrícula?

—No limpia.

Victor cambió mínimamente el peso atrás.

—¿Mitchell?

—Lo veo.

Ese fue el instante en que la situación dejó de ser solo una sensación.

No porque hubiera ocurrido ya nada.

Sino porque demasiadas cosas pequeñas, legales, inocuas, empezaban al mismo tiempo a sacar de línea a un sistema que dependía exactamente de esa línea.

—¿Residencia todavía? —preguntó Omar.

Andy miró al frente. El semáforo se puso en amarillo.

Demasiado lejos para pasarlo limpiamente. Demasiado cerca para detenerse con margen y control sin quedarse precisamente donde el tráfico empezaba a comprimirse.

—Frena —dijo.

El conductor obedeció al instante.

Detrás, el coche dos hizo lo mismo. Un claxon a la izquierda. El vehículo oscuro de las siete se desplazó de pronto a la derecha y luego volvió, como si el conductor hubiera calculado mal la distancia. O la hubiera probado a propósito. El autobús de la derecha quedó casi a su altura. Delante, el familiar plateado. A la izquierda, el furgón negro. Detrás, el coche dos, pero ya sin espacio libre.

No era caos.

Todavía no.

Era descomposición.

—Radio al canal dos —dijo Andy.

Un crujido en la línea, breve y agresivo, lo bastante largo para que Omar no contestara de inmediato.

Andy sintió cómo algo dentro de ella dejaba de llamarse alarma para convertirse en cálculo.

—¿Omar?

Medio segundo. Después:

—Aquí.

Interferencia demasiado breve como para hablar oficialmente de corte. Demasiado precisa como para atribuirla al ruido normal de la ciudad.

—¿Visual del furgón a la izquierda?

—Sí.

—Si el autobús se detiene, salimos por la derecha.

—Entendido.

Aaliyah no volvió a decir nada. Andy oía, aun así, que respiraba más deprisa. No con pánico. Solo con una

conciencia mayor de sí misma.

El semáforo de delante se puso en rojo.

Toda la estructura quedó inmóvil.

Durante tres pulsaciones no pasó nada.

Luego el familiar plateado de delante no arrancó cuando tocó verde.

—¿Por qué no se mueve? —dijo Victor.

Andy ya había formulado la misma pregunta.

El conductor de su coche dio un toque breve de claxon. El familiar siguió inmóvil. A la izquierda, el furgón negro avanzó apenas, no para adelantar, solo lo suficiente para que su coche quedara aún más atrapado dentro del carril. El autobús de la derecha soltó un siseo de aire al bajar la puerta.

—¿Espacio para dar marcha atrás? —preguntó Andy.

El conductor miró por el retrovisor.

—No suficiente.

Por supuesto que no. Detrás, el coche dos tenía ya tráfico pegado.

El familiar seguía sin moverse.

Y justo en ese momento se abrió la puerta del conductor.

No de forma nerviosa. No como un conductor urbano irritado que fuera a bajar gesticulando. Simplemente se abrió.

Andy ya estaba cogiendo la manilla de la puerta.

—Abajo —ordenó hacia atrás.

Victor empujó a Aaliyah hacia abajo en el mismo instante, antes de que la orden le llegara del todo a la mente.

Del coche de delante no bajó un hombre, sino dos.

El primero avanzó hacia el lado del conductor de su vehículo. El segundo fue hacia la parte trasera, sin mirar a izquierda ni derecha, como si esos dos metros y cada ángulo dentro de ellos hubieran sido ensayados varias veces. A la izquierda se abrió la puerta corredera del furgón.

—¡Ahora! —gritó Omar por radio.

Y entonces llegó. No hubo ya más espacio intermedio. No más quizá.

Disparos.

No muchos. Tres. Cuatro. Breves. Precisos. Tan cerca que el coche vibró antes de que el sonido alcanzara un nombre dentro de la cabeza.

Andy estaba fuera antes de que se apagara el eco del segundo disparo.

La puerta del conductor abierta, su cuerpo entre el vehículo y la calle, arma desenfundada, no por heroísmo, sino porque aquel segundo no permitía una decisión más. El hombre del lado del conductor del familiar no cayó de forma espectacular. Se plegó, como si le hubieran desconectado una función. El segundo ya seguía moviéndose hacia el lado del acompañante de su coche. Andy giró, empujó, corrigió el ángulo, oyó a Omar disparar a la izquierda, oyó al mismo tiempo cómo el coche dos trataba de pegarse a ellos mientras el autobús, que ahora sí parecía querer avanzar, le cerraba la maniobra.

Estaba preparado.

No con brillantez. Solo lo bastante bien.

Lo bastante bien.

Victor hundió aún más a Aaliyah en el asiento trasero.

—Quédese abajo.

Obedeció. Primero el cuerpo. El entendimiento después.

Fuera, el sistema no estalló en una explosión. Perdió nitidez en segundos. El autobús se movía, pero demasiado tarde y de forma demasiado irregular como para resultar previsible. El coche dos no lograba acercarse limpiamente porque el furgón negro de la izquierda se había puesto casi atravesado a la altura de su eje trasero. El conductor de su coche intentó buscar una salida por la derecha.

Un golpe seco en la parte trasera.

No salvaje, sino deliberado. Metal contra metal, lo bastante fuerte para hacer sacudir el vehículo hacia delante y lanzar a Victor con el hombro contra la puerta.

—Mierda —oyó Andy decir al conductor.

Ella ya estaba junto a la puerta trasera derecha.

No porque hubiera adivinado que el acceso sería por ahí. Sino porque todas las demás líneas estaban diseñadas para distraerla: el familiar delante, el furgón a la izquierda, el autobús a la derecha, la interferencia, el coche dos mal colocado. El acceso real tenía que producirse justo donde bastara medio segundo.

Un hombre fue más rápido que ella.

No en la puerta. En Aaliyah.

La puerta trasera no se abrió del todo. Solo una rendija, lo suficiente para que entrara una mano, luego un brazo, luego la violencia en ese espacio donde antes había cuero, cristal y respiración. Aaliyah no gritó. No del todo. Fue más bien un sonido corto, cortado, de esos que hace el cuerpo cuando entiende que algo equivocado lo ha encontrado otra vez.

Victor reaccionó de inmediato, tiró del agresor por el hombro, pero no lo golpeó con limpieza suficiente, porque en ese instante el coche volvió a desplazarse por el golpe trasero. Y justo entonces llegó el segundo hombre por la izquierda.

Dos manos. Un tirón. Táctico, no caótico. No buscaban dominar a Aaliyah dentro del coche. Solo arrancarla de ese espacio antes de que la estructura se cerrara otra vez.

Andy alcanzó la puerta en el mismo instante en que Aaliyah era medio sacada del asiento.

Medio segundo.

Demasiado poco.

Consiguió alcanzar al segundo hombre antes de que se estabilizara por completo, lo golpeó con hombro y antebrazo fuera del ángulo, un impacto duro, una corrección inmediata, pero en aquella fracción Aaliyah ya había sido arrancada de la

protección del coche. No lejos. Solo hasta la calzada. Justo lo bastante.

—¡Victor!

Victor salió del coche de un salto y agarró el brazo de Aaliyah. Rozó la tela. No la muñeca. El primer agresor lo apartó de un golpe lateral, breve y preciso, no para herirlo, solo para ganarse esos dos pasos decisivos de espacio.

Andy no disparó.

No porque dudara. Sino porque Aaliyah estaba en esa línea.

Cambió el ángulo ya en movimiento, ya donde tenía que estar. Omar disparó desde la izquierda contra el furgón para romper el avance de la cobertura lateral. El coche dos intentaba ya cortar el paso al autobús. El conductor del autobús gritaba. En algún punto estalló un cristal. Alguien echó a correr por la acera. Todo el tráfico de alrededor empezaba por fin a comprender que aquello no era un accidente.

Aaliyah tropezó en el asfalto. Uno de los hombres la sujetaba por la cintura, el otro por el brazo. No con brutalidad. Con oficio. Su cuerpo era un objetivo, no una persona. Esa era la forma más cruel de eficiencia.

Andy estaba a tres pasos.

Golpeó al hombre de la cintura con toda la fuerza en el flanco, justo donde el equilibrio estaba expuesto. Él soltó a Aaliyah. Por un momento. Exactamente uno. Debería haber bastado.

Entonces una tercera mano surgió del furgón por la izquierda. No un hombre entero. Solo aquel agarre, perfectamente calculado, mientras Omar seguía manteniendo ocupada la izquierda y Victor recuperaba el ángulo medio segundo tarde.

Aaliyah no fue cargada.

Fue absorbida hacia dentro.

Un tirón. Un interior oscuro tras la puerta corredera abierta. Su cara visible durante un segundo, no gritando, solo abierta por el shock. Después, metal. Movimiento.

Andy alcanzó el furgón cuando la puerta ya se cerraba.

Llegó a golpear el marco, tiró de él, no logró abrirlo porque el conductor aceleró en ese mismo instante. Omar respondió, disparó, alcanzó la parte trasera, no el neumático, no al conductor. Demasiado movimiento. Demasiada falta de línea limpia. El furgón se lanzó hacia la izquierda, rozó casi al autobús, cruzó la calzada y, en ese mismo desorden, ganó los dos segundos que necesitaba un buen operativo.

Andy dio un salto atrás para no quedar bajo el vehículo.

El furgón se fue.

No invisible. No fuera del mundo. Solo fuera de su mano.

El coche dos se colocó por fin a su lado. Demasiado tarde. El furgón negro del flanco izquierdo arrancó también, como parte de un plan que nunca había estado diseñado para quedarse el tiempo suficiente como para convertirse en un tiroteo abierto. El familiar plateado de delante estaba ya abandonado. Su conductor muerto o inutilizado. Irrelevante.

La calle se llenó de ruido. Ahora sí la gente gritaba de verdad. Alguien llamaba a la policía. Un pasajero del autobús golpeaba la ventanilla. Cláxones. Pasos. Ese sonido horrible y sin dirección del pánico civil.

Y en medio de todo aquello Andy estaba de pie sobre el asfalto, mirando el punto exacto donde un segundo antes Aaliyah había estado al alcance de la mano.

Ningún colapso.

Todavía no.

Primero, estructura.

—¡Dirección de huida a la izquierda, noroeste! —gritó Omar por radio—. Furgón negro, parte trasera dañada, matrícula no limpia…

—¡Cerrad todas las salidas! —lo cortó Andy—. ¡Puerto y ronda, ya! ¡Victor, estado!

Victor se apretaba el hombro con una mano, y la sangre oscura le empapaba ya la tela.

—Estoy bien.

Mentira. Mentira funcional.

—¿Conductor?

—Ileso.

—Coche dos, detrás de ellos, pero no solo. Que el vehículo tres cierre. Informad a la policía, pero sin exposición total. Primero, canal interno.

Se oyó a sí misma hablar rápida, clara, exactamente en el orden que quedaba cuando todo lo demás ya se había rasgado. Omar estaba ya otra vez en la radio. Haddad entraba desde la residencia. Alguien del Ministerio del Interior. Otro canal más. Demasiadas voces. Demasiados datos. Todos útiles. Ninguno suficiente.

Victor se acercó. Demasiado pálido.

—Mitchell...

Andy lo miró solo un instante. No porque no importara. Sino porque cada segundo adicional costaba algo que ya estaba en movimiento.

—Compresión sobre la herida. En el coche. Omar conduce.

—La vamos a perder.

No nosotros, pensó Andy. Yo.

No lo dijo.

—Todavía no —contestó.

Pero en cuanto lo pronunció supo ya que, al menos en parte, estaba mintiendo. No en lo operativo. Estratégicamente aún no. Tenían dirección, tipo de vehículo, daño en la parte trasera, primeros puntos de cierre en la ciudad. Todo lo necesario, en esos primeros segundos, para conservar una posibilidad.

Y, aun así, dentro de ella se había abierto ya ese vacío frío, perfectamente limpio, que no podía llenarse con órdenes.

Ya no estaba.

No detrás de una puerta. No bajo una manta. No a una frase de distancia.

Aaliyah había desaparecido.

La calle a su alrededor era ya ruido, gente, cláxones, caras descompuestas y restos de un ataque que había durado exactamente lo que necesitaba un plan bueno para cortar un sistema sin destruirlo del todo. Un muerto en el familiar. Un segundo hombre del equipo arrodillado junto al autobús, con la mano sobre una herida que no parecía mortal de inmediato. Omar hablando a la vez en dos canales. A Victor metiéndolo a la fuerza en el coche dos porque la sangre estaba ya por encima de la función, quisiera él o no.

Andy se quedó quieta un segundo de más.

Quizá no para los demás. Solo para sí misma.

Lo justo para comprender lo que acababa de ocurrir.

Esta vez no había bastado.

Luego volvió a moverse.

No más deprisa. Más dura.

—Quiero todas las cámaras del recorrido de los últimos diez minutos —dijo—. Nada de líneas abiertas, solo equipos verificados. Nadie habla con la prensa. Nadie dice su nombre por radio. ¿Entendido?

Las confirmaciones regresaron. Limpias. Inmediatas.

Fue hasta el primer coche, abrió la puerta, recogió la tableta que había caído en el asiento del copiloto durante el ataque, desplegó el mapa de la ciudad y miró las rutas marcadas en rojo que se actualizaban ante ella en fracciones de segundo. Posibles salidas. Puntos de cierre. Tráfico. Puerto. Túneles. Circunvalación. Demasiadas opciones. Y, aun así, no infinitas.

Se podía arrancar a un objetivo.

Se podía comprar tiempo.

Pero nadie desaparecía de una ciudad sin dejar algún patrón detrás.

Andy miró el mapa, siguió oyendo la radio, siguió oyendo a Omar, a Haddad, a un médico que preguntaba por competencias, y debajo de todo aquello había algo que no tenía nada que ver con ninguno de esos sonidos.

Ausencia.

El hueco del asiento trasero.

Esa media fracción de segundo en que la cara de Aaliyah aún había estado visible antes de que la puerta se cerrara.

Había reaccionado correctamente. De inmediato. Había estado en cada paso donde tenía que estar. Había roto el primer acceso, casi también el segundo. Había elegido bien el ángulo, había sostenido la línea, no había cometido el error de disparar a ciegas. Y, sin embargo, no había bastado.

No porque hubiera sido débil.

No porque hubiera dudado.

Sino porque el plan había sido lo bastante bueno como para convertir dos segundos perdidos en un secuestro.

El vacío que dejaba aquello no tenía nada que ver con el shock. No, al menos, en su primera forma. Se parecía más a una falta brutal. Un espacio interior en el que normalmente estaba la siguiente decisión y donde ahora, durante un solo instante inadmisible, solo había una frase:

La tienen.

Andy cerró los ojos una fracción de segundo.

Después los abrió de nuevo y dio la orden siguiente.

Capítulo 21

Cuando regresaron a la residencia, la casa seguía siendo la misma.

Fachada blanca. Ventanales altos. Personal moviéndose con la discreción suficiente como para no parecer nunca parte de una emergencia. Hombres de traje oscuro en lugares erróneos y, a la vez, exactamente correctos. Puertas que podían abrirse sin hacer ruido, como si aquella arquitectura no hubiera contemplado jamás que alguien con sangre en el hombro, polvo de cristal en la chaqueta y un transmisor lleno de información entrecortada fuera a cruzarlas.

Andrea Mitchell entró en el patio interior sin detener la mirada en nada más de lo imprescindible.

No por evasión. Por disciplina.

A Victor ya lo habían metido en el coche de atrás, con el hombro vendado de forma provisional, consciente, pálido y lo bastante furioso como para seguir siendo funcional. Omar se había hecho cargo ya de la primera coordinación móvil y hablaba a la vez por dos canales. Haddad esperaba en la entrada, con una expresión externamente controlada y unos ojos que ya llegaban tarde.

Andy ni siquiera salió del todo del modo de ataque. Abrió la puerta trasera del coche de un tirón, sacó la tableta, la carpeta de documentación y el transmisor de repuesto, y cruzó el pasillo en el mismo movimiento.

—Quiero el centro de situación abajo —dijo a Haddad, sin mirarlo—. Todos los canales de vídeo de los últimos treinta

minutos, no solo los oficiales. Cámaras de tráfico, conexiones privadas, accesos de hoteles, aparcamientos. Todo lo que estuviera en la ruta.

—Ya está pedido.

—No pedido. Traído.

Haddad no comentó nada. Probablemente porque ya conocía la diferencia.

Omar iba detrás de ella, con el teléfono apretado contra la oreja.

—La policía de la ciudad está cerrando la ronda y los accesos al puerto. Interior está conteniendo la notificación oficial mientras no aparezcan imágenes en prensa.

—Bien. —Andy siguió andando—. ¿Vehículo tres?

—Tomó la pista y luego la perdió. El furgón cambió por el paso inferior, y allí la cámara estaba caída.

Por supuesto que estaba caída.

Ella se limitó a asentir y empujó la puerta de la pequeña sala de reuniones del ala norte, que en los últimos días había vuelto a convertirse en lo que casas como aquella reservaban para las crisis: ya no una habitación, sino una caja de conexiones hecha de personas, mapas, teléfonos y pánico cuidadosamente reprimido.

Sobre la mesa había ya planos de la ciudad. Un empleado del Ministerio del Interior hablaba con un hombre del equipo local de seguridad, ambos con esa clase de prisa objetiva que solo se volvía peligrosa cuando empezaba demasiado tarde. Una pantalla de la pared mostraba la primera visión general de las cámaras de tráfico. Otra, la entrada privada de un banco situado en el trayecto. Uno de los analistas tecleaba ya parámetros de búsqueda con una precisión febril en un sistema que era demasiado lento para lo que necesitaban.

Andy dejó la tableta sobre la mesa, abrió el mapa y dijo, sin levantar la voz:

—No vamos a tratar esto como si hubieran huido de la ciudad. No ha sido un acceso improvisado para esconderse en cualquier sitio. Esto estaba preparado. Tienen un punto intermedio. Quiero naves, garajes y espacios cerrados asegurables en un radio de doce minutos desde el ataque, no más.

El analista alzó la vista.

—¿Doce minutos?

—Doce minutos hasta la primera revisión limpia, si no cambian de vehículo. Menos, si lo hacen. No vamos a regalarles más.

—Entendido.

—De momento no hay petición económica —dijo Omar, todavía medio en el teléfono—. Ningún comunicado. Ningún canal de reivindicación.

Andy miró la pantalla, en la que el furgón negro aparecía como un rectángulo pixelado cruzando tres semáforos y luego desapareciendo en el vacío de una cámara averiada.

—Todavía —dijo.

Alguien le alargó un resumen de los indicios anteriores. Los mismos nombres. Los mismos fragmentos. El mismo movimiento mal delimitado en el borde de unos acontecimientos que llevaba semanas sin gustarle. Solo que ahora esos fragmentos tenían un centro. Un cuerpo. El de Aaliyah.

No apartó los papeles. Los repasó mientras hablaba.

—La operación no tenía motivación financiera. No hubo comportamiento de negociación en el lugar. No perdieron tiempo. No usaron más violencia de la necesaria para el objetivo. El familiar era el bloqueo, el furgón el punto de extracción, y el tercer hombre solo estaba para la cobertura secundaria. Esto no es un equipo amateur ni una oportunidad improvisada.

Haddad seguía a un lado de la mesa, con las manos cerradas en puños aunque las mantuviera a la espalda.

—Está pensando en Nadir.

Andy lo miró por fin.

—Sí.

Era la primera vez que el nombre se pronunciaba en voz alta dentro de aquella sala.

Nadie reaccionó de inmediato. Pero el aire cambió. No porque los demás no conocieran el nombre. Sino porque, en espacios como aquel, poner nombre a algo marcaba siempre la diferencia entre una amenaza difusa y una dirección concreta que, al mismo tiempo, era política, personal y operativa.

—No hay confirmación —dijo el hombre del ministerio.

—Todavía —repitió Andy.

Seguía moviéndose, incluso quieta junto a la mesa. Quizá era lo único que la mantenía a salvo de sentir cuánto había crecido ya la ausencia. Ordenaba datos, trayectos, tipos de vehículo, tiempos de respuesta, posibles puntos de relevo. Hacía preguntas, porque en su idioma las preguntas seguían siendo la forma más limpia de combatir el vacío.

—¿El conductor del autobús?

—Declarando.

—¿Testigos de la acera?

—Demasiados. Demasiado poco útiles.

—¿El conductor muerto del familiar?

—Todavía sin identificar.

—¿La interferencia de radio?

—Pequeña a nivel técnico. Lo bastante dirigida.

Andy asintió. Todo confirmaba lo que ya sabía: aquello no estaba planeado para ser vistoso. Estaba planeado para ser preciso. Lo justo para desviar durante segundos un sistema dentro de una ciudad densa, sin llegar nunca a parecer un ataque militar. Nada aparatoso. Nada espectacular. Solo el uso

brutal de un espacio donde los sistemas trabajaban por transiciones.

Y aun así, había perdido.

No porque hubiera reaccionado mal. Eso lo sabía de forma racional. Casi fría. Cada uno de sus movimientos en la calle había sido correcto. Había roto la primera línea de acceso, había leído el segundo ángulo, no había disparado a ciegas, había sostenido la estructura donde tocaba sostenerla. Nada de aquello había sido debilidad. Nada, negligencia.

Simplemente no había bastado.

Quizá esa era la peor verdad.

Siguió escuchando, formulando más preguntas, pidiendo nuevas imágenes, corrigiendo competencias. Seguía funcionando.

Pero, entre dos fotogramas de cámara en los que el furgón aparecía primero nítido y luego convertido otra vez en una masa oscura, algo se abrió dentro de ella.

No en la sala. No de forma visible para nadie. Solo en esa brevísima fracción en que su mirada se quedó detenida en una imagen fija del coche que había perdido el control del acceso en el cruce: la puerta abierta, Victor a medio entrar en el encuadre, Aaliyah ya fuera de la imagen, solo ese hueco diminuto y vacío donde un segundo antes todavía había estado.

El cuerpo le recordó las cosas antes que la mente.

No el acceso en sí. Algo más antiguo.

Calor. Polvo en la garganta. Esa sensación de que el aire es demasiado seco para los gritos. No el contenido del recuerdo. Solo su forma corporal. Metal golpeando en alguna parte. Comunicación por radio que volvía clara demasiado tarde. La certeza de que bastaban medio segundo y un mal ángulo para convertir una estructura en vacío.

Andy apoyó dos dedos un instante contra el borde de la mesa.

Nadie lo advirtió.

No vio realmente arena delante de sí, ni el color de otro paisaje, ni la cara del hombre al que entonces no había alcanzado a tiempo. Para eso, el recuerdo se había vuelto demasiado disciplinado. Ya no llegaba en forma de imagen. Llegaba como reacción. Como esa frase fría y perfectamente nítida dentro del cuerpo:

No otra vez.

No había sido solo un error. Había sido una repetición.

No en un sentido técnico. Ni operativo. Algo mucho peor. Una línea que corría desde entonces hasta aquel momento y que de pronto resultaba demasiado limpia como para ser casual.

—¿Mitchell?

La voz de Haddad la devolvió a la sala, sin que pareciera que en realidad hubiera llegado a salir de ella.

—Sí.

—Khalid está de camino.

Por supuesto.

Andy se limitó a asentir y volvió a fijar la mirada en el mapa.

—Bien.

La sala siguió trabajando. Cámaras. Perímetros. Radio de búsqueda. Avisos a hospitales. Victor ya estable, pero fuera de servicio. Omar en coordinación exterior. Todo seguía avanzando. Nada de ello devolvía a Aaliyah.

Khalid Al-Hadi entró cinco minutos después, y toda la estancia se tensó de nuevo a su alrededor con una precisión apenas perceptible.

No parecía destruido. Ni siquiera visiblemente conmocionado. Solo controlado de un modo mucho más peligroso que cualquier pánico abierto. Abrigo oscuro, ni un cabello fuera de sitio, el rostro más duro que de costumbre y en los ojos esa clase de oscuridad concentrada que no le llega

a nadie solo por preocupación. Miró primero las pantallas. Luego a Andy.

—Dígamelo.

Nada de saludo. Ningún rodeo.

Andy no le tendió documentos de inmediato. Dijo:

—Acceso planificado. Al menos tres vehículos, un equipo principal de como mínimo cuatro. Sin motivación económica, sin comportamiento improvisado. Parto de la base de que estamos ante Nadir Rahmani hasta que tengamos algo que demuestre lo contrario.

Khalid bajó la vista al mapa. Tenía la mano apoyada, plana, sobre el canto de la mesa, y Andy vio que no temblaba en absoluto. Eso era lo peor de hombres como él. Que incluso en mitad de una catástrofe seguían llevando en el cuerpo la serenidad de quienes habían aprendido durante décadas a controlar primero todo lo público.

—Viva —dijo.

No era una pregunta.

—Sí —respondió Andy—. El acceso estaba orientado a extracción. No a eliminación.

Un hombre del ministerio empezó a decir algo sobre las consecuencias políticas. Khalid lo cortó con una mirada, sin llegar siquiera a enfocarlo del todo.

—¿Cuánto tardaremos en recibir una comunicación?

Andy contestó antes de que el otro llegara a coger aire.

—Si es Rahmani de verdad, pronto. Demasiado pronto.

—¿Por qué?

—Porque esto no es una desaparición silenciosa. El acceso ha sido demasiado expuesto. —Miró los fotogramas, luego volvió a mirarlo a él—. Quiere que usted sepa que la tiene.

Khalid guardó silencio.

En la sala todo seguía en movimiento. Teclados, radios, voces. Y, sin embargo, aquella sola verdad había cobrado de

pronto el peso suficiente para ordenar todo lo demás a su alrededor.

La comunicación llegó veinte minutos después.

No por un canal aparatoso. Ningún vídeo subido a un servidor anónimo, ninguna difusión pública, ninguna escenificación grandilocuente. Un archivo cifrado, enviado directamente a un canal de seguridad del ministerio, como si quien lo enviaba supiera perfectamente qué sistemas se tomaba en serio y cuáles existían solo para los espectadores.

El analista lo abrió. Primero una imagen. Luego sonido.

Andy no se acercó más a la pantalla, pero todo en ella se orientó hacia ella.

Aaliyah estaba sentada en una silla. La imagen era lo bastante borrosa como para no permitir leer el entorno con claridad y, aun así, lo bastante nítida para reconocerle la cara. Estaba despierta. Pálida. Sin señales visibles de heridas graves. No se le veían las manos atadas en el encuadre, pero la postura decía lo suficiente. Detrás, hormigón desnudo, una viga de acero, una luz colocada demasiado arriba. No se veía a nadie más.

Luego una voz. Fuera de campo. Grave, controlada, sin prisa.

—Vienes solo.

Nada de saludos. Nada de explicaciones. Ningún regodeo teatral.

—Sin equipo. Sin armas. Sin Estado. Si tengo la más mínima impresión de que no has entendido de qué va esto, ella muere primero. Después podrás ver cómo el resto de tu mundo corre la misma suerte.

El analista no detuvo el vídeo. Siguió cinco segundos más, en los que Aaliyah no habló. No gritó. No suplicó. Solo se la veía tratando de fijar la mirada en algo situado fuera del encuadre.

Y luego terminó.

Silencio.

Nadie dijo nada de inmediato. Eso fue lo más extraño. No la amenaza. No la precisión. Sino el hecho de que estuviera formulada con tanta claridad que incluso los hombres más profesionales alrededor de la mesa necesitaran una respiración entera para volver a encontrar lenguaje.

Fue Khalid el primero en hablar. Una sola palabra.

—Solo.

Andy oyó en esa palabra todo lo que allí no era solo estrategia.

Rahmani no quería una negociación. Ni un escenario. Ni dinero. Ni política en el sentido habitual. Quería a Khalid. Quería sacar al hombre al que consideraba responsable de la muerte de su hijo de cualquier capa de protección estatal y obligarlo a entrar en una situación en la que el poder ya no pudiera delegarse.

Aquello no era un secuestro en el sentido clásico. Era una conducción.

—Mandará luego la ubicación —dijo Andy.

El representante del ministerio se volvió de golpe.

—Eso es una trampa.

—Sí —dijo Andy.

—Entonces, por supuesto, no vamos a…

Khalid lo miró, y el resto de la frase murió en la sala antes de llegar a completarse.

—Iré —dijo.

El hombre del ministerio volvió a empezar al instante.

—No. Eso no…

—Iré.

Andy no dijo nada.

No porque estuviera de acuerdo. No porque no viera la locura de aquella decisión. Sino porque en el mismo instante en que había visto a Aaliyah en aquella pantalla había entendido ya que cualquier oposición visible dentro de aquella

habitación no cambiaría nada. Rahmani no se había limitado a escribir las reglas. Las había extraído de la historia de Khalid. De la culpa, del poder, de la venganza. Ahí estaba la perfección del plan.

Khalid se volvió hacia Andy.

—Dígame que tenemos otra opción.

Era quizá la cosa más sincera que le había oído decir jamás.

Andy lo sostuvo con la mirada el tiempo suficiente para que cualquier consuelo falso hubiera resultado un insulto.

—No sin asumir un riesgo que él ya ha calculado —dijo.

Khalid asintió una vez. No porque la respuesta lo consolara. Sino porque confirmaba algo que él ya sabía.

El representante del ministerio soltó una maldición en voz baja. Haddad miró la mesa como si esperara encontrar allí otra lógica. Omar seguía junto a la puerta, con el transmisor en la mano y los hombros duros por la tensión.

En toda la sala, Andy era la única que seguía exteriormente en calma.

Solo ella sabía cuánta violencia le costaba ya esa calma.

Khalid se inclinó sobre la mesa, apoyando ambas manos en el borde, y dijo:

—Entonces le enviaremos lo que pide.

Esta vez nadie lo contradijo de inmediato. Tal vez porque todos comprendían que aquella conversación había dejado ya de ser realmente política. Había llegado a un lugar donde los padres y los hombres que llevaban años confundiendo poder con estrategia quedaban reducidos de pronto a una verdad brutalmente sencilla: alguien tenía a su hija. Y lo quería a él.

Andy miró la pantalla negra, donde el rostro de Aaliyah seguía flotando todavía en la postimagen aunque el vídeo hubiera terminado hacía rato.

No dijo que aquello era un camino calculado hacia una segunda catástrofe. No porque no fuera cierto. Sino porque, en ese mismo instante, entendió otra cosa: si Khalid iba,

Rahmani se sentiría seguro. Lo bastante seguro como para desplegar la segunda mitad de su plan.

Y justo ahí estaba la única posibilidad real.

No lo verbalizó.

No en aquella sala. No delante de Haddad, de Omar, del ministerio, no delante de Khalid. Aquello no era negociable. En cuanto se pusiera en palabras, se convertiría en algo que otros tratarían de impedir o controlar. Y eso no podía ocurrir.

—Necesitamos la ubicación en cuanto la envíe, completa y limpia —dijo en cambio—. Nada de canales abiertos. En cuanto entre el punto de encuentro, todo se calibrará en torno a él.

Khalid asintió.

—Hágalo.

Andy le devolvió la mirada. Un segundo de más, quizá. Lo suficiente para que él entendiera hasta qué punto iba ya por delante. No lo bastante como para que nadie pudiera leer su decisión verdadera.

La sala siguió trabajando. Más dispositivos. Más conexiones. Más tensión.

Andy se desplazó al extremo de la mesa, acercó su tableta y empezó a preparar parámetros para un radio de búsqueda y aproximación que oficialmente todavía no podía conocer. Viejas naves industriales. Cámaras frigoríficas abandonadas. Almacenes de puerto o de extrarradio. Lugares donde el hormigón, el acero y las cámaras deficientes se convertían en aliados perfectos. Mientras tecleaba, lo sabía ya con una claridad que nada tenía que ver con la ambición profesional:

No iba a quedarse fuera.

No aquella vez.

No otra vez.

No se lo dijo a nadie.

No dijo ya nada que fuera más allá de la función necesaria. Era la única protección que aquella decisión requería.

Cuando levantó la vista, toda la sala estaba trabajando alrededor de la decisión de Khalid. Pero la suya ya estaba tomada.

Capítulo 22

Andrea Mitchell rara vez tomaba decisiones en el momento en que se volvían visibles.

La mayoría se cerraban antes. En una mirada, en un desplazamiento sospechoso sobre un mapa, en la forma en que alguien pronunciaba una frase mientras aún fingía estar eligiendo entre varias posibilidades, cuando en realidad ya solo quedaba una. Las decisiones solían hacerse visibles más tarde: cuando alguien subía a un coche, quitaba el seguro de un arma, abandonaba un camino sin abandonarlo oficialmente. Cuando una persona se ponía en movimiento y los demás comprendían solo entonces que lo importante había ocurrido mucho antes.

Khalid Al-Hadi había tomado la suya en la sala de reuniones, en el instante en que dijo que iría.

Andy había tomado la suya en ese mismo momento.

Solo que no la dijo en voz alta.

El mensaje con el punto de encuentro llegó poco menos de una hora después. Unas coordenadas exactas, demasiado precisas para ser improvisadas, y una indicación breve que destruía cualquier margen de maniobra: solo, sin armas, directo. No habría segunda oportunidad. No habría Estado.

Un antiguo recinto industrial en el borde del puerto, clausurado hacía años; algunas naves se usaban ahora solo como almacén provisional o no se usaban en absoluto. Demasiado hormigón. Demasiados ángulos muertos. Demasiado poca presencia humana. Perfecto, si uno quería

arrastrar a un hombre hacia una nada controlada sin darle la sensación de haber caído del todo fuera del mundo.

La sala de abajo en la residencia volvió a llenarse al instante de voces, mapas, lógica de seguridad, objeciones, términos políticos que no tenían nada que ver con la cara de Aaliyah en el vídeo y que, sin embargo, orbitaban exactamente a su alrededor. Ministerio del Interior. Bloqueo de comunicaciones. Posibles accesos. Imágenes de dron. Valoración del riesgo. Hombres sopesando cada palabra, porque en su mundo los errores solían empezar por una formulación equivocada.

Andy los dejó hablar.

Se quedó en un extremo de la mesa, con la tableta en la mano, haciendo exactamente lo que todos esperaban de ella: analizaba el lugar, formulaba las preguntas correctas, pedía los planos existentes, corregía un radio, descartaba dos opciones claramente inútiles. Hablaba en el idioma de la sala, con la precisión suficiente para que a nadie se le ocurriera pensar que, en realidad, estaba haciendo algo más.

Y lo estaba.

Amplió la imagen satelital. Colocó al lado el plano antiguo de las naves. Estudió los accesos. La entrada por agua a ciento cincuenta metros. La explanada de hormigón frente a la nave 4, lo bastante amplia como para mantener a Khalid a la vista y lo bastante cerrada como para permitir al adversario controlar cualquier segunda línea. Los edificios auxiliares, medio tragados por la sombra en las imágenes. Las salidas. Los ángulos. Las alturas.

Preguntó por los planos antiguos.

Preguntó por los últimos usuarios del recinto.

Preguntó si el acceso inferior del lado este seguía siendo transitable.

A nadie le extrañó. Eran las preguntas correctas.

Solo que nadie se preguntó por qué las estaba formulando exactamente en ese orden.

Cuando Khalid abandonó por fin la sala para cambiarse y poner en marcha la primera parte de aquel plan absurdo, quedó durante un instante algo parecido a un hueco en la reunión. No porque su ausencia cambiara gran cosa en términos organizativos. Sino porque todos los presentes sabían ya, con absoluta precisión, que la teoría estaba empezando a convertirse en acción.

Andy aprovechó precisamente ese hueco.

—Necesito cinco minutos a solas con los planos —dijo, sin dirigirse a nadie en concreto.

El hombre del ministerio quiso responder, seguramente alguna observación sobre coordinación. Haddad se le adelantó.

—Se los damos.

Era un resto de confianza. O de agotamiento. Quizá solo el hecho de que Andy hubiera tenido razón demasiadas veces en los últimos días como para discutirle seriamente cinco minutos.

Cuando la sala se vació, no cerró la puerta. Eso habría llamado la atención. La dejó entornada, oyó pasos en el pasillo, voces, el clic de un transmisor. Todo como debía sonar si nadie tenía que pensar que, justo en ese momento, se estaba apartando de la estrategia común.

Amplió la imagen satelital, colocó a su lado el plano antiguo de la nave y no trabajó más deprisa, sino con más concentración.

Nave 4 como punto oficial de encuentro. Acceso abierto por la vía oeste. Explanada sin cobertura, de modo que Khalid tuviera que exponerse de verdad. Pero: un corredor de mantenimiento detrás del edificio auxiliar del norte, marcado en el plano como trazado de servicio. Sin acceso oficial ya. Parcialmente oculto desde fuera por restos de andamio y

chapa. Justo donde podría llegar alguien que no debía ser visto y supiera qué estaba buscando.

Sacó un segundo mapa. Curvas de nivel. El terreno anexo. La escalera metálica oxidada del borde norte, quizá todavía utilizable, quizá no. Dos posibles puntos de observación sobre el patio. Uno, demasiado expuesto. El otro, lo bastante hundido en sombra si se avanzaba bien.

No necesitaba una opción perfecta.

Solo una suficientemente buena.

Después subió a su habitación en el ala superior.

No deprisa. A la misma velocidad a la que también habría ido a cambiarse de ropa de intervención. El pasillo estaba vacío. Detrás de una puerta entreabierta alguien hablaba por teléfono en francés. Desde abajo llegaba, de forma intermitente, la voz del representante del ministerio y luego otra vez solo la respiración amortiguada de la casa.

En su cuarto, la bolsa seguía medio abierta en una esquina; desde la vuelta de la casa segura nunca la había deshecho del todo. Abrió el cajón del armario pequeño y sacó la segunda funda que había guardado allí la primera noche, cuando todavía parecía que la prudencia podía bastar. Un cargador de repuesto. Un cuchillo estrecho, no por gusto, por costumbre. Una chaqueta oscura, menos visible que la que llevaba abajo. El auricular. Los guantes.

Nada de aquello estaba improvisado.

Justo eso era importante.

No cambió todo su equipo, solo lo necesario para marcar la diferencia entre alguien que participa en una intervención oficial y alguien que necesita alcanzar sin ser visto un ángulo equivocado.

En el espejo del armario se vio la cara apenas un instante. No porque no quisiera mirarse. Más bien porque, en momentos así, los espejos siempre tenían algo de inútil. No reflejaban nada que ella no supiera ya: que estaba cansada,

que el arañazo de la mandíbula casi había desaparecido, que sus ojos parecían más claros cuando la tensión subía, y que nunca era buena señal.

Comprobó el seguro. Una vez más. Luego deslizó el segundo mapa en el interior de la chaqueta, tan plano que ningún movimiento pudiera delatarlo.

Andy no pidió permiso.

Habría sido la forma más absurda de deshonestidad.

Abajo, en la sala de reuniones, el plan oficial seguía avanzando. Cuando regresó, Khalid estaba otra vez en la estancia, ya con el abrigo oscuro, el rostro sereno de esa manera peligrosa que solo dominan los hombres acostumbrados a confundir poder con compostura. Omar discutía con un analista el radio del cierre silencioso. Haddad tenía la mano apoyada en el borde de la mesa. El representante del ministerio hablaba de niveles de escalada como si aquello fuera, ante todo, papel.

Andy se quedó al margen.

—La entrada por la vía oeste está limpia —dijo—. Y precisamente por eso no me gusta.

Khalid alzó la vista hacia ella.

—¿Alternativa?

—Ninguna que no despierte sospechas de inmediato.

—Entonces sigue siendo por el oeste.

Andy asintió. Por supuesto que seguiría siendo por el oeste. Esa nunca había sido la verdadera cuestión.

La verdadera cuestión era solo si lograría salir a tiempo de la lógica oficial sin que nadie se lo impidiera.

—Alejamos más la línea exterior —dijo—. Si Rahmani tiene visual de vehículos estatales, puede abortar el plan antes de que estemos siquiera en rango.

El representante del ministerio frunció el ceño.

—Si la retiramos demasiado, perdemos…

—No —lo interrumpió Andy con calma—. Pierden la ilusión de control. No es lo mismo.

Nadie la contradijo al instante.

Miró la hora. Quedaban veintiséis minutos para la salida. Suficiente, si desaparecía en el momento correcto. Muy poco, si antes alguien decidía hacer las preguntas equivocadas.

Khalid se ajustó el abrigo.

—Iré solo.

Nadie dijo ya nada nuevo sobre eso. No porque de pronto existiera acuerdo. Sino porque, a esas alturas, cualquier objeción sería ya solo una forma de ruido.

Andy lo observó y vio con claridad que había decidido cargar con aquel trayecto como si fuese un acto de responsabilidad. No de miedo. No de culpa. Responsabilidad era la palabra que hombres como él utilizaban cuando la verdad era bastante más fea.

—Si le deja hablar, haga lo que haga falta para verla antes de intentar cualquier otra cosa —dijo Andy.

Khalid levantó apenas la barbilla.

—Habla como si después todavía nos quedara margen.

Andy lo sostuvo con la mirada.

—Solo lo tendremos si primero consigue verla.

Fue quizá la única frase en la que estuvo a punto de decirle demasiado.

Él asintió de todos modos. Tal vez porque oyó solo frialdad operativa. Tal vez porque no podía permitirse mirar más de cerca.

El movimiento empezó poco después.

No de forma aparatosa. Ninguna caravana que oliera de inmediato a Estado. Ninguna coreografía armada en la entrada. Solo un coche oscuro esperando en la explanada. Dos conductores. Un hombre del equipo interior para el trayecto hasta las proximidades del punto. Más atrás, invisible, la

estructura preparada de vehículos que oficialmente no acompañaban, pero se mantenían en alcance.

Khalid salió primero.

Andy estaba en el pasillo del lado norte y lo vio alejarse sin que nadie leyera en ello otra cosa que no fuera supervisión profesional. La residencia olía a cera, café y al resto de un orden que, aquel día, no iba a bastar. En algún lugar del piso superior se cerró una puerta. Por una fracción de segundo pensó en Aaliyah de pie en aquella escalera, creyendo que la seguridad era algo que otros llevaban encima junto a los marcos de las puertas.

Luego apartó el pensamiento y lo devolvió a la parte de sí misma donde aún podía seguir siendo útil.

Esperó a que el coche de Khalid dejara la entrada y a que el primer contacto por radio se desplazara a la vía principal. Entonces cogió la tableta, le dijo a Omar:

—Voy a revisar una vez más la zona norte.

Y echó a andar en dirección contraria.

No deprisa. No a escondidas. Como una parte más de la misma circulación que llevaba horas atravesando toda la casa.

Solo en la salida lateral, donde el segundo coche ya la esperaba —discreto, con un conductor al que ella misma había elegido aquella mañana precisamente porque no hacía preguntas cuando las respuestas solo molestaban—, la decisión se convirtió en acción.

—¿Vamos solo nosotros? —preguntó él.

—Sí.

Él asintió y arrancó.

La ciudad pasó a su lado de otra manera.

No como un peligro abierto. Ni siquiera como un enemigo visible. Más bien como una estructura de calles, semáforos, patios industriales, puentes y accesos que, para la mayoría de la gente, no eran más que infraestructura, pero que para Andy llevaban años formando una lengua en la que se leían

coberturas, embudos, vías de escape y malas decisiones sin necesidad de pensarlo. Iba sentada atrás, a la derecha, no delante, y miraba a través del cristal tintado una ruta distinta a la de Khalid, aunque en un punto acabaría confluyendo con ella. El conductor no habló. La radio se mantuvo en el canal mudo. Nada de tráfico oficial. Solo la respiración grave y espaciada de un plan que, a partir de ahí, ya no necesitaba palabras.

No pensó en Aaliyah.

Claro que pensó en Aaliyah.

No en las últimas palabras entre ellas. No en aquella mirada en la casa segura ni en el peso de su cuerpo contra el suyo sobre el sofá. No de forma directa. Esas cosas, en movimiento, no servían. Pensó en el hueco sobre la calzada. En la media fracción de segundo en que la puerta del furgón se había cerrado. En el sonido del metal. En cómo su propio cuerpo había recordado antes de que surgiera ningún pensamiento consciente.

No otra vez.

No era un recuerdo completo. Ni limpio. Ni una historia que pudiera contarse con principio, nudo y desenlace. Solo conocimiento del cuerpo. El calor de otro paisaje. El ruido de radio volviendo nítido demasiado tarde. Alguien perdido porque el sistema se había rasgado en un mal ángulo y dos segundos de margen insuficiente. Entonces se había visto obligada a permanecer a cubierto para salir con vida. Supervivencia antes que acceso. Función antes que impulso.

Aquella vez era distinto.

No se agachaba para conservarse.

Se apartaba para poder intervenir.

Esta vez no era una huida. Era un plan.

El coche abandonó la gran avenida y tomó la carretera lateral del puerto. El entorno se volvió más feo. Más útil. Naves, chatarrerías, edificios administrativos bajos, agua

marrón en canales, pilas de contenedores detrás de vallas. Nada allí quería ser visto mientras siguiera funcionando. Terreno perfecto para hombres convencidos de que el resto del mundo ya no mira demasiado de cerca cuando lo que tiene delante es industria y utilidad.

—Siete minutos —dijo el conductor.

Andy asintió. Sacó una vez más el mapa. No porque lo necesitara. Sino porque, en momentos así, las manos prefieren hacer algo a reconocer la verdad del propio pulso.

No recorrieron en coche el último tramo.

—Aquí —dijo ella.

El conductor metió el vehículo en una pequeña bolsa vacía detrás del esqueleto oxidado de un camión. Desde allí la línea sur del recinto industrial aún no se veía de forma directa. Exactamente como debía ser. Andy bajó, se ajustó la chaqueta y dejó que la mirada recorriera de inmediato vallas, descampado y borde de hormigón. El viento llegaba desde el agua con olor metálico, húmedo, mezclado con sal vieja y aceite.

—Espere —le dijo al conductor—. Motor apagado. Si en cuarenta minutos no he vuelto, va con Omar. No antes.

El hombre asintió. Sabía reconocer cuándo un trabajo ya no admitía preguntas.

Andy siguió a pie.

El lado norte del recinto era aún más desolador de cerca que en el plano. Cascotes, restos de muros a medio caer, una valla hundida en un punto; no reciente, pero utilizable. Detrás, una estrecha franja de mantenimiento marcada en el plano antiguo y que, en la realidad, parecía llevar años sin esperar que nadie mantuviera nada allí. Precisamente por eso servía.

Se agachó para pasar bajo la valla deformada y no se detuvo hasta que el edificio principal de la nave 4 quedó por fin a la vista.

Desde allí todavía no veía la explanada central; solo el borde del pabellón auxiliar, una pasarela metálica y la línea de sombra de un antiguo voladizo. El viento hacía chocar fragmentos sueltos de chapa en alguna parte de arriba. Un tramo de cadena repiqueteaba al compás del aire. Nada de aquello estaba vivo. Todo estaba hecho para tragarse los sonidos o devolverlos deformados.

Andy siguió avanzando agachada. No deprisa. Paso a paso, colocando cada movimiento para no delatarse contra cascotes, verjas oxidadas o láminas de metal. Se detuvo dos veces porque creyó oír voces. Ambas veces solo eran el viento y el eco de alguna actividad lejana del puerto. La tercera vez sí era una voz. Demasiado lejos para distinguir palabras. Lo bastante cerca para situar una posición.

Llegó a la vieja escalera metálica adosada al muro norte.

De cerca tenía peor aspecto aún que en las imágenes aéreas. Óxido, peldaños de rejilla sueltos, una barandilla en la que no debía confiarse. Pero resistió cuando cargó peso sobre ella. No sin hacer ruido. Solo lo bastante poco como para que el viento lo tragara si elegía bien el momento.

Arriba se abría un estrecho pasillo de mantenimiento entre el muro de la nave y una sala técnica medio abierta. Igual que en el plano. Desde allí no dominaba del todo la explanada. Pero veía lo suficiente.

Avanzó hasta el final de la cobertura, se detuvo y miró por primera vez hacia abajo, al punto de encuentro.

La explanada se extendía abierta ante ella, hormigón gris, marcas desvaídas y rotas, una zona libre en el centro que podía vigilarse desde varios lados. El coche de Khalid aún no había llegado. Bien. Dos todoterrenos oscuros esperaban al borde de la nave, lo bastante atrás como para parecer abandonados a simple vista. Demasiado bien aparcados para eso. A la izquierda, una puerta lateral abierta. No demasiado.

No invitando. Solo una rendija de oscuridad incrustada en el hormigón desnudo.

No necesitó más que unos segundos.

Dos hombres en el lado este, inmóviles en sus puestos, no patrullando. Uno junto a la puerta lateral abierta; solo se le veía parte del hombro y una pierna. Un cuarto hombre, probablemente dentro, porque nadie que montara algo así dejaba sin cubrir el flanco inmediato. Ningún rastro visible de Aaliyah. Ningún movimiento innecesario. Ninguna teatralidad.

Rahmani quería control. No espectáculo.

Andy se puso en cuclillas, no sacó aún el arma, solo apoyó la mano sobre ella y obligó a la respiración a entrar en una línea más estable. Todavía no. Actuar en ese momento habría sido solo un error bonito. Khalid tenía que llegar primero. Rahmani tenía que verlo. Tenía que sentirse seguro. Tenía que creer de verdad que el espacio estaba bajo su control.

Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia desde una capa de nubes a la que apenas había prestado atención en el trayecto. No lo bastante fuertes para estorbar. Solo lo bastante finas para oscurecer el hormigón y cambiar el olor del metal.

Abajo, en la vía de acceso, aparecieron faros.

Khalid.

Andy se hundió un poco más en la sombra del pasillo de mantenimiento, con el ojo pegado al borde de la cobertura, el cuerpo inmóvil, todo el sistema dentro de ella reducido a un solo punto.

Todo estaba preparado.

Todo ocupaba su sitio.

Y aquella vez no iba a llegar tarde.

Capítulo 23

El coche de Khalid avanzó por la explanada como si el lugar mismo hubiera estado esperándolo.

No de forma acogedora. Ni abierta. Solo preparado.

Visto desde arriba, el antiguo recinto industrial parecía una construcción diseñada expresamente para anular cualquier objeción moral o estética contra sí misma. Hormigón en distintas tonalidades de gris, oscurecido por la lluvia creciente. Estructuras metálicas oxidadas. Una puerta de nave entreabierta que, en vez de parecer menos imponente, resultaba más amenazadora. El agua empezaba a acumularse en charcos poco profundos sobre el suelo cuarteado, y cada uno de los pocos sonidos —el viento en la chapa suelta, un tintineo metálico en la lejanía, la vibración grave del motor cuando el coche de Khalid se detuvo— disponía de demasiado espacio como para sonar inocuo.

Andy permanecía tendida en su ángulo de sombra, metal y polvo viejo, obligando a su cuerpo a una quietud que no tenía nada que ver con la relajación.

Desde allí veía lo suficiente.

No todo. Pero sí lo suficiente.

El conductor de Khalid no detuvo el coche en el centro de la explanada, sino apenas a la izquierda, exactamente donde Rahmani había querido que estuviera: visible, expuesto, en una zona que obligaría cualquier intento de huida inmediata a convertirse en un movimiento a campo abierto. No había cobertura cerca. Ningún vehículo tras el que pudieran

protegerse. Los todoterrenos oscuros junto al borde de la nave seguían allí, como si no pertenecieran a aquel momento y, precisamente por eso, fueran su verdadera arquitectura.

Khalid salió solo.

Incluso desde aquella distancia, Andy veía hasta qué punto se estaba obligando a mantener el control. No estaba rígido. Tampoco ralentizado. Solo encerrado en esa forma precisa, casi cruel, de autocontención que hombres como él cultivan toda la vida, hasta lograr que incluso en circunstancias extremas parezca que únicamente les han puesto delante unas cifras equivocadas. El abrigo oscuro le pesaba sobre los hombros; la lluvia se le acumulaba ya en pequeños puntos brillantes sobre la tela, y durante un instante pareció fuera de lugar en aquel sitio, como algo perteneciente a otra lógica. Después avanzó tres pasos, se detuvo y esperó.

No dijo nada.

Eso era inteligente.

Ni exigencias. Ni la llamada del nombre de Aaliyah. Ni una voz arrojada a una oscuridad que, de todos modos, solo iba a responder en sus propios términos. Se plantó sobre el hormigón y le ofreció a Rahmani exactamente lo que este había pedido: presencia. Visibilidad. Soledad.

Andy observaba los límites de la nave, no a Khalid.

A la izquierda, la abertura lateral. A la derecha, la zona muerta tras el primero de los todoterrenos. El tejado del edificio anexo, desde el que también alguien habría podido aparecer, en teoría, si Rahmani hubiese querido jugar con aún más teatralidad. Los dos hombres que antes había visto en el lado este ya no estaban del todo a la vista, pero sus posiciones seguían siendo legibles: un hombro oscuro tras un soporte, una sombra al borde de una puerta corredera. Ninguno se movía más de lo necesario.

Profesionales.

Demasiado profesionales como para exponerse antes de tiempo por exceso de confianza.

La lluvia arreció. No a cántaros. Más bien con una perseverancia fría y fina que ennegrecía el hormigón y amortiguaba los sonidos. Khalid seguía inmóvil, y la explanada parecía replegarse a su alrededor en una quietud todavía más cruel.

Entonces apareció Aaliyah.

No desde el portón central de la nave. Desde la entrada lateral izquierda, acompañada por un hombre cuya mano en su brazo no parecía brutal y, precisamente por eso, resultaba aún más exasperante. No la empujaban. No la arrastraban con violencia. Solo la guiaban, como si su cuerpo formara parte de un procedimiento que no veía motivo para exhibir una crueldad extra mientras la eficacia bastara.

Andy sintió cómo algo en su interior se tensaba de golpe antes de volver a forzar esa reacción hacia la función.

Aaliyah estaba pálida.

No herida de forma evidente. No había sangre. Ningún hematoma visible en el rostro. No cojeaba. Pero las horas transcurridas desde el secuestro la habían alterado de una manera que, vista desde aquella distancia, casi resultaba más dura. El pelo ya no caía con el orden impecable de su antigua vida. Un mechón oscuro se le pegaba al cuello. El abrigo que le habían puesto encima era demasiado grande o estaba mal elegido, y la hacía parecer más estrecha, más frágil de lo que era. Y en su postura no quedaba ya nada de aquella pertenencia natural al mundo que Andy había encontrado tan irritante al principio. Nada del desafío juguetón. Nada de la soltura superior en espacios ajenos. Solo concentración. Y algo que no era del todo miedo. Una forma de vigilancia tensa y silenciosa.

No se derrumbó.

Eso importaba.

Vio a Khalid de inmediato, y durante un instante su rostro cambió lo justo para que cualquiera pudiera no advertirlo. No gritó. No se quebró. Solo ese destello rápido y desnudo de algo mayor que el autocontrol, antes de volver a forzarlo a su sitio.

Andy percibió algo más: Aaliyah no se puso a buscar ayuda a ciegas por el espacio.

Buscó primero a su padre. Y después nada.

No era falta de esperanza. Era aprendizaje.

El hombre que la sujetaba por el brazo se detuvo con ella a una distancia exactamente calculada de Khalid. Lo bastante cerca para que pareciera un encuentro personal. Lo bastante lejos para que nadie pudiera cubrir ese espacio sin violencia. Rahmani seguía sin mostrarse.

Estaba dejando que el espacio trabajara por él.

—Aaliyah —dijo Khalid.

Fue la primera palabra pronunciada en aquella superficie, y aunque la dijo con calma, sonó más dura que cualquier grito.

Aaliyah no respondió de inmediato. Quizá porque necesitó primero dominar la respiración. Quizá porque, en aquel lugar, cada palabra tenía consecuencias.

—Estoy bien —dijo al fin.

La mentira tenía la precisión suficiente para que cualquier otra persona la leyera como cortesía. No Andy. Y probablemente tampoco Khalid.

Él se limitó a asentir una vez. Ningún paso adelante. Ningún error visible.

Bien, pensó Andy. Sigue quieto.

El hombre junto a Aaliyah no aflojó la mano, pero tampoco la apretó más. Todo aquel montaje estaba diseñado para que la violencia solo se mostrara si alguien la obligaba a hacerse visible. No era un escenario de carniceros. Era una arena de humillación, control y una especie de coreografía moral que, al parecer, Rahmani llevaba mucho tiempo ensayando.

Entonces él mismo salió de la nave.

Nadir Rahmani era más bajo de lo que Andy recordaba a partir de informes y fotografías antiguas. No pequeño. Solo más compacto. De esos hombres cuya presencia real nunca termina de filtrarse del todo en las imágenes de un expediente, porque lo esencial en ellos no depende de la estatura ni del volumen de la voz, sino de algo más preciso. No llevaba abrigo, solo una chaqueta oscura cerrada hasta el cuello, con la lluvia marcándole los hombros como si le resultara irrelevante. El rostro se le había afinado desde las últimas imágenes. Más viejo. Más duro alrededor de la boca. En los ojos no había la locura que los malos análisis suelen atribuir a la venganza. Había algo mucho más peligroso: orden.

No se colocó directamente junto a Aaliyah. Tampoco junto a Khalid. Eligió la zona intermedia exacta desde la que podía dominarlo todo a la vez. El objetivo. El padre. El espacio. A sus hombres.

—Has venido —dijo.

Su voz era sorprendentemente sobria. Sin pathos. Sin siseo. Sin estridencia. Solo ese tono oscuro y controlado de un hombre que no necesita subir la voz para imponer autoridad.

Khalid lo miró sin que el rostro acusara el impacto del encuentro.

—Tienes a mi hija.

Rahmani arqueó apenas las cejas.

—Y, aun así, tu primera frase no empieza con su nombre.

No lo decía por azar. Tampoco era un juego. Era la primera hoja afilada con la que abría el encuentro: no como negocio, no como secuestro en el sentido convencional, sino como un juicio en el que la culpa de Khalid ya estaba determinada.

Khalid no contestó de inmediato. Andy vio cómo su postura cambiaba apenas. No por inseguridad. Más bien porque entendía la lógica en la que Rahmani pretendía encerrarlo.

—Está viva —dijo Khalid—. Por eso estoy aquí.

—Todavía —repuso Rahmani.

Aaliyah seguía inmóvil. Demasiado inmóvil, quizá. Pero no vacía. Andy veía cómo su atención trabajaba. No con histeria. No a ciegas. Registraba posiciones. Rahmani. Su padre. Los hombres del fondo. No con competencia táctica. Con el aprendizaje desnudo y doloroso de una mujer que ya sabía que su cuerpo volvería a convertirse en el centro del espacio en cuanto algo se rompiera.

Rahmani la miró durante una fracción de segundo y volvió enseguida a Khalid.

—Deberías dar gracias de que siquiera le haya permitido conservarte a la vista.

—Entonces di de una vez qué quieres.

Tampoco aquello era una mala respuesta. Ni súplica. Ni explicación. Ni defensa. Solo el intento de dejar al descubierto el núcleo de todo antes de que Rahmani terminara de acomodarse en su propia escenografía.

Rahmani no sonrió.

—Sigues creyendo que esto es una negociación.

—No —dijo Khalid.

—Bien.

Andy permanecía inmóvil en su sombra y veía cómo Rahmani se tomaba su tiempo.

Ese fue el primer error.

No porque no tuviera el control. Lo tenía. Lo controlaba todo. Las posiciones, las líneas de visión, la distancia entre padre e hija, el orden de la conversación. Pero justo esa forma de control traía consigo otra tentación: la de saborear el momento. No por vanidad. Por convicción. Se consideraba con derecho a hacer algo más que tenderle una trampa a un hombre. Quería que ese hombre entendiera.

Y para entender hacía falta tiempo.

—No quiero nada de ti que no poseas ya —dijo Rahmani.

Khalid lo sostuvo con la mirada.

—Eso no es una respuesta.

—Sí lo es. —Rahmani avanzó un paso sobre el hormigón mojado, despacio, como si cada segundo de aquella superficie le perteneciera—. Solo que no es una respuesta a las que estás acostumbrado. Hombres como tú entienden exigencias. Dinero. Intercambio. Lógica de Estado. Todo aquello que cabe dentro de estructuras que vosotros mismos habéis construido.

Khalid no dijo nada.

La lluvia resbalaba por la chaqueta de Rahmani. Detrás de él, uno de sus hombres se movió medio paso, solo para mantener el ángulo. Aaliyah ni siquiera se estremeció ante aquel desplazamiento. Mantenía ya la vista fija en su padre, no por esperanza infantil, sino con una intensidad que Andy percibía incluso desde la distancia. No era desamparo. No era ingenuidad. Era más bien como si hubiera entendido desde hacía mucho que, en aquel momento, no podía controlar nada salvo la forma en que lo sostenía.

—No mataste a mi hijo —dijo Rahmani.

Era la primera vez que el motivo entraba de lleno en el espacio, y aun así no sonó como una revelación. Sonó más bien como una precisión de algo que para él nunca había estado en duda.

—Pero decidiste qué información circulaba. A quién. Cuándo. Mantuviste con vida a personas cuya existencia significaba la muerte para otras. Y luego os permitisteis decir que no teníais responsabilidad directa.

El rostro de Khalid siguió inmóvil. Demasiado inmóvil, quizá.

—Tu hijo no era un inocente —dijo.

Rahmani asintió ligeramente, como si hubiera esperado exactamente esa respuesta.

—Ahí está. Esa es la frase que siempre utilizáis cuando no queréis obligaros a examinar otra vez el orden real de las cosas.

—Eligió.

—¿Y tú no?

Nada en el tono de Rahmani era estridente. Nada sonaba a locura. Precisamente por eso cada palabra pesaba más. No hablaba como un hombre perdido en la venganza. Hablaba como alguien que se había construido un mundo cerrado, perfectamente lógico, y ahora solo exigía que el hombre de enfrente entrara por fin en él.

Andy vio cómo Khalid alzaba apenas el mentón. No era orgullo. Ni siquiera desafío. Tal vez un mal hábito viejo: postura en situaciones en las que cualquier fisura visible podía leerse de inmediato como culpa.

—No estás aquí porque quieras la verdad —dijo Khalid.

Rahmani ladeó la cabeza apenas.

—No.

—Entonces al menos llámalo por su nombre.

Un suspiro leve en el espacio. No de los hombres. De Aaliyah.

Permanecía quieta, pero Andy vio que aquella frase había encontrado algo en ella. Quizá porque era la primera vez que su padre, allí, no era solo función, poder o compostura, sino un hombre que comprendía el teatro en el que se movía y se negaba a darle el nombre que pedía.

Rahmani sonrió entonces, por fin. Muy poco. No una sonrisa amable. Más bien el reconocimiento de que el otro, al menos, tenía la disciplina intelectual de nombrar el centro del asunto.

—Bien —dijo—. Entonces llamémoslo por su nombre. Quiero que pierdas algo que no puedas recuperar con dinero, ni delegar, ni administrar hasta hacerlo desaparecer con una explicación.

Los dedos de Aaliyah se cerraron con más fuerza sobre el bajo del abrigo. La mínima variación que hubo fue suficiente para que Andy la viera. No era pánico. No era derrumbe. Era algo más silencioso y más hondo: la comprensión de lo que significaba estar allí, usada como palanca entre dos hombres que convertían sus respectivas morales en instrumentos de presión.

Khalid miró a su hija entonces de forma directa. Solo un momento. Después volvió a Rahmani.

—Si me querías a mí, podrías haberme cogido.

Rahmani arqueó las cejas.

—No. Quería que vinieras.

Ese fue el segundo error.

No porque la frase fuera torpe en términos estratégicos. Sino porque delataba que aquello ya no iba solo del resultado. Iba de la forma.

Podría haberlo terminado sin más.

No lo hizo.

Andy seguía inmóvil en el corredor de mantenimiento, y justo en ese momento sintió con plena claridad cómo algo cambiaba en la disposición ante ella. No visible. No sobre el hormigón. En el propio plan. Mientras Rahmani no fuera más que extracción y amenaza, el espacio seguiría siendo tan estrecho como estaba previsto. Pero en cuanto empezó a hablar, a explicar, a juzgar, estaba generando tiempo. Y el tiempo traía errores. Aunque fueran mínimos.

—No vas a matarla —dijo Khalid.

Rahmani dejó de sonreír.

—¿No?

—No de inmediato. Si no, yo no estaría aquí.

Aaliyah giró apenas la cabeza. La mirada entre ella y su padre se encontró solo un instante. Y, aun así, hubo algo allí dentro que Andy habría podido seguir desgranando durante días: no consuelo, no esperanza; una forma muy silenciosa de

reconocimiento mutuo. La comprensión de que aquel encuentro no descansaba solo sobre la violencia abierta, sino sobre el tiempo.

Tiempo que Rahmani se estaba concediendo.

Tiempo que podía arrebatársele.

Rahmani dio un paso más hacia Khalid. No hasta ponerse a distancia de golpe. Nunca sería tan estúpido. Pero sí lo bastante cerca como para que el encuentro pareciera más personal que una mecánica de rehenes.

—Todavía sobrestimas el margen que te queda —dijo.

—Y tú sobrestimas hasta qué punto pienso dejarme impresionar por tu teatro.

Uno de los hombres del lado este cambió el peso de apoyo. De nuevo, solo una mínima alteración de sombra. Rahmani ni siquiera levantó la mano, pero el movimiento cesó al instante. Controlaba a los suyos con el mínimo gesto. También eso importaba. No era un grupo salvaje. No había caos emocional. Era un escenario cuidadosamente construido que solo dejaba de ser perfecto porque su arquitecto parecía convencido de tener derecho a saborear también la dimensión psicológica del asunto.

Aaliyah tomó aire de forma demasiado visible.

Rahmani volvió la cabeza hacia ella. No de golpe. Con lentitud suficiente para que el propio gesto pareciera parte del control.

—¿Te ha explicado por qué estás aquí?

Khalid respondió al instante:

—Déjala fuera de esto.

—Demasiado tarde.

La mirada de Rahmani siguió fija en Aaliyah.

—¿Te ha explicado cuántas decisiones toman hombres como él y luego fingen que solo eran circunstancias?

Aaliyah no contestó. No por desafío. Andy veía que estaba concentrando toda su energía en no dejar que la voz se le

volviera inútil por si tenía que usarla.

Rahmani esperó una respiración. Después volvió a Khalid.

—¿Lo ves? Eso es lo único en lo que a veces hay algo digno de respeto en gente como la tuya. Les habéis enseñado a confundir la compostura con la obediencia.

—Está aquí solo por tu culpa —dijo Khalid.

—No. —Rahmani negó con la cabeza—. Está aquí porque tú decidiste que ciertas formas de violencia eran más limpias si las ejecutaban otros.

Hacía mucho que aquello había dejado de ser política. Al menos, no política en el sentido en que el Estado y sus representantes utilizaban esa palabra. Era trauma familiar revestido de ideología y ejecutado con la precisión operativa suficiente como para parecer lógica.

Andy observaba todo y no intervenía.

Todavía no.

El ángulo seguía siendo malo. Dos hombres a la vista, al menos uno dentro de la nave, oculto, Aaliyah entre líneas, Khalid demasiado cerca de Rahmani. Un acceso en falso en ese momento daría a Rahmani margen para una represalia inmediata o tiempo suficiente para usar a Aaliyah como escudo. La única posibilidad seguía siendo la misma que hacía minutos: esperar a que el espacio se abriera un poco más porque Rahmani lo quisiera así.

Y él lo quería.

Eso estaba ya completamente claro.

Quería ser escuchado.

—Podías haber perdido a tu hijo sin llevarte a mi hija —dijo Khalid.

El rostro de Rahmani no cambió. Pero la voz se le enfrió.

—Y tú quizá no habrías abierto su vida para que os resultara políticamente útil si dejarais de creeros fuera de la cadena.

—Iba armado.

—Era mi hijo.

Khalid sostuvo su mirada.

—Y Aaliyah es mi hija.

Silencio.

Pesado. Mojado por la lluvia. Cargado con todo lo que en aquel espacio se había ido depositando: proyección, culpa y violencia calculada.

Aaliyah cerró los ojos una fracción de segundo.

No por debilidad. Más bien porque necesitaba aire.

Cuando los abrió de nuevo, su expresión había cambiado. Ya no era solo miedo contenido. Había algo más duro en ella. Más claro. Había cambiado desde el capítulo 7. Entonces la violencia había sido algo que la había alcanzado desde fuera, demasiado rápido, demasiado brutal, demasiado físico como para encontrar enseguida una postura dentro de ella. Ahora estaba allí, en una forma mucho más silenciosa y mucho más cruel de amenaza, y aun así no se quebraba. No porque se hubiera vuelto fuerte en un sentido heroico. Más bien porque ya sabía que desmoronarse en espacios así no salvaba a nadie.

Andy lo vio y sintió al mismo tiempo cuánto de poco alteraba eso su problema real de acción.

Solo necesitaba unos segundos más.

Unos cuantos segundos mal empleados por Rahmani.

Unos cuantos bien aprovechados por ella.

Rahmani se desplazó medio paso más hacia un lado, de manera que ya no mantenía a Khalid de frente, sino en un ángulo ligeramente desplazado. Estratégicamente seguía siendo correcto. Psicológicamente, en cambio, empezaba ya a obedecer más a sí mismo que al control puro.

—¿Sabes qué me parece interesante? —dijo—. Que siempre creáis que el amor os vuelve morales. Como si lo que un hombre siente por su hijo tuviera automáticamente algo de puro, siempre que en el resto de su vida se someta a bastantes reglas.

Khalid no respondió enseguida.

La lluvia repiqueteaba ahora con más claridad sobre los bordes metálicos de la nave. Uno de los hombres de Rahmani se apartó el agua de la cara. Apenas un instante. Distracción. Todavía no servía de nada. Pero era una pequeña alteración más en el cuadro.

—El amor —dijo al fin Khalid— no tiene nada que ver con esto.

Rahmani ladeó la cabeza.

—¿Ah, no?

—No.

—Entonces, ¿has venido solo por cumplir con tu deber?

Khalid lo miró, y por primera vez en aquel lugar no había en su rostro solo compostura, sino algo más oscuro. No una pérdida de control. Solo la negativa a dejarse arrastrar al lenguaje del otro.

—He venido —dijo— porque tú crees que haber perdido algo te da derecho a reproducir esa pérdida.

Aaliyah tensó de forma visible los dedos sobre el bajo del abrigo.

Rahmani ya no sonreía. Pero algo en su cara se endureció. Tal vez se sintió herido, si a hombres como él se los podía pensar con una palabra tan pequeña. Tenía el espacio. El poder. El objetivo. Y, sin embargo, seguía queriendo también el monopolio de la razón moral.

Precisamente ahí estaba su abertura.

Andy miró hacia el lado este. Uno de los hombres ya no quedaba del todo bien protegido. La puerta lateral de la nave estaba un poco más abierta, quizá porque alguien dentro quería oír mejor. Khalid y Rahmani habían quedado colocados de manera que entre ellos y Aaliyah aparecía ahora un pequeño margen de desorden. No lo bastante grande para un acceso directo. Casi.

Casi bastaba, si una sabía cuándo.

Rahmani alzó apenas la mano, como si quisiera ordenar el aire mismo antes de pronunciar la siguiente frase.

Y en ese gesto, en esa necesidad de alargar todavía más el momento para que Khalid lo viviera de la manera correcta, Andy tuvo la certeza absoluta:

No quería solo ganar.

Quería ser visto ganando.

Ese era su error.

Y el principio de su ventana.

Capítulo 24

Nadir Rahmani levantó la mano como si hasta el aire de aquella explanada tuviera que esperar su permiso para volver a moverse.

La lluvia caía ya con regularidad. No lo bastante intensa para arruinar la visibilidad. Solo lo bastante densa para oscurecer el hormigón, hacer más pesadas las telas y obligar a todas las superficies a devolver la luz de otra manera. Khalid permanecía inmóvil en mitad de la extensión abierta, oscuro frente al portón de la nave, los hombros rectos, el rostro endurecido en esa forma de control que, en un lugar así, parecía otra versión del desafío. Aaliyah estaba unos metros a un lado, con el abrigo demasiado grande, los dedos aún en el bajo, no crispados, sino en esa concentración que Andy ya reconocía al instante. Ningún derrumbe. Ninguna falsa valentía. Solo esa forma silenciosa y dolorosa de vigilancia que adquiere la gente cuando lleva demasiado tiempo en espacios donde todo movimiento importa.

Rahmani siguió hablando.

Hacía exactamente lo que Andy había esperado y temido desde el momento en que lo vio salir de la nave: saborear el instante. No por estupidez. Ni siquiera por simple vanidad. Sino porque estaba convencido de que su victoria no estaría completa hasta que Khalid la entendiera. Hasta que no se viera obligado solo a estar allí, sino también a mirar, a escuchar, a comprender la lógica interna de aquella venganza y a admitirla como inevitable.

Ahí estaba el error.

No en la planificación. No en el control. No en los hombres apostados en los flancos. No en los vehículos con los que habían capturado a Aaliyah, ni en la precisión con la que habían aprovechado aquellos segundos en la calle. Todo había sido profesional. Brutal, pero inteligente. Suficiente, no espectacular. Precisamente por eso había funcionado.

El error estaba en que Nadir Rahmani no quería solo ganar.

Quería que su adversario supiera por qué.

Andy permanecía inmóvil en la estrecha sombra del pasillo de mantenimiento y dejó que la mirada recorriera una vez más las líneas.

Aaliyah estaba a unos cinco metros de Khalid, dos pasos por delante de la puerta lateral abierta por la que la habían sacado. Uno de los hombres de Rahmani cubría su flanco, pero no la sujetaba con las dos manos, solo permanecía lo bastante cerca para intervenir al instante si ella se movía mal. Segundo hombre en el lado este, aún solo parcialmente visible, el hombro izquierdo apoyado en el soporte. Un tercero en el interior de la nave, delatado únicamente por la puerta entreabierta, que bastaba para confirmar que había alguien allí. Rahmani, situado entre Khalid y Aaliyah, ligeramente desplazado, no de frente, para mantener a ambos en el campo visual y obligar a cualquier acceso exterior a requerir al menos dos correcciones.

Los primeros diez minutos de una situación con rehenes solían pertenecer al plan.

Después pasaban a pertenecer al hombre que creía tenerlo completamente bajo control.

Andy soltó el aire una vez. Despacio. No para calmarse. Para marcar ritmo.

Años atrás, en otro terreno, bajo otro calor, había esperado en un punto parecido y no había actuado, porque no actuar había sido entonces la única forma de salir viva. Un mal

ángulo. Muy poca visibilidad. Demasiados hombres. Una orden que significaba retirada y que después, en los informes, había parecido razonable. El compañero al que no consiguió alcanzar ya estaba muerto antes de que el protocolo siquiera les permitiera intentar otra cosa.

No lo recordó en imágenes. No enteramente. Solo como una sensación corporal que esta vez era distinta.

Entonces esperar había sido sobrevivir.

Ahora esperar era preparación.

Esta vez no estaba esperando a que fuera demasiado tarde.

Abajo, Rahmani dijo:

—Tú lo llamas copia. Yo lo llamo equilibrio.

Khalid no levantó la voz.

—No hay equilibrio en arrastrar a inocentes al espacio de la culpa.

—Inocentes. —La boca de Rahmani se tensó apenas—. Otra palabra que hombres como tú adoráis. Mientras os sirve.

Aaliyah no se movió. Pero Andy vio que ya no miraba a Rahmani con ese miedo crudo e inmediato de los primeros momentos del secuestro. El miedo seguía allí. Por supuesto. Solo que ahora iba acompañado de otra cosa: comprensión. Había entendido ya que aquello no era un arrebato, ni un acto caótico de un hombre roto. Era la forma más limpia y racional de crueldad. Y eso lo empeoraba todo. Aunque quizá, al mismo tiempo, la ayudara a no quebrarse. Porque el caos resultaba más difícil de soportar que la intención. La intención, al menos, podía leerse.

Rahmani dio otro medio paso hacia Khalid.

No mucho.

Lo suficiente.

El hombre que cubría el flanco de Aaliyah desplazó mínimamente el peso para conservar el ángulo. Tenía que hacerlo. Ese pequeño reflejo necesario movió su hombro un instante fuera de la línea ideal. No quedó expuesto. Solo lo

suficiente para que un acceso rápido y preciso ya no lo separase por completo de Aaliyah.

Andy no se movió.

Todavía no.

—¿Qué quieres oír? —preguntó Khalid—. ¿Que lamento el mundo que hombres como tú construís con vuestros muertos? ¿Que en cada una de estas guerras he cargado con decisiones que otros leen como cifras porque, de otro modo, no volverían a dormir?

Rahmani lo miró, y por primera vez apareció en su cara algo que iba más allá de la convicción controlada. No rabia. Más bien la claridad irritada de un hombre que no estaba dispuesto a conformarse con medias verdades, precisamente porque llevaba demasiado tiempo viviendo dentro de ellas.

—No quiero tu arrepentimiento.

—¿Entonces qué?

—Que entiendas.

Khalid no dijo nada.

La lluvia repiqueteó sobre una plancha de metal suelta en el tejado de la nave. Un goteo metálico con ritmo de segundos. El hombre del interior ya no estaba suficientemente quieto. No por nerviosismo. Más bien porque la lluvia fría acaba volviendo impaciente a cualquiera, por muy profesional que sea. Un pequeño paso dentro. Solo la puntera del zapato visible en la rendija de la puerta antes de desaparecer otra vez.

Otro error.

Todavía no bastante grande.

Andy miró al hombre del este.

Después a Aaliyah.

Después a la mano derecha de Rahmani.

No había arma visible en ella. Eso no significaba nada. Pero había algo más importante: no la tenía preparada para disparar. Estaba hablando. Argumentando. Creía que el espacio ya le pertenecía. Y, cuando un hombre cree haber

ganado el espacio, empieza a perder precisión. No de forma abierta. Solo en los bordes.

Necesitaba un detonante.

Uno mínimo. Uno que desplazara todas las líneas a la vez sin dejar a Aaliyah inmediatamente dentro de una trayectoria de tiro limpia.

Rahmani dijo:

—Te has construido una vida sobre la responsabilidad. Ese es el lujo más cobarde de todos. Ordenáis las cosas, las nombráis correctamente, repartís responsabilidades y, al final, ya no hay un solo hombre culpable, aunque todo haya pasado por sus decisiones.

Khalid lo miró. Luego, durante una fracción de segundo, miró a Aaliyah.

No fue una mirada emocional. Ni una mirada de padre de melodrama. Solo ese instante crudo y completamente despojado en el que registró que ella estaba allí, viva, y que todo lo que se dijera en aquel patio solo tendría algún valor mientras eso siguiera siendo cierto.

Aaliyah lo vio.

Y justo en ese momento Andy comprendió que no iba a quedarse completamente quieta si se abría una ventana.

Era arriesgado.

Y útil.

Rahmani levantó un poco la mano. No mucho. Solo ese gesto mínimo con el que hombres como él anuncian a veces una ejecución, un giro, un veredicto final, todavía sin pronunciar la palabra exacta. Khalid no se movió ni un milímetro. La respiración de Aaliyah se aceleró una vez, demasiado visible.

Ahora, pensó Andy.

No a la mano. No a Rahmani directamente. Demasiado expuesto. Demasiado espacio. Demasiadas líneas de respuesta.

Al hombre del este.

Se deslizó fuera de la sombra, no saltando, no precipitándose, sino con un movimiento tan breve y limpio que solo se volvió visible cuando ya estaba entrando en el ángulo que el hombre acababa de dejar mal cubierto. El primer disparo no fue espectacular. Ningún comienzo heroico. Solo un sonido duro y preciso que alcanzó al hombre del este justo cuando su propio cuerpo se desplazaba hacia dentro. Cayó antes de que su sistema entero comprendiera que había caído.

Todo se rompió a la vez.

Rahmani giró al instante. No demasiado despacio. No sorprendido en un sentido inútil. Lo bastante rápido para seguir siendo peligroso. El hombre del flanco de Aaliyah tiró de ella. Khalid no se lanzó delante de nadie. Dio un paso al lado, exactamente el correcto para no meterse por instinto en la línea de tiro. También eso era experiencia.

Andy ya estaba abajo de la escalera, en movimiento, el arma delante, el cuerpo bajo. El segundo disparo no fue para Rahmani. Aún no. Fue para la puerta lateral, justo donde el hombre del interior empezaba a salir. No mortal, pero suficiente para obligarlo a retroceder y retrasar el acceso interior esa única fracción crítica que ella necesitaba.

—¡Al suelo! —gritó.

Fuera para Khalid o para Aaliyah, daba igual.

Rahmani disparó de verdad entonces. El hombre del flanco de Aaliyah la arrastró al mismo tiempo hacia un lado, no hacia el interior de la nave, sino utilizándola como pantalla para cubrir su propio movimiento. Justo eso era lo que Andy había estado esperando. No deseando. Esperando. Porque, en momentos así, los hombres suelen obedecer al mismo mal instinto: protección inmediata antes que lógica táctica.

Aaliyah reaccionó más rápido de lo que Rahmani y el hombre a su lado habían previsto.

No de forma entrenada. No limpia. Pero sí decidida.

Le pisó con toda la fuerza el empeine, exactamente donde tenía el peso cargado sobre el hormigón mojado. No fue una resistencia elegante ni un gran gesto. Solo dolor y sorpresa, lo suficiente para que el agarre perdiera precisión por un segundo.

Ahí estaba la apertura.

Andy llegó antes de que pudiera cerrarla.

No golpeó al hombre con el cañón ni con un gesto amplio, sino con la violencia más corta posible. Hombro contra tórax, antebrazo al cuello y a la muñeca, Aaliyah arrancada de la línea mientras el otro cuerpo caía de espaldas sobre el hormigón mojado. El disparo que aun así logró arrancar en medio del movimiento se fue alto y mal, incrustándose en el marco de la nave.

Rahmani disparó a la vez.

No contra Aaliyah. Contra Andy.

Ella ya iba lo bastante baja, arrastrando consigo a Aaliyah, sintiendo el hormigón, la lluvia, el peso de la tela y del cuerpo, y luego el estallido seco de algo metálico a la derecha por encima de su cabeza. Khalid se dejó caer entonces, controlado, no desplomándose, sino con ese movimiento abrupto y sobrio de quien comprende que, en ese instante, la postura vale menos que la cobertura.

—¡Izquierda! —oyó salir su propia voz.

No para los otros. Para el espacio. Para el siguiente ángulo en su cabeza.

Rahmani retrocedió hacia la puerta lateral, exactamente como había anticipado. No una huida en sentido paniaguado. Una retirada a cobertura para recomponer el control. Profesional. Inteligente. Todavía peligroso.

Andy empujó a Aaliyah detrás del borde bajo de hormigón que separaba la explanada del antiguo conducto de servicio. No era una cobertura ideal. Era mejor que quedar expuestas.

—No se mueva.

Aaliyah la miró. Pálida, empapada, con los ojos abiertos de par en par por el miedo y la adrenalina, pero con algo más ahora: confianza. No ciega. No infantil. Solo la certeza brutal y desnuda de que, en ese momento, Andy era el único plan funcional.

Andy apartó la mirada al instante.

El hombre del interior aún no estaba fuera. Bien. El del este había caído. El del flanco tosía, buscando aire, tratando de levantarse. Rahmani estaba en la puerta lateral y, por tanto, fuera de una línea limpia durante esos dos segundos en que intentaba usar el marco como cobertura.

No bastaba para cargar a ciegas.

Sí para cortarle la maniobra.

Andy cambió el ángulo a la derecha, baja, rápida, sin alzar demasiado la cabeza. Rahmani disparó de nuevo. Solo alcanzó hormigón y una vieja tubería que estalló con un golpe metálico. Andy no respondió con volumen, sino con dos tiros limpios, no al centro de masa, donde el marco aún lo protegía, sino abajo, entrando en el movimiento.

Rahmani recibió el impacto en la cadera.

No era mortal. Tampoco decisivo de forma inmediata. Pero bastó para convertir el control en dolor. No se derrumbó; se sostuvo contra la puerta, con el arma todavía en alto, aunque ya desde un ángulo mucho peor. Ahí estaba la diferencia entre un hombre que posee el espacio y otro que de pronto se ve obligado a volver a actuar dentro de él.

El hombre del flanco estaba otra vez de rodillas. Andy avanzó medio paso, disparó una sola vez, precisa, y esta vez cayó del todo.

Con eso, la amenaza inmediata sobre la explanada quedó rota.

No terminada.

Rahmani seguía vivo. El hombre del interior también.

Aaliyah estaba detrás de la franja de hormigón. Khalid, a la izquierda, en el suelo, al menos aparentemente ileso.

—¡Khalid! —gritó Andy.

—Aquí.

Claro. Bien.

Dentro de la nave hubo movimiento. El hombre del interior salía ahora por fin, demasiado tarde, pero aún peligroso. No de frente. Buscó la línea más oscura del borde interior para tomar a Andy desde un lado. Más listo que los otros. Peor para él.

Ella ya había previsto ese ángulo.

Cuando apareció, ella ya estaba girando. Un disparo. Le dio arriba, en el hombro. No bastó. Segundo disparo. El hormigón saltó de la columna porque el hombre, al caer, llegó a apretar el gatillo una última vez. Después también él salió de la ecuación. Muerto quizá no. Irrelevante de momento.

Solo quedaba Rahmani.

Seguía medio apoyado en la puerta lateral, la chaqueta oscura por la lluvia y ahora también por la sangre que le brotaba de la cadera, el arma aún en la mano, la mirada nítida a pesar del dolor y del odio. Nada en él se había vuelto débil de golpe. Eso también importaba. No estaba perdiendo porque fuera malo. Estaba perdiendo porque había alargado el instante para ser visto ganando.

Andy lo encañonó y no se acercó enseguida.

—Suéltela.

Rahmani sonrió de verdad. Sangre bajo la lluvia. Una curva estrecha y despreciativa en la boca.

—Tú.

La había reconocido. No necesariamente como persona. Pero sí como categoría. La segunda línea invisible. La mujer que no debería haber formado parte del plan.

—Suéltela.

La mirada de Rahmani pasó un momento por encima del hombro de Andy, hacia Aaliyah. Luego a Khalid. Luego otra vez a ella. Incluso entonces seguía intentando conservar el espacio como escenario.

—Así que esta es vuestra moral —dijo con la voz áspera—. Hacerlo venir solo. Y al final, no.

Khalid no se levantó. Seguía a medias de rodillas, empapado, con la cara más dura que el hormigón que los rodeaba.

—Tú secuestraste a mi hija.

—Y tú mataste a mi hijo.

Andy no dijo nada. No porque aquella frase hubiera perdido fuerza. Sino porque ese no era el momento de discutir ninguna de las grandes verdades con las que ambos hombres ordenaban su culpa.

Rahmani levantó el arma medio centímetro.

Demasiado poco.

Andy no disparó.

Avanzó un paso más, lo bastante baja para cerrar el ángulo sin poner a Aaliyah en peligro.

—No.

Rahmani la miró.

No como a una persona. Más bien como a un error dentro de su lógica.

Tal vez ese fuera el final de verdad. No que estuviera debilitado. Sino que comprendía cómo había perdido: no frente a Khalid, no frente al Estado, no frente al dinero ni la tecnología. Sino frente a una mujer a la que nunca había llegado a contar dentro de su imagen del poder porque jamás se le había ofrecido a la vista.

No dejó caer el arma de manera deliberada. Se le escapó entre los dedos cuando el dolor de la cadera y la pérdida de sangre terminaron de agotar la precisión en la que llevaba apoyándose todo el tiempo. Metal sobre hormigón mojado.

Un sonido pequeño, casi ridículo para marcar el final de un plan preparado durante tanto tiempo.

Andy se acercó más, apartó el arma de una patada y solo entonces, solo entonces, se permitió la respiración que no era una orden.

—Omar —dijo por el transmisor.

No hubo respuesta. Solo estática. Luego la voz de él volvió, esta vez limpia.

—Aquí.

—La situación está controlada. Cuatro neutralizados. Quiero asistencia médica ya. Y nadie le dispara a Rahmani mientras no vuelva a tocar un arma. ¿Entendido?

Un breve silencio.

—Entendido.

Khalid se puso en pie despacio. No con dificultad. Con control. No fue hacia Rahmani. Ni siquiera hacia Aaliyah. Se quedó quieto un segundo, como si él también necesitara comprender que aquel espacio que hasta entonces había querido ser tribunal y arquitectura de ejecución no era ya más que un patio de hormigón empapado donde había hombres sangrando y la lluvia trataba a todo con la misma indiferencia.

Aaliyah fue la primera en moverse.

No deprisa. Se incorporó detrás del borde de hormigón, con el abrigo oscuro y pesado pegado al cuerpo, y miró a Andy. No a su padre. No a Rahmani. A Andy.

No fue una mirada heroica. No un momento de cine en el que el alivio lo eclipsa todo. Estaba demasiado pálida, demasiado agotada, demasiado llena todavía del eco de lo que su cuerpo había tenido que soportar en las últimas horas. Pero estaba de pie. Por sí misma. Y la miraba a ella como si, en ese instante, nada le pareciera verdaderamente seguro fuera de esa presencia.

Andy se volvió hacia ella.

Por primera vez desde que había empezado la operación sin la obligación de calcular a la vez el siguiente ángulo, el siguiente hombre, el siguiente error. La lluvia le corría por la nuca. A lo lejos empezaban a acercarse ya motores y pasos. El sistema llegaba ahora. Demasiado tarde para el núcleo. A tiempo para el cierre.

Aaliyah no dijo nada.

Solo recorrió los dos pasos que las separaban.

Andy levantó la mano.

No para mantenerla a distancia. No inmediatamente. Más bien por un reflejo que aún necesitaba comprobar si Aaliyah se sostenía, si estaba herida, si de verdad seguía allí y no iba a desaparecer otra vez en una fracción de segundo. Le rozó la cara con los dedos, justo debajo de la oreja. Fría por la lluvia. Real.

—¿Está herida?

Claro que esa fue la primera pregunta. Cualquier otra cosa habría sido mentira.

Aaliyah negó suavemente con la cabeza.

—No.

Andy buscó un instante más en su cara la verdad de esa respuesta y encontró lo suficiente como para no llevarle la contraria de inmediato. Detrás de ellas, Omar hablaba ya con Khalid. En algún lugar estaban inmovilizando a alguien. Los hombres de Rahmani gemían o ya no se movían. Todo eso seguía allí. Y, sin embargo, el espacio entre Andy y Aaliyah pareció quedar libre de ello durante una sola respiración.

Aaliyah la miró, con la lluvia prendida en las pestañas, los labios entreabiertos como si hubiera algo que decir y al mismo tiempo ninguna palabra resultara lo bastante exacta.

Andy sintió cómo la vieja distancia volvía a asomar dentro de ella. La misma que, después de la casa segura, había querido traducirlo todo otra vez a trabajo. La misma que había intentado convertir el sofá, la noche, la mirada posterior de

Aaliyah en unidades controlables porque la cercanía era demasiado arriesgada y la pérdida todavía más.

No la dejó entrar.

No aquella vez.

Quizá ese era el verdadero cierre de su recorrido. No el disparo. No Rahmani en el suelo. No haber intervenido a tiempo en un lugar donde, años atrás, quizá habría llegado tarde. Sino esto: no retirarse otra vez en cuanto hubiera pasado lo peor.

Aaliyah alzó la mano y la apoyó en la muñeca de Andy. No con fuerza. No suplicando. Solo ahí.

—Andy —dijo.

Su nombre no sonó a exigencia, ni a reproche, ni al intento de encerrar un futuro entero en una frase. Solo a confirmación de que las dos seguían allí.

Andy no respondió.

No hacía falta.

Solo dio ese último medio paso hacia ella.

Aquel beso no fue como el de la noche en la casa segura. No fue una grieta repentina abierta en una tensión acumulada, ni una pérdida de control que por fin tomaba cuerpo. Fue más sereno que eso. Y precisamente por eso, más duro. Una decisión. Ya no un impulso. Ya no una huida. La lluvia entre las dos, el olor a sangre en el aire, voces de hombres al fondo, todo el resto feo de la realidad aún presente… y, aun así, ese único momento en el que ninguna trató de volver a traducirlo a algo razonable.

Aaliyah le devolvió el beso al instante.

No con hambre. No con desesperación. Más bien con esa forma callada y absoluta de presencia que solo alcanzan quienes han estado a punto de perder de verdad algo y por eso dejan de dar nada por sentado. Andy le llevó la mano a la nuca, no para sujetarla, sino porque necesitaba tocarla mientras siguiera al alcance. Los dedos de Aaliyah se cerraron

con más fuerza en su muñeca. La lluvia les corría por las sienes, bajándoles por los abrigos, empapando el hormigón.

Detrás de ellas, Omar decía algo sobre una evacuación médica. Khalid contestó. Alguien dio unas coordenadas. Todo eso pasaba junto a ellas como una segunda capa, más lejana, de la misma realidad.

Cuando se separaron, ninguna dijo nada.

Aaliyah la miró. No preguntando. No intentando arrancarle a aquel beso un sentido inmediato que prometiera más de lo que cualquiera de las dos podía dar en ese momento. Solo abierta lo suficiente como para que Andy no encontrara ya en ella ninguna distancia cómoda.

Andy soltó el aire una vez.

—Tenemos que salir de aquí.

No era una retirada. Era solo la verdad.

Aaliyah asintió.

—Lo sé.

No necesitaban más.

Ninguna promesa. Ninguna explicación. Ninguna frase sobre lo que vendría después. Nada de eso habría encajado con aquel lugar, con aquella lluvia, con los días anteriores. No estaban al final de nada. Solo en un punto donde se había tomado una decisión que no volvía el futuro más sencillo y que, aun así, no dejaba de ser la correcta.

Omar se acercó, las miró a las dos y no dijo nada sobre lo que probablemente había entendido. También eso era profesionalidad. No fingir no ver ciertas cosas. Sino saber cuándo quedan fuera de tu cometido.

—El coche en dos minutos —dijo—. Rahmani sigue vivo.

Andy se limitó a asentir.

Khalid estaba a unos metros, mirando al hombre que había secuestrado a su hija y que ahora yacía sangrando junto a la puerta de la nave. Nada en su expresión revelaba lo que eso significaba para él en ese instante. Quizá ni él mismo lo

supiera aún. Quizá esa parte de la historia no estuviera hecha para cerrarse ahí.

Aaliyah no se apartó del todo de Andy. Solo lo justo para que ambas pudieran volver a moverse sin exhibir el contacto como un desafío abierto al resto del mundo.

Echaron a andar juntas.

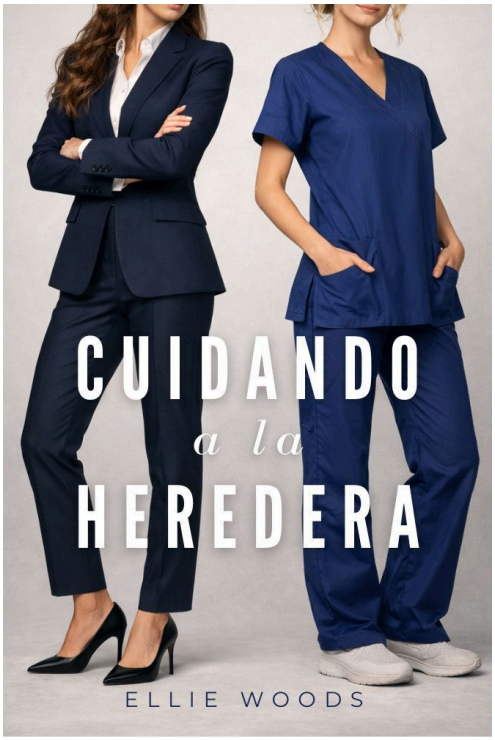
No de la mano. No fundidas en una consecuencia hermosa y sencilla. Solo lo bastante cerca como para que ninguna fingiera ya que entre ellas no se había decidido nada.

El hormigón bajo sus zapatos estaba mojado. La lluvia seguía cayendo. Detrás quedaban Rahmani inmovilizado, la nave asegurada, el lugar entero traducido ya otra vez a informes, órdenes y competencias judiciales. Delante las esperaban vehículos, médicos, preguntas, la investigación y quizá una forma completamente nueva de caos.

Se había cerrado.

Y no había terminado.

Also by Ellie Woods



Cuidando a la heredera

https://www.amazon.es/dp/B0GP16NWD4

Cecilia Rhodes lo tenía todo: poder, dinero y una coraza perfecta.

Hasta que un accidente y un escándalo público la obligan a desaparecer de Manhattan y esconderse en su casa de la costa para aprender a caminar de nuevo... y a convivir con sus propios fantasmas.

Natalie Reynolds es enfermera de rehabilitación a domicilio. Profesional, directa, alérgica al drama de la gente rica. Acepta el trabajo porque es bueno para su carrera, no porque le apetezca vivir con una heredera problemática que se niega a aceptar ayuda.

El plan es sencillo: ejercicios, rutina, distancia emocional.

Pero el mar, una casa llena de recuerdos y un ático demasiado silencioso convierten la convivencia en algo más complicado: roces, confesiones nocturnas, miradas que duran un segundo de más.

Cecilia está convencida de que todo lo que ama termina desapareciendo. Natalie se ha prometido no volver a ser el secreto de nadie.

Y, aun así, cuanto más avanza la rehabilitación, más difícil es fingir que entre ellas solo hay un contrato.